

La suerte es nuestra

Cristina G. Cantero - Ana Martín Mañas



La suerte es nuestra

Cristina G. Cantero - Ana Martín Mañas

La suerte es nuestra

©de la obra de Cristina G. Cantero y Ana Martín Mañas

Primera edición, noviembre de 2021

ASIN: B09KXX4D1B

escribocontigo@gmail.com

Instagram: @escribocontigo

Corrección y maquetación: Elisa Mayo (elisamayoescritora@gmail.com)

Diseño de la cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.imagina.designs.com

Créditos de las imágenes interiores por orden de aparición: Dani Alejandro, Anete Lusina, Cedric Clth y Lea Kelley / Pexels y Pixabay.

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

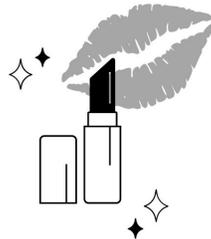
Para mi madre, porque no hay nadie de quien me sienta más orgullosa.
Gracias por todo lo que me has enseñado, aun cuando no te dabas cuenta de
ello.

Cristina

A Javi, por quererme tal y como soy. Tú, que fuiste mi mejor amigo y ahora
eres hogar, risas y, sobre todo, amor.

Ana

1 . V de Vértigo



Miranda

«Sentir» es una palabra de solo seis letras, pero cabe tanto dentro de ella que, a veces, hasta asusta. Según la RAE, significa experimentar sensaciones producidas por causas externas o internas. Cuando yo pienso en el verbo sentir me lo imagino como una uve enorme. Es estar en lo más alto, caer de golpe hasta casi tocar el suelo para después volver a resurgir y dejarte envolver por todas esas sensaciones que estallan en ti.

Esta noche, la uve parece más un guion plano, soso y sin subidas y bajadas excitantes.

Unas horas antes...

Abro la puerta de casa de un tirón y lo que me encuentro es a Marc con cara de perrito triste.

—Siento llegar tarde.

—La cosa no pinta bien esta noche, tenemos bajas, pasa. Y no sé para qué te disculpas, ya cuento con que vas a llegar tarde siempre.

—Qué poca fe tienes en mí —dice mientras pasa por mi lado y deja un beso en mi mejilla—. Bueno, me imagino que Sara y Evan no están para fiestas, y Gabriel y Ada se quedan con el peque. ¿Hugo y Carla? ¿Edgar?

—Espera, me acaba de llegar un mensaje de Carla. —Lo leo y suspiro haciendo pucheros—. Algo le ha sentado mal y dice que

esta noche dormiré abrazada a la taza del váter.

—Mmm, pues Hugo estará cuidando de ella, me imagino.

—Así es... y Edgar me ha dicho que ya tenía plan.

—Pues salimos tú y yo, anda que el problema...

Antes de que se arrepienta, me pongo el abrigo —estamos en febrero y hace un frío que pela—, cojo mi bolso y lo arrastro hacia la calle. Llegamos a la discoteca, y no es que sea muy acogedora, pero la música es buena y el ambiente también. Nadie lo puede negar, Marc es muy divertido y se anima a la primera de cambio. Siempre tiene una sonrisa plantada en la cara, es imposible que no te contagie su alegría vital. Además, el condenado baila muy bien.

Suena una canción de *rock* que le gusta y empieza a saltar fuera de sí. Yo le sigo el rollo y nos ponemos a darlo todo hasta que nos dan casi las tres de la madrugada. Tras muchas risas y algo de alcohol, no sé cómo, acabamos hablando de nuestras intimidades. Marc es así, se puede hablar con él de cualquier cosa y sabes que no te va a juzgar. O, al menos, lo va a hacer como un amigo de verdad.

—¿Cuánto hace de la última vez?

—¿La última vez que me enrollé con un tío? —Miro al techo, pensativa—. Hará como un mes. ¿Y tú, Marc? Que ya nos conocemos.

—La semana pasada —dice orgulloso.

—¡Cabrón! —Le doy un codazo de broma.

—Los hay con suerte.

—Me das un poco de envidia, pero es que solo me cruzo con capullos. Veo un tío que me parece guapo, me acerco, pero es que en cuanto abre la boca tengo que salir por patas. ¿No puedo cruzarme con alguno decente de vez en cuando? A ver, tú eres normal. Si no me conocieras, ¿nos iríamos a la cama esta noche?

—Lo miro fijamente, él tira la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Joder, vaya pregunta, Mir. ¿En serio quieres que te conteste?

—me dice cuando para de reír.

—Va, no te cortes. ¿Crees que estoy buena?

—¿Quieres la versión «amigo» o la versión «hombre objetivo»?

—Quiero la versión hombre adulto que sabe lo que quiere — contesto seria, sin apartar mi mirada de la suya.

—Qué intensita estás hoy. —Se acerca a mi oído y, entonces, sigue hablando, tan cerca de mi oreja que puedo sentir cómo su aliento me acaricia—. Eres jodidamente sexi, tu cuerpo tiene unas curvas de infarto que cualquiera querría recorrer con su lengua y tu culo es perfecto. Si no fueras mi amiga, ahora mismo estaría suplicándote que me dejaras meterme entre tus piernas durante lo que queda de noche y, después, una vez más.

Despacio, doy un paso atrás. Sé que mis ojos están abiertos como platos mientras miro a Marc, que por una fracción de segundo me observa serio, pero solo dura eso, ni un segundo, y entonces una sonrisa socarrona se extiende por su cara. A mí me entra la risa y ambos estallamos en carcajadas mientras nos doblamos por la mitad.

Me acerco a él y le rodeo con un brazo la cintura para acercarlo y poder hablarle.

—Eres un cabrón. Me has puesto muy muy cachonda, ahora, sí o sí, voy a tener que buscarme un ligue para esta noche —le digo mientras él sigue riendo.

Su brazo rodea mis hombros y me aprieta un poco para llamar mi atención antes de hablar.

—Creo que ya lo has encontrado.

Lo miro confusa y él me señala con la cabeza hacia el otro lado de la pista. Me giro hacia allí y veo a un tipo que me mira sin disimular.

—Lleva bastante rato observándote.

—Oye, pues es bastante mono —le digo y me separo de él—. ¿Qué tal estoy? —Me aliso el vestido y doy una vuelta.

Me mira durante unos segundos de arriba abajo con los ojos entrecerrados y la mano rascando su mentón antes de contestar.

—Explosiva.

—¡Genial! ¿Sabías que me flipan las chupas de cuero? —Le guiño un ojo y me doy la vuelta para ir a encontrarme con el bombón al otro lado de la pista.

—Y no es por las motos, ¿verdad? —grita Marc cuando me he alejado un par de pasos.

—Es por *Grease* —le contesto por encima del hombro antes de seguir avanzando hacia mi objetivo.

Al final, el tipo resulta ser un poco serio, pero besa bien. Bailamos algunas canciones, nos tomamos una copa hablando de todo y nada, cerca de la barra, y antes de darme cuenta, me está preguntando si nos vamos a su casa. Acepto y le pido que me espere mientras aviso a mi amigo de que me voy.

Cuando establezco contacto visual con Marc, veo que está rodeado de más gente. Desde lejos me pregunta con señas qué tal ha ido. Le respondo con un gesto afirmativo y él sonríe. Entonces, hace otra señal empujando sus caderas hacia delante, para decirme si va a haber tema esta noche. «Pues eso espero, Marc», pienso, y asiento con mi cara más perversa. Dejamos los gestitos y nos acercamos a un punto intermedio.

—Enhorabuena, a ver si te da un buen meneo —me dice al encontrarnos.

—Pinta bien, pero ya veremos. Oye, una cosa, cuando salgo con las chicas, siempre les envío la ubicación cuando voy a casa de un tío. Más que nada por si es un psicópata o un secuestrador, ¿sabes?

—Claro, pásamela cuando llegues allí. Cualquier cosa rara, me llamas.

—Gracias, Marc. Lamento tener que dejarte, pero tú no estás del todo mal acompañado y yo necesito echar un polvo.

—No te preocupes por mí, igual no eres la única que se lo pasa bien esta noche.

—¡Suerte! —Le guiño un ojo.

—Ve, que tu amigo ya está ahí, esperándote.

—Hasta luego, bomberito —le digo mientras le doy un abrazo rápido.

—Cuídate y pásalo bien.

Nada más entrar en casa del tipo, él coloca su mano en mi nuca y me atrae hacia su cuerpo. Nos besamos con ganas. Nuestras

lenguas juegan entre sí y sus manos empiezan a recorrer mi silueta para deshacerse de mi ropa.

—Tranquilo, puedo hacerlo yo sola —le digo al ver que no acaba de acertar con la cremallera del vestido.

Asiente y empieza a besarme el cuello mientras vamos dejando ropa tirada por el camino hasta que llegamos a su dormitorio.

Me gusta cómo besa, así que intuyo que lo que va a venir a continuación solo puede ser bueno. Me acerco más a él para sentir su cuerpo y dejo un reguero de mordisquitos en su cuello, provocándole un leve gemido de placer. Bajo mi mano hasta su entrepierna y puedo notar que lo acabo de poner a cien, porque, acto seguido, me empuja hacia la cama. Nos desprendemos de la ropa interior y veo que me mira ávido. Yo sonrío, con la expectativa de que lo que viene a continuación tiene que ver con su lengua, porque se coloca de rodillas sobre el colchón. Pero, claro, ya me extrañaba a mí que todo fuera tan perfecto. Cuando me quiero dar cuenta, está colocándose un preservativo.

—Espera, ¿no vas un poco rápido? —suelto sin pensármelo dos veces.

—¿No quieres hacerlo?

—Sí, sí quiero, pero...

—¿Entonces?

«Podrías tocarme un poco, imbécil». Pero eso, obviamente, no lo digo en voz alta.

Me enderezo para besarlo de nuevo y es entonces cuando le cojo una de sus manos y la llevo hasta mi clítoris. Él empieza a mover sus dedos, rápido y sin apenas mirarme. Por descontado, por más que trato de concentrarme, no consigo sentir nada. O, al menos, nada agradable, porque mueve su mano como si estuviese completando una misión en algún videojuego; a la velocidad del rayo y, para mi desgracia, con nula destreza. «Como siga así me lo destroza».

Decido que tengo que parar esto cuanto antes, así que intento otra cosa que pueda excitarme. Coloco mi mano sobre la suya y empiezo a guiarlo sobre mi clítoris. Con la otra, agarro su pelo y lo acerco a mi cuello, indicándole lo que quiero que haga.

Mi compañero de cama, sin embargo, tiene bastante prisa y, en pocos minutos, se coloca sobre mí de nuevo y acopla sus caderas a las mías. Al principio no está nada mal, se mueve decidido. Con cada uno de sus envites mi cuerpo se levanta un poco del colchón y una sensación conocida empieza a serpentear por mi cuerpo. Me emociono y me dejo llevar. Pero la sensación de «uve» se desinfla cada vez más y, cuando me doy cuenta, oigo un gruñido seco, y el tipo —Ángel, ha dicho que se llama— se desploma a mi lado.

—Ha estado muy bien, Miranda —suelta con un hilo de voz tras un largo suspiro.

«¿Que ha estado bien? ¿Ya está?».

—Igual podríamos hacer otra cosa —propongo con mi mejor cara de niña buena—. Pero antes, voy un segundo al baño.

Él asiente y lo pierdo de vista por un momento cuando accedo al lavabo para asearme un poco. «La noche va de mal en peor, ¿será posible remontar esto?», pienso mientras vuelvo a la habitación.

Cuando me acerco a la cama, recibo mi respuesta en forma de sonoro ronquido.

—¡Joder! Pues vaya plan... —susurro.

Seguramente, ahora mismo debo de tener cara de idiota mientras miro el techo de la habitación de este tío. Estoy a punto de levantarme cuando pienso que primero echaré una cabezadita; hace mucho frío en la calle y ahora mismo no me apetece salir. Pongo la alarma muy temprano en el móvil y cierro los ojos mientras suspiro y espero a que me entre el sueño. Con lo bien que me hubiera ido un orgasmo para dormir a gusto. Cuando ya he dado como doscientas vueltas, intentando encontrar la posición correcta para dormir, oigo unas voces amortiguadas. Debe de ser la compañera de Ángel, antes me ha explicado que compartía piso.

Oigo que entra en la habitación de al lado cerrando de un portazo y, después, un golpe sordo y un jadeo. ¡Joder! Alguien la ha empotrado contra la puerta. Qué suerte tienen algunas. Ella sí ha sabido elegir.

El rato pasa y un sinfín de gemidos, golpeteos de la cama contra la pared y demás sonidos llegan hasta mí. «Joder, ese sí que se lo ha currado; las comparaciones son odiosas». No puedo dormir y,

además, me estoy poniendo muy tontorróna mientras escucho a esos dos follarse. ¿Quedaría muy mal si pido unirme a la fiesta? Sí, creo que sí. Escondo la cabeza bajo la almohada e intento dormirme.

La alarma del móvil me despierta. La apago, echo una mirada rápida al lado y veo que Ángel sigue dormido. Recojo mis bragas y mi sujetador y me los pongo antes de abandonar la habitación.

Cuando salgo, visualizo algunas de mis cosas en el suelo del comedor y avanzo hasta que... lo veo. Me refiero al hombre al que he escuchado darle todo al otro lado de la pared. Está de espaldas, en calzoncillos, y haciendo el desayuno en la cocina americana. Joder, te folla como Dios y después te lleva el desayuno a la cama, eso sí que es nivel para un ligue de una noche.

—¿Quieres un zumo? Estoy haciendo unas tostadas —pregunta sin darse la vuelta. Su voz suena ronca por el sueño o, más bien, por la falta de él.

Por mi mente pasan mil expresiones por minuto y ninguna de ellas es apta para menores de dieciocho. Este tío debe de ser deportista o algo, porque menuda espalda. *Dios santo, madre del amor hermoso, virgen de las angustias, pecadores benditos*. Fijo que tiene la uve de los oblicuos marcada. «Miranda, céntrate y vete de aquí. Bueno, igual por un zumito tampoco pasa nada». Cojo uno de los vasos que hay preparados en la isla mientras, en mi cabeza, estoy imaginando cómo será por delante. Entonces, se da la vuelta. Y eso que veo sí que es una UVE de vértigo como Dios manda. Pero subo la mirada y...

—¡¡Marc!! —Escupo el zumo de la impresión. Para ser más exactos, lo escupo encima de su pecho.

—¡¡Miranda!! ¿Qué coño haces aquí? —grita él, casi tan sorprendido como yo, mientras se seca con un trapo.

—Podría decir lo mismo de ti. —¿Debería taparme? Ahora que sé que es Marc, no sé si es muy buena idea estar en ropa interior delante de él. Bah, demasiado tarde.

En ese momento, él acaba de limpiarse el pecho y veo que me observa. Recorre mi cuerpo con la mirada. Empieza por la punta de los dedos de mis pies y sube muy lentamente, mucho, tanto que me pone un poco nerviosa y trago saliva con dificultad. Algo raro en mí, pero es que me está dando un buen repaso. Cuando por fin nuestros ojos se encuentran, durante una décima de segundo, los suyos parecen nublados por algún motivo, pero rápidamente parpadea y habla de nuevo:

—Madre mía, qué casualidad encontrarnos aquí. Pero ¿fue bien? Me enviaste un mensaje con la ubicación y un triste *ok* y no sabía si tenía algo más que descifrar de eso. No pensé en abrir y mirar la ubicación a no ser que me necesitaras, si no, hubiera sabido que estabas aquí.

—Mejor no hablemos, Marc, tengo que salir de aquí antes de que se despierte ese tío.

—Eso suena a polvo frustrado...

—Estoy segura de que tú no puedes decir lo mismo, porque, joder, nene, córtate un pelín, que se habrá enterado todo el vecindario de tus tres *rounds* sexuales.

—Joder, Mir, ¿me has escuchado?

—Yo y estoy segura de que algunos más —me burlo un poco y él bromea dándome un codazo—. ¡Mierda, mierda! —Digo en voz baja al ver que Ángel sale de la habitación. Paso al otro lado de la isla y me agacho para ocultarme de él. Marc está justo delante de mí, tratando de disimular.

—¿Una tostada? —suelta Marc a modo de saludo para Ángel.

—No, gracias. Tengo que irme al hospital, me acaban de llamar para hacer una guardia.

—Vaya, que te sea leve.

—Si todavía está aquí la pelirroja, dile que la llamaré.

—Vale.

—La tengo loca.

—¿Tú no tenías prisa? —contesta Marc, que acaba de poner los ojos en blanco tras su comentario.

—Venga, hasta luego.

—Gilipollas —decimos Marc y yo al unísono cuando ya no puede oírnos.

—Ya puedes salir —me dice Marc, cuando se oye la puerta de entrada cerrarse.

—Yo solo te pido que la próxima vez procures no ponerme el paquete en toda la cara.

—Solo estaba tratando de que no te viera.

—¡¿Qué coño estáis haciendo?! ¿En serio? ¿Te lo haces conmigo y luego con ella en mi puta cara? —vocifera alguien por detrás de Marc.

—¡No es lo que estás pensando! —se defiende él.

—Sí, claro, ¿y me explicas qué está haciendo esta chica de rodillas a la altura de tu polla? ¡Capullo!

—Cálmate, es solo un malentendido —habla Marc en tono conciliador.

—Y tú no puedes ser más guarra, ¿no? —Esta vez, la chica se dirige a mí—. ¿Follaste anoche con mi compañero de piso y ahora te quieres tirar a mi chico?

—A cualquier cosa le llaman follar... Mira, guapa, yo me acuesto con quien me da la real gana —suelto al verme insultada.

—¿Por qué le hablas así? No te ha hecho nada, y no alucines, que no soy *tu* chico. Lo de anoche estuvo de puta madre, pero ya está, creía que había quedado claro —le dice Marc.

—Pero ¿cómo puedes...? ¡Largo de mi casa! ¡Fuera!

Nos empuja de malas maneras y nos echa, literalmente, del piso. Marc coge al vuelo su ropa, que estaba apoyada en el brazo del sofá, y yo logro coger mi bolso antes de cruzar la puerta.

—¡Eh, eh! Pero dame el resto de mi ropa —grito, dando golpes en la puerta.

—Por favor, Alejandra, te juro que has malinterpretado la situación —vuelve a justificarse Marc, a ver si nos da la ropa que nos falta.

—Ese vestido era mi favorito y el que mejor me quedaba. —Hago pucheros.

—Doy fe de ello —dice en tono de broma Marc mientras se pone los pantalones.

—¡Marc! —Le suelto un manotazo.

En el rellano del edificio y en bragas, lo miro sin saber muy bien si reírme o llorar. Cuando nuestras miradas se cruzan, estallamos en carcajadas porque la situación no puede ser más surrealista.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Pedimos un taxi? —sugiere.

—Estoy en bragas y sujetador.

—Toma, ponte mi camiseta.

—¿Y si llamamos a alguien de confianza y le pedimos que nos traiga algo de ropa? —propongo.

—Buena idea, seguro que Evan estará despierto, suele salir a correr temprano.

—Dale.

Marc saca su móvil del bolsillo del pantalón y empieza a llamar.

—Tío, necesito que me hagas un favor.

—...

—Sí, sí, ya sé que esto te recuerda a algo. Te debo una, pero, por favor, ven a buscar a este pobre infeliz. Te mando la ubicación. Ah, y tráete algo de ropa, por favor. Los pantalones más pequeños que tengas y un par de sudaderas.

—...

—Mejor no hagas preguntas.

Evan aparece en menos de quince minutos y, cuando nos ve juntos, medio en cueros, tiritando de frío y andando con el mayor de los sigilos, se descojona en nuestra cara.

—Pero ¿qué...? Me tenéis que explicar esto o sacaré mis propias conclusiones y será mucho peor —dice Evan—. Tenéis ropa en el asiento de atrás.

—Gracias, Evan, Dios te lo pague con lo que sea que te haga feliz en esta vida —le digo mientras me contorsiono en el asiento de atrás para ponerme los pantalones.

—Pero ¿me vais a contar que hacéis en pelotas en la otra punta de Barcelona?

—Pues no te lo vas a creer... —empieza a explicarle Marc.

2 . Tras una amplia sonrisa



Marc

Bien, por una vez voy a llegar a tiempo. Así Miranda no podrá mirarme con sus ojos acusadores y sabiondos. Si es que ya puedo oírla en mi cabeza: «¿Ves? Ya te lo he dicho un millón de veces, siempre llegas tarde». Pues que se fastidie, que hoy llego diez minutos antes. Solo tengo que girar la esquina y llegaré al bar en el que hemos quedado.

Me dispongo a dar un paso más cuando un patinete pasa a toda velocidad por delante de mí. Me echo hacia atrás a tiempo, pero la señora que caminaba a mi lado no tiene tanta suerte y cae al suelo. El chico del patinete, al intentar esquivarla, pierde el equilibrio y vuela hasta golpearse contra la acera. «¡Mierda!».

Me agacho rápidamente al lado de la mujer mientras veo que el chaval se pone en pie y se acerca cojeando.

—¿Le duele algo? —pregunto con voz calmada.

—La pierna.

Dirijo mis manos hacia allí y ella da un respingo cuando la toco con cuidado. Creo que el fémur está roto. Saco el móvil del bolsillo y llamo a una ambulancia, explicando la situación. Al colgar, oigo al chico, al borde de las lágrimas, pedir perdón una y otra vez.

Miro el reloj, ya llego tarde. Qué se le va a hacer. Espero junto a la señora hasta que aparece la ambulancia. Entonces, el chaval hace algo que me sorprende.

—Yo voy con ella al hospital —le dice al técnico de ambulancia.

—Está bien —accede.

Todos suben y, antes de darme cuenta, estoy solo en esta esquina. Mi móvil suena, es Miranda. Echo a correr hacia el bar y en dos minutos estoy delante de ella.

—Lo siento.

—Ya, como siempre —me dice y rompe a reír.

—¡Una cerveza! —le digo al camarero antes de sentarme frente a ella—. No ha sido culpa mía. Llegaba con diez minutos de antelación, pero un chico ha atropellado a una señora con un patinete justo en esa esquina y me he quedado hasta que se la ha llevado la ambulancia.

—¡¿Qué dices?! Madre mía... ¿y está bien?

—Creo que se ha roto el fémur.

—Vaya faena.

—Pues sí, espero que se recupere pronto. ¿Sabes lo que más me ha sorprendido? —Me hace un gesto con la cabeza para que siga hablando justo cuando el camarero trae mi cerveza—. Que el chico no ha huido, se ha quedado a su lado pidiéndole disculpas y, después, la ha acompañado al hospital.

—Eso está bien. ¿Qué es lo que te sorprende?

—Pues el acto en sí. Últimamente, tengo la sensación de que la sociedad, y esta ciudad en concreto, está cada vez más deshumanizada. Que no nos preocupamos por los demás.

—Puede que sea así, pero siempre hay excepciones. Gente buena hay en todas partes.

—Es que no paro de ver en las noticias que hay mucha delincuencia en Barcelona.

—Y es una mierda como un piano de grande —dice toda seria.

—¡Joder! ¡Qué gráfica eres!

—Es una manera de hablar. —Ríe—. Incluso, se nota en el cole que cada vez vamos a peor. Hay más ausentismo escolar y más chicos que se meten en líos de los que después no saben salir.

—Pues ahora que dices eso, el otro día me hablaron de un centro social en el que trabajan con chicos adolescentes y he pensado en pasarme para ver si puedo contribuir en algo.

—Eso estaría genial.

—Llevaba tiempo con ganas de colaborar en un sitio así, pero no había tenido la oportunidad.

—Esos sitios hacen una gran labor en el barrio.

—Sí, y yo espero ser de ayuda.

Mi mente vuela hasta aquellos ojos, que aún, a día de hoy, aparecen en mis pesadillas atormentándome con una culpa que me ahoga. Por unos segundos, me quedo absorto en el pasado, hasta que Miranda me llama la atención.

—Eh, ¿estás bien? Te ha cambiado la cara.

—Sí, sí, no pasa nada.

Me acerco a ella y dejo un suave beso sobre su frente. Nos miramos a los ojos por un segundo y sé que está viendo todo lo que hay en mi interior. Eso que no suelo mostrar, una amargura que no dejo que nadie vea y que mantengo bien escondida tras una amplia sonrisa. Y eso hago, sonreír, y hablamos de cualquier cosa hasta que cada uno vuelve a su casa.

La alarma resuena por la estación de bomberos y todos nos movemos a una. Corremos a colocarnos los trajes y, siguiendo órdenes, nos repartimos en dos vehículos.

Salir a atender un aviso siempre me crea dos sensaciones claras y diferenciadas: emoción, empujada por la adrenalina, y temor, enlazado con respeto.

Mientras atravesamos la ciudad, el jefe nos explica la situación. Cuando acaba, todos tiramos de ese pacto no escrito en el que hablamos de cualquier cosa excepto de lo que nos espera cuando el camión se detenga.

De camino al aviso acude a mi mente la noche en que salimos Miranda y yo solos. Normalmente, vamos con más gente, pero no íbamos a quedarnos en casa porque nos hubieran dejado tirados.

Su pregunta vuelve a mi cabeza y... ¡joder con Miranda!, ¿cómo iba a decirle que yo me la llevaba a la cama en ese mismo instante? ¿Cómo iba a explicarle que me había puesto como una moto mientras bailábamos? Es una barrera que no pienso cruzar.

Podemos tontear, pero cruzar la línea, esa que separa la amistad de... de lo que sea que pudiéramos tener, sería una tontería. Mira Sara y Evan, ahora están hechos una mierda los dos y lo peor es que ellos se quieren.

Yo no voy a caer en ese error, no voy a acostarme con una amiga porque después, todo se iría a la mierda. Así que mi polla va a seguir dentro de los pantalones en lo que a Miranda respecta.

—¡Tío! ¿En qué piensas? Te estoy hablando y pasas de mí —me dice Toni, situado a mi lado.

—Es que me da miedo que me recomiendes otro restaurante amigo de las cucarachas.

—Joder, qué perra te ha cogido, para una vez que meto la pata...

—Sí, seguro que solo ha sido una —le digo mientras me río.

—Bueno, a lo que iba, me han hablado de una fiesta de disfraces que se celebra el fin de semana en esa discoteca que te gusta tanto. ¿Te apuntas?

—¿El sábado?

—Sí. Y hay que ir disfrazado, si no, no te dejan pasar —recalca.

—Vale. ¿Y de qué te vas a disfrazar tú?

—Pues no sé. Creo que tengo algún disfraz por ahí guardado de algún carnaval.

—Pues yo no tengo ninguno, tendré que comprarlo.

—Podemos mirar por internet cuando volvamos —propone.

—Buena idea.

En ese momento, el camión se detiene y nosotros bajamos de él a toda prisa, dispuestos a jugar nos la vida. La situación no pinta bien. Se trata de un bloque de pisos antiguo en el que uno de los segundos está ardiendo. Por el tipo de humo, el olor que desprende y lo que nos comenta la policía es un incendio debido a una explosión por productos químicos, lo cual hace que toda la intervención sea más inestable. Hay que actuar con rapidez y eficacia para desalojar a todo el mundo, porque en cualquier momento puede haber otra explosión.

Toni y yo somos el primer equipo en acceder al edificio y nuestro destino son las plantas superiores. Subimos rápidamente las escaleras con las máscaras de oxígeno puestas, la bombona y el

resto del equipo a cuestras. Lo primero que comprobamos es la azotea. Por suerte, la puerta está entreabierta y no hay que forzarla, enseguida vemos que aquí no hay nadie. Comenzamos a descender y llamamos a las dos puertas que hay en el tercer piso. Solo se abre la de la izquierda. Una pareja de ancianos, visiblemente asustados, aparece tras ella. Les colocamos las máscaras de oxígeno y les explicamos que vamos a bajarlos por las escaleras lo más rápido posible. Ambos asienten, y mientras Toni alza a la señora y empieza a bajar, yo cojo al señor y desciendo los escalones hacia el exterior.

Una vez los dejamos en la ambulancia, la señora nos dice que su vecina de enfrente no está, pero que tiene un perrito pequeño y que debe de estar dentro del piso. Lo comunico y envían a Toni y otro compañero a rescatar al animal.

El capitán me pide que suba a ayudar al piso donde se ha originado el incendio, porque aún no está controlado. Así que me dirijo hacia allí con paso decidido.

Al llegar a la segunda planta, mi corazón se acelera, la visibilidad es prácticamente nula y apenas puedo distinguir a los demás. Avanzo con cuidado hasta que los encuentro tratando de extinguir el fuego. Me comunican que, en cuanto consigan bajar un poco la intensidad, hay que atravesar lo que queda de pasillo y comprobar las dos habitaciones del final. Asiento y espero a que me den la señal, que no tarda en llegar.

Atravieso otra cortina de humo denso y abro una de las puertas, entro a la habitación y compruebo que está vacía. Me dirijo a la de enfrente. Al abrir la puerta, veo un cuerpo encogido formando una especie de bola en el rincón más alejado de la habitación. Me acerco rápido y me arrodillo ante él; solo entonces eleva la cabeza y me mira con los ojos más aterrorizados que he visto en mi vida, solo es un niño.

—Hola, campeón. ¿Cómo te llamas? —le pregunto mientras preparo una máscara para él.

—U... Uriel.

—Bonito nombre. Voy a ponerte la máscara y después te sacaré de aquí, ¿vale?

Él asiente y deja que deslice la careta hasta que queda bien colocada sobre su cara. Lo ayudo a ponerse en pie y lo cojo, sujetándolo contra mi cuerpo, para sacarlo de ahí lo antes posible.

Estamos a punto de atravesar la puerta hacia el pasillo cuando un grito traspasa mi comunicador. Antes de acabar de oír lo que el jefe de operaciones va a decirme, doy un paso atrás, cierro la puerta y corro hasta la esquina más alejada, tapando a Uriel con mi cuerpo cuando noto que todo explota a nuestro alrededor.

Siento un peso que me oprime hacia abajo y hago fuerza a la inversa porque no quiero chafar al chico. Empiezo a toser como un loco y me doy cuenta de que se me ha desplazado la máscara de oxígeno. El ruido ensordecedor ya ha pasado, solo puedo oír un pitido constante en mis oídos. Hago una evaluación mental de mi estado físico y al no sentir ningún dolor muy agudo intento ponerme en pie.

Por suerte, la estructura del edificio ha aguantado. Lo que ha caído sobre nosotros es una estantería, que con un poco de esfuerzo logro levantar y consigo recolocarme la máscara. Vuelvo a agacharme y veo que Uriel tiene los ojos cerrados. Me inclino más sobre él y compruebo que siga consciente, mientras oigo que la puerta de la habitación salta en pedazos tras un aviso de mis compañeros. El chico abre los ojos, respiro aliviado y lo vuelvo a cargar para llevarlo hasta la ambulancia.

Después de dejar a Uriel sobre la camilla, todo se vuelve un borrón. Me doy cuenta de que mi brazo sangra y entonces me atienden a mí también, aunque solo es un corte sin importancia. Un rato más tarde volvemos a la estación, y para cuando acaba mi turno estoy hecho polvo.

Al salir al día siguiente, miro el móvil y veo una llamada perdida de Edgar, le envió un mensaje para ver si necesita algo. Había quedado con Miranda, pero decido que no voy a ser la mejor compañía, así que le escribo un mensaje.

Yo
Pelirroja, me vas a matar,
pero hoy no voy a
poder quedar.

Mir

¿Qué ha pasado? ¿Todo bien?

Yo

Ayer fue un día duro. Hubo un incendio en un piso del centro por químicos, y todo saltó por los aires mientras estábamos dentro.

Mir

¡Dios mío! ¿Estás bien?

Yo

Sí, por suerte, pude refugiarme en la habitación de al lado y la estructura aguantó.

Mir

¡Casi me da un infarto!

Yo

Tranquila, nena. Tienes amigo bombero para rato.

Mir

Más te vale.

¿Quieres que me acerque, te lleve la cena y vemos una peli?

Yo

No, tranquila. Estoy demasiado cansado y no sería buena compañía. Solo me apetece dormir.

Mir

Como quieras...

Yo

Para compensar el plantón, tengo una propuesta.

Mir

Dispara.

Yo
Dos palabras.
Fiesta el *finde*.

Mir
Eso son tres palabras, bomberito.

Yo
Pero ¿a que me has entendido?

Mir
Claro, yo soy muy lista.

Yo
¿Te apuntas?

Mir
¿Cuándo es?

Yo
Sábado por la noche.

Mir
¡No puedo!
Tengo cena familiar...
Y no me dejarán escaparme pronto.

Yo
¿No te puedes escaquear?

Mir
Ya me gustaría, pero imposible.

Yo
Pues ya te contaré qué tal.

Mir
Cabrón.

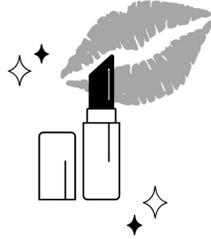
Yo
♥

Por fin es sábado por la noche. Este *finde* libro y además voy a ir a la fiesta de disfraces con algunos compañeros de la estación. Después del incendio, no nos acordamos de buscar disfraz por internet, pero esta mañana me he escapado a una tienda especializada y, aunque me ha costado una pasta, voy a estar de lujo.

He dejado el traje estirado sobre la cama, me he duchado, afeitado, peinado y perfumado. Si hoy no ligo como el caballero oscuro, la próxima vez, me disfrazo de Harley Quinn, es una promesa.

Cuando acabo de ponerme el traje, me paro delante del espejo de cuerpo entero que hay en la entrada del piso. Con toda la ceremonia posible, me coloco la máscara que solo deja a la vista mi boca y mi mandíbula. Espero que no se asuste nadie cuando oigan mi voz, porque suena muy ronca por culpa del humo. Tanto que parece que me he tragado una lija. Y sí, entonces no puedo evitarlo, y pruebo cómo suena con una de las frases de Batman, mi superhéroe favorito: «No eres el diablo. Eres un intento».

3. La oveja negra



Miranda

Levanto la vista de los exámenes que tengo delante y, por un momento, me concentro en la música relajante que suena a través de mis auriculares. Imágenes mentales de la última noche que salí con Marc vienen a mi mente y muerdo la punta del bolígrafo al recordar con una sonrisa lo bien que lo pasamos bailando juntos. Entre nosotros dos siempre ha habido una química brutal, quizá porque ambos somos bastante transparentes y nos gusta bromear. La gente que nos conoce no se extraña, ya son unos cuantos años de amistad y, ciertamente, no la cambio por nada.

—Miranda, ¿qué tiene de interesante el edificio de al lado? Te has quedado ausente unos minutos mirando por la ventana —me habla Irina, la nueva profesora que hace pocas semanas se ha incorporado al colegio para sustituir a Pablo en las clases de matemáticas.

—Es que desde esta sala de profes tenemos unas vistas impresionantes —ironizo, y ella sonrío.

Irina es una tía estupenda o, al menos, eso me ha parecido durante los días que hemos estado trabajando juntas. Tenemos la misma edad y gustos parecidos, aunque físicamente nos parezcamos en el blanco de los ojos. Ella es rubia de pelo liso, alta, con cintura de avispa y siempre lleva unas gafas de lo más modernas, porque otra cosa no, pero ve menos que un pulpo en un garaje. Es de esas personas entrañables que, si no fuera por esas lupas ultrareducidas, no reconocerían ni a su propia madre a dos metros de distancia.

—¿Te han dado mucha guerra los de cuarto? —pregunta.

—En general, no, aunque hay dos niños que llevan días muy dispersos y me preocupan un poco.

—Podríamos hablar con ellos.

—Sí, en cuanto pueda los pillaré por banda.

—Genial, mejor asegurarse, por si es algo importante que debamos tener en cuenta. Por cierto —cambia de tema radicalmente—, me han dicho que el sábado hay una fiesta de disfraces. ¿Vamos juntas?

—No puedo, tengo cena familiar. Uno de mis hermanos tiene una noticia que darnos. Nada que no pueda intuir, pero... tengo que ir.

—¿Y no puedes venir cuando acabes? Lo pasaremos bien, pondrán música variada.

—De verdad que me encantaría, pero no quiero dejarte colgada si luego no puedo.

—Pues nada, me quedaré en casa con mis ruidosos y estupendos compañeros de piso —dice Irina con carita de pena.

—Lo siento, de verdad.

—No pasa nada, otra vez será. Me voy, que tengo clase en cinco minutos. ¡No te canses mucho corrigiendo exámenes!

Sábado noche y estoy delante de casa de mis padres con uno de mis conjuntos más discretos y una de mis sonrisas más falsas.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? —la saludo amablemente y le doy un abrazo.

—Bien. Pasa, hija, te esperábamos.

Una vez dentro, asisto de nuevo a lo que se ha convertido en una constante en esta casa. Cada vez somos más, es como si no se hubieran inventado los anticonceptivos en esta familia.

Doy un paso más y saludo uno por uno a todos mis hermanos y sus respectivas parejas. Por si no lo había contado, soy la pequeña de cinco hermanos: Francisco, Álvaro, Jorge y Sergio; de mayor a menor. Y por si eso fuera poco, tengo tres sobrinos de entre tres y ocho años que se me tiran encima cada vez que me ven.

—¡Qué grandes estáis, renacuajos!

Pero si realmente hay una persona en esta casa por la que vendría una y mil veces es, sin duda, por ella: mi abuela Lourdes, alias «la yaya».

—Yaya, ya estoy aquí. —Le hablo cuando ya me he acercado a ella, ya que apenas puede ver.

—Mi niña. —Sentada en la silla en la que se encuentra, me llama y yo me entierro en la calidez de su abrazo.

Minutos más tarde, estamos todos sentados alrededor de la mesa para degustar la cena que ha preparado mi madre, con la ayuda de mis encantadoras cuñadas. Antes, mi padre hace los honores y rezamos por los alimentos que tenemos delante:

—Amén —dice, y todos repetimos.

—Bien, ¿y qué tenías que decirnos, Álvaro? —Rompo el hielo. Mejor centrar la atención lejos de mi persona.

—Eso, que nos tienes muy intrigados —apunta mi madre.

—Queríamos esperar al postre, pero mejor contarlo ya. —Álvaro desvía su mirada hacia Anabel, su mujer, que le pone ojitos—. Vamos a tener otro hijo.

—¡Qué emoción! Así me gusta, que me llenéis la casa de nietos juguetones —comenta mi madre, visiblemente contenta.

¿Se entiende ahora lo que decía antes sobre mi familia?

—Enhorabuena, un hijo siempre es una bendición —interviene mi padre y todos les felicitamos.

—Ya que estamos con las buenas noticias, Almudena y yo también queríamos deciros algo importante —dice Jorge, el tercero de mis hermanos. Todos lo miramos expectantes, aunque se nota a la legua lo que va a decir—. Estamos oficialmente comprometidos, pero aún no hemos decidido la fecha de la boda.

Mis padres no caben en sí de gozo.

—¿Alguien más tiene algo que decir? ¡No puedo con tanta felicidad! —Esta vez, mi madre nos mira directamente a mí y a mi hermano Sergio, que está sentado a mi lado.

—Por hoy ya está, mamá —digo mientras pongo los ojos en blanco.

—Y tú, ¿cuándo nos vas a traer una buena noticia? —Se refiere a mí.

—¿No te vale con que esté feliz con mi vida en general?

—Ay, hija, no sé, es que como nunca nos presentas a nadie. ¿No sales con ningún chico?

—No, no estoy con nadie —suelto resignada, por lo que sospecho que se me viene encima.

—Pues ya va siendo hora, ¿no, hermanita? —habla Francisco, mi hermano mayor, al que le suelto una mirada asesina.

—No, gracias, estoy muy bien tal y como estoy. Soltera no significa que esté sola, ¿entiendes?

—¿No quieres tener niños? —prosigue.

—Ya estoy rodeada de niños todos los días. ¿Por qué iba a querer más? —¿Empiezo a parecer indignada? Puede.

—Claro, todo el día con la plastilina y el pegamento —dice Álvaro, intentando hacerse el gracioso.

—¡Que trabajo con niños de Primaria, imbécil!

—No le hables así a tu hermano —interviene mi padre—. Y no digas palabrotas.

—Si ha sido él quien se ha metido conmigo.

—Era una broma, enana —dice Álvaro.

—Sí, como siempre.

—Si hubieras estudiado una carrera de verdad... —Álvaro vuelve a la carga.

—El que sabe sabe, y el que no enseña —suelta Francisco y todos mis hermanos ríen, a excepción de Sergio, que agacha la cabeza.

—¿Vosotros sabéis que si no hubieseis tenido profesores como yo ahora seríais el doble de cazurros de lo que sois? —suelto indignada.

—¡Miranda! ¿Podéis dejar de discutir? —Mi madre quiere calmarnos, pero no se da cuenta de que lo que hace es menospreciar cómo me hacen sentir mis hermanos—. Tengamos la fiesta en paz.

—Eso estaría genial —apunto, cada vez con más ganas de irme.

—Entonces, ¿no irás acompañada a la boda de tu hermano? —
Ahora es a mi padre al que atravieso con la mirada.

—¿Por qué os metéis siempre conmigo? Sergio también está soltero y nunca le decís nada.

—¡Miranda! —dice Sergio que, lejos de ser insufrible como el resto de mis hermanos, empatiza conmigo y ahora me observa con las cejas entornadas.

—A él no se le va a pasar el arroz —dice Jorge entre risas. Nada más abrir su boca, me entran ganas de cerrársela de un guantazo. Sus palabras me hieren continuamente, pero esta vez me contengo.

—Dejad ya a Miranda, anda, que os ponéis muy tontos a veces. —Sergio sale en mi defensa.

—Pues te ha quedado muy bueno el plato. —Escucho decir a Diana, la mujer de mi querido hermano mayor, que parece estar intentando desviar el tema. Cruzamos las miradas y le doy un gracias sin voz desde la lejanía.

—Ya te pasaré la receta —le contesta mi madre, orgullosa.

—¿Qué tal lo demás? —pregunta Sergio en tono conciliador.

—Como la seda —dice Francisco.

No sé cómo, pero consigo aguantar hasta el postre —delicioso postre que ha hecho mi madre, dicho sea de paso—, aunque no me libro de tropecientas pullitas más de mis hermanos. ¿Por qué no se conforman con verme feliz?

Antes de que me coman más la cabeza, decido que es el momento de marcharme, así que me despido todo lo simpática que me permite mi estado emocional tras hacerme sentir como la oveja negra de la familia. Justo antes de salir por la puerta, siento que alguien me sujeta el brazo:

—No le hagas ni caso a ninguno. —Mi abuela pone su mano temblorosa en mi barbilla y me obliga a levantar la cabeza—. Tú eres Miranda. Eres una mujer fuerte que sabe lo que quiere, buena persona y la mejor maestra que pueden tener esos chiquillos a los que das clase.

Miro a mi abuela con los ojos llorosos, sin saber muy bien qué decir.

—La cabeza bien alta, mi niña. —Saca veinte euros de su abultado escote y me los mete en uno de los bolsillos de mis pantalones, cual traficante experto—. Y ahora sal y diviértete.

No digo nada más, solo me abrazo a ella mientras me da palmaditas en la espalda.

Minutos más tarde, me acuerdo de la propuesta de Marc, pero seguro que ya tiene planes con otros amigos, así que llamo a Irina:

—Oye, guapa, ¿sigue en pie lo de la fiesta de disfraces?

Me siento en la cama de Irina a la espera de que vuelva con algo que me sirva como disfraz. «Por favor, que no sea algo naranja o pareceré una zanahoria. Ese color me sienta fatal».

—¡Ya estoy aquí! —Hace una entrada triunfal y yo me descojono.

—¿En serio vas vestida de Elsa, de *Frozen*?

—Tenía que aprovechar el rubio. ¿No te parece monísimo el vestido? —dice con las manos todavía detrás de la espalda haciéndose la interesante.

—La verdad es que te queda genial. Y bien, ¿qué tienes para mí?

—Te voy a tener que pintar el pelo. —Hace una pausa dramática

—. Y la cara. —Pone su mirada más maliciosa.

—Ni de coña.

—Luego con la ducha se te va, confía en mí.

—Enséñame el disfraz ya, me estás asustando.

—¡Tachán!

—Así que tú vas de princesa de cuento y yo de... Esta te la guardo.

—¡Al lío! Hay mucho que hacer.

—¿Puedo llevar antifaz?

—Te concedo esa licencia por ser tú.

—¿Estás segura de que esto es de mi talla? Es enano —digo refiriéndome a unos *shorts*, aunque, más bien, es un *culotte* de lo más atrevido.

—Que sí, mujer. Vas a estar tremenda.

—No me van a quitar ojo, que no es lo mismo y, la verdad, paso de ligues y de tíos ya.

—¿Ha ocurrido algo que te ha hecho llegar a esa conclusión? —pregunta Irina, arqueando una ceja.

—Hace tres semanas que salí con un amigo, ligué con un tío y dije hasta aquí.

—Lo de los hombres es como una ruleta rusa, lo mismo te toca uno estupendo que uno para olvidar.

—Pues maldita mi suerte, porque me encuentro con lo peor de esta ciudad —suelto resignada.

—¿Y tu amigo qué?

—¿Mi amigo? —Suelto una carcajada—. Él se lo pasó muy, pero que muy, bien... —No hace falta que diga cómo, ella lo entiende a la perfección—. Lo peor de todo es que lo escuché.

—¿En serio?

—Coincidimos sin querer en la misma casa, cosas surrealistas que pasan a veces en la vida. Hay confianza, es muy buen tío. ¿Por qué no me topo con alguien parecido a él? ¿De verdad pido tanto?

—Pues me está empezando a caer bien tu amigo, ¿eh? A ver si me lo presentas un día —dice Irina, risueña.

—En otra ocasión.

Cuando llegamos a la fiesta, comprobamos rápidamente que el ambiente es animado y todo el mundo cumple con el *dresscode*. Tras coger unas copas, nos movemos por la pista hasta encontrar un hueco en el que estemos cómodas para bailar y es en ese momento en el que empezamos a divertirnos. Lo hacemos durante horas al ritmo de una lista de canciones que me encanta cantar a pleno pulmón. Entonces, un grupo disfrazado de frutas se acerca a nosotras y me doy cuenta de que conocen a mi amiga.

—¡No sabía que estabais aquí! Qué graciosos estáis —dice mientras le da dos besos a un plátano gigante.

—¿Se puede ser más guapa? —Una chica disfrazada de piña le estampa un beso en los morros.

Aprovecho que Irina está conversando y me alejo del grupo hasta el pasillo de los lavabos. Mientras espero en una cola más que enorme, pongo atención a mi silueta delante de un montón de espejos que ocupan toda la pared.

Suena *The weekend* a todo volumen y el *beat* de la música inunda la oscura habitación, apenas iluminada por luces de color violeta. Pero esta vez, mi baile nada tiene que ver con la canción, sino más bien con mi vejiga a punto de reventar. Cuando logro mi objetivo, vuelvo a la zona del pasillo, donde están las pilas, dejo el móvil un segundo, me lavo las manos y me quedo ensimismada en mi reflejo, comprobando que mi antifaz está puesto en su sitio. Irina ha hecho un trabajo impresionante. Le encanta el maquillaje artístico, ha hecho cursos y se nota, me miro y no me reconozco. Además, las lentillas rojas son espeluznantes y ocultan el verdadero color de mis ojos.

De pronto, una silueta alta e imponente se cuelga en el espejo. Mis ojos observan con detenimiento a la persona que tengo justo detrás. Apenas puedo ver su mirada con la máscara que lleva, pero sé que está puesta sobre mí. Cuando ambas se cruzan a través del espejo, trago saliva.

4. De héroes y villanos



Marc

Me acerco despacio a ella, no quiero que salga huyendo. Hace rato la he visto bailar y no he podido evitar fijarme en cómo se movía. Su cuerpo se deslizaba por la pista sin importarle una mierda quien pudiera mirarla y eso me gusta, porque yo hago lo mismo. Cuando una canción me encanta, me dejo llevar y me olvido de todo lo demás. También, porque su disfraz es lo más sexi que he visto en mi vida.

—¿Ves algo que te guste? —le digo una vez me coloco tras ella y nuestras miradas se encuentran.

—Nada en absoluto —contesta seca, lo que provoca que una sonrisa lobuna se extienda por mi cara.

—Entonces, tramas algo. Raro sería que no fuera así...

—¿Maldades? —Me sigue el juego.

—Por supuesto.

—¿Y tú qué haces, que no estás salvando el mundo? —me pregunta cuando se gira para mirarnos cara a cara.

—Es que los superhéroes también tenemos necesidades. — Señalo con un gesto de la cabeza la cola para entrar al baño.

—Esto no lo enseñan en los cómics, ¿eh? —me dice divertida.

—La verdad es que no.

—Oye, ¿y cómo hace Batman para ir al baño en ese traje?

—¿Quieres saber el secreto? —Le hago un gesto con la mano para que se acerque más a mí—. La *batcremallera*.

Ambos nos reímos porque la conversión no puede ser más surrealista.

—Vaya, todos los días se aprenden cosas nuevas.

—¿Qué me vas a enseñar tú hoy, Harley? —digo para probar suerte.

—Eso ha sonado muy mal —se burla.

—Puede, me estaba arrepintiéndome mientras lo decía. —Rio.

—Para compensar, ¿me revelas tu identidad secreta?

—Todavía no, eres una villana, no sé si puedo fiarme de ti.

—Ya sabes que yo ahora soy de los buenos.

Un señor me toca el brazo para avisarme de que ya me toca. Le hago una seña para que entre él, no pienso dejar ir a Harley Quinn así como así.

—Mmm... —Me aproximo a su oreja y susurro—. Entonces, ¿te vendrías conmigo a dar una vuelta en el *batmóvil*?

Para mi sorpresa, sonrío y se acerca un poco, se eleva sobre las puntas de sus pies, apoyándose en mi pecho para llegar a mi oído, y dice:

—Mejor concéntrate en no pillarte el *batpene* con la *batcremallera*.

Y, entonces, se larga y me deja ahí plantado, con la boca abierta, hasta que reacciono y estallo en una carcajada que se pierde en el sonido de la música. Me giro para ir al baño, pero algo llama mi atención. Hay un móvil apoyado en la pila donde se acaba de lavar las manos cierta villana malévol. Lo cojo y sonrío para mí; quiera o no, vamos a tener que hablar, mínimo, una vez más.

Un rato después, me separo de los amigos con los que he venido y voy hacia la barra. He estado buscando con la mirada a Harley, pero no la he encontrado. Su móvil no ha sonado aún, supongo que en algún momento se dará cuenta de que lo ha perdido.

Cuando ya estoy pensando en dar una vuelta por la discoteca para ver si la veo, noto una vibración. Sí, lo sé, una suerte que los que han diseñado el disfraz le hayan puesto bolsillos. Contesto la llamada, esperando que sea ella, sin fijarme en el nombre que pone en la pantalla.

—Aquí, Batman.

—Tú... —Vaya, qué simpática.

—Y yo que pensaba que te alegrarías de volver a hablar conmigo.

—Quizá en otro momento, ahora estoy al borde del infarto por haber perdido el móvil.

—Pues tienes suerte de que lo he encontrado yo y no otro villano, que he visto por ahí a unos cuantos.

—Sí, sí, mucha.

—Anda, dime dónde nos encontramos para que te dé el móvil y deja de meterte en líos. Además, hablar así, con todo este ruido, es horrible, apenas te oigo —le digo divertido.

—¿En serio me vas a devolver mi teléfono?

—No tengo ninguna intención de quedarme algo que no es mío.

—Está bien, nos encontramos en la barra.

—Hecho.

Cuelgo y espero a que llegue. Cuando lo hace, simplemente, extiende su mano hacia mí y me mira desafiante. Sonríe perverso y dejo el móvil sobre su palma.

—Gracias. ¿Sabías que era mío? —pregunta.

—Soy un buen detective.

—Qué suerte he tenido... —Sonríe divertido—. ¿Qué quieres? Te invito a una copa como agradecimiento —me dice seria.

—No hace falta.

—Entonces, ¿aceptas que nos tomemos una copa juntos? —propone.

—¿Sabes que esto sería imposible en nuestro universo? —digo sugerente.

—Pues simulemos que estamos en uno paralelo, en el que Harley y Batman pueden tomarse algo juntos sin pelearse.

—Mmm... está bien —le ofrezco mi mano a modo de trato y la acepta antes de hablar.

—¿Qué quieres tomar?

—Ron con limón —le digo.

—Vale.

Se gira hacia la barra y pide las bebidas. Cuando las tiene, se gira y me ofrece la mía.

—¿Brindamos? —propongo.

—¿Por qué?

—Por los héroes y los villanos, por los móviles que se recuperan, por nosotros, por esta noche, por la vida...

—Vale, vale. Lo pillo, pero cierra el pico —dice y ríe, poniendo una mano sobre mi boca para que me calle y deje de desvariar—. Por nosotros, por la vida y la diversión.

Retira la mano y yo sonrío.

—Genial. —Levanto el vaso y lo choco con el suyo. Bebemos mientras nos mantenemos la mirada.

Por primera vez en mucho tiempo, siento curiosidad de verdad, o quizá solo es que me ha llamado la atención porque sus contestaciones no me bailan el agua.

—Y bien, ¿me vas a decir tu nombre?

—No —contesto serio.

—Vale, vale. ¿Prefieres mantener el anonimato? Pues por mí está bien.

—Es más divertido así.

—Tienes razón.

De pronto, la música cambia y empieza a sonar *Physical*, de Dua Lipa, que hace poco que la he descubierto y me encanta.

Cojo nuestros dos vasos casi vacíos y los dejo sobre la barra. Ella me mira sorprendida, pero no se opone. La cojo de las manos y la llevo conmigo hasta la pista.

Bailo a dos pasos de ella y veo cómo me observa, quieta. Cuando el ritmo empieza a acelerarse, no puedo evitarlo y su cuerpo comienza a mecerse. Me acerco despacio, pero no la toco, solo me muevo a su alrededor mientras ella eleva los brazos y gira sobre sí misma, siguiéndome con la mirada. Ahora sí me aproximo, coloco una de mis piernas entre las suyas y mis manos sobre su cintura para acompañar sus movimientos.

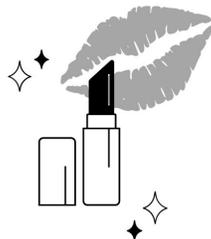
No dejamos de mirarnos en ningún momento, lo cual me enciende cada vez más, eso y la manera en la que se contonea contra mí.

Hago que gire sobre sí misma y me coloco tras ella. Se desliza hacia abajo rozando mi cuerpo y yo muerdo mi labio inferior con fuerza. Al subir, lo hace de cara y sus manos van desde el *batcinturón* hacia arriba, hasta que están unidas en mi nuca. Sin

poder evitarlo, las mías vuelan a sus caderas y mis ojos a sus labios y veo cómo se mueven mientras canta la canción. Inspiro y el olor del tinte de su pelo me atraviesa, lo cual me hace preguntarme cómo será su color real. Aprieto el agarre y acabamos la canción tan pegados que dudo que no se haya percatado del problemilla que empiezo a tener entre las piernas.

Llegados a este punto, he invadido su espacio vital y siento su respiración tan cerca de mis labios que no veo el momento de besarla. De incendiar su piel con mis caricias hasta que jadee y ruegue más. Quiero más de ella. Quiero ver hasta dónde es capaz de llegar.

5 . Cómo tragarte tus propias palabras en una misma noche



Miranda

Aunque seguimos siendo dos desconocidos que no se han visto la cara, la química fluye entre los dos y siento tanta curiosidad como excitación. Mis manos siguen unidas en su nuca mientras nos balanceamos al ritmo de la música, que, aunque está alta, nos permite hablar con algunas dificultades.

—¿Ya ves bien con ese antifaz? —dice él con su voz increíblemente ronca. Me pregunto si estará poniendo la voz así aposta o le viene de serie.

—Sí, perfectamente —digo orgullosa.

—¿No quieres quitártelo?

—Si me lo quitase ahora, me sentiría desnuda delante de ti.

—«Bravo, Miranda, con esta te has coronado».

—Joder, tienes respuestas para todo. —Ríe nervioso y yo le sigo. Madre mía, que tontería llevamos encima.

Carraspea y digo lo primero que se me viene a la mente:

—¿A qué te dedicas? Y no me digas que detective, porque no cuela. —Le vacilo.

—A ver si lo adivinas.

—¿Me estás retando?

—Si lo aciertas... —lo piensa durante unos segundos—, te revelaré mi identidad secreta.

—Esto se pone interesante. ¿Te parece si bebemos algo en la barra? Estoy seca.

—Como quieras. —Nos separamos para caminar hacia allí y siento frío al ser consciente del calor que desprendían nuestros cuerpos a esa insignificante distancia.

—A ver, ¿por dónde empiezo? ¿De letras o de números? — Comienzo a indagar sobre él mientras nos atiende el camarero.

—Vía alternativa.

—Uh, ¿eres artista? —Levanto una ceja, sorprendida.

—Pinto igual que un niño de cinco años.

Los dos nos carcajamos y le damos un trago a las bebidas que nos acaban de dejar en la barra.

—¿Llevas uniforme? —Este hombre me tiene desconcertada.

—Mmm... —Se hace el interesante—. Sí.

—¿Trabajas de cara al público?

—Depende.

—¿Policía? ¿Me vas a arrestar? —ironizo.

—Ya sabes que lo de la justicia me va, pero no, no soy policía. — De nuevo, esa sonrisa. Otra vez más y me va a tener que llevar a Urgencias.

—Me tienes muy despistada.

—Nadie dijo que fuera fácil. —Me mira sugerente y yo hago lo mismo.

En ese momento, se acerca Irina, que, por un momento, me saca de esta espiral de deseo que se adueña de mi cuerpo mientras apuro mi cubata.

—Debería volver con mi amiga —le comento al caballero oscuro, y percibo en él un punto de decepción.

—Supongo que yo también debería volver con mis amigos.

—Ehm... —No encuentro las palabras para despedirme de él.

—Ha sido un placer —susurra en mi oído cuando se levanta y, sin decir nada más, camina hacia el otro lado de la discoteca.

Ahora soy yo la que se queda con cara de tonta. Estaba conteniendo la respiración y no me había dado cuenta. Era eso o morir por combustión provocada por esa manera de hablar y de sonreír.

—¿Todo bien, Miranda? —Me intercepta Irina en la barra.

—Sí, sí, claro —respondo cuando vuelvo a la realidad.

—¡Nena, están poniendo temazos!

—¡Vamos! —Me agarro a su brazo y nos acercamos al centro de la pista, donde encontramos un huequito.

Bailamos al ritmo de un sinfín de canciones actuales y miento si no reconozco que desvió la mirada de vez en cuando para ver si ese hombre misterioso sigue en el local.

La primera vez, lo veo hablar de forma animada con sus amigos mientras toman algo. La segunda, está al otro lado de la pista rodeado de gente. Esta vez, él se da cuenta y nos desafiamos con la mirada unos segundos.

—¡Eres mi obra maestra! Es que no pareces ni tú —suelta Irina a la vez que me da una vuelta en pleno baile.

—¡Eres la leche! ¡Una artista del maquillaje, no me reconocería ni mi santa madre! Aunque el disfraz que me has prestado sea tan minúsculo que cuando vuelva a salir a la calle, estoy segura de que me congelaré por tu culpa.

—Pues parece que a Batman le has gustado, ¿eh? —Me guiña un ojo y menea sus caderas a mi lado.

—¡Qué dices! No le interesaré mucho cuando no ha vuelto a acercarse, pero mira, mejor así, que estoy hartita de llevarme chascos.

—Tenía pinta de estar buenísimo debajo de ese traje.

—Puede —contesto, y me muerdo el labio, ambas nos reímos.

No sé cuánto rato paso bailando con Irina hasta que escucho a mi espalda de nuevo esa voz inconfundible. Al girarme, se me corta un poco la respiración.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —Me mira y creo que un escalofrío me recorre entera al escucharle decir eso.

Puedo notar que el ambiente entre los dos ha cambiado. Nuestro silencio esconde nuevas sensaciones. Una tensión que nos va a matar como no pongamos remedio.

Siento que el corazón me bombea a mil por hora y no sé por qué. Supongo que son de esas cosas incontrolables que tenemos los seres humanos. Uno no elige cuándo ni cómo sentir, simplemente sucede.

—Ven. —Me ofrece su mano, yo dudo por un momento, pero después decido dejarme llevar y cogerla.

Segundos más tarde, estamos contra una pared de la discoteca y tan cerca el uno del otro que me cuesta hasta pensar. Su cuerpo encierra el mío con sus manos apoyadas detrás de mí y su aliento me acaricia, mientras tratamos de mantener la calma. Aunque, a estas alturas, ya es demasiado tarde para eso. Cómo me gustaría enredar los dedos en su pelo, pero no puedo, lo lleva oculto por la capucha de la máscara. Así que llevo mis manos hasta su nuca y doy un pequeño tirón, él gruñe y se acerca lentamente a mi boca hasta que nos respiramos el uno al otro, dilatando el momento.

—Voy a probarte, si no quieres, dilo —me susurra con esa voz rasgada que lleva atormentándome toda la noche.

No logro decir nada, las palabras no salen de mí. Siento que los poros de mi piel arden por él y que una sonrisa perversa escapa de mí sin poder evitarlo. Ambos nos acercamos un poco más a los labios del otro, arrastrados por el ansia que nos consume. Entonces, me sujeta suavemente por la nuca y asola mi boca sin dejar ningún hueco por explorar. El roce de sus labios es tan exquisito como había imaginado. Sus besos, lentos y decididos, hacen que la temperatura de mi cuerpo suba de forma exponencial, a pesar de lo helada que está la pared. Recibo un pequeño mordisco en el labio inferior y nos miramos por un segundo en el que solo puedo ver sus pupilas dilatadas tras la máscara, salpicadas de los destellos de las luces del local.

Sus manos bajan lentamente por mi cuerpo y hacen la presión justa para que quiera más. Me acerco y el roce que se provoca entre los dos nos vuelve cada vez más impacientes:

—¿Quieres más? —susurra cerca de mí y vuelve a besarme.

—Está más que claro lo que ambos queremos —digo tras un jadeo que escapa de mis labios.

—Podemos ir a mi casa, si te apetece.

—Prefiero que sea territorio neutral. —Es lo mejor, si tengo en cuenta lo de la última vez.

—Tú decides. —Acerca su boca a mi cuello y sus besos me hacen perder la poca cordura que me queda.

—¿Vamos a un hotel? Hay uno aquí al lado —digo sin pensar, porque no es la razón la que mueve mis pasos ahora mismo, son mis emociones en estado puro, que hacen lo que les da la gana.

—Vale. —Sigue con lo que estaba haciendo—. ¿Estás segura? —Entonces, me mira a los ojos y me convierto en gelatina.

Suspira, traga saliva a la vez que sube mis brazos hasta apoyarlos contra la pared. Coloca sus manos sobre las mías y agacha la cabeza hasta que nuestras bocas prácticamente se tocan:

—Sí, solo necesito hablar con mi amiga y avisarla de que no volveré con ella —le digo en un susurro entrecortado.

—Está bien, yo hablaré con mis colegas, y... una cosa más. ¿Quieres que me quite la máscara antes de...?

—No —respondo segura. «Si vamos a hacer una locura, hagámoslo bien hasta el final»—. Estaba pensando...

Suspira y me fijo en el movimiento de su pecho. Tal como me imaginaba, el traje le queda ajustado al cuerpo, no tiene nada de falso. Me saca más de una cabeza y resulta tan intimidante que mi respiración sigue igual de agitada que antes. Él me mira suspicaz.

—¿Y si vamos por separado y mantenemos nuestras identidades secretas? Eso lo haría más... —propongo.

—Emocionante.

—¿Vas a acabar todas mis frases, caballero oscuro?

—Puedo intentarlo.

Ambos reímos y después nos miramos serios.

—Nos vemos en unos minutos. Pide en recepción la llave a tu nombre de villana.

Río y asiento. Él desliza sus manos por mis mejillas con cuidado de no mover mi antifaz y envuelve mi cuello dejando los pulgares sobre la mandíbula. Me besa de nuevo, profundo, e impregna ese beso de tantas promesas como ganas tenemos ahora mismo de pasar la noche juntos.

Cuando nos separamos, nuestras miradas se retan por unos segundos y confirmo que acabo de tomar la decisión de mandar a la mierda mi propia determinación sobre esta noche. El caballero de voz rasposa suelta mis manos y voy en busca de Irina.

—Miranda, ¿qué tal con Batman? —me pregunta ella nada más verme.

Las pulsaciones de mi cuerpo van a mil por hora por culpa de ese hombre misterioso y todo sale de mi boca a trompicones.

—Bien, todo bien, estupendamente, muy simpático, tiene una sonrisa alucinante, nos acabamos de besar, creo... creo que me va a dar algo. —«Joder, céntrate, que ya no sabes ni lo que dices».

—*Wow*, ¿y se puede saber qué haces aquí? —dice muy sorprendida.

—Pues he venido a decirte que no me esperes, que no vuelvo contigo a casa. Pero una cosa te digo, otra decepción más y te juro que me hago monja. O lesbiana, lesbiana mejor.

Irina se descojona delante de mí.

—Guauuuu, ¡te lo vas a montar con Batman! ¡Me encanta! Y no te centres en lo que puede salir mal, solo disfruta del momento.

—Tienes razón, lo cierto es que tienes razón. La verdad es que el caballero oscuro promete, cruzaré los dedos. —Suspiro fuerte y me recompongo.

—Llámame con cualquier cosa, yo me iré dentro de un rato con el plátano gigante, que vive en la misma calle que yo.

—Lo haré, adiós. —Le doy su *ticket* del guardarropa, cojo mis cosas y me despido de ella.

Soy consciente de que esto que voy a hacer es una completa locura, que ni siquiera le he visto la cara a ese tío, pero estoy más que excitada. Precisamente, el no saber quién es él me llama mucho la atención, como si jugáramos a un puñetero juego. Espero no arrepentirme de esto.

Salgo del local, tiemblo por el cambio de temperatura respecto al interior y por la expectativa de lo que va a pasar dentro de ese hotel.

Paso por recepción y recojo la llave, la chica me mira con una sonrisa sincera que yo le devuelvo. Subo en el ascensor y noto cómo los nervios son sustituidos por la anticipación.

Cuando llego a la planta, camino por el pasillo en busca de la habitación y enseguida la encuentro. Me paro frente a la puerta y me doy un segundo para respirar hondo. «No tiene por qué ser un fiasco, el tío besa de una forma que hace que te exploten las

neuronas, así que tiene que ser bueno en la cama. Positividad». De todas formas, hoy voy a salir de esta habitación habiéndome llevado mínimo un puñetero orgasmo, aunque tenga que proporcionármelo yo misma.

Alargo la mano y acerco la tarjeta a la cerradura, se oye un clic y empujo la puerta despacio. La suerte está echada.

6. Las reglas del juego



Marc

Al escuchar el sonido de la puerta, mi corazón recibe una sacudida. Me giro y observo a Harley entrar en la habitación y cerrar de golpe. Verla, ahí apoyada, con la iluminación apenas existente que aportan las luces de las lamparitas, hace que la expectación y las ganas rujan en mi interior.

El ambiente se vuelve eléctrico entre los dos, pero no me muevo, solo me centro en su mirada. Ambos lo hacemos. Todo esto ha sido un poco precipitado y quiero que esté segura de lo que va a pasar dentro de esta habitación.

—¿No piensas moverte, Batman?

Por un momento, su voz me resulta familiar, ahora que no hay música de fondo, pero no consigo ubicar de dónde. Cuando ella se muerde el labio y esboza una sonrisa perversa, mi mente se queda en blanco.

—Solo intento darte algo de tiempo.

—¿Para qué?

—Para que huyas o te unas a mí.

—Esta villana no huye. Nunca.

Sonrío porque no puede gustarme más lo descarada que es. Empiezo a acercarme a ella despacio. Como si fuera un animal asustado que no quiero que eche a correr. Una amplia sonrisa se dibuja en su cara cuando estamos a solo unos centímetros de distancia.

Recorro su cuerpo con la mirada muy poco a poco, empapándome de cada detalle, cada curva. Empiezo por sus pies, enfundados en esas botas blancas y negras, sus piernas envueltas

en las medias de rejilla, las caderas donde lleva ese *culotte* de cuero, de un tamaño tan ridículo que el cinturón de tachuelas, que cae por encima de él, es casi más ancho. Y esa camiseta, llena de rotos que dejan entrever la piel de su barriga y su pecho, me dan ganas de dejar un mordisco en cada uno de esos agujeros.

—¿Y bien? ¿Cuáles son las reglas del juego? —Su voz suena tan baja y ronca que apenas es un susurro.

—Las marcamos los dos, yo no voy a imponerte nada que tú no quieras hacer.

—Yo quiero comerte entero, así que, ¿me explicas cómo te quito el *bat-traje*?

Me muerdo el labio, porque antes de quitármelo voy a lamerla de arriba abajo y hacerla suspirar hasta que me pida que me cuele dentro de ella.

—Pues...

—¿Sabes qué? Ya lo descubriré yo misma.

Cada vez que habla, el deseo por ella va en aumento. Me acerco a su boca, que ya viene al encuentro de la mía, pero en el último momento la esquivo y me dirijo a su cuello, donde lamo, beso y muerdo hasta oírla jadear en mi oído y siento sus dedos clavarse en mis hombros.

Desciendo y beso su pecho sobre la camiseta mientras mis manos se introducen dentro de esta y empiezan a explorar. Una sensación de euforia me invade al notar lo suave que es su piel y me dan aún más ganas de comérmela entera.

Se saca la camiseta de un tirón y vuelve a mirarme con los ojos nublados de deseo. Acercó mi boca a la suya y dejo que se rocen.

—¿Quieres más? —pregunto sin dejar que nuestros labios conecten.

—Sí, joder.

Río y no me hago más de rogar, asalto su boca mientras una explosión se expande por mi interior. ¡Mierda! Solo besarla ya es una puta pasada. La aprieto más contra la puerta mientras dejo que mis manos desabrochen su cinturón y ese *short* que me vuelve loco. Luego, me agacho para quitarle las botas con parsimonia, dejando besos en sentido ascendente por sus piernas. Cuando las dejo en el

suelo, me aparto un poco de ella para poder verla. Es más menuda de lo que parecía con ellas puestas y, sin querer, se me ocurren tantas cosas que le haría que tengo que controlarme para ir despacio. Solo lleva un tanga y un sujetador que deberían venir con una advertencia de peligro. Nos miramos y, en ese momento, pienso que creo que es la primera vez que me paro tanto a observar las reacciones de una chica. Obviamente, siempre les presto atención, pero noto que hoy es diferente, quizá solo sea porque seguimos con las máscaras puestas.

—Voy a comerte entera. —Mi voz sale ronca y espesa y provoca un jadeo en ella que llega hasta mi parte más sensible.

Me deshago del traje porque empiezo a tener mucho calor. Cuando acabo, solo llevo puesto el bóxer y veo cómo sus ojos recorren ávidos mi cuerpo. Da un paso hacia mí, pero se lo impido con un gesto y le repito:

—Te he dicho que voy a comerte entera.

Ella se queda donde está, sin moverse, expectante. Y eso me gusta. Me acerco a ella, la cojo de la mano y la llevo hacia la cama. Cuando estamos al lado, deslizo mis manos por su cuerpo hasta desabrochar el sujetador y dejar que caiga al suelo, olvidado. Beso sus pechos despacio, con delicadeza al principio, lo que la hace suspirar. Después empiezo a apretarlos y darles pequeños mordiscos que la hacen gemir y apretar los muslos. Bajo mi mano hacia ese punto que necesita de mis atenciones y está tan mojada que mi dedo resbala en su interior sin esfuerzo.

—Me muero por probar a qué sabes —susurro en su oído.

—Ni se te ocurra quedarte con las ganas —contesta ella, muy segura, tras lo que se muerde el labio.

Me arrodillo delante de ella y, sin apartar mi mirada de la suya, deslizo el tanga hasta el suelo. Apoyo la espalda en el lateral de la cama y la sujeto por las caderas para acercar ese cúmulo de nervios de su cuerpo hasta mi boca hambrienta.

Hundo mi lengua en ella y no puedo parar de saborearla hasta que consigo que grite tres veces mientras cabalga mi cara como una salvaje. Se podría decir que es la mejor puta experiencia oral de toda mi vida. Verla completamente desinhibida, entregada al placer,

hace que casi me corra con esa imagen de diosa encima de mí, pero me niego a acabar tan pronto.

Se tumba en la cama boca arriba y me mira mientras me pongo en pie. Me deshago del bóxer y me uno a ella. Trepo hasta quedar suspendido sobre su cuerpo.

—Sabes deliciosamente bien, Harley Quinn.

Ella ríe y yo beso su cuello.

Me gusta que se ría. El sexo es placer, es diversión. Es confiar en la persona con la que compartes este momento, ya sea por una noche, por varias o por todas, no importa. Por eso me gusta hacer que ella se sienta cómoda. Ambos debemos pasarlo bien, si no, ¿qué sentido tiene?

—Definitivamente, me apunto a salvar el mundo contigo —dice ella con una voz sensual cuando recobra el aliento y yo no puedo hacer otra cosa que sonreír, embelesado.

¿Se puede ser más ocurrente y dejarme sin palabras a cada momento?

Antes de que pueda replicarle, se acerca hasta atacar mi boca con ganas y ya me da igual el mundo, solo estamos ella y yo y esa conexión invisible que nos mueve en busca del placer.

La noche transcurre en un puto torbellino de caricias, besos de todos los tipos, sensaciones que te ponen la piel de gallina y un deseo insaciable hasta que ambos caemos agotados sobre el colchón. Sonreímos mientras permanecemos estirados, recuperándonos del límite al que nos hemos dejado llevar. Enseguida me giro y acaricio su mejilla, antes de hablar.

—Quiero verte.

Ella se sienta a horcajas sobre mí y acerca sus dedos al antifaz que lleva puesto, pero no se atreve a deshacerse de él.

—Te parecerá raro, pero me da un poco de vergüenza —contesta y desvía la mirada. Sospecho que debajo de ese maquillaje blanco está sonrojada, pero no puedo saberlo.

—Estás desnuda y he estado dentro de ti hace menos de cinco minutos.

—Ya, pero... es diferente. —Ríe nerviosa.

—Es extraño.

—En el fondo, también quiero... verte. —Levanta la mirada sugerente.

—¿Qué te parece si nos quitamos las máscaras a la vez? — propongo.

—¡A la de tres!

—Uno —cuento a la vez que me yergo para estar más cerca de ella, que sigue sobre mi cuerpo como si ambos encajaran a la perfección.

—Dos —dice ella, y ambos llevamos nuestras manos a la sujeción de nuestras máscaras.

—Y...

—¡Espera! —me pide—. Bésame, no quiero que esto acabe — jadea.

No me lo pienso, devoro su boca como no he parado de hacer en toda la noche y nos olvidamos del dichoso plan. En pocos minutos, hemos dado tantas vueltas, enredados, sobre el colchón que volver a sentirla, aun a través de un condón, se convierte en una experiencia que ya quisieran todos los superhéroes.

Las primeras veces con alguien pueden ser raras, pero en este caso hemos conectado de una forma que no me había pasado antes. Hemos dejado que el otro nos guiara en lo que más le gusta, prestando atención a cada susurro, cada puñetero gemido que no hemos podido ni querido evitar que salga de nuestro cuerpo. No es que haya sido perfecto, ha sido brutal.

Cuando me despierto por la mañana, tengo la puta máscara de Batman incrustada en la cara. Ya verás qué divertido ir toda la mañana con ella marcada. Miro a mi izquierda y veo que estoy solo. Me acerco al baño a ver si la chica misteriosa está allí, pero no. La única prueba de lo que pasó anoche es un triste rastro de tinte azul y rojo que queda en la ducha.

Vuelvo a la habitación un poco abatido, no porque quisiera casarme con ella, pero, hostia, lo de anoche estuvo muy bien y no me hubiera importado repetirlo.

Cuando me siento sobre el colchón me doy cuenta de que hay un papel sobre la mesita de noche:

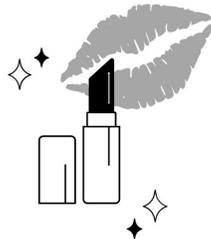
Lo de anoche estuvo genial, pero no sé si deberíamos repetir, ya sabes lo que dicen: segundas partes nunca fueron buenas. Si quieres desvelarme más secretos de Batman, te dejé un e-mail que acabo de crearme para que me los reveles... o lo que sea.

Ya sabes, soy malvada, ¿quieres descubrir cuánto?

villanaquinn@gmail.com

Sonríó mientras guardo la nota en mi cartera. Parece ser que voy a tener que crearme un *bat-email*. Por raro que parezca, me parece excitante que sigamos escondiendo nuestras identidades, así que, ¡que empiece el juego!

7. El paseo de la vergüenza



Miranda

Podría buscar una palabra para describir la noche de ayer, pero creo que no la encontraría. ¡JO-DER! Cierro la puerta de la habitación del hotel y, apoyada en la misma, suspiro y dejo ir todo el aire de mis pulmones. Se me escapa la risa tonta, porque no puedo sentirme más pletórica. Si pudiese chocar los cinco conmigo misma, lo haría. Camino por el pasillo hasta el ascensor al ritmo de *Walking On Sunshine*, que sale bajito del hilo musical, y lo que empieza como un meneo discreto con los dedos, acaba con un golpe de cadera, una vuelta y un movimiento de cabeza que podría de ser de Beyoncé perfectamente. El baile de la victoria sigue hasta el ascensor, donde el personal de la limpieza hace su trabajo.

—Buenos días —digo con la mejor de mis sonrisas.

—Buenos días, señorita —me responde una mujer que estoy segura de que se ha percatado de mi espectáculo—. Abríguese, que hace frío.

Oh, claro, que, a pesar de la ducha, llevo el minúsculo disfraz bajo el abrigo.

—Qué tenga un buen día, gracias.

Barcelona despierta y, como diría Marc, empiezan a poner las calles. Si bien es cierto que esta ciudad nunca duerme, a estas horas de la mañana, me cruzo con varios tipos de personas: con los que van a trabajar y piden a gritos un café humeante bien cargado, los eternos fiesteros que nunca tienen fin y los que hacen el maravilloso paseo de la vergüenza. En otras palabras, los que han

dormido en casa de un desconocido —lo de dormir es un eufemismo, obvio— y vuelven con la misma ropa de ayer, pintas desaliñadas, una probable resaca y la expresión en la cara de no saber si han tomado la decisión correcta.

En mi caso, como me he levantado de buen humor, podríamos decir que estoy «de vuelta a casa» a secas. Caminando por las Ramblas, con los primeros rayos de sol tocándome la piel, pienso en la nota que le he dejado al caballero oscuro. No es que me arrepienta de haberla escrito, pero, por otra parte, pienso que quizá lo mejor era dejarlo ahí, en esa noche perfecta que hemos pasado los dos, sin importarnos nada más que lo que sentíamos en ese momento. No conocíamos casi nada el uno del otro y eso lo hacía todo más fácil. Sin presiones, ni juicios. Intenso, sin más. Pero a quién quiero engañar, me encantaría volver a saber de él, así que, aun a sabiendas de que es probable que ni me escriba, he dado ese pequeño paso al frente.

Cuando al fin llego a casa, me dejo caer de cabeza en el sofá tan fuerte que me hago daño. Lo cierto es que estoy agotada. Entonces caigo en la cuenta de que he dormido con las lentillas de colores. ¡Mierda! Voy al baño a quitármelas y estoy al borde de la taquicardia al notar que se me han quedado pegadas a los ojos. Me decanto entre llamar a Irina y gritarle desesperada, correr a una óptica o meter el dedo ahí y rezar para no quedarme tuerta. Finalmente, opto por la última opción. Consigo quitármelas, sí, pero mis ojos están tan rojos que parece que esta noche haya hecho algo más que acostarme con un chico y beberme dos tristes cubatas. Soy algo parecido a un zombi andante, solo me delata mi cara de felicidad postsexual.

Se supone que he quedado con las chicas en una cafetería. Estoy hecha polvo, nunca mejor dicho, pero consigo llegar a tiempo y que no me echen la bronca.

—¡Miranda! —me saluda Ada con su bebé en brazos, que ya está sentada alrededor de una mesa junto con Sara.

—Hola, guapas, ¿cómo estáis?

—Bien. Tú no tanto, que parece que vengas de montar a caballo —se cachondea Ada, y Sara le sigue la corriente.

—Muy graciosa —me burlo.

—Ahora en serio, ¿estás bien? Te he traído el colirio que me has pedido —dice Sara.

—Oh, ¡te adoro! ¿Me lo pones? —le imploro con carita de buena.

—Echa la cabeza hacia atrás. —Le hago caso y me dejo hacer.

Pedimos unos gofres para merendar y hablamos durante un montón de rato, mientras Leo se queda tranquilo en el pecho de Ada.

—Ahora que ya tenemos algunas calorías más en nuestros cuerpos, podemos empezar a contarnos las penas —suelto.

—Sara, tú empiezas —le dice Ada.

—¿Qué queréis que os diga? ¿Y si me he equivocado con Evan?

Ada y yo nos miramos de forma cómplice. Que los dos se quieren de verdad es algo que tenemos claro, pero Sara es nuestra amiga y es ella la que tiene que darse cuenta de lo que necesita en su vida.

—¿Por qué no hablas con él? Así le explicas lo que pasa, por qué tienes tanto miedo. Yo estoy segura de que él lo entendería... —empieza a decir Ada.

—... y que te esperaré lo que hiciese falta —completo su frase.

—No sé si estoy preparada para esa conversación.

—Igual necesitas tiempo para aclarar tus ideas —dice Ada.

—Sí, pero quizá tengáis razón.

—Siempre la tenemos. —Todas reímos—. ¿Y tú qué tal, Ada? Suelta ahora mismo cualquier pensamiento negativo que te pase por la cabeza.

—Allá voy. —Se frota las manos y aprieta los ojos antes de hablar —. El otro día pensaba si...

—Si qué... —insisto.

—Si lo estoy haciendo bien con Leo. Es que, en realidad, no tengo ni idea de cómo ser madre. Es todo nuevo para mí y a veces me agobio.

—Cariño, lo haces genial. Estás ahí para él y eso es lo más importante —dice Sara, que por desgracia sabe lo que es vivir sin

madre durante mucho tiempo.

—Nadie está preparado para esto. Los padres no tienen ni idea, solo lo hacen lo mejor que pueden. —En ese momento pienso en los míos, en ese cariño que les tengo, a pesar de que tengamos perspectivas tan diferentes sobre la vida.

—Ya, pero son tantas cosas, tantas preguntas que no tienen una respuesta clara...

—Mantener a una minipersona kamikaze con vida a mí ya me parece que tiene mucho mérito —digo convencida, y las dos ríen.

—Es difícil, créeme. —Sonríe—. Pero mira qué carita, es que lo quiero tanto... —Lo acerca a ella y lo besa por todas partes.

—En serio, no te preocupes, deberías estar orgullosa de todo lo que haces, Ada —dice Sara.

—Gracias, chicas.

—Solo faltas tú, suelta prenda ya. ¿Nos explicas qué hiciste anoche para llegar ahora con esos andares? —pregunta Sara, arqueando las cejas.

Esto no es buena idea, pero allá voy.

—Me he enrollado con Batman.

Ada y Sara se miran por un segundo en silencio y, acto seguido, explotan a carcajada limpia delante de mí.

—¿Que has hecho qué? —Ada se parte de la risa y no puede ni hablar, así que al final le cojo el niño.

—Tienes que explicarnos eso —dice Sara, que todavía no ha parado de reírse.

Al final, Ada expulsa el batido de fresa tan *cuqui* que se había pedido por la nariz y nosotras entramos en un bucle de risas del que es difícil salir.

—Pero ¿por qué tenemos siempre que dar el cante? —digo de forma irónica.

—Porque somos así —Sara habla y con una mirada nos decimos todo.

—No podía parar, os lo juro —dice mientras se limpia las lágrimas y lo que no son lágrimas con la servilleta—. A ver, ¿por dónde íbamos? —Se lo piensa—. Ah sí, estábamos con Batman.

—¿Quién es ese? Desembucha.

—Ayer estuve en una fiesta de disfraces con una compañera del trabajo y conocí a un chico vestido de Batman.

—Uuuuuuhhhh, eso suena divertido —apunta Ada.

—No os lo vais a creer, es que tenía la voz igual que el de la película.

—¿Y cómo se llama? —pregunta Sara con curiosidad.

—Esto... No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —vuelve a hablar Sara.

—Lo que oyes. Decidimos no decirnos los nombres. De hecho, ni siquiera le vi la cara completa, llevaba máscara.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —La mandíbula de Ada le llega al suelo de la impresión.

—¿¿Qué hiciste?! —pregunta Sara, todavía alucinada.

—Uf... creo que acabo antes contándoos lo que no hice. —Me muerdo el labio inferior.

—¡Miranda! ¿Estás completamente loca? ¿Sabes que podría haber sido un psicópata? —Justo la respuesta que esperaba de Sara, la cauta.

—Lo sé, fue una locura, soy consciente de ello, pero no me arrepiento. Si tuviera que aconsejar a alguien sí que le diría: No lo intenten en sus casas.

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

—Ada, ¡puedes dejar de decir eso, por favor! —le advierto.

—No puedo, es que estoy flipando.

—¿No me vais a preguntar qué tal fue la noche?

—Espera, que todavía estamos en *shock* —dice Sara.

—¿Habéis...? ¿Os habéis...? —Ada no acaba la frase, pero no hace falta.

—Hasta el fondo. —Sonrío de oreja a oreja.

No reaccionan, luego empiezan a reírse otra vez.

—¿Me estás diciendo que te has liado con una persona que no conoces de nada y a la que no le has visto la cara? —dice Sara.

—Le vi los labios, que, dicho sea de paso, besaba muy bien; y los ojos, que eran de un marrón oscuro muy seductor.

—Miranda, nunca dejarás de sorprendernos —dice Ada.

—Creo que esta locura se lleva la palma de todas las *mirandadas* que has hecho.

—No te falta razón, Sara.

—¿Y se puede saber qué hizo Batman para dejarte así de...? — Ada ya me está poniendo nerviosa con el movimiento de cejas.

—¿Con agujetas, quieres decir? —admito.

—Sí, a eso me refería.

—Solo voy a decir que ese tío sabía muy bien lo que hacía. — Vuelvo a morder mi labio inferior.

A las dos se les escapa la risa tonta.

—Continúa —me anima Sara, guiñándome un ojo.

Cuando abro la boca para hablar, Ada me interrumpe:

—A ver lo que vas a decir delante del niño.

—Es solo un bebé —dice Sara con guasa.

—Por si acaso. —Pongo las manos alrededor de la cabecita del niño y vocalizo en susurros para que las dos me entiendan—. Sexo del bueno.

—Nena, qué suerte tuviste —dice Ada sonriente.

—Perdí la cuenta de los orgasmos que tuve porque me temblaban hasta las pestañas y solo quería decirle al caballero oscuro que no parase jamás. ¿Vosotras sabéis lo difícil que es que un rollo de una noche se preocupe por ti en la cama?

—No, no lo sabemos, Miranda —dice Sara incluyendo a Ada.

—Era atento y muy... generoso, cuanto más me revolvía del placer, él me daba más y más y...

—Por Dios, cállate ya, que me estoy poniendo mala —habla Sara, ruborizada—. Son ya muchos días sin Evan.

Al final, nos reímos las tres.

—¿Vas a volver a verlo? —pregunta Ada.

—Le dejé una nota con un *e-mail*, pero dudo mucho que me escriba.

—¿Un *e-mail*? ¿En qué siglo vives?

—No quería darle el teléfono y complicar las cosas. Si tiene que ocurrir, ya pasará.

—¿Y Pablo? —Sara me lo recuerda.

—Lo de Pablo solo pasó una vez. Bueno, fueron dos, pero ya os dije que no fue nada importante y lo mejor es que no vuelva a ocurrir. Somos compañeros de trabajo y nada más.

—Es lo mejor, Miranda.

—Lo sé, cuando vuelva de su baja laboral seguiremos trabajando juntos como si nada hubiera pasado.

Nos quedamos las tres en silencio hasta que Sara concluye nuestra quedada.

—Estás loca, pero te queremos igual.

Así son mis amigas, incondicionales y necesarias como el oxígeno. Ni la distancia, ni los hombres, ni siquiera nuestras diferencias han podido acabar con lo nuestro. Quizá porque es algo tan grande y puro como indestructible. Una forma de acompañarnos en nuestras pequeñas metas diarias, en nuestros momentos más jodidos y en las alegrías que celebramos como si fuera nuestro último día en la Tierra. El sueño de acabar como ancianitas solteras viviendo en una mansión rodeada de gatos fracasó en cuanto Ada empezó a salir con Gabriel, pero quién les iba a decir a Sara y Ada que ese maldito viaje les cambiaría la vida para siempre.

Tras un buen rato de charla, nos despedimos y salgo de la cafetería. Hace un frío de mil demonios, pero como es Barcelona, hay grandes aglomeraciones de gente por la calle. Al pasar por una de mis tiendas de cosmética preferida, no me lo pienso y acabo añadiendo un nuevo pintalabios a mi colección. Es mi perdición y me merezco un capricho. Cuando salgo y camino, decidida, por el barrio donde trabajo en dirección al metro, me paro a saludar a una persona que conozco que está sentada en un banco. Es uno de mis alumnos de la secundaria a los que imparto unos talleres de educación emocional cada mes.

—Hola, Joel, estarás congelado aquí sentado. —Lo cierto es que debe de estar helado, porque veo que se abraza para intentar entrar en calor.

—Hola, profe.

—¿Qué haces por aquí tan solo?

—Me he dejado las llaves para entrar en casa y mi madre no viene de trabajar hasta más tarde.

—Oh, vaya, ¿y no tienes algún amigo que viva cerca para que puedas quedarte en su casa mientras esperas? —Me preocupo por él.

—Yo...

—¿Qué ocurre?

—Yo ya no tengo amigos. —Cuando habla, agacha la cabeza con resignación.

—¿Y qué pasa con Yeray y Saúl? Os llevabais muy bien, siempre jugabais juntos al fútbol.

—Han dejado de hablarme, no quieren saber nada de mí.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? Estoy segura de que lo podéis arreglar.

—Creo que es demasiado tarde, nada va a cambiar. —Me sorprende verlo tan afectado y, de alguna forma, tan conforme con la situación.

—Anda, vamos, te invito a un chocolate caliente, que me da cosa verte.

Debe de estar pasándolo realmente mal, porque no opone resistencia y me acompaña hasta una cafetería que tenemos justo al lado. Pido algo calentito para los dos e intento que se abra a mí, para poder ayudarlo. Se me rompe el corazón que un niño diga que no tiene amigos. Da igual cuál sea su edad.

—Joel, sabes que puedes contarme lo que sea. Si hay algo que te preocupa o necesitas ayuda en algo, los profes estamos para eso también, ¿vale? Hace días que no te he visto por el cole.

—Vale. Es que he estado enfermo.

—Ah, ya... enfermo.

Hablamos durante un rato hasta que un mensaje le llega al móvil.

—Es mi madre, acaba de llegar.

—Genial, será mejor que vayas, estará preocupada. Y estoy segura de que tienes deberes que hacer.

Sonríe como respuesta, me dice adiós y se va, pero antes, algo cae de su bolsillo. Voy a agacharme para recogerlo, pero él se me adelanta, lo guarda rápido de nuevo y se va corriendo. Sin embargo, suenan todas mis alarmas al darme cuenta de que lo que esconde es una bolsa de marihuana.

Este nuevo descubrimiento me preocupa, será mejor que ponga al corriente a Irina para que esté atenta si ve algo raro en clase. Cuando voy a escribirle, llega un *email* a mi bandeja de entrada que me saca una sonrisa y me obliga a apretar los muslos:

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Villana fugada

Hola,

Te has ido sin despedirte y me has partido el corazón, pero no te lo tendré en cuenta si me cuentas uno de tus secretos.

P.D.: No me importaría volver a perderme entre tus piernas. ¿Cuándo volvemos a vernos?

Batman

8. Como agua y aceite



Marc

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Mezclas que no casan

La verdad, no creo que sea tan fácil partirle el corazón a Batman. No quise despedirme para no romper la magia.

Ha estado bien. De hecho, muy bien, debo decir, aun a riesgo de subirte más el ego, pero ¿nos arriesgamos a una segunda vez? Villanos y héroes no casan bien, son como el agua y el aceite, se juntan, juegan y pelean, pero jamás se mezclan.

H.

Cuando acabo mi turno el martes por la mañana, veo que tengo un *email* de Harley. Ha tardado más de un día en contestar, pero lo ha hecho, aunque haya sido para intentar darme calabazas. Puede que solo sea que, en cierta forma, aunque se ve que es una mujer que se enfrenta a todo sin miedo, le da reparo que no nos hayamos visto la cara. Así que decido contestarle y dejarle claro que por mí podemos acabar el juego.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Mezclas imposibles – posibles

Quizá nosotros podríamos revolucionar el mundo de las mezclas. Quiero verte. Ya hemos demostrado que nos mezclamos de puta madre. Si lo que te

preocupa es que no sabemos nuestros nombres o que no nos hayamos visto la cara, no tengo ningún problema en resolver eso. Está en tus manos.
B.

No recibo respuesta inmediata, así que me pongo a recoger un poco el piso, que está hecho un desastre. Ayer hablé con Edgar y llegará hoy en cualquier momento, dijo que me explicaría todo bien cuando viniera. Estoy guardando los platos del lavavajillas cuando suena el timbre. Al abrir, me encuentro a Edgar de pie en el rellano rodeado por dos maletas y una caja.

—Bienvenido a casa —digo, sonriendo, mientras le cojo el equipaje y me hago a un lado para que pase.

—Gracias, tío. De verdad que va a ser algo temporal.

—No te preocupes, puedes quedarte el tiempo que necesites, pero explícame qué ha pasado. ¿Una birra?

Nos sentamos en el sofá y después de dar el primer trago, empieza a hablar:

—Pues verás, por lo que se ve, mi casero se ha divorciado y necesita volver al piso. No ha podido ni darme el tiempo estipulado para que yo salga de él, pero al menos hemos llegado a un acuerdo. Así que me he quedado sin casa de un día para otro. No quiero decir nada a mi hermana Ada ni a mis padres para que no se preocupen. Le podría haber pedido a ella y Gabriel que me dejaran una habitación, pero ya tienen bastante lío con el peque.

—Sí, eso es cierto. No te preocupes, no diré nada.

—He echado un vistazo a la oferta de alquileres y está jodido, pero he visto un par que tienen buena pinta y, además, quedan cerca de la clínica veterinaria.

—Pues eso estaría genial. Bueno, ven, que te enseñe la habitación.

Edgar se dispone a colocar sus cosas y yo sigo recogiendo. Al rato, aparece y dividimos las tareas.

Los días pasan y sigo sin respuesta de Harley Quinn, y sí, me da rabia, porque, aunque nos acabábamos de conocer, el sexo fue impresionante. Me muero de ganas de repetir, pero no voy a perseguirla ni a agobiarla.

El viernes llego a casa a media tarde, el turno se ha alargado más de la cuenta por culpa de un aviso de última hora. Entro al piso y en lo único que puedo pensar es en comer algo y tirarme en el sofá a ver alguna peli o serie. Mientras me hago un sándwich me acuerdo de Edgar y voy a su habitación para preguntarle si quiere uno y si se une al plan.

—¡Edgar!

Abro la puerta de su habitación y me quedo quieto viendo lo que hay dentro; más bien, quién hay dentro.

—¡Hostia! ¡Perdón! —me disculpo, pero no me muevo.

—¡Tío! —me dice Edgar mientras busca con la mirada dónde ha ido a parar la sábana. Supongo que para intentar cubrir un poco a las dos chicas que lo acompañan, aunque creo que a ellas no les importa demasiado, porque, aunque se han sorprendido, no hacen amago de cubrirse.

—Ya me voy, perdonad.

Empiezo a dar pasos hacia atrás cuando una de las chicas habla:

—Nene, tu compañero de piso está buenísimo. ¿Te quieres unir?

—Me pregunta la rubia que está estirada en la cama, a la derecha de Edgar. La morena, a su izquierda, levanta la vista del cuello de este y asiente.

—Sí, buena idea. Ven —dice.

—Mejor os dejo solos —digo veloz.

Edgar me mira aún en silencio, cierro la puerta y vuelvo a la cocina, donde estallo en una enorme carcajada. ¡Joder! No veas cómo se las gasta este.

Diez minutos después estoy sentado en el sofá, con mi sándwich mientras busco algo que ver en Netflix, cuando las chicas salen de la habitación seguidas por Edgar.

—Adiós —me dicen ambas con una sonrisita, sacudiendo sus dedos.

—Adiós, chicas. —Sonrío.

Cuando él cierra la puerta, nos miramos y ambos estallamos en risas.

—Anda, pilla algo para comer que tienes que reponer fuerzas —le digo, riéndome aún.

Cuando vuelve, se sienta a mi lado en el sofá y entonces no me callo:

—¿Cómo? —pregunto.

—¿Qué?

—¿Cómo lo has hecho, tío? Solo son las seis de la tarde.

—Ah, bueno, es que han venido a la clínica para que visitáramos al gato de una de ellas.

—¿Y eso te ha llevado a acabar con las dos en la cama? ¡Alucino!

—Pues sí, no sé, una cosa ha llevado a la otra y...

Lo miro y se encoge de hombros, yo me río otra vez.

—Siento que nos hayas encontrado así.

—No, no, tendría que haber llamado antes de entrar.

—No pasa nada, pero menos mal que no has llegado treinta minutos antes.

Ambos volvemos a reír.

—Tengo una idea, te invito a cenar para compensar el impacto y te cuento mis secretos de seductor irresistible —me dice, alzando las cejas.

—Acepto, pero no necesito tus secretos, tengo los míos propios. ¿Dónde vamos a ir?

—Hay un jamaicano cerca de la clínica. La comida está de vicio.

—Hecho.

Pongo en marcha la peli y ya no hablamos más hasta que acaba. Más tarde vamos al restaurante. La verdad es que está todo buenísimo, se va a convertir en uno de mis sitios favoritos.

Días después, nos hemos reunido todos en casa de Gabriel y Ada para celebrar algo así como una comida con temática escocesa, faldas incluidas. Fue idea de las chicas, porque están un poco

obsesionadas con el protagonista de *Outlander*. En fin, que lo hemos pasado bien.

Ahora Miranda y yo volvemos a casa mientras damos un paseo. Menos mal que me he llevado la ropa de recambio, porque hace un frío de cojones. Sara y Evan se han quedado porque van a cuidar del pequeño Leo, para que sus padres puedan tener una noche de pasión. No sé cómo van a llevar quedarse los dos solos. Creo que son un poco masoquistas, pero bueno, ellos sabrán.

—¡Marc! ¡Hace mucho frío! —grita Miranda a mi lado, haciéndome salir de mis cavilaciones.

—Ven, anda.

Alargo el brazo, se lo paso sobre los hombros y la atraigo hacia mi costado. Mientras avanzamos por el paseo, apenas se nos ve nada más que los ojos entre la bufanda y el gorro.

—Recuérdame por qué coño no hemos cogido un taxi.

—Porque nos encanta pasear a la luz de la luna, porque nos gusta sentir el frío en la cara, porque...

—Somos gilipollas —acaba ella.

—Sí, también.

Rompemos a reír y nos apretamos más el uno contra el otro. Caminamos en silencio, solo se oye el romper de las olas en la orilla y, como llevado por un trance, me acerco al murete que separa el paseo de la playa.

—Y por esto.

No hace falta que le explique más. Ella asiente y ambos observamos el mar.

—Oye, Miranda —rompo el silencio mientras giro mi cabeza para verla mejor.

—¿Qué? —Levanta la vista hasta que nuestros ojos se encuentran. Siempre que nos miramos tan de cerca me quedo un poco en *shock*. Miranda tiene unos ojos azules que quitan el aliento.

—Mmm... ¿Te he hablado de mi nuevo juguete? —digo al fin.

—No, pero soy toda oídos cuando se trata de juguetes sexuales. A ver, ¿qué es? ¿Un vibrador? ¿Una lata de esas? ¿Consolador anal?

Empiezo a descojonarme y cojo su mano para ponernos en marcha.

—Vamos, que te lo enseño.

Seguimos andando, pero ahora más deprisa hasta llegar a mi casa. Subimos. Edgar no está porque hoy tenía guardia, así no hay peligro de que Miranda lo vea. Abro la puerta y dejo que pase.

—Cierra los ojos.

—Uy, qué misterioso.

Cojo sus manos y tiro de ella hasta llegar al salón, donde tengo mi juguete apoyado en la pared.

—Vale, ábrelos.

—¡Ohhh! ¡Yo quiero probarlo! —grita y empieza a dar saltitos.

—¿Estás segura?

—Claro.

—Mira que puede ser peligroso.

—Yo vivo al borde del peligro, nene. Deja que me suba.

—Tú estás como una cabra. Abre la puerta, vamos al paseo.

—Desde que se pusieron de moda, siempre he querido probar uno. —Se la ve emocionada.

—Tienes suerte de que voy a compartir el mío contigo.

—¡Oh, gracias, señor, por honrarme con tan majestuoso privilegio! ¡Lo trataré con mucho amor! —dice mientras atravesamos la puerta de la calle.

—Anda, ponte el casco y sube, que te explico cómo funciona el patinete.

Le doy las indicaciones básicas de dónde está el freno y el acelerador y poco más. Espero que no se estampe.

Durante un rato se mueve despacio y en círculos pequeños, pero pronto se envalentona, acelera y se aleja cada vez un poco más mientras ríe y suelta grititos.

Un rato después se acerca a mí y para a mi lado.

—¿Te llevo a algún sitio, bomberito?

—¿Al fin del mundo? —digo con una enorme sonrisa escondida tras la bufanda.

—Veré qué puedo hacer. Sube.

Coloco un pie sobre el patinete y mis manos sobre sus hombros. Miranda arranca y el viento gélido nos azota mientras reímos despreocupados. No sé qué tiene en mente, pero da igual. Ahora mismo, este momento es perfecto, nos divertimos y nos dejamos llevar. Estoy seguro de que vamos a crear uno de esos ratos que después recuerdas con cariño el resto de tus días.

Cuando me doy cuenta de a dónde nos dirigimos, vuelvo a esbozar una sonrisa, está loca. Avanza por el espigón y se detiene cuando llegamos al final.

—Vamos a morir congelados, pero he cumplido mi parte —dice de pie a mi lado, mirando la inmensa negrura que es el mar a estas horas.

—Ven aquí.

Me coloco detrás de ella y la envuelvo con mis brazos. Mi barbilla descansa sobre su hombro y, sin previo aviso, su olor se cuele dentro de mí. Huele genial, así que respiro hondo y su aroma y el del mar se mezclan haciendo que sea aún mejor.

—Gracias por traerme al fin del mundo —susurro por encima del sonido de las olas.

—Te llevaría a cualquier parte.

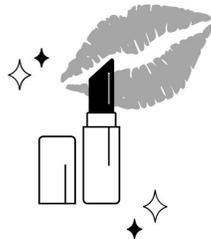
—Técnicamente, nos ha traído mi juguete nuevo.

—No lo estropees —dice mientras me da un codazo en el estómago.

—Está bien, ya me callo.

Dejo un beso sobre su mejilla y aprieto más el abrazo porque he notado cómo se ha estremecido, debe de estar muerta de frío. Espero que no cojamos una pulmonía; aunque no sé por qué, pienso que eso no es lo único a lo que nos arriesgamos.

9. Misterios por resolver



Miranda

Ya en casa, a punto de tirarme de cabeza a por una taza de café calentito tras un día duro de trabajo, me sorprende una llamada de Marc. Nada más escuchar que Evan está ingresado en el hospital, cojo de nuevo mi abrigo y salgo de casa para ir a verlo.

—Evan, ya me ha contado Marc lo que ha pasado. ¿Cómo estás?

—Me acerco a él y le planto un beso en la frente cuando entro en la habitación.

—Estoy. —Obtengo como respuesta. La verdad es que está hecho un cromo, lleno de magulladuras y con algunas fisuras en las costillas.

—Ya te veo, ya —le digo y Marc ríe—. Seguro que te recuperas muy pronto, que yo te conozco y eres muy fuerte. Por cierto, te he traído esto. —Le dejo encima una pequeña caja de bombones.

—¿En serio, Miranda? Eres la mejor. —Una sonrisilla aparece en el rostro de Evan, así que me enorgullezco de haberlo animado un poco. Sé que, además, las cosas entre él y Sara no están demasiado bien.

—Lo sé —respondo irónica.

Tras hablar un rato con Evan y zamparnos algunos bombones —porque todo es mejor si se comparte, claro está—, Marc y yo nos vamos un momento a la sala de espera de fuera mientras pasa la enfermera a tomarle las constantes y nos sentamos uno al lado del otro.

—Oye, ¿te pasa algo? Te noto pensativa —dice Marc.

—¿A mí? Qué va —miento.

—Te conozco demasiado como para saber que me estás ocultando algo.

«Sí, que el otro día me enrollé con un tío disfrazado de Batman y que no me puedo quitar de la cabeza el recorrido que hicieron sus dedos sobre mi piel ardiendo mientras yo gemía sin parar. Ni siquiera le vi la cara, pero el maldito caballero oscuro lleva días siendo el protagonista mental de mis encuentros con el Satisfayer». Me debato entre contárselo a Marc y que se ría un rato de mis batallitas del mismo modo en que lo hicieron mis adorables amigas, pero creo que es demasiado. Él ya sabe que estoy más para allá que para acá. Pero ¿tanto?

—Para nada. ¿Qué tal la salida del otro día? —pregunto para desviar el tema en otra dirección.

—¿La fiesta? —Agacha la cabeza y le entra la risa floja—. Estuvo muy bien.

—No hace falta que digas más.

—Pues eso.

—Sin embargo, hoy tampoco estás muy animado que digamos, ¿eh, Marc?

—Es que todavía estoy un poco en *shock* con lo de Evan, pobrecillo.

—Sí, es verdad. Cuando me has dicho que le habían dado una paliza no me lo podía creer. ¿Quién le podría hacer algo así?

—Al parecer, es alguien implicado en un caso que está llevando.

—Menuda gentuza.

—Después de esto, podemos esperarnos cualquier cosa.

Nos quedamos pensativos un segundo, porque me acaba de dejar helada con lo que me ha contado.

—¿Tienes planes esta tarde? Igual podríamos hacer algo para animarnos mutuamente —propone Marc.

—Sí, claro, me parece una idea estupenda. ¿Vamos a mi casa?

—Hecho.

Horas más tarde y tras pasar por una tienda del barrio a por provisiones de lo más insalubres, Marc y yo acabamos viendo una película, tapados con una manta en el sofá, que nos arrastra más al

pozo si cabe. Seguramente habréis oído hablar del perro Hachiko. Una historia de lo más lacrimógena.

—Marc, ¿estás llorando?

—No. —Mentiroso, le acabo de ver los ojos más brillantes de lo normal.

—¿Tú? —me pregunta Marc.

—¿Yo? ¿Por quién me tomas, chaval? —Otra embustera para la hoguera.

—¿Me explicas por qué hemos puesto esta maldita película?

—¡Yo qué sé! Por alguna razón, nos gusta regodearnos en nuestra propia desgracia. ¿A ti no te pasa que cuando estás por los suelos, solo quieres escuchar temazos tristes que te hundan más en la miseria?

—¡¿Qué estamos haciendo, Miranda?!

—¿Qué estamos haciendo? —repito incrédula.

—Estamos muy negativos. Evan se va a poner bien.

—Tienes razón —le digo.

—Nosotros no somos así.

—Claro que no.

—¡A la negatividad le decimos que se vaya a otra parte! Somos adultos. ¿Es o no es? —Marc se levanta y se pone en modo animador del equipo.

—¡Es! ¡Es!

—¿Y qué hacemos nosotros para animarnos?

—¡Salir de fiesta!

—Sí, eso está bien, pero tampoco estamos tan mal en casita, ¿no?

—Sí, que hace frío y eso. —La Miranda de hace unos años me mataría por decir esto—. Estamos hechos unos *viejóvenes*.

—¡¿Qué hacemos para animarnos? —Marc vuelve a la carga. Debemos de dar vergüenza ajena.

—¿¡Echar un polvo? —Suelto sin pensar.

—Sí, pues como no aparezca aquí alguien por arte de magia para echarnos una mano... —Ambos reímos.

—Joder, Marc, se me acaban las ideas.

—Somos penosos, Mir. —Se da por vencido y se deja caer de mala manera en el sofá.

—Oh, ya sé. —Se me ha ocurrido una idea, así que me levanto corriendo en busca de algo.

—Te juro que cuando pones esa cara de tramar cosas horribles, me das un poco de miedo.

—Qué exagerado, hombre. —Me burlo de él—. ¡Tachán! —Le enseño una botella de *whisky* que lleva no sé cuántos siglos en el armario y dos vasos de chupito.

—¡Oh, Dios mío! La pelirroja ha sacado la artillería pesada. —Los dos nos partimos de risa.

—Haz los honores. —Le ofrezco la botella y él reparte licor en los dos vasitos.

—Unos cuantos de estos y resurgiremos como el ave Fénix —dice Marc.

—¡Que así sea! —Levanto el vaso para hacer un brindis—. ¡Quién no apoya no folla y quien no recorre no se corre! —Hacemos el bailecito correspondiente con los vasos y dejamos que el maldito *whisky* de color marrón y sabor a regaliz nos arda un poco en las gargantas.

—¿Y ahora qué? ¿Se te ocurre algo que podamos hacer? —pregunta Marc.

—Hay algo que podríamos probar.

—Ya estamos otra vez con esa mirada...

—¿Qué les pasa a mis ojos? —le digo y le doy un codazo.

—Nada, nada, déjalo. Cuéntame en qué estás pensando.

Media hora y cuatro chupitos más tarde...

—Un poco más a la izquierda, que te sales —le pido.

—Así es imposible.

—Marc, céntrate, cariño mío.

—Con los ojos cerrados es difícil, ¿vale?

—¿Es un perro?

—No.

—¿Un conejo? Es eso, ¿verdad?

—No das una. —Marc se parte de la risa.

—¡Lo tengo! Es un caballo.

—¡Casi! Di algo más.

—No se me ocurre nada.

—¡Tiempo! —dice Marc al escuchar el sonido del cronómetro—. Es un unicornio, Miranda. ¡No es tan difícil!

—Tengo que decirte que dibujas fatal. —Es imposible no reírse de su dibujo.

—Pues estaba clarísimo. —No se lo cree ni él—. Te toca, tira los dados que, con suerte, te toca dibujar también con los ojos cerrados y me puedo descojonar a gusto.

—Sí, sí...

—Hagamos una apuesta.

—El bomberito se pica, uh. Sea lo que sea, acepto.

—Cinco tarjetas del juego. Si gano yo...

—Sorpréndeme.

—Mmm... —Pone cara de interesante mientras se lo piensa—. Me haces un masaje en la cabeza.

—¿En serio, Marc? ¿Es en serio?

—Es que tienes unas manos y unos dedos tan... suaves.

—Eso ha sonado muy cerdo.

—Va, dime tú qué quieres si ganas.

—Está bien. Si gano yo... —Me acerco a su oído y se lo cuento.

—Eres mala.

—¿Empezamos?

—Un chupito para celebrar nuestro trato.

—¡Dale!

Aprovecho y pongo música de los 2000, e incluso más vieja, es un antiguo cedé. ¡Marc me va a matar!

—Quieres distraerme, ¿eh? Muy bien, te vas a enterar, pelirroja.

—Ya sabes que soy muy competitiva.

—Solo una cosa te voy a decir... No me mires así, no me dejas concentrarme.

—¿Cómo? ¿Así? —Empiezo a pestañear de forma exagerada y me acerco tanto a Marc que intenta deshacerse de mí con cosquillas en el sofá hasta que se levanta de un salto.

—¡Qué temazo!

Suenan los BackStreet Boys y Marc, que se sabe el baile completo, se pone a darlo todo. Yo me uno, doy algunos bandazos de un lado al otro y, entonces, decido que es el momento de sacar unas patatas y algo más para picar, porque tanto alcohol a palo seco no puede ser bueno. Al grupito le siguen Britney Spears, Shakira y hasta Chenoa. Nosotros solos nos montamos la fiesta y hacemos una conga si es necesario. No es broma, lo último es verídico.

Tras el momento discotequero motivacional y otra ronda de chupitos, no damos una con el juego, ni con el dibujo ni con la mímica. De encontrar las palabras adecuadas sin decir la que está en la tarjeta ya ni hablamos.

—Esto es lamentable, Miranda.

—Para nada.

—Has jugado sucio con los BackStreet Boys —dice, vocalizando más de la cuenta.

—Va, si acierto esta antes de que acabe el tiempo, gano la apuesta.

—Que así sea. —Se bebe un dedo que queda en el vaso y empieza con la mímica.

—Dos palabras —digo, y él asiente.

Mira en todas direcciones en busca de algo. Al final, coge un cojín y empieza a mover las caderas de forma exagerada contra él.

—Marc, ¿qué haces? —Me llevo la mano a la boca mientras me carcajeo nada más verlo.

Me hace un gesto de espera y levanta el cojín hasta casi estamparlo con la lámpara del salón.

—¡El Rey León! Es un ciclo sin fin... —Me envalentono a cantar y mi amigo está a punto de darse por vencido.

Vuelve a hacer el mismo gesto y ya no sé ni qué decir. Entonces, se quita la camiseta, la tira al suelo, cabreado, y se va corriendo hasta una esquina del salón. Mira la pared y luego gira la cabeza de una sacudida, tratando de poner una mirada seductora.

—No puedo más, Marc. ¿Qué película es esta?

Señala la esquina, vocaliza una frase sin decir nada y luego levanta los brazos en alto otra vez.

—¡*Dirty Dancing!* —Me pongo de pie en el sofá de la emoción y le señalo con el dedo. Sin querer, me tiro un vaso de *whisky* encima.

—Menos mal, ya pensaba que esta tampoco la ibas a adivinar.

—¡Mierda!

—Cómo la lías.

—Solo por tu interpretación ha valido la pena. No permitiré que nadie te arrincone, Marc —me cachondeo de él.

—Te has puesto perdida.

—Culpa tuya, ahora, por listo, me quedo con tu camiseta. —Ni corta ni perezosa, me quito la mía y me pongo la suya.

—¿Me vas a dejar así toda la noche?

—Igual me apiado de ti y te doy un jersey.

Por respuesta, obtengo su mirada entornada.

—Por cierto, he ganado.

—Soy todo tuyo —dice mientras se deja caer en el sofá.

—Voy a buscar mis instrumentos. —Marc niega divertido con la cabeza.

—La próxima vez te vas a enterar. —Le oigo decir por lo bajini.

—¿Qué decías?

—Nada.

Al volver de mi habitación me doy cuenta de que algunas de las velas que tenía puestas se han apagado, así que aprovecho para encender algunas nuevas, que inundan la estancia de olor a vainilla.

—Tienes una especie de obsesión por las velas que me tiene fascinado y preocupado —interviene Marc.

—¿No te gustan? Aportan calidez al ambiente.

—Yo es que soy más de apagar fuegos que de encenderlos. —
Ríe irónico.

—Ya... Ponte cómodo —le digo mientras me siento de rodillas a su lado para tener un mejor acceso a su cara.

—Un día vamos a salir ardiendo tú y yo.

—¿Por las velas? —Arqueo las cejas.

—Claro, ¿por qué si no?

—Pues haces así —le soplo en la cara— y listo.

—Eres única, pelirroja. —Vuelve a reírse.

—Ahora estate quieto.

Se resigna a lo que viene a continuación.

—Tienes los labios muy secos —le digo.

—Será del frío.

—Tengo soluciones para todo.

Pongo un poco de producto sobre sus labios y lo esparzo con el dedo, para conseguir algo de hidratación. Nunca me había fijado desde tan cerca, tiene unos labios más bien finos y rosados. Al acariciarle, su boca queda entreabierta y siento su exhalación y su mirada inquisidora apuntándome.

—¿Qué?

—Nada —dice y traga saliva—. Te queda bien. —Señala su camiseta con la mirada.

—Ah, ¿sí?

Me concentro en mi tarea, aunque en ese momento también soy consciente de que Marc tiene el torso desnudo y mis ojos hacen una panorámica inocente de sus pectorales fibrosos y sus abdominales marcados que se pierden en el inicio de su pantalón. Por un segundo la imagen me resulta familiar, pero claro, es que este chico está de anuncio.

—¿Qué? —pregunta ahora él.

—Nada, que vas a estar guapísimo con este color.

—¿Verde?

—Sí, pura fantasía.

Le pinto los labios con precisión y, cuando termino, me alejo para ver qué tal es el resultado.

—Joder, Marc, me encanta. Mírate. —Le tiendo un espejo de mano.

Hace muecas extrañas frente al espejo, pone morritos y, finalmente, me mira con los ojos en blanco.

—Te ha gustado y lo sabes —insisto.

—Ahora viene cuando me dejas ropa tuya y me haces el *look* completo.

—Oh, sí, vamos —le estiro del brazo.

—Era una broma.

—Ya no lo es.

Abro el armario y diviso un par de prendas.

—Toma, Pruébate esto —le paso una camiseta de manga larga ajustada monísima.

—Que te crees tú que esto me va a entrar, optimista.

—No hay huevos.

—Tú lo has querido.

Marc consigue meter los brazos y la cabeza en la prenda con gran dificultad. Parece que la tela vaya a estallar en cualquier momento.

—Temo por la vida de tu camiseta.

—Es que no puedes ir con esos brazos por la vida, Marc. — Madre mía, cómo se nota que su trabajo es físico.

—Tú, que eres muy pequeña.

—Pequeña pero matona.

—Eso no hace falta que lo jures.

—Ahora ponte los tacones.

—¿Me cuesta mantenerme en pie sin tambalearme y quieres subirme a unos tacones? Vale, si me haces pucheros, no me puedo resistir.

Marc me hace caso y yo me parto de la risa, porque eso que dicen de que los hombres andan bien con tacones es una falacia generalizada o que excluye claramente al *velociraptor* de mi amigo. El cual desfila por la habitación mientras me río gracias a esta maravillosa estampa. En su favor diré que se le sale medio pie del zapato.

—Vamos, anda, quítate eso, que, a este paso, vas a acabar lesionado. ¿Otro chupito?

—El último y me voy.

—Ya me lo dirás luego —digo, y ambos reímos—. Prepáralos, que voy al baño.

Me alejo y aprovecho para mirar el móvil y ese *email* que todavía no he respondido. «Es una mala idea enviar una respuesta con unas copas de más y lo sabes», dice mi voz interior; pero, ni corta ni perezosa, escribo sin pensarlo demasiado:

De: villanaquinn@gmail.com

Para: elcaballerooscuro@gmail.com

Asunto: Misterios por resolver

¿Estás seguro de que quieres saber quién hay detrás de Harley Quinn? Igual te parezco irresistible y ya no puedes sacarme nunca más de tu cabeza. Es más, antes de dar ese paso, me gustaría saber algo más de ti.

¿Jugamos?

H.

La respuesta es instantánea y me deja con la boca abierta con pocas palabras:

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Misterios por resolver

Creo que no haría falta que te quitases nada para eso.

B.

De: villanaquinn@gmail.com

Para: elcaballerooscuro@gmail.com

Asunto: Juego peligroso

Estamos jugando con fuego, querido Batman. ¿No te parece que es un poco tarde?

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Juego peligroso

Has empezado tú y no me importaría quemarme. A estas horas no puede salir nada bueno. ¿O sí?

B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Los superhéroes nunca duermen

... pero tienes razón. Me voy a ir a dormir antes de decir algo que no debo.
Buenas noches, don Secretitos.
H.

Bloqueo el móvil, vuelvo con Marc al comedor y me siento a su lado en el sofá.

—Debería irme ya.

—Se nos ha hecho tarde al final —digo.

—Mañana, seguramente, le darán el alta a Evan y se vendrá a mi casa unos días.

—Genial, así le echas una mano.

—Podríamos quedar algún día de la semana que viene, si quieres, aunque tengo bastante lío. ¿Te acuerdas del centro social del que te hablé? Me he ofrecido para hacer un taller de escalada para adolescentes.

—¡Eso está genial!

—Podrías venir y te presento a la directora, hasta donde yo sé, buscaban más gente para hacer actividades con los chavales.

—¡Claro! Me encantaría, ya sabes que tengo muchas ideas.

—Perfecto, otro día vamos juntos.

Nos quedamos los dos pensativos y presiento que nos está dando el bajón.

—Estaba pensando que igual hace mucho frío ahora en la calle para salir, ¿no?

—Más que frío, pereza.

—¿Te quedas a dormir? —propongo.

—¿Contigo?

—Puedes dormir en el sofá, porque la habitación de invitados aún no está lista, pero vamos, que, si prefieres acostarte en mi cama y mantienes tus manazas alejadas de mí, no tengo ningún problema.

—Está bien, me quedo.

—¿Nos vamos a la cama? No puedo más con mi alma.

—Yo tampoco.

Me cambio de ropa, excepto la camiseta, que, aunque es de Marc, me parece supercómoda y a él parece no importarle. Nos acostamos cada uno a un lado de la cama y tras una mirada cómplice, nos damos la vuelta hacia la banda contraria.

—Buenas noches, Marc.

—Buenas noches, Miranda.

Antes de dejarme llevar por Morfeo, leo un último *email*:

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Cinco cosas que no sabes de mí

¿Quieres saber más sobre mí? Tú ganas.

1.- Me gustan los deportes de riesgo.

2.- Si tuviera que elegir un lugar para perder horas y horas, sería la playa.

3.- Valoro mucho el tiempo que paso con mis amigos.

4.- Mi último viaje ha sido por Europa, pero tengo muchos pendientes.

5.- Soy adicto a las primeras veces y creo que la nuestra fue brutal.

Ahora te toca a ti. Buenas noches,

B.

10. Despertares



Marc

Un ruido estridente se cuela en mi subconsciente, pero en vez de hacerle caso, me giro de nuevo en la cama, agarro el cuerpo calentito que hay a mi lado y, después de suspirar, intento volver a entrar en ese sueño profundo del que me han sacado. Espera, ¡mierda! Sonido estridente, cuerpo caliente... Abro los ojos, despacio, parpadeo e intento adaptarlos a la oscuridad que hay en la habitación y, poco a poco, distingo la mata de pelo rojo que se extiende por la almohada: Miranda.

Retiro mis brazos de su cintura con cuidado de no despertarla. Me siento en la cama y la miro; quizá no debería haberlo hecho. El edredón se ha deslizado hacia abajo y mi camiseta, que aún lleva puesta, se ha subido hacia arriba. Resultado: puedo ver perfectamente sus bragas, su trasero, sus piernas...

De pronto, otro ruido me sobresalta y saca de mi cabeza y mi cuerpo ciertas sensaciones extrañas que no alcanzo a identificar, su móvil está vibrando.

—Miranda —digo mientras zarandeo su cuerpo con suavidad.

—Mmm...

—Te llaman al móvil.

Sin abrir los ojos, estira un brazo, coge el teléfono y se lo lleva a la oreja.

—¿Sí? —Su voz suena ronca y espesa por el sueño y no puedo evitar una risita—. ¿Qué? ¿Qué estás en la puerta? Voy.

—¿Quién era? —pregunto mientras se tira de la cama con los ojos cerrados todavía y cae de culo al suelo.

—¡Joder! Creo que me he roto el culo. —Me rio y le ofrezco mi mano para ayudarla a levantarse—. Es Sara. Está en la puerta.

—¿Qué hago? ¿Me escondo? —le pregunto.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—Yo qué sé, para que no piense cosas raras, ¿no?

—Mmm... Haz lo que quieras, a mí me resbala —me contesta mientras sale de la habitación con los ojos medio cerrados y totalmente despreocupada.

—¡Llevas mi camiseta! —le grito, pero me ignora.

Escucho desde la habitación cómo hablan. Miranda disimula como el culo, si Sara no nos pilla, es porque está demasiado afectada porque Evan la echó del hospital ayer. Me mantengo atento y, entonces, las oigo ir a la cocina. Aprovecho para recoger mi ropa y corro por el pasillo hasta el baño, que está a medio camino.

Intento entrar lo más sigiloso que puedo, pero al dar el segundo paso, mi dedo pequeño del pie besa el mueble del lavabo. Abro la boca para soltar un «mierda» que oigan hasta en Madrid, pero me contengo a tiempo. Tiro la ropa al suelo y sujeto mi pobre dedo con una mano mientras me muerdo los nudillos de la otra en busca de alivio. No funciona y además pierdo el equilibrio y me inclino peligrosamente hacia adelante. Me agarro a la cortina de la ducha y, por un segundo, respiro tranquilo, pero dura poco. La primera anilla se rompe con un crac que resuena por toda la habitación, la siguiente la sigue muy rápido y yo vuelvo a inclinarme hacia delante. Muevo la otra mano, en busca de un apoyo, con tan mala suerte que cae sobre un bote de jabón abierto que acaba escupiéndome un chorro de champú directo a la cara.

En ese momento oigo sus voces más cerca, deben de estar en el salón y yo aún no he cerrado la puerta del todo. Me olvido del dolor y del picor en los ojos y la cierro despacio. Me apoyo en ella, aliviado, cuando consigo cerrarla rápido y sin liarla más.

Me acerco al espejo y la estampa casi me hace soltar una carcajada. Tengo la cara llena de un extraño gel azul que sigue metiéndoseme en los ojos. ¡Joder, cómo pica esta porquería! Abro el grifo y me enjuago rápido. Después me siento en el váter y miro mi pie. El pobre dedo está rojo como un tomate, pero no parece que

esté hinchado. Empiezo a vestirme. Cuando voy a ponerme los calcetines, las oigo ir hacia la habitación. Ahora o nunca. Me siento como Tom Cruise en *Misión Imposible*. Cojo los calcetines, las botas y el abrigo y, después de comprobar que no pueden verme, salgo al pasillo y corro hacia la puerta de entrada de puntillas. Cuando estoy cerca, escucho la voz de Sara y doy un respingo. Me paro en seco y miro por encima del hombro. Despejado. Sigo andando y abro la puerta. Justo cuando estoy a punto de cerrarla, veo que se me ha caído un calcetín al lado del sofá. ¡Mierda! Me distraigo y la corriente de aire hace que la puerta se cierre de golpe, dejándome con cara de tonto. Genial, ahora, además de Batman, soy Tom Cruise y Cenicienta. De aquí a Hollywood.

Cuando llego a casa me doy una ducha y hablo con Edgar. Evan necesita venir a casa unos días hasta que esté mejor, y si no quiere que descubra su tapadera, va a tener que buscarse la vida este tiempo. Me asegura que no hay problema, que seguro que puede ir a casa de algún colega.

Mi móvil suena y veo que es un *email* de Harley:

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Buenos días

Cosas que quizá te interesa saber sobre mí:

- 1.- Siempre digo lo que pienso.
- 2.- A veces, tengo el filtro bucal estropeado y no me importa.
- 3.- Valoro mi tiempo y el que paso con mis amigos por encima de todo.
- 4.- También me encanta la playa.
- 5.- Tengo una obsesión... peculiar con una cosa que quizá algún día te explique.

H.

P.D.: Para mí, por normal general, las primeras veces siempre han sido un fiasco, tú eres mi excepción.

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: La excepción responde

¿Puedo decir que estoy extasiado de ser tu excepción? Ya lo he dicho.
¿Playa? Cuando quieras vamos juntos, conozco varias calas escondidas que muy poca gente frecuenta.
¿Sin filtro? La verdad es que me encanta la gente espontánea, que no piensa demasiado las cosas, que simplemente se deja llevar y siente cada día de su vida como si fuera el último.
¿Cuándo volvemos a vernos? ¿Comprobamos si la segunda vez supera la primera?
B.
P.D.: Aún recuerdo tu sabor.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Incluso en la distancia...

... has conseguido que se me mojen las bragas. Mierda, quizá no debería haber escrito eso, porque esto va a catapultar tu más que inflado ego hasta el espacio exterior.
La verdad es que a mí también me apetece volver a quedar. ¿Esta vez sin máscaras? El sábado voy a ir con unos amigos a Soundtrack, ¿quedamos allí?
Harley, una villana abochornada

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: A pesar de la distancia

¿Qué puedo decir? Me encanta conseguir ese efecto en ti sin ni siquiera tocarte. Ahora imagina lo que haré el sábado por la noche entre tus piernas.
A las dos de la madrugada en punto, en los baños, por eso de no perder la tradición.
Batman, un hombre de costumbres

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Trato hecho

Allí nos vemos.

H.

Hoy es viernes, el último *email* de Harley me dejó un poco frío, pero supongo que estaría liada o, simplemente, no tenía ganas de seguir el juego. Miranda y yo llegamos juntos al centro social. Quiere ver si hay algo que ella pueda hacer para colaborar y me pidió que la acompañara porque yo ya conozco a Paula, la mujer que ahora mismo dirige este sitio.

—¡Hola, Paula! Ya estamos aquí, ella es Miranda, la amiga de la que te hablé.

Se saludan con dos besos y le explica cómo funciona el centro. Es un espacio en el que los chicos y las chicas vienen a desconectar de sus vidas, a pasar un rato entretenido con otros de su edad. Yo hace poco que empecé, pero enseguida me di cuenta de la gran labor que se hace aquí. Sobre todo, porque la mayoría de los adolescentes que vienen suelen tener falta de recursos o situaciones complicadas en casa.

Paula le cuenta a Miranda que últimamente ha habido algunos incidentes y que cree que hay personas a las que no les interesa que los chicos vengan. Miranda se muestra muy interesada con el tema, y como veo que enseguida han congeniado bien, decido dejarlas solas.

—Chicas, yo os dejo, que tengo que empezar la clase de escalada.

Ambas me hacen un gesto con la mano dándome su aprobación, pero sin prestarme apenas atención.

Cuando acabo la clase de escalada, tengo casi que arrastrar a Miranda fuera del centro, porque se ha metido tanto en la organización que no quiere irse. Me río mientras salimos juntos por la puerta y, entonces, una idea cruza mi cabeza, pero no la digo en voz alta. Si hay algo que me encanta de Miranda es que siempre se

implica al cien por cien en cualquier proyecto y verla ahora, incapaz de dejar de hablar mientras me explica algunas ideas que ha tenido para hacer actividades con los chavales, me produce hasta ternura.

Llega el sábado y no debería reconocerlo, pero estoy un poco nervioso por el encuentro con Harley. No dejo de pensar en cómo será. Vale, lo reconozco, también en todas las posiciones en las que pienso colarme dentro de ella, si me deja.

Ni siquiera sé de qué color tiene el pelo, porque lo llevaba pintado con espray por completo, o de qué color son sus ojos, porque llevaba lentillas. Tampoco es que me importe mucho; juntos somos una bomba sobre las sábanas y con eso me vale. No busco nada más, aunque no negaré que no he podido quitármela de la cabeza. Quizá solo sea por el morbo de no saber quién es, o por lo bien que congeniamos en el plano sexual, además de por esas contestaciones tuyas, claro.

Llego al restaurante donde he quedado con Hugo, Carla y Miranda y los veo tomando algo en la barra. Me acerco a ellos y enseguida nos llevan a la mesa.

Cenamos entre bromas y cachondeo. Hugo desde que encontró a Carla está más relajado, supongo que también se debe a que su situación familiar ahora es mejor que hace unos años.

—Oye, tío, ¿estás bien? —Me pregunta Hugo mientras el camarero deja nuestros postres sobre la mesa.

Se me hace la boca agua cuando huelo el *coulant* de chocolate y el tiramisú que vamos a compartir Miranda y yo.

—Estoy bien, ¿por qué lo dices?

—Es que no paras de mirar el teléfono.

—Estoy de acuerdo —asegura Miranda, dándole la razón.

Mierda, a ver qué me invento, no quiero contarles nada de la chica misteriosa, aún.

—No me pasa nada, es solo que me ha parecido que sonaba. Ya sabéis, por el trabajo siempre estoy atento por si me necesitan.

—¿Te ha parecido que sonaba mil veces? ¿O es que somos muy aburridos y has quedado con alguien más? —Me suelta la pullita Carla. Vaya, vaya...

—Hombre, a veces sois como un grano en el culo, pero no, no he quedado con nadie más.

—Ya... —dice Miranda, que me mira con el ceño fruncido. Me ha pillado; si es que miento de puta pena.

—Cambiando de tema, están de muerte estos postres, ¿no? —Sí, es mi pobre intento de desviar la atención.

—Sí, esta gente se supera cada vez más —dice Carla.

—¿Podrías, por favor, dejar de engullir? Que nadie te va a quitar tu parte del *coulant* —me asegura Miranda y tira del plato en su dirección sin disimulo.

—Perdón, es la costumbre. Vosotros no sabéis lo que es estar a punto de darle un bocado a un plato de macarrones y que suene la puta alarma y te quedas sin comer.

Todos rompen a reír. Bien, ha funcionado y he conseguido cambiar de tema. ¿Por qué miro el móvil de forma compulsiva? Pues es que espero un *email* de Harley para anular la cita. ¿Pesimista? Qué va, es solo que me extraña que, de verdad, quiera que nos veamos sin máscaras después de lo reacia que se mostraba al principio.

Un rato después, entramos al Soundtrack, una casualidad que mis amigos también quisieran venir a esta discoteca, aunque la verdad es que es la que está más de moda este año.

Poco a poco la sala se va llenando, hasta que llega el punto en que apenas hay espacio por donde moverse.

Bailamos, reímos y bebemos. La música nos envuelve al igual que un montón de cuerpos que siguen el ritmo. Miro el móvil y veo que quedan diez minutos para la hora acordada.

Paro de moverme y noto cómo mis latidos se aceleran por la anticipación. ¡Joder! Miranda se acerca a mí y enlaza sus manos en mi nuca para acercarse a preguntarme:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Estás muy raro hoy.

—Qué va, son imaginaciones tuyas.

—Ya estamos con que la pelirroja está loca.

Me rio y empiezo a bailar con ella para distraerla y que deje de preguntarme cosas que no quiero responder.

—Voy a por algo de beber, ¿te traigo un *gin-tonic*? —susurro en su oído mientras la mantengo pegada a mí para que pueda oírme.

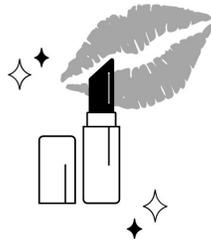
—No, no quiero nada.

Asiento y me separo de ella en dirección a la barra. Cuando me giro a mirarla de nuevo, veo que está de puntillas observando la zona de los baños. Quizá haya visto a alguien que conoce. Vuelvo mi vista hacia la barra y me acerco a pedir una botella de agua. Mientras espero a que el camarero me la dé, vuelvo a comprobar el móvil. La una y cincuenta y cinco minutos. Solo faltan cinco minutos para la hora. Abro la botella y doy un trago largo. Dirijo la vista hacia los baños e intento encontrar a alguna chica que parezca que espera a alguien, pero todas están acompañadas o entran y salen sin mirar alrededor.

La una y cincuenta y ocho.

Mi corazón da otro salto mortal al ver que solo faltan dos minutos. Me acabo la botella de un trago y la dejo sobre la barra. Respiro hondo y empiezo a caminar con un único objetivo: encontrarme con Harley Quinn.

11. Para eso están los amigos



Miranda

Dos minutos para encontrarme con el caballero oscuro. ¡Que alguien me mate! Miento si digo que no estoy, incluso, más nerviosa que la primera vez. Será porque hemos empezado este juego por el final y ahora toca... conocerse. Absurdo, ¿verdad? A veces, me sorprendo de las tonterías que hago, pero es que la vida es mucho más intensa y se siente más llena cuando haces lo que te dicen las tripas, aun a riesgo de equivocarte.

Miro hacia la zona de los baños un par de veces, pero no alcanzo a ver ningún chico con las únicas características que conozco de la persona que busco. En resumen, alguien que me saque casi dos cabezas y que tenga unos brazos como para partirme en dos. Ah, no podía dejarme esa sonrisa sincera de la que difícilmente me olvidaría.

Llego justo a tiempo y me quedo ahí, pasando el peso de un pie al otro, mientras observo un grupito de tíos que pasa por mi lado echándome miraditas. Compruebo el móvil por si hubiese algún mensaje con alguna indicación, pero no hay nada, así que tendré que emplearme a fondo para encontrarlo. Justo cuando levanto la vista de mi teléfono, me fijo en un chico que hace cola en el baño. «Sí, definitivamente podría ser él». Respiro hondo y voy hasta su posición sin pensármelo dos veces.

—Hola, ¿eres tú?

—Soy quien tú quieras, nena —responde algo arrogante.

—¿Eres Batman?

—Eso es la primera vez que me lo dicen. —Se carcajea a gusto delante de mí.

—Disculpa, creo que me he equivocado de persona. —Lo tengo claro, así que no pierdo más el tiempo y vuelvo a donde estaba antes.

—Espera, guapa —insiste.

«No, no, por favor, un pesado de estos, no».

—Si no te importa, no quiero seguir hablando contigo.

—Va, no seas borde, vamos a bailar —persevera en su objetivo.

—Paso.

—No te hagas la difícil.

En ese momento en el que no sé cómo deshacerme de él, aparece Marc de la nada y habla con una seriedad y una calma que me deja pasmada:

—¿No entiendes que te ha dicho que no?

—¿Y quién eres tú? —contesta el aludido con sorna.

—Su novio, pírate.

Para mi sorpresa, el tipo levanta las manos en señal de rendición y se va sin más.

—Así que mi novio, ¿eh? —Ambos sonreímos.

—No falla.

—Pues me parece fatal que te haga caso a ti solo porque se lo haya creído. ¿Quién narices los entiende?

—Hay tíos que deberían desaparecer de la faz de la Tierra...

—Y que lo digas.

Nos quedamos los dos apoyados en la pared de entrada a los lavabos mientras escuchamos la música que suena a todo volumen, esperando algo que parece que no va a llegar.

—Por cierto, ¿qué haces aquí, Marc?

—Yo... Nada, pasaba por aquí.

—Ah, muy bien.

—¿Y tú?

—Haciendo un poco el payaso... —digo con ironía.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada.

Me quedo unos segundos pensando en si el hombre que busco aparecerá cuando me doy cuenta de algo:

—¡Oh, no! ¡No puede ser!

—¿Qué pasa?

—¡No, no, no! —repito al sentirlo.

—¿Te encuentras bien?

—Esto no puede estar pasando. ¡Joder! Vengo enseguida.

—¡Miranda! ¿Me explicas qué pasa? —Escucho gritar a Marc mientras me alejo.

Me meto corriendo en un baño y me doy cuenta del desastre. Se me ha adelantado la regla, y el tanga minúsculo, y de lo más incómodo, que me había puesto exclusivamente para mi cita no ha aguantado el puñetero volcán que tengo ahora mismo entre las piernas. Vamos, que llevo todo el pantalón manchado. «Seamos positivas, por lo menos no es blanco».

Cuando logro salir, Marc está mirando el móvil con cara de pocos amigos.

—¿Estás bien, Miranda? Te has ido corriendo.

—Esto pasa —me doy la vuelta y lo insto a que me mire.

—Oh, vaya, ¿necesitas algo? ¿Llamo a Carla?

—No te preocupes, en los baños siempre encuentras alguna chica para dejarte una compresa. El caso es que me voy.

—¿Cómo te vas a ir?

—¿Sabes? ¡Yo hoy venía con intención de ligar, pero mi cuerpo ha decidido que no es el momento! Me voy a pedir un taxi —le hablo indignada a Marc como si él tuviese la culpa de algo.

—Si te sirve de consuelo, yo también venía con la intención de ligar esta noche, pero parece ser que me voy a quedar con el calentón del quince. ¿Te llevo? Soy el único que no ha bebido alcohol. —¿Marc, frustrado?

—Da igual, tú quédate, la noche es joven.

—Anda, tira, que te dejo en casa —insiste y me da su chaqueta para que me la coloque en la cintura.

—Te la voy a manchar —le digo, haciendo pucheros.

—No te preocupes, ya la lavaré.

Lo estrujo por la cintura, él me rodea con sus brazos y deja un beso sobre mi cabeza. Cuando me suelta, nos miramos y se lo digo alto y claro:

—Eres el mejor, Marc.

—Para eso están los amigos.

Nos despedimos de Hugo y Carla y nos ponemos en marcha, cada uno ensimismado en sus pensamientos. Así somos Marc y yo. No necesitamos rellenar el silencio con palabras para sentirnos cómodos. Todo esto siempre y cuando no tenga alguno de mis *flashes* y tenga que soltar la tontería más absurda sin venir nada a cuento.

—¡Wow! ¡Sube el volumen, Marc! —digo al escuchar bajito la canción *Miedo*, de M-Clan—. Me encanta esta canción.

—¿Te acuerdas del último concierto? Lo dimos todo hasta que nos quedamos sin voz.

—Fue genial.

*Miedo de volver a los infiernos,
miedo a que me tengas miedo,
a tenerte que olvidar.*

*Miedo de quererte sin quererlo,
de encontrarte de repente,
de no verte nunca más.*

Nos miramos y, por un segundo, los dos sabemos lo que vamos a hacer a continuación. Marc sube el volumen, seguramente, más allá de los decibelios aceptados en cualquier ciudad a las dos de la mañana. Nos sabemos hasta las comas de la canción, así que no dudamos en cantarla a pleno pulmón hasta que se nos desgarran las cuerdas. Al llegar al final, sonreímos como dos bobos que acaban de soltar adrenalina por todos los poros de la piel. Suspiro y suelto una de las mías:

—¿A qué tienes miedo, Marc?

—¿Lo dices por la canción? ¿Y me lo preguntas así, sin anestesia? —Ríe.

—No sé, es que eres ese tipo de personas que parecen no temerle a nada, pero no me lo creo. Todos tenemos miedo a algo. Algo que nos hace cautos y vulnerables a la vez.

—Responde tú primero —dice Marc, con una sonrisa de medio lado.

—Creo que tú ya lo sabes, tengo miedo a sentirme cuestionada por los demás y no ser capaz de pasar de ello.

—¿También te ocurre conmigo?

—Precisamente contigo nunca me he sentido juzgada —le contesto sincera, y él sonrío—. Sobre todo, me refiero a mi familia. Tú sabes que me resbala lo que piensen de mí, o eso intento, pero, a veces, es difícil no dejarme influenciar y me pregunto si todas las decisiones que he tomado en mi vida me van a hacer feliz siempre.

—¿Te refieres a tener pareja, hijos...?

—Sí, esas cosas que todo el mundo cree que es absolutamente necesario para ser feliz. —Todo esto dicho con ironía absoluta.

—No podemos saber lo que nos hará felices mañana, así que centrémonos en el ahora, en lo que sí está en nuestras manos para sentirnos satisfechos.

—Tienes razón. —Hago una pausa para reflexionar—. Y tú no has respondido a mi pregunta. ¿Me vas a decir a qué tienes miedo? No me digas que al fuego.

—El fuego intimida mucho, Miranda. Espero que nunca tengas que verlo de cerca.

—Una vez me quemé con una sartén. —Pongo los ojos saltones y miro a Marc, que se está riendo—. Es broma, o sea, lo de la sartén, no, lie una buena, para variar, pero no me gustaría estar en tu pellejo. Admiro mucho tu trabajo, ya lo sabes.

—Alguien tiene que hacerlo y ya está.

Reflexiono en silencio lo que acaba de decirme hasta que él vuelve a hablar:

—Tengo miedo a perder a la gente que quiero.

La conversación se ha vuelto más seria y emocional. Marc y yo siempre bromeamos, pero a veces también tenemos momentos de estos.

—¿Te refieres a la muerte?

—No llevo muy bien ese tema, la verdad. Sé que es ley de vida, pero cuesta aceptarlo, sobre todo cuando es circunstancial y parece que le ha tocado a esa persona como podía haber sido cualquier otra.

—¿Por qué lo dices?

—Hay veces en que la vida no es justa y se lleva por delante a aquellos que, por lógica, aún no les tocaría.

—La vida es muy puñetera, pero tú estás aquí. ¿Qué vas a hacer con ello?

—Vivir al cien por cien hasta que llegue mi momento.

—Pues ya somos dos. —Dicho esto, chocamos nuestras manos como hacemos siempre.

—Ya hemos llegado a tu casa.

—Me quedo con tu chaqueta, como alguien te vea llegar con ella en la mano va a pensar que has cometido un crimen. —Me parto mientras lo digo y Marc tampoco se queda atrás.

—Gracias por pensar en mí, pelirroja. ¡Qué descanses!

—Buenas noches, Marc. *T'estimo molt*^[1].

—Y yo a ti. Mañana hablamos.

Justo cuando estoy cruzando la puerta de casa suena mi móvil con el aviso de un mensaje:

632568985

Hola, ¿cómo estás?

No tengo ni idea de quién es ese número, así que lo ignoro y me voy directa a la ducha, no estoy de humor para bromitas pesadas.

Al día siguiente, Ada nos sorprende con una invitación para el *spa* en el grupo de WhatsApp de amigas. Nos apuntamos todas de cabeza, desconectar es muy necesario con el ajetreado ritmo de vida que llevamos. Justo cuando estoy poniéndome el traje de baño en el vestuario, observo que llega un nuevo *email* en la bandeja de

entrada. Es de él y, aunque la tentación es grande, lo ignoro. Este momento es para mis amigas.

Horas más tarde y ya en casa, no tengo miedo a admitir que me abalanzo a por el móvil cual león en busca de su presa. No es desesperación, es curiosidad.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Ganas

Srta. Quinn, si cree que estamos yendo demasiado deprisa, hágame saber. En serio, tenía muchas ganas de verte ayer. Sin más.
B.

¡Maldito Batman! Me tiene comiendo de la palma de su mano con pocas palabras. Este hombre tiene un no sé qué que me gusta. ¿A quién quiero engañar?

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Lo siento

Tuve que irme rápido, pero estuve allí. A mí también me apetecía mucho verte, si es eso lo que quieres saber. ¿Será una señal del destino no habernos cruzado?
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: A la mierda con el destino

Si el destino de verdad existe y yo no vuelvo a verte nunca más, creo que él y yo tendremos un problema serio de justicia.
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: De justicia va la cosa

Acabo de tener una imagen mental de ti haciendo justicia y... me gusta. ¿Crees que me reconocerías si me tuvieras delante?
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Por supuesto

Estás fatal... y me encanta. Aunque todavía tienes secretos, tu cuerpo no es uno de ellos. Te reconocería al instante.
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Vaya, vaya

No sé qué voy a hacer contigo, ¿eh?
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Vaya, vaya

Estoy seguro de que, con lo ingeniosa que eres, se te ocurrirá algo.
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: No me tienes

Sabes que sí, mi cabeza es un pozo sin fondo de ideas disparatadas. Ahora, cuéntame: ¿Qué es lo más ingenioso que se te ha ocurrido nunca? O mejor, dime cuál es el mayor error que has cometido y algo que repetirías con los ojos cerrados. ¿Sigues siendo igual de valiente, querido Batman?
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: La cobardía es para los cobardes

Ciertamente, es un poco cruel, pero le hice creer a mi hermana pequeña que vivíamos en una realidad paralela. No sabes lo que me reí, luego ella me la devolvió, claro está.
¿Error? Con 8 años me creía profesional del *skate* y me tiré de cabeza con el monopatín por unas escaleras. Me rompí la pierna y me quedé todo el verano sin poder bañarme en la piscina. Ahí es cuando te das cuenta de si tienes amigos de verdad o no, te lo prometo.
Y si me preguntas algo que repetiría, sería uno de mis últimos viajes. Completamente solo, sin horarios, sin prisas y disfrutando del camino con gente que aparece de la nada para aportarte algo de sabiduría.
¿Qué tal lo he hecho?
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Te doy un aprobado

¡Qué despiadado! Me he reído mucho con tus respuestas. ¿Error? Soy la reina de los errores. Una vez me fui de *camping* y me olvidé de la tienda de campaña (Es lo más suave que he encontrado en mi lista, tampoco quiero asustarte). El viaje que describes suena muy, pero que muy, bien; quizá algún día me anime a hacer alguno así. A mí me encanta hacer pequeñas escapadas con amigas, aunque sea a la esquina, pero a veces es complicado coincidir agendas. Y por lo demás, creo que nunca me he roto nada. Espero no gafar esta racha por haber escrito esto. ¡Mierda!
H.

Tras esto, se suceden unos *emails* tras otros. Algunos con risas, otros con confesiones, anécdotas y respuestas incómodas de lo más chorras. Las horas pasan y, sin apenas darnos cuenta, son las dos de la mañana y todavía seguimos enviándonos mensajes como si nos conociéramos de toda la vida.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Lo siento

¿Has visto la hora que es? Si fuese una persona responsable, me iría ya a dormir. ¿Hablamos otro día?
P.D.: Cada vez estoy más cerca de descubrir quién hay detrás de la villana que conocí el día de la fiesta.
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: La verdad

Deberíamos irnos a dormir. Un poquito más cerca para conocerte... Espero poder dejar de llamarte Batman algún día. Al final, voy a ser yo la que vive en una realidad paralela. ¡Buenas noches!
P.D.: Envíame una posdata en condiciones.
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: ¿Mejor así?

P.D.: Puedo imaginarme tu voz cuando leo los *emails* y solo tengo ganas de una cosa que te resumo en la siguiente frase: Si alguna vez te rompes algo, que sea la voz cuando haga que te corras.

B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: ...

Nunca defraudas.

M.

12. ¿Qué acaba de pasar?



Marc

Después de unos pocos días, Edgar volvió a casa. Yo pensaba que Evan se quedaría más tiempo, pero apareció Sara y, después de tener una conversación, se reconciliaron. El bribón ni siquiera vino a buscar sus cosas, se fue con ella sin más, aunque lo entiendo. Si hay que elegir entre Sara y yo, yo tampoco optaría por mí mismo. No me sorprende que lo arreglaran, sé que están hechos el uno para el otro, aunque yo no crea en esas cosas. Solo tienes que verlos para darte cuenta de que funcionan genial juntos. Han pasado unos meses horribles separados, ya era hora de que lo solucionaran.

El otro día, cuando le pregunté a Evan si creía que lo arreglarían, él no daba un duro por esa opción, pero también sé que nunca se rendiría. Desde que la conoció, Evan sabe que Sara es su persona especial.

De camino a casa, decido hacer la propuesta a la que llevo dándole vueltas un par de días en el grupo de WhatsApp que compartimos todos.



Lia de hilos

Yo

Gente y genticilla, tengo un plan.

Mir

A ver por quién va eso de gentecilla...

Edgar

Al menos, no ha dicho gentuza XD.

Ada

Todo un detalle, sí... Explícate, Marc.

Yo

Tres palabras: salida a la nieve.

Mir

Cielo, eso son cuatro palabras.

¿Por qué no dejas de intentarlo?

Yo

Jamás, solo ha sido un error por la emoción.

Evan

¿Cuándo?

Yo

El fin de semana que viene.

¿Quién se apunta?

Gabriel

¿Con el bebé? No sé si lo veo...

Ada

Yo sí lo veo, nosotros nos apuntamos.

Mir

Yo también me apunto.

Sara

Nosotros también.

Hugo

Si Carla no tiene guardia, contad con nosotros.

Edgar

¡Joder! Yo tengo guardia...

Yo

¿No puedes cambiarla?

Edgar

Qué va. Si es que no es mía, se la hago a mi compañera, que tiene una boda.

Ada

Jooo...

Edgar

La próxima vez :(

Yo

Bueno, los demás a desempolvar los trineos. ¡Va a ser genial!

Entro en casa, dejo el móvil a un lado y me meto en la ducha. Edgar me ha dicho que iba a traer la cena y yo tengo un hambre que me muero, así que quiero estar listo para cuando llegue.

Cuando estoy a punto de acabar, me parece escuchar ruido, me doy prisa en ponerme el pantalón del pijama y una camiseta antes de salir. Al atravesar el pasillo me paro en seco al oír un gemido.

—No me jodas... —murmuro.

Espero que no se haya traído a una tía y se lo estén montando en el sofá, básicamente, porque quiero mi cena prometida. Pongo atención e intento escuchar algo más.

—Joder, lo haces muy bien, no pares. —Oigo decir a Edgar.

Vale, esto no pinta bien. Mi estómago gruñe como respuesta.

—¿Dónde has aprendido esto? Sí, sí, así.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en la pared mientras intento decidir qué hacer.

—Madre mía, nunca me lo habían hecho tan bien.

¡Se acabó! Soy un hombre hambriento que quiere su cena. ¡A la mierda! Empiezo a caminar y cruzo la abertura que da al salón. Me quedo plantado debajo del marco de la puerta con la boca abierta. Parpadeo. Vale, me siento imbécil. No entiendo nada. En el sofá está Edgar sin camiseta y hay un tío moreno que mueve las manos por su espalda mientras el otro gime de placer. Creo que me he perdido algo. Justo cuando voy a hablar, el hombre que no conozco parece intuir que estoy aquí, levanta la vista y me ve.

—Hola.

—Ey, Marc —dice Edgar al percatarse de mi presencia—. Estábamos haciendo tiempo mientras salías de la ducha. Él es Aidan. ¿Te acuerdas de él? Es el dueño del restaurante jamaicano al que fuimos el otro día y el alma caritativa que me ha dejado quedarme en su casa mientras Evan estaba aquí.

El susodicho se levanta, se limpia las manos con una toalla y después extiende una hacia mí.

—Encantado de volver a verte, Marc —me dice mientras estrecha mi mano con una sonrisa amable.

—Igualmente.

—Aidan da unos masajes de puta madre. Hoy me he hecho daño en la espalda cogiendo a un San Bernardo enorme y al explicárselo se ha ofrecido a darme un masaje.

—Sí, sí, te he oído mientras venía hacia aquí, sonaba a que lo hace muy bien —les digo mientras todos reímos. Aidan mira por un momento a Edgar de una forma extraña, pero este enseguida se pone su camiseta y pasa por mi lado para ir a por la cena.

—¿Buscáis una peli mientras traigo la comida? La hemos metido en el horno para que no se enfriara —dice sin mirarnos.

—¿La has hecho tú? —le pregunto a Aidan mientras enciendo la tele.

—Sí, hoy es el único día que cierra el restaurante, así que he podido unirme al plan.

—Pues genial, bienvenido. Me encantan tus platos, por cierto.

—Gracias.

—Sí, el chico con el que comparta su vida va a ser un suertudo de poder comer estas delicias todos los días —dice Edgar mientras vuelve con una bandeja llena.

—Así que tú solo me querrías por mi comida, ¿no? —le dice Aidan con un brillo divertido en la mirada.

—Para nada, amigo. Yo te querría también por tus manos.

Los tres rompemos a reír por la salida de Edgar, pero no puedo evitar pensar que aquí pasa algo.

Al día siguiente, decido enviar un *email* a Harley mientras subo en el ascensor hasta casa. La última vez que hablamos me dejó intrigado sobre un tema y quiero aclararlo. Atravieso la puerta después de un turno agotador con intención de comer alguna cosa, ver algún capítulo de alguna serie y relajarme un poco antes de ir al centro.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Vaya, vaya, Harley Quinn también comete errores...

¿Te has dado cuenta de que firmaste el último *email* con M?
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Mierda

M de mierda... He metido la pata, pero me apuesto lo que quieras a que ahora no podrás dejar de pensar en mí hasta que descubras el enigma. Ja, ja, ja.
H. O debería decir... M ;)
P.D.: Algo de Maldad todavía me queda en este cuerpo.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Veamos el lado positivo

Esto se pone interesante. A ver, te llamas... ¿Manoli, Miriam...? ¡¿Madonna?!
No puedo creer que me haya enrollado con Madonna.
B.
P.D.: Por cierto, tu español es perfecto ;)

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Ya te gustaría... y a mí también

No soy Madonna y tampoco has dado una. Es más, no pienso darte ninguna pista. Para compensar, podrías soltar tú algún secreto. Yo también quiero divertirme.

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Secretos que valen oro

Te puedo explicar algo que solo unos pocos saben.

B.

De: villanaquinn@gmail.com

Para: elcaballerooscuro@gmail.com

Asunto: Cuenta, cuenta

Preferiría algo que no supiera nadie, pero por ahora me conformo.

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Allá va...

Una vez me aposté con mis amigos a ver quién aguantaba más en la puñetera atracción de las tacitas. Vomité hasta el desayuno del día anterior, pero fui el último en bajarme.

B.

PD: Yo cuando me propongo algo, voy a por todas. Siempre.

De: villanaquinn@gmail.com

Para: elcaballerooscuro@gmail.com

Asunto: ¡Qué asco!

¡Hostia! Mis amigos y yo también hicimos un día una apuesta así. ¡Qué casualidad! Me meo de risa solo de pensarlo. Yo estuve a punto de ganar, pero mi amigo, que es un cabezón y un bruto, aguantó un viaje más.

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: ¡Qué casualidad!

No desvelaré mi secreto. No vaya a ser que en otra ocasión me toque enfrentarme a ti.
B.

No recibo respuesta, así que me centro en comer algo y, horas después, salgo hacia el centro.

La actividad va bien. Me encargo de enseñar escalada a los chicos y les gusta, así que me lo ponen fácil. Es genial que esta pared vertical estuviera aquí. En cuanto la vi, supe que eso era lo que iba a hacer con ellos.

La verdad es que estoy muy contento, porque cada vez vienen más chavales y esto los ayuda a alejarse de las calles y de toda esa chusma que llena nuestra ciudad.

No es que antes no la hubiera, pero no había tanta. Yo sé muy bien que hace años todos estos problemas también existían. Sacudo la cabeza para alejar esa oscuridad, que aún hoy, se instala en mí al pensar en lo que pasó.

—¡Bomberito!

Me giro sorprendido, a estas horas ya no suele quedar nadie por aquí.

—¡Mir!

Se acerca y me envuelve en un abrazo que le devuelvo encantado. Su olor me inunda y no puedo evitar esconder un poco más la cara en su pelo y aspirar. Se da cuenta.

—Coño, Marc. ¿Me estás oliendo como un perro? —me dice a la vez que se separa de un salto.

—Joder, es que hueles muy bien. Ven, un poco más. Tiro de ella y mi nariz roza su cuello.

Rompe a reír a carcajadas y me da un manotazo para apartarse. Me la quedo mirando por un segundo, nunca me había fijado, pero su risa es de lo más natural. No intenta taparse la cara u ocultarse, solo ríe y lo muestra. Me encanta.

—Bueno, pelirroja, ahora que hemos acabado con el ritual de olores, dime, ¿qué haces aquí?

Me agacho, recojo una de las cuerdas que hemos usado y empiezo a enrollarla para que el material quede ordenado para el día siguiente. Soy una persona bastante organizada y metódica, supongo que es deformación profesional. Un grupo de tíos conviviendo en un mismo espacio necesitan organización para sobrevivir.

—Pues he venido a hablar con Paula porque ya sé qué es lo que puedo hacer por el centro.

—A ver, ilumíname.

—¡Teatro!

—¡Hostia! Es una idea genial, a los chicos les va a encantar.

—Eso creo. Y ahora, enséñame a hacer eso.

—¿El qué? ¿Enrollar cuerdas?

—No, petardo. Escalar.

—¿Estás segura?

—Claro.

Asiento y le explico cuatro cosas básicas. Esta pared no es muy difícil, pero si no lo has hecho nunca, puede dar mucha impresión cuando estás arriba.

Cojo el material que necesitaremos y me acerco de nuevo a ella.

—¿Lista?

—*Sip*.

—Bien, tienes que colocarte el arnés y los pies de gato.

—Me gusta el nombre, me sentiré como Catwoman con ellos.

—Una Catwoman pelirroja, eso sería la bomba y más con ese pintalabios azul que llevas hoy.

—No es solo un pintalabios azul, nene. Es mi nuevo Super Lustrous. Es como llevar el color del espacio exterior en la boca. Además, el envoltorio es superbonito, tiene planetas y un cohete — me dice, poniendo ojitos.

—Gracias por honrarme con tu presencia y la del Super Lustrous, aunque debo decir que de poco te va a servir para escalar...

—Eso ya lo veremos.

Rompemos a reír. Me aseguro de que su arnés esté bien sujeto y entonces coloco las cuerdas y la animo a acercarse a la pared.

—Oye, Marc...

—Dime.

—¿Es normal que lleve el chichi así de apretado? —Su voz llega seria hasta mí. Se da la vuelta y señala hacia abajo.

—¿Qué?! —Casi me atraganto con la risa.

—Que si es normal que...

—Ya te he oído.

—Me siento como si me hubieras puesto un cinturón de castidad.

—Anda, calla y empieza a subir —le digo, aún entre risas.

—Bueno, bueno, yo solo lo digo, no quiero que se me quede inservible...

—¡Sube!

Está como una puta cabra.

Minutos después veo que empieza a dudar. Ya está a un par de metros del suelo.

—Marc, me duelen los brazos.

—Pues comienza a bajar si quieres.

—Ni hablar, quiero subir más.

—Qué cabezota.

—He venido a dejar mi huella en esta montaña —me dice toda seria.

—Sabes que estás en un centro social, ¿no?

—¡Es una manera de hablar! —me grita desde arriba mientras evalúa hacia dónde hacer el siguiente movimiento—. Aunque ahora que lo pienso, igual sí que puedo dejar mi huella...

—Vale —le doy la razón sin saber muy bien a qué se refiere—, pero si en algún momento ves que no puedes más, suéltate, que yo te bajo.

—Sí, sí.

Pasa un rato, Miranda sube un par de metros más. Ya está casi arriba del todo, lo cual no me sorprende demasiado. Es una de esas

personas que, cuando se propone algo, no para hasta conseguirlo.

—¡Ya! Hasta aquí. Ya no puedo más —me dice al cabo de unos minutos.

—¡Vale! ¡Suéltate!

—¡No! ¡Primero voy a dejar mi huella!

—Pero ¿qué coño dices? Suéltate, que vas a hacerte daño.

Me ignora y antes de que pueda volver a gritarle algo, veo que besa la roca justo delante de su cara y, entonces, levanta los brazos, triunfante, y se impulsa un poco hacia atrás. La bajo despacio mientras alucino por lo que acaba de hacer. Cuando llega al suelo, pregunto:

—¿En serio acabas de besar la pared de escalada?

—Pues claro que sí, no creo que vuelva a intentar subirla, así que tenía que dejar una prueba de que lo había conseguido. —Sonríe y yo no puedo evitar reír—. Y ahora haz el favor de liberar a mi chichi del encarcelamiento, que ya ni me lo siento. Lo haría yo, pero es que casi no puedo mover los dedos —dice mientras me pone cara de pena.

Río por sus ocurrencias y me arrodillo para quitarle el arnés. De pronto, al colocar mis manos sobre su cuerpo, nos quedamos en silencio y, por algún motivo, el ambiente cambia y soy consciente de todo con más intensidad. Ahora mismo no se oye otra cosa que nuestras respiraciones que empiezan a alterarse de forma evidente. Miranda tiene la excusa del esfuerzo físico, ¿y yo? Muevo mis manos para aflojar las correas, mi respiración rebota contra su cuerpo que tiembla ligeramente, suelto las tiras y las arrastro por sus piernas hacia abajo. Cuando tocan el suelo, ella apoya su mano en mi hombro, lo que envía una extraña sensación a través de mi cuerpo. Levanta los pies de uno en uno y yo saco el arnés para después ponerme en pie. Nuestras miradas se cruzan y ninguno de los dos la aparta. Mi corazón empieza a acelerarse por alguna razón que no alcanzo a entender. Miranda y yo hemos compartido momentos de todo tipo, pero creo que nunca habíamos sido tan conscientes el uno del otro.

Mi mano se alza, despacio, y no sé qué pretendo hacer, cuando un ruido de cristales rotos nos sobresalta. Rodeo su cuerpo con el

mío y nos arrojo al suelo mientras la dejo sepultada debajo de mí. Segundos después, solo se oyen nuestras respiraciones alteradas, levanto la cabeza y miro hacia el lugar del que procedía el ruido. Solo hay cristales rotos en el suelo y una piedra.

—¿Marc?

—Perdona. —Me incorporo y le doy la mano para que se levante

—. ¿Estás bien? —Le pregunto mientras reviso su cuerpo para ver si se ha hecho daño.

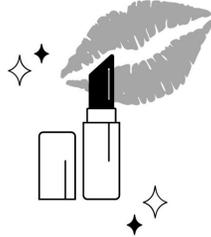
—Estoy bien. ¿Qué acaba de pasar?

—Parece que alguien ha arrojado una piedra contra el cristal. — Vuelvo mi cuerpo y le señalo el suelo donde está la piedra.

—No me refiero a eso.

Me giro y la miro sin saber muy bien qué responder. Sé a qué se refiere exactamente, pero es que no tengo una puta respuesta para eso.

13. A la de tres, pelirroja



Miranda

Mi corazón todavía late desbocado segundos después del estruendo provocado por los cristales. Respiro con dificultad. Apenas me ha dado tiempo a reaccionar cuando he notado a Marc sobre mi cuerpo al colisionar contra el suelo. También por otra razón. Una que me ha hecho agudizar todos los sentidos y soltar en voz alta lo primero que se me ha venido a la cabeza.

—¿Qué acaba de pasar?

Marc se levanta y me ayuda a incorporarme. Me explica lo que ha ocurrido, pero, de alguna forma, sabe que no hablo de eso. Nuestras miradas se intensifican mientras intentamos recobrar una falsa calma.

—No sé a qué te refieres, Miranda. —Desvía su vista hacia otro lado.

—Ibas a... Da igual. Me he asustado por el ruido y ya no sé ni lo que digo.

—Será mejor que llamemos a Paula y a la policía.

Está claro lo que somos en este momento: unos putos cobardes. Pero, a veces, la cobardía nos aleja de meter la pata, de tropezar con la misma piedra o de pasar a la historia por ser el mayor error jamás cometido. Es cierto que no soy el colmo de la cautela, pero con Marc todo parece ser diferente. Eso o que a veces no me entiendo ni yo. No quiero confundirme. No con él.

Mientras esperamos a que venga la responsable del centro, nos sentamos en el suelo, apoyados en la pared de escalada donde

minutos antes estábamos pasándolo bien. Esta vez permanecemos en silencio, cada uno enfrascado en sus pensamientos hasta que volvemos a mirarnos. Cuando Marc sonríe, le doy un manotazo y todo parece volver a la normalidad.

Más tarde, llega Paula y, para mi asombro, no se sorprende por lo ocurrido. Damos parte a la policía de lo que ha pasado para que no haya problemas con el seguro y todo queda más o menos en orden. Ahora bien, no se me olvida la última frase que la directora del centro me dedica antes de marcharse: «Hay personas que no est n de acuerdo con la labor que hacemos». Unas palabras que me recuerdan a la conversación que tuve con ella el primer día que estuve aquí. Un sinfín de preguntas se arremolinan en mi interior tras lo dicho, más que nada porque no me cabe en la cabeza.  Por qué alguien iba a estar en contra de algo así?

Ya en casa y tras comer algo rápido, le dejo un mensaje a Batman antes de meterme en la cama. De alguna forma, me he acostumbrado a este juego que nos traemos. Es tan adictivo como entrañable.  Me estará volviendo una blanda?

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: A punto de dormir

He tenido un día bastante complicado. Espero que el tuyo haya sido más parecido al de una persona normal. Buenas noches.
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Dulces sueños

Ya sabes lo que pienso, lo normal est  sobrevalorado. Qué descansas, preciosa.
B.

Y, así, me voy a dormir con una puñetera sonrisa de imbécil en la cara.

Al día siguiente, se suceden las clases con mis niños y los no tan niños. Que la directora accediera a que diera algunas clases de educación emocional con los de secundaria me dejó atónita. Para muchos, todo lo que tenga que ver con sentimientos no debería estar en el currículo escolar. Será porque nos enseñan a ser triunfadores, a ser los mejores en todo en vez de potenciar lo que nos hace especiales, pero no nos explican cómo gestionar el fracaso. De la misma forma que no tenemos ni idea de cómo expresar cómo nos sentimos. Me alegro de que, al menos, pueda tener unas horas para aportar mi granito de arena en este sentido.

Acaba la clase y los adolescentes empiezan a coger sus mochilas y a esparcirse en pequeños grupos. Entre ellos veo a Joel, un chico con una inteligencia emocional brutal, aunque tenga dificultades a la hora de hacer los exámenes. Tras contarle a Irina que lo había visto en la calle con una bolsa de cannabis, ha estado bastante pendiente de él, pero lo cierto es que llevaba muchos días sin venir a clase y eso me preocupa. Al ver que me acerco a hablarle, el resto de los compañeros se van y nos dejan a solas en la habitación:

—Joel, ¿qué te ha parecido la clase?

—Bien, supongo.

—Me ha gustado que participases. Tienes buenas ideas y sabes escuchar a tus compañeros. —No contesta y se limita a poner los libros en su mochila—. ¿Has podido arreglar las cosas con tus amigos?

—¿Qué quieres, Miranda? —me responde un poco a la defensiva.

—Me preocupo por ti.

—No hace falta, de verdad.

—¿Va todo bien en casa? Si hay algún problema, sabes que puedes contármelo.

Coge sus cosas y hace un amago de irse sin responder mi pregunta, como si tuviera prisa.

—Oye, vi lo que se te cayó el otro día del bolsillo —suelto al final, para que vea que esto es algo serio.

Se gira de repente y en su cara puedo ver una expresión de rabia, que quizá solo esconde miedo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Si algún profesor te pilla con eso en clase, te puede costar la expulsión del colegio. Sé consciente de lo que haces.

—¿Has acabado de darme la charla? —dice con algo de chulería, que en el fondo sé que es una coraza que se pone al sentirse intimidado.

—No soy esa clase de profesora. Deberías saberlo ya.

—¿Puedo irme?

—Claro.

Antes de que salga por la puerta, una idea fugaz cruza mi cabeza.

—Solo una última cosa.

—¿Qué?

—¿Te gusta la escalada? —Por su cara puedo percibir que le he descolocado con mi pregunta.

—Nunca lo he hecho, pero tiene que molar muchísimo. —Aligera un poco su rabia en la expresión.

—Mira, este es un centro para jóvenes en el que colaboro. Un amigo hace clases de escalada un par de veces por semana. —Saco un *flyer* del bolso con la dirección y se lo tiendo.

—Está genial, pero... en mi casa no podemos permitirnos hacer extraescolares.

—Es un centro social, no tienes que pagar nada. Vente un día y pruebas si te gusta. Mi amigo es bombero, estoy segura de que te caería muy bien —lo insto.

—Vale, lo miraré. —Antes de perderlo de vista, vuelve con una pequeña sonrisa—. Gracias, Miranda.

—De nada. —Sonrío y dejo que se marche.

En ese momento mi móvil vibra por la entrada de un mensaje nuevo:

621456978

Hace mucho que no coincidimos, ¿te gustaría que nos viéramos un día? Podemos recordar los viejos tiempos.

Frunzo el ceño; otra vez un mensaje de un número desconocido, no sé si pensar que es solo una coincidencia cuando un compañero me llama y me olvido del tema, no creo que haya que darle más importancia.

Con el fin de semana ya aquí, decidimos hacerle caso a la propuesta de Marc y pasar el día con amigos en la nieve. Tampoco es que vayamos a esquiar, Gabriel y Ada se vienen con el bebé. Al final, seguro que vamos a acabar comiendo hasta ponernos morados en cualquier restaurante de montaña. Si algo sé, es que no destacaremos por grandes habilidades con los deportes de invierno, pero comer se nos da fenomenal.

Marc y yo llegamos los primeros, junto con Sara y Evan. Hemos compartido coche durante el trayecto y ha sido genial poder ver a estos dos haciéndose carantoñas otra vez, ahora que han decidido darse una nueva oportunidad. Nos bajamos del coche y estiramos las piernas mientras esperamos a que llegue el resto. A nuestra derecha, una pendiente cubierta de nieve nos pide a gritos un poco de diversión.

—¿Quién traía los trineos? —pregunta Sara.

—Hugo y Carla, que no sé por dónde andarán —comenta Evan.

En esos momentos en los que Marc me apunta con una bola de nieve con expresión traviesa, aparecen Ada y Gabriel con su coche. Todos nos acercamos a saludar y Marc se queda con las ganas de estampármela en la cara. Por el momento.

—Ada, ¿cuántas capas le has puesto al niño? Parece un muñeco de nieve, me lo voy a comer —le dice Gabriel con un poco de cachondeo.

—Yo qué sé, no quiero que mi niño pase frío. —Todos nos reímos.

—Falta mi hermano y Carla, ¿no? —pregunta Gabriel.

—Sí —respondo—. Los acabo de llamar y dicen que están de camino, que tardarán un poco porque han tenido que parar. Al parecer, Hugo se ha mareado con las curvas de la carretera.

—Por cierto. —Ada, de repente, se pone muy seria y se acerca de forma sigilosa a la espalda de Evan, que charla junto a Sara—. ¡Qué monos sois! No podía veros más separados, os lo juro.

Tras esto, todos vamos a rodearlos y a incomodarlos un poco con nuestras burlas. Nos partimos de la risa, sobre todo ellos.

—Pues si no tenemos trineo para hacer *el cabra*, habrá que buscar alternativas, ¿no? —interviene Marc.

—Eh, ¡tengo una idea! —digo dando un salto.

—Ya estamos... No podía ocurrírsele a otra persona.

—¡Marc! Si sabes que solo tengo buenas ideas.

—Las mejores, las mejores —dice con ironía.

—A ver, ¿alguien tiene una bolsa de basura?

—¡La hostia! Vamos a buscar una. —Solo con esto, sé que a Marc le ha encantado mi ocurrencia.

Nunca subestimes el maletero del coche de alguien con hijos. Tiene de todo. Más teniendo en cuenta que la madre es Ada, la reina de los «por si acaso». Minutos más tarde, con dos bolsas de basura a modo de trineo, Marc y yo nos disponemos a deslizarnos por la pendiente cubierta de nieve.

—Ya están los M&M's liándola —suelta Gabriel.

—¿Acaso alguien lo duda? —responde Sara.

Aparte de que casi salto por los aires y me rompo el coxis, todo en orden. Tales son las risas que los dos repetimos nuestra hazaña. Incluso, nos atrevemos a deslizarnos juntos. Me siento delante de él, bien pegada a su cuerpo.

—Agárrame fuerte, que me mato —le pido.

—Que sí... —Pasa sus brazos alrededor de mi cintura y los coloca encima de mi barriga. Me aprieta fuerte y siento su aliento en mi nuca, que me provoca un leve escalofrío.

—Estamos locos.

—¿Qué es la vida sin un punto de locura? —Oigo decir a Marc cerca de mi oído.

—Nada que merezca la pena. —Hago el amago de girarme para ver la reacción en su mirada, pero estamos tan cerca uno del otro y me tiene tan agarrada entre sus brazos que apenas tengo libertad de movimientos.

—A la de tres, pelirroja.

—¡Estoy lista!

El final de esto es bastante gracioso. Al menos, Marc no ha caído encima de mí, porque me hubiera aplastado, el muy cabrón. Yo creo que he tragado nieve.

Mientras tanto, ambos vemos que Ada camina hacia Gabriel, no sé si con intenciones de coquetear con él o de gastar una broma.

—Cariño, ¿qué haces? —pregunta Gabriel, desconcertado.

—¿Yo? Nada.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—No lo hagas —repite Gabriel, que no ha dejado de sonreír con su hijo en brazos.

Así me gusta. ¡Rápida, mi niña! La cara de Gabriel es para grabarla. No sabe si descojonarse de la risa o correr tras Ada para darle una lección. Le ha metido una bola de nieve por dentro del anorak.

—Sujétame al niño —le dice a Sara a la vez que se lo tiende—. Y a ti más te vale correr porque te vas a arrepentir de esto.

Ada trata de escapar de Gabriel, que la sigue con una bola en la mano y tras forcejear, entre risas, ambos acaban en el suelo, rebozados en nieve.

—Si queréis, os dejamos solos, ¿eh, tortolitos? Me consta que la pasión la habéis recuperado. —Los aludidos se ríen, pero siguen a lo suyo.

—Cómo me gustan tus frases impertinentes —me dice Marc, que no ha dejado de sonreír en ningún momento.

Por si esto fuera poco, cuando nos acercamos a la otra parejita, me entero de una conversación que me obliga a volver a hacer de las mías:

—¿Quieres uno? —le dice Sara a Evan, refiriéndose al pequeño Leo, que tiene en sus brazos y una mirada que pretende ser seductora.

—Algún día, pero mientras podemos practicar todo lo que quieras —responde Evan con ese tonito que deja en una especie de trance a mi pobre amiga.

—¡Wooooowwww! —grita Marc que ha escuchado todo igual que yo.

—No perdéis el tiempo, ¿eh?

—Mira que sois cotillas —contesta Evan divertido.

—Gente, que como nos despistemos, en menos de lo que pensamos, tenemos otro renacuajo en la pandilla. ¡Y hasta boda! —grito.

Todo el mundo ríe, pero estoy segura de que más de uno lo piensa. En ese momento llegan Hugo y Carla, que bajan rápido del coche:

—¿Qué me he perdido? —pregunta ella.

Sin decir nada, nuestros gestos lo dicen todo.

—¡Dios, no siento las manos! —digo en voz alta.

—¿A quién se le ocurre venir a la nieve sin guantes? —me recrimina Ada.

—Un despiste lo tiene cualquiera —me justifico.

—Ya, uno de tantos, cariño.

—Se me están poniendo moradas —digo algo preocupada.

—Amputación fijo —bromea Gabriel.

—¡Anda ya!

—Trae. —Marc se acerca y me coge las manos por iniciativa propia.

Las acerca a su boca y deja escapar su aliento caliente en ellas. Sus labios rozan mis dedos y lo miro. Él hace lo mismo y juro que, por un momento, siento algo en el pecho más allá del ineludible latido de mi corazón.

—Salvadas —dice tras unos minutos con mis manos entre las suyas. Deja un beso dulce en ellas y las deja ir.

No digo nada, solo sonrío como respuesta y camino en busca de mis amigas.

¿Inteligencia emocional? Creo que me perdí una clase. O igual es que, simplemente, no quiero identificar qué narices me pasa.

14. No hay huevos



Marc

Las luces del camión rebotan por las paredes de los edificios mientras vamos camino a nuestro destino. Ha llegado un aviso de una pareja que se ha quedado encerrada en un baño y no pueden salir, aunque parezca una tontería, pasa más de lo que os pensáis.

Mientras el movimiento del camión nos balancea de un lado a otro cuando salimos de la ciudad, pues la casa está a las afueras en una finca muy grande, no puedo evitar que algunos *flashes* del otro día en la nieve acudan a mi memoria y una estúpida sonrisa se dibuje en mi cara. Lo pasamos en grande, pero otra vez tuve esas sensaciones extrañas en cuanto a Miranda que prefiero ignorar.

—¡Ey, Baldrich! ¿En qué piensas? —Toni, que está a mi lado, me zarandea descojonándose antes de bajar de un salto del camión.

Le saco el dedo y bajo tras él. Nos hemos parado delante de la verja de entrada. Podemos ver la casa desde aquí, está como a un par de kilómetros a pie.

—A ver, equipo, vamos a dejar aquí el camión, no quiero romperles la verja si podemos evitarlo. Cargad con lo necesario. Baldrich y López, saltad la valla para que los demás os pasemos el material.

Una vez hecho esto, nos encaminamos hacia la casa con todo el equipo a cuestas, incluida una gran escalera. Cuando ha llamado el chico, ha dicho que el baño está en la segunda planta.

Por lo que se ve, la puerta del lavabo se ha atascado y no pueden abrirla.

Cuando llegamos, los dos chicos ya están asomados a la ventana.

—¡Madre mía! ¡El cuerpo de bomberos aquí presente y yo con estas pintas! —grita uno de ellos mientras se lleva las manos a la cara.

Todos reímos por la ocurrencia. Le preguntamos qué ha pasado e igual hubiera sido mejor no hacerlo.

—Pues mire, señor bombero, si es que yo se lo venía diciendo aquí a mi osito. Lo llamo osito porque, como veis, tiene mucho pelito, es como un peluche enorme. A lo que iba, que llevo días diciéndole que la puerta del baño a veces se atasca. Y a ver, que yo no es que sea muy miedica, pero la idea de quedarme encerrado en un baño, como que no me hace, ¿sabéis? Pues eso, que llevo días diciéndoselo, pero nada, que no lo ha arreglado.

—Bueno... —intenta intervenir el jefe, pero el hombre está muy emocionado.

—Total, que hoy me iba a dar yo una duchita, después de mi sesión de pilates, porque ya tú sabes que es muy importante mantenerse en forma. Claro, cómo no lo vas a saber, si mira que brazacos que te gastas—. El jefe me mira incrédulo y yo solo puedo encogerme de hombros—. Total, que me iba a meter en la ducha y he pensado, oye, ¿por qué no le pides al osito que venga y os dais un homenaje bajo el chorro de agua? Pues al hacerle la propuesta, ni se lo ha pensado y, claro, con el ímpetu de la pasión, pues nos hemos apoyado en la puerta y se ha cerrado.

—Vale... —vuelve a intentar intervenir mi jefe.

—Mira, te digo una cosa —gesticula el hombre como un loco—, a mí, en ese momento de oír el clic, se me ha parado el corazón y también el subidón, claro. Aquí, el señor seguía erre que erre, pero yo y mi superyó ya no nos podíamos concentrar, así que he comprobado la puerta y casi me da un *parraque* al ver que no se abría.

Todos mis compañeros han dejado de moverse hace unos minutos y parecemos su público, ansiosos por que siga contando la anécdota. Su compañero está recostado en la ventana, a su lado,

con los brazos cruzados, los ojos en blanco e intenta evitar reírse antes de hablar.

—Nene, ¿sabes qué pasa? Que yo solo podía pensar en empotrarte contra la pared y después ya solucionaríamos lo de salir de aquí, o no.

Todos reímos mientras él le guiña un ojo a su pareja.

—Soy Víctor y, aquí, mi reina del drama se llama Eric. Hemos intentado abrir la puerta, que conste que porque él tenía prisa, que yo ninguna, pero no ha habido forma.

—Encantado de conoceros, chicos —le dice el jefe—. ¿Creéis que desde el otro lado de la puerta será más fácil?

—Sí, yo creo que, si empujáis, seguro que se abre.

—Vale. Entiendo que la casa está cerrada con llave. ¿Tenéis alguna de repuesto por aquí? Mi equipo ha estado comprobando las ventanas de abajo y están bien cerradas, así que no podemos entrar sin romper algo.

—¡Ah! Sí, hace tiempo escondí una llave en ese olivo de allí —señala un árbol a nuestra espalda—; en el tronco hay un pequeño hueco, debería estar ahí.

Me acerco corriendo al olivo y busco el hueco, cuando meto la mano noto algo duro, sonrío al sacar la llave.

Abrimos la puerta de entrada y después de localizar el baño, damos unos cuantos empujones a la puerta que enseguida cede. Un cuerpo enfundado en un albornoz con estampado de vaca choca con nosotros y nos envuelve en un abrazo.

—¡Ay! ¡Gracias! Vosotros sí que sois héroes. Venid para abajo que os voy a preparar un café y os coméis unas galletitas que he preparado esta tarde.

—No te preocupes, es nuestro trabajo —le digo, palmeando su hombro.

—¡Uy! Yo que tú no lo rechazaría, que se pone como la niña de *El exorcista* —me dice Víctor, que se aguanta la risa.

—Es que tenemos que volver por si hay otro aviso.

—De acuerdo, eso lo entiendo, pues os las pongo en un táper.

—Trato hecho —le digo mientras lo sigo escaleras abajo.

En el trayecto de vuelta a la estación ya casi son las doce de la noche. Vamos riendo por las ocurrencias de esta pareja y comiendo las galletas que nos han regalado. ¡Están buenísimas! De pronto, justo antes de entrar en la ciudad, un movimiento a un lado de la carretera llama mi atención.

—Jefe, ¿puedes parar? Me ha parecido ver algo en la cuneta.

Él para el camión un poco más adelante y nos bajamos a mirar. Enfoco con la linterna la zona en la que creo haber visto algo moviéndose; igual solo era un jabalí o un gato, vete a saber. Pero no, minutos después, veo una cola y, cuando me acerco un poco más, puedo enfocar a un pequeño perro que tiritaba, asustado. Se me parte el corazón, ¿qué hace aquí este pobre animal? Desgraciadamente, solo hay dos opciones, o se ha perdido o lo han abandonado. No lleva collar, así que lo más probable es que sea lo segundo.

Levanto la mano para que mis compañeros se queden quietos, no quiero que se asuste y salga corriendo, podría ir hacia la carretera y que lo atropellen.

—¿Podéis traer una manta, algo de agua y alguna de esas galletas? Quizá así lo podamos atraer. —Puede que no sean lo mejor para su dieta, pero no tenemos otra opción.

No espero a recibir respuesta, sé que alguno de ellos irá a buscar lo que les he pedido, así que empiezo a avanzar despacio hacia el cachorro.

—Hola, bonito, no te asustes, vamos a ayudarte.

Estoy a un metro de él cuando Toni me da el agua y la galleta. Lo coloco más cerca de él o ella y me alejo un poco. Esperamos con paciencia, aunque soy el único que está tan cerca, los demás se han alejado.

Poco a poco y mientras me mira de reojo, da pasitos hasta llegar al agua, la huele y empieza a beber. Después se acerca al trozo de galleta y también lo olisquea antes de comérselo. La otra mitad está en mi mano y, cuando la ve, empieza a avanzar hacia mí, inseguro.

No me muevo. Cuando está delante de mí, vuelve a olisquear y, despacio, coge la galleta. Le acaricio el lomo y cuando acaba de tragar, no se va. Así que la sigo acariciando mientras le hablo suave.

Sí, es una chica y es preciosa. La envuelvo en la manta y me levanto con ella en brazos. Subo al camión y volvemos a la estación.

De camino, sus ojos me miran tristes y no sé por qué, pero en ese momento, decido que, si no está perdida, ella va a formar parte de mi vida y esos ojos van a volver a sonreír.

Cuando anoche llegamos a la estación me di cuenta de que Brown estaba llena de barro, así que le preparé un baño y después nos quedamos dormidos juntos. Por suerte, no hubo ningún aviso más durante la noche y no tuve que dejarla sola. Vale, vuelvo atrás; sí, le he puesto nombre. Es que tiene un color marrón precioso, así que Brown suena bien, ¿no?

Ahora que ha acabado mi turno, me dirijo a la clínica de Edgar. Quiero que le haga un reconocimiento y mire si tiene el chip para que podamos encontrar a sus dueños. De no ser así, tengo muy claro que se viene a casa.

Al entrar, veo que no hay nadie en la recepción, espero unos minutos con la perra sentada, paciente, a mi lado, pero no aparece nadie. Me acerco a la puerta donde Edgar pasa consulta y, al no oír ningún ruido, decido llamar y entrar.

Me quedo parado bajo el vano de la puerta. Edgar y Aidan están muy juntos y parece que se estén besando. Doy un paso atrás, entre divertido y sorprendido, para dejarles intimidad, cuando un grito de Edgar me sobresalta.

—¡Sí! ¡La tengo! —grita, alzando unas pinzas sobre su cabeza con una enorme sonrisa—. Ahora vamos a desinfectar otra vez la herida y a vendarla. ¡Oh! Hola, Marc. ¿Qué haces aquí?

Aidan se gira al oír mi nombre y veo que tiene una bola de pelo entre las manos.

—He venido con Brown. —Señalo con la cabeza a la perra sentada a mis pies—. La encontramos anoche a las afueras y quería que le echaras un vistazo y miremos si lleva chip identificador. ¿Quién es esa bolita de pelo?

Aidan le da la vuelta en sus manos y, sonriendo, me lo presenta:

—Este es Pompón, mi conejo. Se ha pinchado una astilla en la pata y yo solo no podía sacársela, así que he pedido ayuda al mejor veterinario de la ciudad —dice, sonriendo a Edgar, mientras este, algo avergonzado, raro en él, desvía la vista.

—¡Hola, Pompón! Encantado de conocerte —digo mientras hago ver que no me percató de nada y acaricio su frente con un dedo.

—Marc, creo que será mejor que esperéis en la recepción para que Pompón no se altere por la presencia de...

—Brown. Sí, claro, no hay problema. Hasta ahora.

Un rato después, salgo de la clínica sin ella, sí que lleva chip, aunque está dañado y no pueden acceder a los datos. Edgar me ha dicho que lo mejor será extraerlo y colocar uno nuevo. Voy a adoptarla, así que, aunque estoy un poco nervioso por dejarla sola, es mejor que me vaya y deje trabajar a mi amigo. Va a hacerle un reconocimiento completo porque ha encontrado algunas viejas heridas que no le gustan ni un pelo. Cuando acabe la traerá a casa.

Decido ir a correr un rato, así despejaré la mente. Al volver a casa se me ocurre una idea. Me quito la camiseta y hago una foto de mis abdominales brillantes de sudor, espero que esto incentive a cierta villana a acelerar nuestro encuentro en persona.

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Buenos días

Por aquí hemos empezado el día con un poco de ejercicio. ¿Qué tal por Villa Villana?



B.

P.D: Sé que he sido redundante, ni lo digas...

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Yo también sé ser redundante

Buenos, buenísimos, *buenérrimos* días, mi querido Batman.
Lástima que por estos lares la única tableta que nos vamos a comer sea esta:



H.
P.D: Preferiría hincarle el diente a la tuya ;)

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Una boca jodidamente sexi...

Yo te invito a que pasees esa boca perversa sobre mi piel, pero ya. Solo de pensarlo hay cierta parte de mi anatomía que se pone en pie.

B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Pues dile que se relaje...

Pero no mucho. Quiero verte. Pronto.

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: ¿Cuándo?

Cuando nos pillemos el uno al otro, habremos acumulado tantas ganas que, como poco, sufriremos un infarto.
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: PRON.TO.

Mientras sea un infarto placentero... Tú solo imagina mi boca recorriendo cada uno de esos cuadraditos y... más abajo.
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Eres perversa

Y tu lengua, no creas que me olvido de ella.
B.

No llegan más mensajes de Harley, así que me meto en la ducha. Al salir, veo que Miranda me ha escrito.

Mir

¡Neneee! ¿Tienes plan para hoy? Porque tengo una propuesta que no podrás rechazar.

Yo

Soy todo oídos.

Mir

Pensaba que me estabas ignorando...

Yo

Jamás osaría, mi dulce pelirroja. Venga, dime qué tienes pensado.

Mir

Pues una sorpresa. ¿Te apuntas?

Yo
Joder, cuánta información. ¿Tú y yo, solos?

Mir
Sip.

Yo
Ok. ¿Te recojo o pasas tú a buscarme?

Mir
Voy a buscarte, en quince minutos estoy ahí.

Yo
¿Necesito llevar algo en concreto?

Mir
Solo a ti mismo, bomberito.

Yo
Ok. Hasta ahora.

Le escribo a Edgar porque, aunque me ha dicho que hasta esta noche no volvería con Brown, me quedo más tranquilo si lo aviso. Me visto con unos tejanos desgastados, una camiseta blanca de manga corta y me coloco una cazadora negra y mis gafas de sol cuando Miranda me avisa de que ya está abajo. Hoy hace un día especialmente soleado y caluroso para ser un sábado de finales de marzo.

—¡Joder, nene! Estás sexi de infarto... —me dice mientras me subo a su coche.

Me río y me inclino para darle un beso en la mejilla. Como siempre, huele genial y no puedo evitar olisquearla con disimulo. Me recuerda a los campos de lavanda que había al lado de casa de mis abuelos cuando era pequeño.

—Tú también estás muy guapa, Mir —le digo mientras dejo caer la cazadora en el asiento de atrás.

—Sí, sí, somos un *pack* supersexi. ¿Listo para la sorpresa?

—Mientras sea al aire libre, no hay problema. Hay que aprovechar este día tan estupendo.

—Sí, creo que lo vamos a emplear bien —susurra mientras sonrío.

Esa sonrisa maligna me pone de los nervios, fijo que está tramando algo gordo.

—Qué miedo me das...

—Tengo un plan —me dice sonriente.

—Suéltalo.

—Vamos a coger la autopista y ver a dónde nos lleva el destino —dice toda convencida, y yo me río.

—Mir, eso no es un plan, eso se llama improvisar.

—Tienes razón, improvisemos, pues.

—Puede ser divertido. Cambiando de tema, tengo que explicarte algo—. Estoy ansioso por contárselo. Miranda se ha convertido en este tiempo en mi mejor amiga y estoy seguro de que se va a poner pletórica.

—¿Bueno o malo? ¡No me asustes, *jodío!*

—Bueno. Bueno, la verdad es que depende de cómo se mire, pero...

—¡Cuenta ya! ¡Que me da algo! —dice mientras accede a la autopista.

—Voy a adoptar.

—¿Qué?! ¿Un bebé? —me pregunta asombrada y me mira durante un segundo con los ojos fuera de sus órbitas.

—¡No, joder! —Rompo a reír a carcajadas y ella conmigo—. Hostia, Miranda, que no estoy tan loco. Una perrita. La encontramos ayer durante mi turno. La habían abandonado o se ha escapado de algún sitio.

—¡Oh! ¿Y dónde está ahora?

—Está con Edgar, le va a hacer un reconocimiento completo. Ha visto que el chip que lleva está dañado, así que no creo que podamos encontrar a los antiguos dueños.

—¡Yo quiero verla!

—Cuando lleguemos te enseño una foto de Brown.

—¡Vaya! Ya le has puesto nombre y todo. Vas en serio.

—Sí, hay algo en ella que me empuja a cuidarla.

—Eso es muy bonito.

Nos quedamos en silencio durante un rato, hasta que en la radio ponen una canción de Carlos Sadness que nos encanta y

comenzamos a cantarla. Es brutal cómo Miranda y yo nos repartimos sin darnos cuenta los trozos de la canción como si fuéramos un dúo. Cómico, porque no es que cantemos demasiado bien. Cuando llegamos al estribillo, deja que lo cante yo. La pelirroja sabe que se lo dedico siempre y a mí me encanta mirarla cuando se ríe mientras contemplo cómo se le enrojecen las mejillas:

Cariño, no sé si te odio, no sé si me encantas.

*Creo que te quiero un poco,
pero solo un poco nada más.*

*Quiero conocer tu cosmos,
tu filosofía básica.*

*Creo que te quiero un poco,
pero solo un poco nada más.*

*Aunque les extrañe a todos,
yo te quiero a ti, Miranda.*

Un rato después, muertos de risa, llegamos a Begur y decidimos coger esa salida. Circulamos un poco más y, de pronto, nos encontramos con el cartel que indica que hay una cala cerca. Seguimos en esa dirección. Al llegar, vemos que se trata de Illa Roja y, por lo visto, es una playa nudista.

—¿En serio? —le pregunto, flipando aún por ver dónde hemos aterrizado.

—¿Por qué no? Parece un buen lugar para un picnic.

—En pelotas —apuntillo.

—En pelotas —confirma—. ¿Te atreves?

Me la quedo mirando e intento aguantarme la risa, esta mujer no sabe aún con quién habla. Me pongo serio y asiento antes de alargar la mano para aceptar el reto.

Cogemos la nevera portátil llena de comida y bebida que ha preparado Miranda y, después de descalzarnos, nos adentramos en la arena para acercarnos a la orilla.

—Bueno, pues ya estamos aquí —me dice a la vez que mira alrededor. Además de nosotros, solo vemos en la otra punta a una pareja que está estirada, tomando el sol.

—Sí.

Me callo y extiendo las dos toallas que ha traído. Acto seguido, me incorporo y tiro de mi camiseta hacia arriba hasta quitármela y guardarla en mi mochila. Hago lo mismo con los pantalones y entonces la observo. Me mira. Sonríe y muy despacio empieza a quitarse la camiseta. Debajo lleva el sujetador lencero más sexi que he visto en mi puta vida. Trago saliva con dificultad mientras la muy cabrona me mira con una sonrisa enorme. Se quita los pantalones y su tanga a juego con el sujetador me saluda. Desvío la vista y, antes de que pueda pensármelo más, lo hago. Cojo mis gayumbos y me deshago de ellos.

Me estiro en la toalla, cierro los ojos y, poco a poco, noto que el latido atronador de mi corazón se relaja, a la vez que noto cómo el sol calienta mi piel. Esto es la hostia, no sé cómo no lo he probado antes.

Unos minutos después, percibo a Miranda tumbarse sobre su toalla. Giro la cabeza y abro los ojos. Me está mirando. Sonreímos. Y un nudo me estrangula el pecho. ¡Joder! No entiendo nada, es Miranda. Sí, Miranda desnuda, pero, aun así, es ella. No debería sentirme así. ¿O sí? Es mi amiga, pero al mirarla ahora mismo solo puedo fijarme en esas pequeñas pecas que tiene repartidas por la cara y pensar que me gustaría besar cada una de ellas. Y coño, es que me mira con esos ojazos azules y a mí... ¡Mierda!

—Esto es genial —susurra, interrumpiendo mi rayada mental.

—Sí que lo es —le digo apenas sin voz.

Dentro de mi cuerpo se está sucediendo un puto maremoto y hago lo que puedo por evitar que lo note. «Respira hondo, Marc». Cierro los ojos, suspiro y dejo que salga todo el aire para después volver a inspirar. No ha sido buena idea porque el olor a salitre y a Miranda se mezcla en mi interior. Me coloco boca abajo.

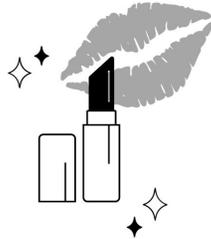
Un rato después, estoy achicharrado, el sol pega muy fuerte para estar en esta fecha y el aire ha parado, lo cual aumenta la sensación de calor. Parece mentira que hace una semana estuviéramos divirtiéndonos en la nieve, aunque claro, aquello era alta montaña. Miro hacia el agua y sonrío antes de hablar:

—Oye, Mir, ¿te hace un bañito?

—No hay huevos.

Antes de darme cuenta ambos estamos corriendo hacia el agua.

15. ¡Que vivan los M&M's!



Miranda

Desnudos en esta primavera anticipada y a riesgo de pillar una hipotermia, Marc y yo salimos disparados hacia el agua. Sobra decir que el agua de la Costa Brava está fría a rabiar, independientemente de la estación. Por eso es mejor zambullirse como mejor sabemos: de cabeza y sin remordimientos.

Al llegar a la orilla, solo alcanzo a ver la salpicadura de mi amigo que se desvanece en las aguas cristalinas del mar Mediterráneo. Bueno, también su culo, redondo y firme, que podría ser el de una escultura griega de esas que vimos en el museo del Louvre cuando fuimos a París.

Antes de que pueda arrepentirme, me meto en el mar y me muevo de forma indiscriminada para intentar entrar en calor. El frío se siente como si esto fuera la puñetera Siberia, pero a los pocos minutos, mi cuerpo se aclimata y me perco de esa sensación de libertad y vulnerabilidad al mismo tiempo, de lo que supone estar desnuda en un mar que parece infinito en el horizonte.

—¡Auuuu! —Una especie de aullido de Marc al sacar la cabeza del agua, seguido de un movimiento para acicalar su rebelde pelo rubio ceniza.

—Tampoco está tan fría... —me burlo.

—Mentirosa.

—¿Habías hecho esto alguna vez?

—¿Bañarme desnudo en el mar?

Muevo la cabeza, que es lo único que asoma, pese a que el sol y la transparencia del agua deja poco a la imaginación.

—No, aunque debo de decir que es una sensación agradable. Si no se me encogen los huevos después de esto, todo correcto. —
Reímos los dos.

Me observa fijamente a los ojos y yo lo desafío con esa mirada que sé que lo pone nervioso.

—¿Qué tramas? Tienes más peligro tú... —habla Marc.

—¿Yo? Nada.

—Atrás. —Se tapa los ojos con las manos tras las que puedo ver su sonrisa inconfundible.

—Jamás.

—¿Sabes que por esta zona hay tiburones? —pregunta en tono misterioso.

—Anda, calla, no digas eso. —Disimulo tras lo que he sentido como un microinfarto.

Marc empieza a descojonarse de la risa, así que yo, ni corta ni perezosa, me sumerjo a coger agua, dejando que él vea en mis ojos de gata cuáles son mis intenciones.

—Mirandita... —dice vacilante—. Mir...

Hincho mis carrillos a modo de pez globo y dejo salir el agua en forma de fuente cerca de su cara. Podría decir que soy número uno en esto. De tanto hacerlo con mi hermano Sergio en vacaciones, cogí práctica. La reacción de Marc es salpicarme agua con las manos. Yo me defiendo con la misma táctica. Somos dos adultos jugando a ser dos críos. Sin miedo, sin vergüenza, sin juicios.

El juego nos acerca unos cuantos centímetros más y a un forcejeo inocente, entre muchas risas, que no sé cómo puede terminar. Por más que intento hacerle una ahogadilla, él se zafa de mis ataques. Me dobla en fuerza con esos brazos trabajados en el gimnasio de la estación de bomberos, pero a astucia no me gana. Es lo que tiene sobrevivir entre cuatro hermanos mayores.

—¡Ah! Algo me ha tocado la pierna. ¿Has sido tú, Marc?

—No.

—Va en serio.

—Que no he sido yo. —Levanta las manos en son de paz.

Aunque me haga la valiente, contra el fondo marino inexplorado no puedo luchar. Corro de puntillas hasta Marc, para sentirme un

poco más protegida y él comienza a partirse de risa de nuevo.

—¿Qué? —Le pongo los ojos en blanco.

—Que era broma, pero tu cara ha merecido la pena —dice tras una risa sonora.

—¡Serás capullo! —Me aproximo aún más y le doy un empujón que lo pilla desprevenido.

Segundos después, ha pasado su brazo por mi espalda y me tiene cogida en volandas dentro del agua. Es en ese momento cuando nuestras miradas, antes intensas, se tornan frágiles. Parece como si el mundo a nuestro alrededor se hubiese paralizado y solo estuviéramos nosotros, respirando el mismo aire con nuestras bocas a poca distancia y con un fuego interior que he notado abrasarme el cuerpo al sentir el roce de su piel mojada.

—Me acabo de percatar de que estás como tu madre te trajo al mundo —dice después de carraspear sutilmente y morder su labio inferior.

—Vaya, no me había dado cuenta. —Ironizo, aunque lo cierto es que no podría sentirme más cómoda a su lado. En bolas o vestida con más capas que una cebolla.

—Te voy a soltar —dice esta vez con una voz más grave y más baja.

—Hazlo. —Nuestros ojos no han dejado de estar pendientes del otro.

Al soltarme, uno de mis pezones roza su pecho de forma sutil, pero ninguno dice nada. Solo veo su nuez al tragar saliva y escucho cómo mi respiración se ha acelerado.

—¡Congelación extrema! Me voy a la toalla —grito y empiezo a nadar deprisa en dirección a la playa—. ¿No vienes?

—No, voy a quedarme un poco más aquí. Dame un segundo... o dos.

Cuando el agua deja de cubrir mi cuerpo, recuerdo por qué lo que estamos haciendo es una locura. Me pongo la toalla por encima y, una vez me abrazo a mí misma con ella, me acerco de nuevo a la orilla.

—Piensa en cosas horribles, bomberito —le suelto en tono jocoso, puedo imaginar por qué no sale del mar, aunque esté a

quince grados. Se me escapa la risa al ver su cara de asombro, pero me sigue el juego, para variar.

—¿Cómo qué?

—Mmm... ¿Cucarachas? —Solo decir esa palabra en voz alta me entran escalofríos.

—No funciona.

—¿Un tiburón que viene a comerte?

—No das una... —Entrecierra los ojos.

—Imagínate que ocurre algo grave, me voy muy muy lejos y nunca más vuelves a verme.

Su reacción es seria al principio, la de «¿qué coño dices, Miranda?», pero en seguida sonrío con la mirada hacia el suelo y tararea la música de la derrota.

—Pásame la toalla.

La cojo y me acerco de nuevo a la orilla. Marc sale a los pocos segundos caminando en mi dirección con una mano estratégicamente colocada en cierta parte de su anatomía. Cuando está a un metro de mí, le vacilo solo un poco más antes de darle la toalla:

—O sea, que, si no estuviera, ¿me echarías mucho de menos?

—¿Tú que crees? —responde en tono solemne—. Anda, dame la toalla, que a este paso me voy a convertir en Olaf.

Me río muchísimo y le tiro la toalla. Sus reflejos, al cogerla, me revelan sin querer más de lo que querían ver mis ojos. Me giro y sigo mi camino hasta nuestras mochilas con los ojos en blanco y una sonrisa tonta. No soy idiota, Marc está muy bueno y esa uve desintegraría las bragas (o lo que sea) de cualquiera con ojos en la cara.

Minutos más tarde, los dos estamos sentados en la arena con las toallas puestas por encima, bebiendo unos refrescos que he traído en la nevera. También saco unas patatas y nos ponemos a comerlas mientras volvemos a entablar una conversación medio decente.

—Fíjate, Marc, estamos en una playa casi desierta, desnudos y comiendo patatas de jamón. ¿No es esto la felicidad?

—Y que lo digas.

—¿Brindamos?

—¡Venga!

—¿Cómo nos llamó el otro día Gabriel? ¿M&M's? —digo tratando de recordarlo.

—¡Que vivan los M&M's! —Chocamos las latas de refresco y hacemos nuestro ritual particular entre risas.

—Por cierto, tengo algo que contarte. —Al decirlo, levanta las cejas sorprendido y me insta a que continúe—. He conocido a un chico. Llevo un tiempo hablando con él.

—Qué calladito te lo tenías.

—Es que no es nada serio. De momento, no quiero anticiparme.

—¿Te gusta mucho? —insiste Marc.

—Me tiene comiendo de la palma de su mano, el muy cabrón.

—Vaya, vaya. Ya que lo has dicho, te diré que yo también estoy conociendo a alguien.

—¿En serio? —digo, no demasiado sorprendida. Lo cierto es que Marc no tiene ningún tipo de compromiso y liga bastante, aunque desde que lo conozco no le he visto nunca con una pareja como tal.

—Sí, creo que me va a volver tarumba. —Sonríe como un niño cuando algo le encanta.

Justo cuando noto una sensación insólita en mi interior al escuchar las palabras de Marc, suena mi móvil. Es mi madre:

—Mamá, ¿pasa algo?

—No, cariño, solo que quiero invitarte a comer a casa. ¿Te va bien a las dos?

—Mmm... Mamá, ya tengo planes. Estoy con alguien.

—¿Con quién?

—Con un amigo.

—Es importante, vente, anda, que el último día tuviste pelea con tus hermanos y tampoco me gusta que estés incómoda.

—Está bien, iré. Nos vemos más tarde. —Cuelgo y me dirijo a Marc—. Es mi madre. Vamos a tener que volver, lo siento.

—No te preocupes, nos vestimos y nos vamos. —Parece... ¿decepcionado?

Recogemos todo y poco después estamos de camino a Barcelona de nuevo. Durante el trayecto, hablamos sin parar. Sin embargo, no volvemos a decir nada sobre las personas que estamos conociendo.

Al llegar a casa de mis padres, veo a mi abuela con cara de pocos amigos. Está cabreada, puedo notarlo, así que me acerco a ella.

—Yaya, ¿qué pasa? —pregunto mientras dejo un beso en su mejilla.

—Niña, no tenías que haber venido. —Me acaricia la mano mientras mantiene la mirada perdida.

—¿Por qué?

Justo en ese momento, llaman al timbre y mi padre se levanta a abrir la puerta. Escucho risas y palabras de agradecimiento mientras mi abuela me aprieta la mano como si estuviese enviándome algún tipo de señal que no logro captar.

—Cariño, mira quién ha venido —dice mi madre, que se aproxima a nosotras junto a mi padre y otra persona; cuando descubro de quién se trata, se me paraliza la respiración. ¿Qué hace él aquí?

—Hola, Miranda, estás guapísima —dice el susodicho con una sonrisa sincera.

Tardo varios segundos en procesar la situación y algunos más en responder. Me limito a saludar de forma educada y discreta, aunque mi abuela se me adelanta:

—Mi nieta es mucho más que eso —dice tras una amplia sonrisa que es más falsa que los billetes de treinta euros.

Mi madre nos anuncia que ya está la comida lista y todos se encaminan hacia allí. Mientras, ayudo a mi abuela a llegar la mesa y sentarse y me pongo a su lado. Este es uno de esos momentos en los que preferiría estar en cualquier otra parte. Vaya encerrona que me ha hecho mi señora madre, con razón tanta prisa por que viniera.

—Nos hemos encontrado a Diego en la cafetería donde vamos a desayunar y, como hacía tiempo que no lo veíamos, hemos pensado que sería buena idea invitarlo a comer —dice mi madre.

—Siempre es un placer comer con vosotros.

—¿Qué tal va el negocio de tu padre, hijo? —interviene mi padre.

—Muy bien, la empresa está creciendo a buen ritmo, estamos contentos.

—Seguro que estará muy orgulloso de ti.

—Eso espero, me esfuerzo para que lo esté. —Sonríe Diego.

Mientras mis padres no dejan de preguntar por sus logros laborales y sus intereses personales, me echan miraditas envenenadas. El padre de Diego es uno de los mejores amigos de mi padre y lo aprecian. Demasiado. Sin querer, mi mente se traslada a otro lugar. Pierdo totalmente el hilo de la conversación y solo vuelvo a la Tierra al acordarme de Marc intentando llegar a la nota más alta de nuestra canción favorita mientras volvíamos en el coche. Se me escapa una risita y, para mi desgracia, no pasa desapercibida.

—¿De qué te ríes? —habla mi madre, que parece molesta porque no le preste atención al invitado.

—Nada, cosas mías.

—¿Qué tal te va a todo a ti, Miranda? Al final conseguiste lo que querías —dice Diego.

—Por supuesto. Como ya sabrás de sobra, soy profesora.

—Los niños siempre se te dieron bien.

—Así es.

—¿Tienes pareja, Diego? —pregunta mi madre. Ya la veo venir y no me gusta nada la dirección que está tomando esto.

—La verdad es que no.

—Miranda tampoco. —No. Por favor, no.

—Ni falta que hace —suelta mi abuela y no puedo evitar reírme por lo bajini. «Gracias, yaya».

—Como bien dice mi abuela, estoy genial y no tengo intención de cambiar ni un ápice mi estado civil, gracias por el interés. —Puede que haya sonado un poco borde, pero me da igual.

Una hora más tarde, que se me hace más que eterna, podemos dar por terminada la comida. Me desvíó un momento al baño antes de irme. Al salir, me sobresalto al cruzarme con Diego, que parece estar esperando en el pasillo.

—Me has asustado —digo, todavía con el corazón acelerado, y me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No era mi intención.

—Qué vaya bien, Dieguito. —Me despido con un amago de sonrisa complaciente.

—Así es como te gustaba llamarme. —Suelta una pequeña risita. Me limito a sonreír, porque no sé muy bien qué decir.

—Me ha gustado verte, Miranda —dice con voz pausada y deja un beso sobre mi mejilla antes de irse.

La situación es algo incómoda, hace demasiado tiempo que no sabía nada de Diego y no esperaba encontrármelo aquí. Él fue mi amor de los diecisiete. El de las primeras veces y el de las primeras decepciones. El de parecer sentirlo todo y no sentir nada en absoluto.

Justo en ese momento, en el que muchos recuerdos de adolescencia me vienen a la cabeza, recibo un mensaje de Marc.

Marc

Mira qué cosita más preciosa.



Yo

Tenías razón, tiene los ojos tristes, pero es lo más achuchable que he visto en la vida.

Marc

Ada te mataría por no acordarte de Leo.

Yo

Ja, ja, ja. El chiquitín también es mono, no lo vamos a negar.

Joder, Marc. No sé cómo lo haces, pero siempre consigues hacerme sonreír cuando más lo necesito. Brown tiene mucha suerte.

¡Más mensajes! Esta vez del grupo de las chicas.



Juntas y revueltas

Ada

¿Qué hacéis?

Yo
Liarla.

Sara

¿Otra *mirandada*?

Ada

Ay, madre.

Carla

Suéltalo.

Yo
¿Creéis que es posible sentir algo
por dos personas a la vez?

Ada

:O

Sara

:O

Yo
Da igual, olvidadlo.

Carla

Solución: Un trío con los dos.

Ada

Ja, ja, ja, muy buena, cuñada.

Sara

Ja, ja, ja.

Yo
Ahora mismo se lo propongo :P

Si ellas supieran de quién estoy hablando realmente, igual no dirían lo mismo. Al día siguiente, tras darle un par de vueltas, escribo el *email* que estoy deseando redactar desde hace días. No tiene sentido retrasarlo más.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Ahora o nunca

Creo que es el momento de ser valientes. ¿Me haces un hueco mañana y dejamos a un lado nuestras identidades ficticias?

P.D.: El fin del juego se acerca. Tic, tac.

16. Sorpresa



Marc

—¡Joder, Marc! No sé dónde tienes hoy la cabeza, pero tu mano no está con nosotros.

—Lo siento.

Es la tercera vez que fallo una pelota que era casi un regalo y Gabriel se ha dado cuenta de que algo pasa. Hemos quedado hoy, a última hora, Evan, Hugo, Gabriel y yo para echar un partido de pádel, pero se está viendo que no es mi mejor tarde. Sé que estoy distraído, pero es que justo antes de que empezáramos el partido he recibido un *email* de Harley.

Los otros dos se acercan a nosotros riéndose, pero cuando ven mi cara de circunstancias, se ponen serios.

—¿Qué pasa? —pregunta Evan. Últimamente tiene mejor aspecto, volver con Sara le ha sentado bien y, además, ya está recuperado por completo de la paliza que sufrió hace semanas. Aun así, creo que hay algo que le preocupa.

—Pues que a este le pasa algo, porque no es normal lo de hoy —le contesta Gabriel.

—¿Damos por acabado el partido, cenamos algo y nos tomamos unas cervezas? —propone Hugo.

Todos asentimos y recogemos nuestras cosas para encaminarnos a los vestuarios. Veinte minutos después, estamos listos.

Vamos a uno de nuestros bares favoritos en Barcelona. Tienen un montón de tipos de cerveza diferentes, ponen buena música a un

volumen aceptable y no está muy masificado. Una vez nos sirven la comida y las birras, todos me miran.

—¿Qué? —Me hago el tonto.

—¿Vas a decirnos ya qué es lo que te pasa? —dice Gabriel sin tapujos.

Suspiro. No es que me importe explicarles lo que he hecho estas últimas semanas, pero...

—He conocido a alguien.

—Eso está bien, ¿no? —pregunta Evan.

—Sí, claro —digo mientras asiento distraído.

—Entonces, ¿qué es lo que te tiene hoy que no das pie con bola? O, más bien, raqueta con bola —sondea Hugo.

—Pues que quiere que nos veamos.

—¿Es que no os habíais visto aún? —pregunta este último, incrédulo—. No te hacía ligando por una de esas aplicaciones, la verdad.

—No, no es eso.

—Joder, Marc, habla de una puta vez, que somos nosotros —me anima Gabriel.

—Lo sé. —Río—. Es que es largo de explicar y lo más morboso que me ha pasado en la vida, os lo juro.

—Joder, esto se pone interesante —dice Hugo a la vez que se frota las manos, y todos asienten.

—Pues veréis, hace casi un par de meses, fui a una fiesta de disfraces con los compañeros de la estación. Cuando estaba allí, hubo una tía que llamó mi atención. Llevaba rato viéndola bailar y, joder, me ponía mucho, cuando me la encontré lavándose las manos, no me lo pensé. Iba disfrazada de Harley Quinn y yo, de Batman. ¿Cómo no iba a acercarme? En fin, que me fui hasta ella, le dije algunas cosas, me siguió el rollo, pero después me pegó un zasca y se piró. Total, que me di cuenta de que se había dejado el teléfono. Lo cogí y, como no la encontré por la sala, me lo quedé y esperé a que llamara.

—¿Y llamó? —pregunta Evan. Están todos superpendientes de lo que explico.

—Sí. Se puso como una fiera, pero estuvimos hablando un rato. Luego, bailamos y... la besé. Y os juro que nunca, jamás, he sentido nada como el puto huracán que sentí cuando lo hice.

Levanto la vista y veo que todos tienen esa sonrisilla de suficiencia en la cara. ¡Oh, no! Están a punto de...

—¡Has caído, chaval! —exclama Gabriel y todos ríen.

—Aún no he acabado de explicaros.

—Podemos imaginar cómo acaba la cosa... —dice Hugo, moviendo una mano.

—No, no podéis —les digo serio. Todos me miran extrañados y Evan hace un gesto para que continúe—. Os he dicho que íbamos disfrazados, ¿no? Pues... follamos con las máscaras puestas. Y fue increíble, el mejor sexo que he tenido en mucho tiempo.

—Joder, qué morbo, tío —dice Hugo.

—Entonces, ¿no os visteis la cara? —pregunta Evan.

—No. De hecho, cuando me levanté por la mañana se había ido y me había dejado una nota. Desde entonces, hemos estado hablando por *e-mail*. Hoy me ha llegado el último, quiere que nos veamos.

—¡Tío! Es una historia alucinante. Sabes que las chicas se morirían por enterarse de esto, ¿no? —Ríe Gabriel.

—¡No podéis decirles nada!

Los tres levantan la mano a la vez en un gesto que significa «te doy mi palabra».

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —pregunta Gabriel.

—¡Pues decirle que claro que nos vemos! Tengo que contestarle —digo mientras cojo el móvil y abro la aplicación.

—Pues venga, dale. Dile que estás loquito por sus huesos y que vas donde te diga —me anima Hugo.

—No, no. Dile que quieres pasarte al lado oscuro. Batman va a dejar de ser un héroe para convertirse en villano —dice Evan, riendo.

—Pero a ver, tendrá que contestar a lo que le haya dicho, ¿no? —inquire Gabriel.

Me río porque no dejan de proponer respuestas, por mucho que digan, a los tíos nos gusta, igual o más que a las tías, un buen

cotilleo.

—Venga, que os leo el *email* —les digo y lo leo en voz alta.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Ahora o nunca

Creo que es el momento de ser valientes. ¿Me haces un hueco mañana y dejamos a un lado nuestras identidades ficticias?

P.D.: El fin del juego se acerca. Tic, tac.

—Eso se merece una respuesta a la altura —asegura Hugo.

Empiezo a escribir:

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Qué drástica, pero elijo AHORA

¿Qué te parece si nos vemos mañana, en Kdat, a las 21 h?

B.

P.D.: Esto puede ser solo el inicio del juego...

Le doy a enviar y levanto la vista. Mis amigos me miran y, los cabrones, se están aguantando la risa hasta que ya no pueden más y estallan en carcajadas, a lo que no tardo en unirme.

—Joder, Marc, has amenizado bien la tarde de pádel. Para la semana que viene tendrás que proporcionarnos más cotilleos —dice Hugo, muerto de risa.

—Oye, acabo de caer en una cosa —comenta Gabriel.

—¿En qué? —digo.

—Si nunca os habéis visto las caras, ¿cómo vas a reconocerla en ese local?

—¡Hostia! ¡Claro! Es que es como una cita a ciegas. Tenéis que llevar algo que ayude al otro a reconoceros —propone Evan.

—Pues tenéis razón. ¿Qué podría llevar yo?

Nos quedamos en silencio y, unos minutos después, los cuatro decimos a la vez:

—¡Una camiseta de Batman!

Rompemos a reír, pero entonces suena mi móvil. Todos acercan sus cabezas para poder ver, pero los empujo.

—¡No seáis chismosos!

—Sí, hombre, ahora tienes que compartir la información con nosotros —asegura Hugo.

Es un *email* de Harley y ha pensado lo mismo que Gabriel. Ella ya ha encontrado una solución:

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Identificaciones

Yo llevaré unos pendientes que son unas cartas de póker. ¿Y tú, caballero oscuro? ¿Cómo te reconoceré?
H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Soy poco original

Qué le vamos a hacer... Llevaré una camiseta con el logo de Batman.
B.
P.D.: ¿No podrías ponerte el disfraz otra vez? Estoy deseando volver a verte dentro de eso que se supone que son los pantalones...

—¡Eh, tío! ¡Que aún estamos aquí! —grita Hugo mientras Gabriel pide otra ronda de cervezas.

—Lo sé, sois muy pesaditos, es imposible no notaros.

—Sí, sí, cuenta —dice Evan.

—Ya está, hemos quedado mañana. Ella llevará unos pendientes de póker y yo, la camiseta. Fin.

—Bueno, pues mañana videollamada para que nos pongas al día del culebrón, ¿no? —dice Gabriel y todos rompemos a reír.

De camino a casa pienso en la suerte que tengo de contar a mis amigos, son geniales, aunque muy cotillas. Justo al cruzar la puerta de casa recibo otro *email*:

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Ni en sueños

Se me congelaría el culo. Esos «pantalones» se quedan para disfrutarlos en la intimidad...

H.

Joder, no he estado más nervioso en toda mi vida, ni siquiera en la primera cita que tuve con una chica con trece años. Por fin vamos a vernos. Después de casi dos meses hablando por *e-mail* y aquel único, aunque alucinante, encuentro, vamos a quedar sin máscaras.

Puedo decir que estoy nervioso porque he tardado un rato en decidir qué narices ponerme, no es que normalmente me preocupe mucho, pero esta noche es diferente. Al final, he escogido unos tejanos negros algo rotos, un jersey oscuro y mi abrigo largo marrón a juego con las botas. He intentado domar un poco mi pelo, pero ha sido imposible, así que lo dejo despeinado.

Me he asegurado de no llegar tarde, salgo del metro frente al bar donde hemos quedado y aún faltan diez minutos para la hora que acordamos. Froto mis manos una contra la otra mientras, desde el exterior, intento divisar quién hay dentro, pero apenas se ve nada, ya que los cristales están empañados por la diferencia de temperatura. La tregua que nos dio el tiempo el día que pasamos Miranda y yo en la playa se ha acabado y vuelve a hacer un frío de narices.

Respiro hondo y empiezo a moverme. Entro al restaurante y recorro las mesas con la vista, pero no veo a ninguna chica sentada

sola, no debe de haber llegado aún. Entonces me doy cuenta de que al final del local hay más mesas en una zona elevada. Camino hacia allí y me quedo parado al ver a Miranda.

—¡Hola!

Ella levanta la vista y me mira tan sorprendida como yo lo estoy de encontrarla aquí.

—¡Oh! ¡Hola, Marc! ¡Joder, nene, estás que rompes!

Río mientras me acerco a ella y dejo un beso sobre su cabeza; una vez más, no puedo evitar que una sensación estremezca mi cuerpo cuando su olor me envuelve, pero esta vez me siento mal por esa reacción. No me parece correcto, ya que he quedado con otra persona.

—Qué casualidad. ¿Qué haces aquí? —le pregunto, aún de pie, junto a su mesa.

—Pues he quedado con alguien. ¿Recuerdas que te dije que estaba conociendo a un tío?

—Sí, me acuerdo. —Aparto la vista por un segundo de ella y vuelvo a recorrer todo el local con la mirada, pero nada, no hay ninguna chica sola.

—Pues hemos quedado aquí. Y tú, ¿has quedado con alguien?

—Mmm... sí.

—¿La estas buscando? ¿No ha llegado?

En ese momento, Miranda recoge un mechón de pelo tras su oreja mientras mira por el local y a mí me da una sacudida el estómago. ¡Joder! No puede ser. El tiempo se detiene por un segundo, o quizá son mil, ni puta idea, pero yo solo puedo mirar el pendiente que lleva Miranda. Mi corazón late a toda velocidad por lo que acabo de descubrir y me encuentro justo en ese momento en el que no sabes si reír o llorar, gritar o tirarte de los pelos. Cuando ve que no contesto, deja de observar alrededor y vuelve a mirarme.

—¿Marc? ¿Qué te pasa? ¿Ya ha llegado?

Me quito el abrigo y lo coloco en la silla que hay frente a ella, después me siento, despacio, y sin dejar de mirarla, ahora serio. Creo que todas esas emociones que van y vienen dentro de mi organismo van a hacer que me explote la cabeza.

—¿Marc? ¿Estás bien? Estás pálido. No pasa nada si te ha dado plantón. —Mira su reloj—. Creo que a mí también me han dado plantón, podemos cenar juntos.

—Sí, sí que ha venido. No sé cómo decirte esto, así que mejor te lo enseño —le digo serio.

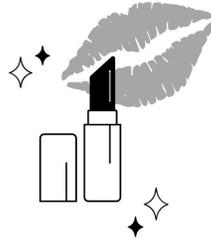
Llevo las manos al bajo de mi jersey y tiro de él hacia arriba, dejando ver la camiseta con el símbolo de Batman que llevo debajo. Miranda entiende inmediatamente lo que le acabo de enseñar y se lleva la mano al pendiente que cuelga de su oreja derecha.

—Joder... Tú, tú... ¿eres... Batman?

—Y tú, Harley.

Ella asiente sin decir nada más. Nos miramos a los ojos sin saber qué más decir. ¿Cómo hemos podido no darnos cuenta de que éramos nosotros?

17. ¿Y ahora qué hacemos?



Miranda

En la vida, los momentos «tierra, trágame» son equivalentes al número de veces que has metido la pata. A veces son meras simplezas, a pesar de que el cerebro se empeñe en recordarlas de forma constante. Otras, no es que hayas metido la pata, sino el cuerpo entero, además de dar un salto mortal hacia atrás. Así es como me siento ahora mismo, tras descubrir la verdadera identidad del caballero oscuro.

Pierdo la cuenta de los minutos que pasan mientras permanecemos en silencio, cada uno mirando un rincón de la mesa como si la posición del servilletero fuese superinteresante como para dedicarle atención. De vez en cuando, cruzamos una mirada y volvemos otra vez a lo mismo. La cara de Marc rezuma incomodidad y vergüenza al mismo tiempo y sus ojillos brillantes me piden a gritos que diga algo ya, pero es que no puedo. Creo que mis pulsaciones triplican la media estándar. No sé qué hacer, no me explico cómo hemos podido llegar tan lejos. Justo en ese momento, en el que mi cabeza empieza a ser una tempestad de ideas alborotadas, soy consciente de la gravedad de la situación. ¿Mi reacción? Reírme como una descosida. A los pocos segundos, Marc se une y nuestras risas resuenan elevadas por todo el local. ¡Tensión liberada!

—Somos adultos, Marc.

—Adultos.

—Somos dos personas que sabían perfectamente lo que hacían.

—Sabíamos lo que hacíamos.

—¿Quieres dejar de repetir lo que digo? —suelto entre risas.

—Joder, es que estoy nervioso, sigue —habla Marc, que se mueve inquieto en la silla.

Hago una pausa.

—¿Me puedes explicar por qué no supiste que era yo? ¿No reconociste mi voz, Marc? ¡¿En serio?!

—Parecías otra persona, joder, eras más alta, llevabas el pelo teñido, ni siquiera pude ver el color de tus ojos. ¡No es tan sencillo! Es más, tu voz sonaba un tanto diferente, te lo juro —intenta excusarse—. ¿Y tú, qué? Porque solo llevaba un traje y una máscara, nada más.

—Tenías voz de Batman, como si te hubieras tragado un modulador de voz. Cómo explicas eso, ¿eh?

—¿Te acuerdas del día de la explosión que no pudimos quedar? Tragué más humo de la cuenta, ¿vale? Por eso estaba así. La verdad es que no daba ni un duro por que pasase algo, porque pensé que te asustarías nada más oírme. Pero tú no te echas atrás tan fácil, si algo te gusta, vas a muerte. —Nos miramos fijamente a los ojos y suspiramos.

—¿Y qué hay de mi voz? ¿En ningún momento te planteaste que podía ser yo?

—Sí, pero pensaba que ese día no ibas a salir. Al principio, me resultó una voz familiar, pero luego...

—¿Qué?

—Había mucho ruido.

—¡¿En el hotel también había mucho ruido, Marc?!

—Estaba extasiado, ¿vale?

—¡¿Qué?!

—¡Que me encantabas, joder! Aunque tuvieras voz de Golum me hubiese lanzado, porque no podía dejar de mirarte y de reírme nervioso cada vez que me vacilabas. —Jadea después de soltarlo todo de carrerilla y a mí me entra la risa tonta. Todavía no sé cómo me hace sentir todo lo que acaba de decir.

—A ver, confieso que cuando me pongo tontorrón, cambio mi tono de voz sin querer.

—¡No me jodas!

—¿Te gusta así, Marc? ¿Ahora la reconoces? —susurro, forzando mi voz más sensual y él se queda con la boca abierta.

—La madre que te parió, Miranda. —Suspira y se lleva los dedos a los lagrimales mientras estallo en carcajadas.

—Solo intentaba parecer más sexi.

—Como si no lo fueras ya... —¿En serio ha dicho eso? Creo que me he sonrojado.

—Está bien, tenemos que admitir que lo de reconocer gente se nos da como el culo.

—En eso estamos de acuerdo. Mi voz debió de gustarte porque, si no, no me explico por qué no saliste corriendo.

—¡Claro que me gustó!

—Y mi boca...

—¡Tu boca también me gustó! —«Miranda, frena».

—Cómo te besaba...

—¡¿Tú qué crees?! Si no me hubiese gustado como besabas, no te habría pedido más.

—Lo hiciste.

—Lo hicimos —digo acalorada.

Ambos suspiramos.

—Pasemos al segundo punto —digo para aliviar de nuevo algo de tensión.

—Segundo punto —repite Marc, que se lleva una mirada maliciosa.

Se nota que seguimos algo tensos y nerviosos, pero vamos a afrontar esto de la mejor manera posible. Es lo que hacen los amigos.

—¡Qué narices! No hay segundo punto. Hemos llegado hasta el fondo del asunto.

—¿Es un eufemismo para decir que hemos follado?

—Follar, enrollarse, echar un polvo. Elige el término que más te guste, porque tú y yo lo hemos hecho todo, cariño. Y más de una vez... —digo eso último por lo bajini.

—Vale. —Carraspea—. Ha ocurrido.

Nuestras miradas no se despegan una de la otra.

—Técnicamente, no estábamos haciendo nada malo —me atrevo a decir.

—No, no, para nada.

—De hecho, es... estuvo bien, ¿no?

—¿Solo bien? —dice un poco decepcionado. Cuando ve que me estoy pensando la respuesta, arquea las cejas. ¡Será cabrón!

—Vale, fue increíble —admito.

—Estuvo de puta madre.

—Fue brutal.

—La hostia.

—Solo puedo pensar en la pena que me da que no se vaya a repetir porque somos amigos. ¿Contento? —digo entre risas.

No responde, solo sonrío mientras baja la mirada un segundo y muerde su labio inferior.

—Hace calor aquí, ¿no? —dice Marc mientras se quita el jersey. Al hacerlo, deja al descubierto parte de su abdomen, antes de recolocarse la camiseta con el logo de Batman que lleva debajo.

Lo miro y, sin querer, mi mente se traslada a otro momento que no hace falta que mencione. Demasiadas imágenes mentales.

—Mir, ¿estás bien?

—¿Yo? Muy bien.

—Vale.

—Eres bueno, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —pregunta incrédulo, aunque seguro que está pensando que me refiero a cualquiera de sus artes amatorias, *follatorias*, o como leches se diga.

—A que me tenías entusiasmada con tus *emails*. Estaba enganchada a este juego y ahora... —Empiezo a reírme, me he puesto un poco dramática.

—Madre mía, solo de pensar en todo lo que te he dicho por *email* me da un poco de vergüenza. —Risa nerviosa de Marc.

—Tú no tienes de eso...

—Cierto —reconoce.

—¿Te parece bonito decir esto? —Le enseño uno de los *emails* en los que habla de «perderse» entre mis piernas.

—Para, por favor. —Sigue riéndose, esta vez, un poco ruborizado.

—¿O este? —Esta vez le muestro uno de mis favoritos, uno bien explícito.

—Tú tampoco te has quedado atrás. ¿Te recuerdo lo que me dijiste el último día? Porque llevo soñando con tu lengua desde entonces. O sea... con la lengua de Harley.

—Con mi lengua, Marc, con mi lengua.

—Vale, con tu lengua. —Me mira desafiante y yo me parto de la risa.

—¿Sabes lo duro que ha sido esperar para quedar contigo?

—Mejor no te digo lo duuuuro que ha sido para mí —dice en tono irónico.

Nos estamos riendo a carcajadas cuando llega el camarero:

—¿Qué os pongo?

—¿Qué nos recomiendas? —pregunto.

—Este sitio es famoso por las tapas. Eso y un buen vinito y tenéis una cena de lujo.

—Por mí, genial —digo.

—Por mí, también.

Volvemos a estar solos y acabamos moviendo el tema de conversación hacia otra dirección. Lo mismo le meto bulla con algunos recuerdos de la noche de la fiesta que hablamos de lo divertida que ha sido la última serie que hemos visto en Netflix o discutimos si la tortilla es mejor con cebolla o sin ella. Al poco rato, nos traen los platos y el vino bien fresquito rula sin que nos demos cuenta. Lo pasamos bien y parece que nada ha cambiado entre nosotros.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

—Somos amigos y no quiero que eso cambie, Mir.

—Yo tampoco.

—Entonces, podemos seguir como hasta ahora y lo que ha pasado será una anécdota de la que nos reiremos mucho cuando pasen los años.

—Me reiré mañana mismo cuando me acuerde del careto que has puesto en el momento en que me has visto el pendiente. —Reímos.

—Nunca contaremos esto. A nadie —me dice serio.

—Será nuestro secreto.

—Exacto.

Brindamos por esos sentimientos que se quedarán para siempre con nosotros y acabamos el resto de la cena con buen humor.

Aprovecho que va hacia el baño para mirar el móvil y comprobar que hay notificaciones de las chicas.



Juntas y revueltas

Ada

¿Qué tal tu cita? Nos tienes en ascuas.

Sara

Si estás ocupada, no contestes.

Tú ya me entiendes.

Carla

Pon, aunque sea, un pulgar hacia arriba para que nos hagamos una idea, va.

Yo

Fracaso.

Ada

Jo, por lo que nos habías contado, el chico parecía majo.

Carla

¿Es guapo?

Yo

Muy muy guapo, demasiado.
Estaba radiante con ese pelo despeinado
y esa sonrisa suya tan alegre y sexi.

Sara

¿No decías que había sido un chasco?

Yo

Ah, sí, sí. Monísimo, pero tenemos cero conexión.
Lo de hablar no se le da muy bien, me he aburrido
como una ostra.

Carla

Podíais haber acabado la cita
igual que el primer día, para
llevaros un recuerdo más grato.

Yo

Hay que saber cuándo es el
momento de abandonar el juego.

Vuelve Marc, pagamos la cuenta a medias y caminamos hasta la estación de metro. Vivimos bastante cerca, así que cogemos la misma línea y en pocos minutos estamos dentro de un vagón, apoyados en una de las barras metálicas que hay para agarrarse. Ha sido una noche fantástica, aunque el final del juego haya resultado una sorpresa inesperada. Al menos, ahora puedo dejar esa dualidad que tenía en la cabeza, porque de alguna forma, cuando hablaba con Marc me sentía como si estuviera engañando al chico de los *emails*. Una tontería sin sentido que ya puedo olvidar.

Suena el móvil de Marc.

—¿Sí? ¿Tú qué haces despierta tan tarde?... Sí, sí. ¿Qué querías?... Ah, que vas a convertir mi antiguo cuarto en tu sala de juegos. Muy bonito, Ona... Que sí, que mañana me paso a recoger mis cosas, si no mamá y tú las tiráis, muy bien... Venga, adiós, pequeñaja.

—Tu hermana, ¿verdad? —No sé cómo su móvil tiene cobertura aquí abajo.

—Me va a tocar pasarme por casa de mis padres a recoger cosas si no quiero que vayan a la basura. —Pone los ojos en blanco.

—Suena a planazo.

—¿Te quieres venir? —propone.

—¿Con tu familia?

—¿Por qué no? Así me ayudas, seguro que es más entretenido. Te puedes quedar a comer. Seguro que mi padre hace su tarta estrella de postre.

—Vaaale, me has convencido.

—¡Genial!

El traqueteo del vagón en movimiento hace que vuelva a pensar en todo lo que ha pasado entre nosotros. Me sorprende poder mirarnos a la cara con la misma complicidad, como si no nos hubiéramos comido literalmente a besos.

—¿Qué ocurre, Miranda? —Me mira Marc, algo preocupado.

—Nada, solo estaba dándole vueltas a muchas casualidades que nos han pasado y que ahora, por fin, entiendo.

—Ya, yo también estaba pensando en ello.

Se acerca a mí y coloca una de sus manos sobre mi mejilla y la acaricia despacio con su pulgar.

—Está todo bien, ¿vale? —susurra.

—Lo sé.

—Seguimos siendo Marc y Miranda, eso es lo que de verdad importa.

—Marc y Miranda.

—¿Ahora quién repite lo que digo? —Sonríe, y yo también—. Anda, ven aquí. —Me abraza con dulzura y yo apoyo mi cabeza en su pecho. Allí donde se está mejor que en ninguna otra parte. Seguimos en la misma posición hasta que llegamos a nuestra parada.

Puede que esto sea una demostración de que nuestra amistad es real, de que entre nosotros la confianza es infinita. Puede que el juego se haya acabado. Pero algo me dice que, aunque no queramos reconocerlo, un simple gesto y dos palabras acaban de cambiarlo todo. *Game over.*

18. Lo que quiero



Marc

—¡Marc! —Ona sale corriendo por la puerta, se tira encima de mí y casi consigue que caigamos.

—Hola, pequeñaja. ¿A qué viene tanto entusiasmo? ¿Son ganas de verme o de que te despeje la habitación para que puedas adueñarte de ella?

—Mmm... Las dos cosas. ¿Y tú quién eres? ¿Su novia? —pregunta a Miranda.

La pelirroja pone una mueca extraña antes de intentar disimular y contestar:

—No, no, somos amigos. Soy Miranda.

—¡Ostras! ¡Ya era hora de que te conociéramos! —le dice mientras entra de nuevo en la casa.

Le presento a mis padres y, de inmediato, hacen buenas migas. Les he hablado mucho de ella, así que es como si la conocieran. Es curioso que, con lo bien que nos llevamos, no haya surgido la oportunidad antes de conocer a mis padres. Supongo que es normal porque hace años que no vivo con ellos.

Un rato después, estamos Ona, Miranda, mi madre y yo liados entre montar y llenar cajas cuando estallo:

—¡No! ¡Eso no! ¡Ni hablar!

—Pero, Marc, vamos a ver, que llevas toda la mañana negándote a tirar cosas —dice mi hermana.

—¡Joder, es que vosotras queréis tirarlo todo! —Solo acabar de decir la frase noto una colleja—. ¡Au, mamá!

—No digas palabrotas delante de mí.

Levanto las manos y me alejo sin perderla de vista, no vaya a ser que me lleve otra de regalo. Si es que me ponen de los nervios, cómo no voy a decir palabrotas. Llevo toda la puñetera mañana intentando que no tiren mis cosas a la basura.

—Me voy a ayudar a tu padre a preparar la comida, no os matéis —dice mi madre mientras sale de mi antigua habitación. Miranda y Ona la miran y sonrían. Son unas arpías, voy apañado con estas dos, se han aliado en mi contra y así no hay manera.

—Es que lo que no entiendo es por qué tienes que dismantelar mi habitación para montar tu no sé qué...

—Pues bien sencillo, hermanito, porque tú hace siglos que no vives aquí y yo necesito más espacio para cuando vienen mis amigas.

—Tus amigas... ¿Las mismas que no hace mucho te dejaron tirada?

Ona me mira y puedo ver en sus ojos que la he herido. ¡Joder! Soy gilipollas. Agacha la cabeza y, aunque la cojo de la mano para que no se vaya, da un tirón y sale sin decir nada más.

—Mierda...

—Te has pasado —me dice Miranda mientras guarda los DVD en una caja.

—Lo sé, me he dado cuenta nada más decirlo. Ahora iré a hablar con ella.

Suena el móvil de Miranda, lo mira, suspira y frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que últimamente me están llegando mensajes de un número desconocido y es raro.

—A ver.

Me lo enseña y leo en la pantalla: «No dejo de pensar en ti».

—¿Tienes alguna idea de quién puede ser? —pregunto.

—La verdad es que no.

—Pues bloquéalo —le digo serio.

—Lo he hecho cada vez que me ha entrado alguno, pero vuelven a llegarme desde otros números —me dice mientras lo bloquea.

—Si ves cualquier cosa extraña, avisa.

—Sí, claro, pero supongo que será alguien que está aburrido. No voy a darle más importancia.

—Vale, pero si notas algo raro, dímelo —insisto, y ella asiente antes de guardar el móvil y seguir con lo que estaba haciendo.

Empaquetamos en silencio durante un rato. Llevamos desde las diez de la mañana liados y esto no se acaba. ¿Cómo pueden haber tantas cosas en la habitación de un adolescente? Lo peor es que soy horrible para deshacerme de los trastos, siempre me da pena tirar las cosas y acabo acumulando demasiadas.

Echo un vistazo a Miranda por encima del hombro, y joder, mejor que no hubiera mirado. Está subida en la escalera y poco a poco baja los CD que aún quedan. No puedo evitar clavar la mirada en su culo perfecto. Se ha puesto una de esas mallas ajustadas que dejan poco a la imaginación y no es que no me guste disfrutar de las vistas, pero tal y como está la situación entre nosotros, no creo que sea lo más inteligente que me pille mirándola descaradamente, así que vuelvo a girarme para seguir con lo que tenía entre manos.

—¡Marc! ¡Mira lo que he encontrado! —grita ella de repente.

Voy hacia ella a la vez que se da la vuelta tan rápido que pierde el equilibrio, empieza a mover las manos para intentar aguantar, pero cae hacia atrás. Doy un último paso en su dirección y coloco los brazos para poder sujetarla. Lo consigo y me hecho hacia atrás para no caer los dos al suelo, pero eso hace que su cara se quede a medio centímetro de la mía. Nuestras miradas se cruzan y noto cómo mi corazón se acelera al mismo ritmo que su respiración, que se cuele dentro de mi organismo sin darme tregua.

Bajo la mirada a su boca y, como si mi cuerpo hubiera tomado una decisión que mi cerebro no le ha dado, me inclino hacia delante.

—¡Chicos! ¡La comida ya casi está lista! ¡Lavaos las manos y a la mesa! —grita mi madre desde el comedor, lo que hace que suelte a Miranda en el suelo como si quemara.

—Ehm... Será mejor que bajemos, no quiero llevarme otra colleja —intento bromear con el corazón aún rebotando descontrolado en mi caja torácica.

—Sí.

Me giro y voy hacia la puerta, pero cuando Miranda pronuncia mi nombre me paro en seco y la miro por encima del hombro.

—He descubierto tu secreto —dice seria.

Veo que esconde algo en la mano tras su espalda. Arqueo una ceja, interrogativo.

—¿Qué secreto? —pregunto intrigado.

—El de por qué bailas tan bien.

—Entonces, crees que lo hago bien... —Doy un par de pasos de baile en su dirección.

—No te hagas el tonto, sabes que te mueves genial.

—Vale, vale, lo reconozco. Y según tú, ¿cuál es mi secreto? —Me acerco más a ella hasta poner mi cara a la altura de la suya.

Sin decir nada, saca la mano de detrás de la espalda y la levanta, moviendo una caja.

Rompo a reír sin poder evitarlo. En su mano está mi más que desgastado juego de baile. Fueron muchas tardes de mi tiempo invertidas en practicar.

—Vale, me has pillado —digo mientras levanto las manos—. Pero vamos a comer antes de que mi madre venga a cogernos de las orejas.

Vamos hacia el comedor entre risas y pasos de baile por el pasillo y las escaleras. Parece que toda esa tensión que se respiraba a nuestro alrededor hace unos minutos se ha esfumado, pero no es cierto, porque hay algo dentro de mí que sigue ahí y me dice que esto no ha acabado.

Al llegar al comedor, me acerco a Ona, la rodeo por detrás y le pido perdón mientras dejo un montón de besos en su cabeza y no paro de estrujarla. Al final dice que me perdona, pero solo para que la deje en paz.

La comida con mi familia transcurre entre risas y batallitas que cuentan mis padres de mi hermana y mías. Cuando llega el postre, Miranda no se corta y repite, y mi padre queda encantado de que le haya gustado su tarta especial, así que incluso le pone un trozo para llevar.

Antes de irnos, Miranda y Ona insisten en echar una partida de baile y no se sorprenden al ver que no he perdido mi toque. Nos

partimos de risa con los intentos de baile frustrados de mi padre y sus murmuraciones sobre que eso no es bailar ni nada y vemos que coge a mi madre y empiezan a bailar juntos por todo el salón.

A media tarde, dejo a Miranda en su casa y, por extraño que parezca, no es una despedida rara ni tensa. Seguimos siendo nosotros.



Gabriel

A ver, Marc, no creía tener que llegar a estos extremos, pero ¿nos vas a contar de una puta vez cómo fue la cita con tu villana misteriosa?

Joder, no había contado con que estos me interrogarían, tengo que pensar en algo rápido...

Hugo

Eso, eso, cuenta.

Yo

¡Mira que sois cotillas, eh!
No hay mucho que decir. No hubo conexión, ni nada, así que lo dejamos ahí y se acabó. A otra cosa.

Evan

Vaya, qué decepción, estábamos los tres aquí en el bufete haciendo apuestas de cómo habría acabado la noche...

Edgar

Joder, ¡anda que contáis algo, cabrones!

Gabriel

Cuñado, si es que últimamente estás muy desaparecido...

Edgar

Tengo mucho trabajo.

Hugo

Sí, sí, seguro.

Al día siguiente, vuelvo a tener turno de veinticuatro horas, ya llevo doce y, de momento, han sido tranquilas. No ha habido avisos, así que nos hemos dedicado a revisar material y a hacer algunos arreglos en la estación. Después, he hecho algo de ejercicio para intentar despejar la cabeza, porque no puedo sacar a Miranda de ella. ¿En qué puto momento he pasado de verla como una amiga a algo más? Desde el principio hemos tonteado siempre, pero nunca habíamos pasado la raya. Ahora lo hemos hecho, aunque no haya sido de forma consciente. ¿El problema? Que creo que, como Marc y Miranda, en los últimos meses, hemos cruzado también una línea mucho más larga y profunda que la del sexo.

Todos esos momentos compartidos, todas las sensaciones que ha despertado en mí, su puñetero olor que me vuelve majareta cada vez que está cerca... Y ayer, ese casi beso. Si mi madre no nos hubiera llamado, ¿nos habríamos besado? Pues no lo sé, y no porque no me muriera de ganas de comerle la boca, pero acordamos que este rollo acababa aquí. ¿Lo tendrá ella tan claro?

Joder, creo que me he pillado pero bien, y estos capullos tenían razón. Mientras corro en la cinta no puedo dejar de recordar aquella noche, su cuerpo, sus gemidos, cómo se estremecía con cada roce de nuestras pieles. Necesito una ducha, ahora.

Cuando salgo del baño, me vuelvo a vestir con el uniforme y voy hasta mi camastro a mirar el móvil, no me sorprende encontrar mensajes de Miranda:

Mir
¿Cómo va el turno? ¿Eterno?

Yo
Bueno, un poco,
porque no ha habido avisos,
pero también está bien porque
así podemos hacer otras cosas.

Mir
Claro.

Yo
¿Qué te pasa?

Mir
Nada.

Yo
Miranda, no me jodas,
que soy yo. Habla conmigo.

Mir
Precisamente contigo es con quien
menos quiero hablar de esto.

Yo
Sabes que puedes
contarme lo que quieras.
Somos los M&M's, ¿no?

Mir
Escribiendo...
En línea
Escribiendo...
En línea

Yo
Suéltalo de una vez.

Mir
No dejo de darle vueltas.

Yo
¿A qué? Ya te dije el otro día
que, por más que lo intentaras,
nunca superarías mi
puntuación en el *Dance Revolution*.

Mir
No es eso, capullo.

Yo
XD
Lo sé, solo estaba intentando
distender el ambiente.

Mir
¿Distender?

Yo
¿Qué? Soy una persona culta,
pero no te desvíes del tema,
suelta lo que sea ya.

Mir
Vale. Allá va.
No dejo de pensar en aquella noche.
Joder, que no dejo de pensar en ti.

Hostia. Vale, igual no debería haberla forzado a hablar. Yo estoy igual, pero ¿es buena idea ni siquiera hablar de esto? Sí, sí que lo es. ¡A la mierda!

Yo
Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti,
en nosotros, en lo que pasó esa noche,
en cómo me sentí y no solo ese día,
sino en los momentos que hemos
compartido últimamente...

Pasan quince minutos y Miranda sigue sin contestar, yo empiezo a caminar como un león enjaulado por la habitación. Cuando ya van veinte, mi móvil vuelve a sonar.

Mir

Estoy en la puerta.

Yo

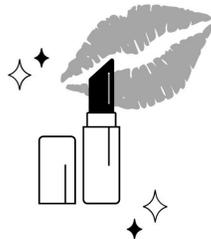
¿En la estación?

Mir

Sí.

Me pongo en pie y bajo corriendo las escaleras. Por suerte, todo está desierto porque mis compañeros están en la sala de descanso. Cuando doblo la esquina, la veo de pie en la entrada. Me paro. Está distraída, mira alrededor mientras estruja sus manos. Vuelvo a ponerme en marcha con pasos lentos pero seguros. Viéndola aquí, frente a mí, tengo más claro que nunca qué es lo que quiero.

19. Nosotros en esencia



Miranda

—¿Qué haces aquí? —Lleva el uniforme de trabajo y, por su expresión, está tanto o más sorprendido que yo por haberme atrevido a venir.

—Siento presentarme así, pero es que no podía esperar más. Tenemos que hablar.

—¿Tengo que preocuparme por esa frase? —dice con la ceja alzada.

—Depende de lo valiente que seas.

Suspira, luego sonrío y abre la puerta para que pueda pasar al interior. Me guía hasta el garaje donde se encuentran los camiones de bomberos de los que está dotada la estación. Marc se mueve algo inquieto, no deja de mirarme. Yo, en cambio, no hago más que preguntarme, si ahora que estoy aquí, seré tan atrevida para decir lo que pienso de verdad. Lo cierto es que no recuerdo el momento en el que lo que siento se volvió incontrolable.

Me muevo hasta colocarme delante de él, en ese pequeño pasillo que queda entre dos de los vehículos.

—Tú dirás —dice tras cruzar los brazos.

—Creo que va a ser imposible olvidar lo que ha pasado entre nosotros —suelto sin demasiados rodeos.

—Yo también lo creo.

—Como te dije el día de la cena, somos amigos y podemos ser sinceros entre nosotros.

—Continúa —dice Marc, que me mira, atento a mis palabras.

—Llevo días meditándolo y...

—¿Y? —insiste.

—Me he dado cuenta de que no quiero olvidarlo.

Una sonrisa canalla aparece en su cara.

—Sé que eso significa algo, pero prefiero que me lo digas tú.

—Tengo miedo de que nuestra amistad se vaya a la mierda por haber cruzado esa barrera —confieso.

—Eso no va a pasar, Mir. Ya te lo dije, seguimos siendo nosotros.

—Bien, entonces, si juntos estamos tan a gusto, si realmente conectamos y no dejamos de pensar el uno en el otro...

—Dilo.

—¿Por qué no repetirlo? —Para cuando han salido esas palabras de mi boca, noto mi pulso bombear muy rápido en la garganta.

Marc esconde su labio inferior, lo muerde, traga saliva y se acerca un poco más a mí. No hemos dejado de mirarnos a los ojos en ningún momento y, aunque no lo articule, puedo ver lo que ellos esconden: ganas. Seguramente las mismas que siento yo cada vez que lo veo.

—Quieres hacerlo conmigo —habla al fin, en un tono que pretende ser una pregunta.

—Eso es lo que quiero.

No dice nada, solo pasa un mechón de pelo por detrás de mi oreja con delicadeza y dilata este momento en el que el silencio y la altura del techo desenmascara el sonido de nuestras respiraciones.

—¿Qué quieres tú, Marc?

Hace ver que se piensa la respuesta mientras pasea uno de sus dedos por mi labio inferior. La espera me mata, no puedo más.

—Me voy, ha sido un error venir. —Como soy bastante bajita a su lado, me zafo rápido de su cuerpo y camino en dirección contraria, hacia la salida, pero nada más dar un paso, me agarra del brazo.

—Miranda.

—¿Qué? —pronuncio sin darme la vuelta.

—No ha sido un error, porque yo no quiero que te vayas. —Siento el calor de su respiración en mi nuca y todos mis sentidos se mantienen alterados—. ¿Sabes qué es lo que quiero? —Hace una pausa para que responda, pero no lo hago—. Quiero besarte, joder.

Una pequeña sonrisa de felicidad se instala en mi cara, pero él todavía no puede verla. Lo pongo a prueba.

—Ahora dímelo a la cara si eres capaz.

Acaricia mi hombro, despacio, y baja sus dedos hasta hacerlos encajar con los míos. Me atrae de nuevo hacia él y, en este momento en el que nuestras miradas hablan por sí solas, vuelvo a preguntar:

—¿Qué quieres?

—Comerte esa sonrisa a besos.

Imposible no sonreír de nuevo. Está todo dicho, no hay vuelta atrás. Coloca su mano en mi cara y hunde sus dedos en mi pelo. Me pongo de puntillas al notar su avance y cierro los ojos al sentir cómo nuestros labios colisionan en un baile perfecto. Lento, sin prisas. Nos saboreamos con ganas y nuestras lenguas se unen para dar con una nota más alta. Una que contrasta con los jadeos que salen de lo más hondo de nuestras gargantas. Aunque los pies empiezan a dolerme, solo puedo pensar en que no quiero olvidar jamás esta maldita sensación que siento en todo mi cuerpo al compartir besos, ganas y saliva con él.

En lo que parece un entendimiento sin palabras, me agarra por el muslo y me impulsa para que trepe y me acople a su cuerpo. A la misma altura y con mis piernas enlazadas alrededor de su espalda, hundo mis dedos en su pelo y lo beso sin ni siquiera abrir los ojos por cierto temor a que este alboroto de emociones se esfume con la luz de la realidad. Pero no lo hace.

Cuando nuestros labios se despegan y nuestras miradas se encuentran, todo lo que veo es la sonrisa satisfecha de Marc. La de siempre. La que lo acompaña a todas partes e indica que todo está bien, que seguimos siendo Marc y Miranda.

Me roba un nuevo beso, esta vez con un ligero mordisco a mi labio inferior, que estira en su dirección como si se lo quisiera quedar para él. Después, me estruja más fuerte contra su cuerpo y nos acerca hasta la pared lateral del camión, donde me apoya. Entierro mi cabeza en su cuello y lo acaricio con mis labios y mi lengua mientras noto cómo su respiración se acelera. A estas alturas, una más que importante erección se estrella contra mí con

la fricción que se produce en cada uno de nuestros movimientos. Y quiero más. Los dos queremos más. Lo dicen nuestras bocas cuando se buscan con esa ansia tan primaria. Las mismas que se besan desesperadas hasta el punto de que la falta de oxígeno no me importe lo más mínimo si eso significa beber de él.

Perdidos en las sensaciones que nos invaden, entre manos que descubren el cuerpo del otro por encima de la ropa, que agarran sin piedad, se nos olvida por completo que podemos ser descubiertos en cualquier momento.

—¿Marc? —Escucho una voz de un hombre que proviene de otra habitación.

El sonido nos devuelve a la realidad. Marc separa sus labios de los míos, que ahora están húmedos e hinchados. Ambos jadeamos, no sé si por el temor a que nos pillen así y lo despidan o porque sigo en sus brazos, que se niegan a soltarme. Nos miramos en busca de una solución rápida, pero bastante tengo con recobrar el aliento para no caer redonda al suelo. Marc lleva un dedo a su boca y me pide con ese gesto que no diga nada ni haga ruido. Los segundos pasan y no nos movemos ni un ápice hasta que intuimos que la persona que ha llamado a Marc se ha largado.

Marc apoya su frente contra la mía y le escucho un suspiro que parece esconder rabia o desesperación. Una de sus manos, que antes estaba en mi cadera, baja hasta mi culo y la otra sube hasta mi nuca; me impulsa hacia arriba e inclina su cabeza hacia delante, a la altura de mis pechos, donde aspira mi olor con avidez. Y aunque me muero por llegar hasta el final, no quiero meterlo en problemas por mi culpa.

—Marc, debería irme —digo en un susurro con los ojos todavía entrecerrados.

—O no. —Hace caso omiso y lleva su boca hasta mi cuello, que resigue con la lengua y deja pequeños besos en sentido ascendente.

—Estamos muy expuestos aquí, te van a despedir si nos ven.

Parece que las palabras clave hacen efecto, pero mi cuerpo sigue enroscado en el suyo y no veo el momento de bajar.

—Si suena esa alarma —la señala—, en menos de un minuto, habrá más de veinte hombres con uniforme en esta habitación —dice con voz susurrada, diría que hasta con cierto tono travieso.

—Me acabas de poner muy nerviosa.

—Difícil alterarte a ti.

—Vamos, Marc, lo estoy diciendo en serio. —Al final se apiada de mí y me suelta—. ¿Me recuerdas por dónde tengo que salir?

—Si te dejo ir, voy a estar lo que resta de turno pensando en todas las partes de tu cuerpo que quiero lamer y no voy a poder hacer bien mi trabajo.

«Jodido Marc, cómo me pone». Trago saliva y le sigo el juego.

—¿No puedes esperar solo un poquito más? —susurro cerca de su oído.

—No —responde con la voz ronca por la excitación.

—Acabas de poner voz de Batman. —Suelto una pequeña carcajada, él también.

—Y te gusta.

—Me gusta más la tuya.

—Entonces, ven conmigo antes de que te arranque la ropa aquí mismo.

Recoloca su erección en el pantalón mientras recojo mi mochila del suelo, me agarra de la mano y vamos corriendo hasta el pasillo por donde he entrado. Me pide que espere un segundo a que compruebe que no hay nadie pululando alrededor. Todo está despejado, salimos y llegamos hasta un pequeño almacén con algunas estanterías y repleto de cajas con herramientas. No puedo evitar reírme porque la situación es cómica, pero ¿qué tendrá lo prohibido que atrae con ese anhelo indescriptible?

—Muy romántico, Marc —me burlo un poco.

—Aquí no nos molestarán. O eso espero. —Sonríe lobuno—. Si no quieres, guardo mis promesas para cuando nos volvamos a ver.

—¿Te estás echando atrás?

—En absoluto.

—Así me gusta, porque lo quiero todo y lo quiero ahora. —Suelto la mochila en el suelo de cualquier manera.

—Miranda... —dice en una especie de gruñido de lo más sexi.

El mismo tiempo que tarda en decir mi nombre es el que tardo en abalanzarme sobre él —obviemos nuestra diferencia de altura, aunque soy pequeña puedo desprender brutalidad—, posar mis manos por el bajo de su polo y apremiarle para que este desaparezca por encima de su cabeza.

Con Marc desnudo de cintura para arriba, solo me apetece tocar cada centímetro de sus abdominales y besar su pecho hasta hacerlo suspirar. Mis caricias parecen estallar una nueva revolución que comienza al devorarnos la boca con desesperación de nuevo con choque de dientes incluido.

Decidida, deslizo mi mano hasta su erección bajo su atenta mirada. Mientras desabrocho el pantalón, ya puedo ver su boca entreabierta y sus pupilas dilatadas por el deseo. Jadea cuando cuelo la mano dentro y la sujeto con firmeza, haciendo pequeños movimientos. Después de unos minutos, se coloca detrás de mí y comienza a lamer mi cuello despacio mientras siento su aliento en la nuca. Mete dos de sus dedos en mi boca para que los chupe y estos resbalan por debajo de mi falda hasta el interior de mis bragas. Acaricia mi clítoris, mis labios, se recrea en mi humedad arrancándome ruegos de puro gusto hasta acabar introduciéndolos dentro de mí, mientras susurra en mi cuello:

—Me encanta verte así —dice mientras su otra mano se cuela dentro de mi jersey y llega hasta uno de mis pechos. Al rozar la yema de sus dedos por mi pezón siento que voy a estallar.

—Si no me matas de un orgasmo, será por apuñalarme con eso a traición —Escucho una ligera risa de Marc a mi espalda.

La adrenalina, a estas alturas, ha sobrepasado todos mis límites, me giro, coloco mis manos a ambos extremos de su cara y succiono sus labios hasta que él se separa para decir algo:

—Voy a besarte entera.

—No puedo esperar. —Para que vea que voy completamente en serio, me deshago de mi ropa interior.

Si me lo explican, no me lo creo. En un puñetero almacén como dos adolescentes con un calentón y entre los brazos de Marc. Mi mejor amigo, el que ahora mismo coloca sus brazos por debajo de mis muslos y me sostiene con ayuda de la pared. Creo que nunca

me había sentido así ni con esta intensidad, no al menos desde la noche de la fiesta de disfraces. Ansiosa, fuerte, ardiente, feliz.

—¿Confías en mí? —pregunta Marc, mirándome de forma intensa.

—Sí.

En un impulso de sus brazos, me sube más arriba hasta sentarme encima de sus hombros a la vez que sus manos se aferran a mis caderas y mi falda queda arremolinada en mi cintura. Nuestras miradas se cruzan y soy consciente del hambre que desprenden sus ojos. Creo morir del todo cuando hunde su boca en mi humedad y comienza a paladear como si estuviera ante su plato favorito. Es decidido, su lengua me descubre sin miedo, succiona sobre mi clítoris y lo chupa hasta dejarme sin aliento. No voy a mentir, me encanta verlo así, entre mis piernas, dándome placer y obligándome a hundir mis dedos en su pelo. Aunque intento controlarme, mis gemidos son cada vez más sonoros y mi respiración incontrolable. Es la mejor de las torturas. Ver cómo me mira desde el centro de mi placer es lo único que necesito para llegar a ese punto de no retorno.

—Joder, Marc —digo entre jadeos.

Oír su nombre de mis labios parece que lo motiva más y más. Él no piensa parar y yo no quiero que lo haga. El clímax arrasa todos mis sentidos y me revuelvo comprimiendo su cabeza entre mis muslos de pura necesidad.

Me baja de sus hombros. Para entonces, ¿qué queda de mí? Dos piernas medio dormidas y temblorosas que apenas me mantienen en pie y mil súplicas en forma de suspiros por los que Marc se relame.

—¿Tienes un condón?

—Sí —contesto con la voz temblorosa.

—¿Te imaginabas que iba a pasar esto? —dice sorprendido.

—No, yo siempre voy preparada. —Cojo la mochila y saco un preservativo de un neceser.

—Siempre tan inteligente.

—Póntelo, me tiembla todo. —Se lo tiendo y él sonrío al oírme decir eso.

—Ven aquí. —Se baja más el pantalón y cuando lo tiene colocado, me besa a la vez que sus manos acarician mi espalda por debajo de mi jersey.

Somos un mar de ganas y nos dejamos llevar hasta acabar en el suelo. Me coloco a horcajadas sobre él, que me agarra de las caderas y nos besamos con más ansia aún, mientras nuestras manos tocan sin censura y sentimos el roce de nuestras partes más sensibles, a punto de fundirse. Sus labios acarician los míos con delicadeza y se llevan un último mordisco. Marc toma la iniciativa y nos movemos hasta que queda encima de mí. Al mirarnos, sabemos lo que viene a continuación y, antes de que lo haga, siento toda mi piel erizarse. Se cuele en mi interior con una embestida certera y ambos jadeamos mucho más fuerte que en todo este rato. Por un momento, se me vuelve a olvidar que no estamos solos en esta estación.

—¿Te hago daño?

—No, sigue y no pares nunca.

—Joder, Mir, me llevas al límite.

Marc empieza a mecer sus caderas. Cada vez con más intensidad, más profundo, más rítmico. Mi cuerpo se arquea para acogerlo y empuja contra el suyo, enredando mis piernas a su alrededor. Nos miramos a los ojos, entregados al placer entre gemidos. Una y otra vez hasta que no puedo aguantar más. Un fuego interior me invade y me dejo llevar por este puto abismo con la mano de Marc en la boca silenciando mis jadeos.

Me da el beso más dulce que me han dado nunca cuando suspiro tras el clímax y empieza a moverse de nuevo, más rápido, más erguido. «Y no quiero que esto acabe nunca. ¿Por qué no quedarnos en esta burbuja?». Cuando está a punto de correrse, hago lo mismo que él y le cubro los labios con mi mano para esconder un último gemido. Terminamos agotados por este vendaval de emociones; deja un suave beso en mi mano antes de apartarla y sale de mí.

Permanecemos tumbados unos instantes, recobrando el aliento o intentándolo, mientras él se deshace del condón. Extasiada como

me encuentro, es el momento de las dudas después de lo que hemos hecho.

—Marc.

—Mmm...

—Ahora sí debería irme antes de que te echen de menos.

—Lo sé.

Nos levantamos y nos ponemos la ropa que está tirada en el suelo.

—Miranda, no creas que esto acaba aquí y ahora. —Su mirada es intensa, llena de verdad.

—Entonces, ¿qué propones?

—Nuestra amistad es muy importante para mí.

—Para mí también lo es —afirmo segura.

—Juntos somos la hostia. —Me hace reír.

—Ahora podemos decir que en todos los sentidos.

—¿Hace falta que le pongamos una etiqueta a esto? —dice, moviendo sus manos.

—Dejemos que fluya, ¿vale?

—A eso me refiero.

—Sin malos rollos —digo.

—Solo una condición.

—Soy toda oídos —respondo.

—Que quede entre nosotros por el momento. No le contemos nada a nuestros amigos.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida.

—Empezarán a tratarnos como a una pareja y nos agobiaremos. Veamos primero hacia dónde va esto.

—Está bien. —Después de todo, quizá es lo mejor para los dos.

Salimos de nuestro escondite sin que nadie nos vea y me acompaña a la puerta. Nos despedimos con palabras, aunque me resulta insuficiente después de haber probado sus labios. Como si me leyera el pensamiento, me agarra del brazo y me atrae hacia él para robarme un beso desesperado.

—No sabes lo que te espera, bomberito —susurro cerca de su oreja y noto su estremecimiento.

—El próximo día no voy a tener piedad contigo, pelirroja.

—Ahora deja que me vaya. —Sonreímos y me da una pequeña palmada en la nalga cuando me doy la vuelta.

No decimos nada más, no hace falta. Demasiadas promesas, demasiadas ganas. ¿Hemos cambiado? Yo creo que no. Como suelen decir, la materia ni se crea ni se destruye, solo se transforma. Somos nosotros en esencia. Y en fuego también.

20. Tras la escalera



Marc

Sigo en *shock* por lo que pasó ayer con Miranda. Vuelvo a repasar todo lo que ocurrió mientras camino rumbo al centro. ¡Joder! Es que lo hemos hecho, nos hemos acostado y, esta vez, sabíamos quienes éramos. ¿Es un error? No, estoy seguro de que no. ¿Cómo puede ser esto un error? Ese huracán de sensaciones que me arrasa con solo mirarla y que hasta ahora he intentado obviar. Si es un error, es el más jodidamente maravilloso y auténtico que cometeré en mi vida.

Cuando llego, enseguida me percató de algo, la fachada del edificio está llena de pintadas: «Fuera de aquí». «Largaos». «Os vais a arrepentir».

Al entrar, voy directo a hablar con Paula. Primero fue la rotura del cristal y ahora esto.

—Buenas tardes —digo al entrar a su despacho.

—Hola, Marc. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú? Porque acabo de ver esas pintadas en la fachada. ¿Qué está pasando?

—Bueno, lo de siempre, solo que en las últimas semanas se ha intensificado.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que nosotros nos dedicamos a sacar a los chicos de las calles, y eso, a ciertas personas no les gusta.

—Entiendo. —El velo negro de culpabilidad vuelve a cubrir mi piel una vez más. Sé perfectamente de qué me está hablando y no

puedo evitar acordarme de él y que mi humor cambie por unos instantes hasta que recupero la calma.

—Esto cada vez se complica más y ya no sé si está en mi mano solucionarlo o debería avisar a la policía.

—Yo creo que no estaría de más. Ya saben lo que pasó hace semanas, estaría bien informarles de esto —sugiero.

—Sí, tienes razón.

—Si hay algo que pueda hacer, dímelo. —Me ofrezco.

—Pues ahora que lo dices...

—Suéltalo.

—Estaría muy bien tapar esas amenazas.

—Dalo por hecho. Cuando acabe la actividad con los chicos me pongo a pintar.

—La pintura está en el almacén. Gracias, Marc.

—No tienes que darlas, yo también formo parte de esto. Y, para mí, que este proyecto funcione y llegue cada vez a más chavales es más importante de lo que crees.

Paula me mira en silencio, entrecerrando sus cálidos ojos marrones; al final, asiente sin decir nada más y yo salgo de allí también en silencio.

Los chicos han ido llegando mientras preparaba todo el material y enseguida se han puesto a ayudarme. Esta actividad les gusta especialmente, así que vienen con muchas ganas; además, hoy tengo una sorpresa para ellos. Contacté con una gran empresa que se dedica al equipamiento deportivo y les expliqué nuestro proyecto en este centro, la actividad que yo hago y que los chicos no tienen dinero para costearse el equipamiento adecuado. Enseguida han querido colaborar.

—¿Estamos todos? —digo mientras paseo la mirada por ellos.

—No. Faltan Rubén y Óscar.

—¿Alguien sabe por qué no han venido?

Ninguno contesta, miran en cualquier dirección que no sea la mía. Se me eriza la piel con un mal presentimiento. En ese momento, un chico que no conozco se acerca, aunque se queda a un par de metros de nosotros.

—¿Hola? ¿Vienes a probar? —le pregunto. Los demás se giran a mirarlo y él solo asiente como respuesta—. ¿Cómo te llamas?

—Joel. Miranda me dijo que podía venir.

—¿Conoces a Miranda?

—Sí, es mi profe.

—Genial. Si quieres, puedes acercarte un poco más, voy a enseñaros algo antes de empezar.

Dejo de mirarlo, pero por el rabillo del ojo veo que se acerca hasta colocarse al lado de los demás.

—Bien, pequeños saltamontes —protestan todos en broma al oírme—, hoy tengo una sorpresa para vosotros.

Coloco la enorme mochila negra delante de todos ellos y la abro con parsimonia; cuando ven lo que hay dentro empiezan a saltar, emocionados. La bolsa está llena de zapatillas de escalada, pies de gato de varios números diferentes y hay de sobra para todos ellos. Me van diciendo sus números y se las voy repartiendo. La verdad es que la empresa se lo ha currado porque me han dicho que nos harán llegar más material. Un rato después, mientras superviso la actividad...

—¡Lidia! ¡No hagas *el cabra*! Poco a poco, busca bien dónde colocar las manos y después los pies. ¡Vas muy bien! —grito desde abajo para que me oiga, ella cabecea y levanta el pulgar en señal de entendimiento.

Me giro hacia Joel, que está a mi lado, mientras observa todo lo que sucede a su alrededor.

—¿Quieres probar? —Se encoge de hombros sin contestar—. Solo tengo una advertencia para ti —le digo serio.

—¿Cuál? —pregunta mientras me mira curioso.

—Una vez empiezas a escalar, se vuelve adictivo y cada vez quieres más.

Sonríe y siento que he conseguido que se relaje por primera vez en la hora que llevamos aquí.

Cuando Lidia baja, coloco el arnés a Joel y le explico cómo hacerlo para que la próxima vez pueda ponérselo él solo. Una vez listo, se acerca a la pared y, para mi sorpresa, se le da genial. Parece un gato escalando.

Cuando los chicos se van a cambiar de ropa, después de ayudarme a recoger todo el material, cojo los utensilios para poder pintar y me dirijo al exterior. Mientras observo las letras chorreantes por la pared, la ira vuelve a desatarse en mi interior. Suspiro, preparo todo y empiezo a tapar las pintadas.

Sigo en ello cuando los chicos salen del centro para irse a casa, pero cuando me doy cuenta, todos han cogido un rodillo y me ayudan a tapar las puñeteras pintadas. Sonrío, y trabajamos codo con codo mientras, de fondo, se oye la música que alguien ha puesto en su móvil para amenizar el trabajo. En momentos como este me doy cuenta de lo importante que es que existan sitios así.

De camino a casa, recojo a Brown de la clínica de Edgar. Se ofreció a llevársela cada día, ya que tienen un espacio verde genial donde puede correr libre y jugar con otros perros. Aún estamos en trámites para que pueda adoptar oficialmente a Brown y, por eso, todavía no les he explicado nada al resto de amigos. Volvemos juntos a casa mientras ella me regala lametazos en la mano para hacerme entender que me ha echado de menos. Le pongo su comida y agua limpia y, después de darme una ducha, me acerco al local donde he quedado con Gabriel.

—¡Ey, tío! ¿Cómo vas?

—¡Marc! Qué raro, no llegas tarde... —Se ríe el muy cabrón.

—Ja. Ja. A veces soy puntual —le digo con el dedo alzado en su dirección.

—Ya veo. Ya he pedido las cervezas y unas tapas. ¿Qué tal el día? ¿Vienes del centro?

—No, de casa. He tenido que ir a ducharme para quitarme toda la pintura que llevaba encima.

—¿Pintura? Pero ¿tú no les enseñas escalada?

—Sí, pero cuando hemos acabado, me he puesto a tapar las pintadas que habían hecho en la fachada.

—¿Algún gamberro?

—No lo creo. Eran amenazas.

—¿Qué? ¿Qué está pasando? —pregunta cuando llega el camarero con nuestro pedido.

—Pues no lo sé seguro, pero puedo hacerme una idea —le digo y espero a que el camarero se vaya para seguir—. Parece que la historia se repite.

—Te refieres a lo que pasó con...

—No lo nombres, pero sí. —Mis manos tiemblan ligeramente al coger la cerveza, espero que Gabriel no se percate.

—Entiendo.

—Me siento impotente porque no sé qué más puedo hacer para ayudar.

—Ya haces mucho, Marc. A través de tu trabajo y del voluntariado en el centro. No deberías seguir sintiéndote culpable por lo que pasó.

Me quedo en silencio. Sé que tiene razón, no fue culpa mía, fue su decisión, pero yo debería haber hecho algo. Al menos, así lo siento.

—No puedo evitar sentir que no es suficiente. ¿Por qué crees que hacen esas pintadas?

—Seguro que porque lo que hacéis funciona y los chicos están alejándose de sus garras.

—No quiero poner a ninguno de ellos en peligro, no quiero que ninguno de los que estamos allí lo esté.

—Lo sé, pero no puedes cargar con esa responsabilidad.

Guardamos silencio durante unos minutos, cada uno sumido en sus pensamientos. ¿Estará recordando lo que pasó hace ya tantos años? ¿Se acordará de él? Porque yo no puedo olvidarlo, hay imágenes que se repiten aún en mi cabeza y no creo que desaparezcan jamás.

Gabriel abre la boca para hablar cuando suena su móvil, ha recibido un mensaje.

—Es Ada. Necesita que vaya a casa a quedarme con Leo, ha pasado algo con Sara.

—¿Qué? ¿Está bien?

—No me ha dado más detalles, solo que vaya cagando leches.

—Pues ve, cualquier cosa, me dices. Invito yo.

Se levanta, chocamos la mano y sale del local a paso rápido sin volver a mirar atrás. ¿Qué habrá pasado? Quizá podría aprovechar

para...

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Autoinvitación

Solicito permiso para ir a ver a mi villana preferida.

B.

De: villanaquinn@gmail.com

Para: elcaballerooscuro@gmail.com

Asunto: Autodesinvítate

¿En serio vamos a seguir con esto?

No es un buen momento. Sara está aquí y está fatal.

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com

Para: villanaquinn@gmail.com

Asunto: Es divertido

Qué puedo decir, me pone mucho Harley Quinn. ¿Algún día te volverás a poner ese traje?

¿Qué ha pasado con Sara? ¿Necesitáis algo?

B.

De: villanaquinn@gmail.com

Para: elcaballerooscuro@gmail.com

Asunto: ¿Solo Harley Quinn?

¿Qué te parece si solo me hago las coletas y me pongo las botas? Nada más.

Es largo de explicar y no sé si me corresponde a mí hacerlo. Mañana hablamos, caballero oscuro. Algo dulce siempre va bien... ;)

H.

De: elcaballerooscuro@gmail.com
Para: villanaquinn@gmail.com
Asunto: Tú me pones mucho más, pelirroja

Eres muy muy perversa, me encanta tu plan y me lo apunto para que no se te olvide.
Marchando unos dulces para mis chicas preferidas. Os los llevo y me largo. No os molesto.
B.

De: villanaquinn@gmail.com
Para: elcaballerooscuro@gmail.com
Asunto: Apuntado y subrayado

Eres un sol.
H.

Voy a nuestra pastelería favorita, que pilla abierta por los pelos, y compro una bandeja enorme de variedad de minipastelitos. Me acerco a casa de Miranda y llamo al timbre.

- ¿Sí?
- Soy Marc.
- Bajo.
- Ok.

Espero unos minutos y cuando me doy cuenta, una mano tira de mi chaqueta hacia atrás y me mete dentro del portal. La bandeja de dulces hace equilibrios sobre mi mano y la salvo por los pelos. Estamos semiescondidos bajo las escaleras. Mi espalda contra la pared y Miranda apoyada en mi cuerpo. Sus manos trepan por mi abdomen hasta llegar a mi nuca donde se enredan en mis mechones de pelo.

- Hola —susurra.
- Hola —le digo y sonrío.
- ¿En serio nos has traído pastelitos?
- Pues claro.
- Te voy a comer a besos.
- Joder, sí.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada más, se lanza sobre mi boca. Mi mano libre baja desde su cintura a su culo y la aprieta más contra mi cuerpo. Me ha puesto como una moto en dos segundos y quiero que lo sepa. Nos devoramos la boca hasta quedarnos casi sin oxígeno.

—Te follaría aquí mismo —susurro en su oreja antes de darle un pequeño mordisco en el hueco de su cuello.

—Y yo dejaría que lo hicieras.

—Pero no puede ser.

—No.

Unimos nuestras frentes y suspiramos. Ninguno de los dos dice nada durante los siguientes segundos, solo paseamos las manos por el cuerpo del otro. Estoy por tirar los pasteles a un lado para poder tocarla en condiciones, pero no es el momento. Nos miramos y, después, Miranda da un paso atrás.

—Gracias por los pasteles, seguro que ayudan.

—No hay de qué, pelirroja. Me gusta mimaros.

Dejo un beso sobre la punta de su nariz.

—¿Seguro que no puedo subir a ver a Sara? —pregunto.

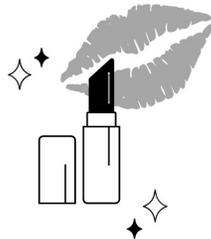
—Mejor que no.

—Vale. Entonces, me voy —susurro—. Dale un abrazo de mi parte.

Se despide y sube el primer escalón.

Antes de que avance más sujeto su mano, me acerco a ella y la vuelvo a besar. De forma intensa, marcando a fuego esas promesas que pienso cumplir más pronto que tarde.

21. Volveremos a vernos



Miranda

Estoy segura de que a Sara no le quedan más lágrimas que llorar. En este momento, tumbada con la cabeza sobre mis muslos, está algo más relajada después del ataque de ansiedad que ha sufrido hace unas horas.

—Creo que hasta ahora no me había dado cuenta de cuánto necesitaba pedir ayuda —dice Sara con la voz apenada.

—Nunca es tarde, cariño —habla Ada—. No te preocupes por nadie que no seas tú.

—Lo primero es ir a la psicóloga, que tú estés bien —le digo.

—¿Y Evan? —Al hablar de él parece que va a empezar a llorar de nuevo.

—Tienes que cuidarte a ti misma, Sara. Él lo entiende y te va a dar espacio, estoy segura —afirmo mientras le acaricio el pelo.

—Ojalá tengáis razón. Me voy a ir a dormir, estoy agotada.

—Si necesitas algo, avísame, estaré aquí un rato con Ada.

—Buenas noches, os quiero. —Nos da un abrazo y se va a la habitación de invitados.

Ada y yo aprovechamos para atacar los pastelitos que ha traído Marc, mientras Sara se duerme.

—Tía, te está chorreando toda la nata —le digo, y Ada empieza a reír hasta que alcanza una servilleta para limpiarse.

—¡A la mierda la dieta! Muchas gracias, Marc —dice en tono jocoso.

—Yo te veo estupenda —contesto mientras le doy un mordisco a otro pastelito de crema.

—Tú siempre me ves con buenos ojos. Oye, ¿tienes algo que contarme?

—¿Yo? —Me quedo blanca. ¿Se me nota que escondo algo?

—No sé, ¿alguna novedad que quieras explicarme?

—Nada, últimamente mi vida es completamente plana. —Madre mía, nunca había dicho tantas mentiras en una misma frase. En el fondo, me encantaría poder compartir con mis amigas lo que sea que tenemos Marc y yo.

—Habrá que remediar eso —dice con una sonrisa.

—Bueno, ahora que lo dices, mi ex ha vuelto.

—¡¿Diego?!

—Sí, creo que mis padres quieren que volvamos. Hace unas semanas estuvo en una comida familiar y volaban las indirectas. Cómo me gustaría quitármelo de encima, de verdad.

—Hablar con ellos para que no lo traigan a casa no cuenta, ¿no?

—Ya los conoces, es como su hijo adorado —digo de mala gana.

—¿Sabes qué sería muy gracioso? Que fueras a su casa con novio y les dejases con la boca abierta.

—¡Qué malvada! Me encanta la idea.

—Ahora solo te falta el novio. —Ríe.

Me río nerviosa. Una locura pasa por mi mente y creo que podría funcionar.

—Dicho esto, me voy ya, mi bebé me echará de menos.

—Nos vemos, Ada.

Antes de irme a dormir, escribo unos mensajes. ¿Aceptará él mi propuesta?

—Miranda, deja ya de advertirme sobre tus padres, ni que fuéramos a Mordor —dice Marc con guasa mientras camina hacia la casa.

—Parecido. —Sonrío.

—¿Crees que les gustaré? Aunque esto sea una mentira, tampoco quiero caerles mal a tus padres.

—Les trastocará un poco los planes con Dieguito y eso me basta.

—Qué mala eres. —Sonríe y me da un beso justo antes de que la puerta se abra.

A punto estoy de estallar en carcajadas al ver cómo los ojos de mi madre le hacen un repaso a Marc. Le había dicho que vendría con alguien, pero no se esperaba que lo presentase como mi novio. Él se muestra natural, como siempre, y yo sonrío orgullosa porque mi plan marcha viento en popa.

—Ven. —Le cojo la mano y tiro de él hacia el salón—. Aquí está mi persona favorita de la casa.

—¡Te he oído, Miranda! —oigo gritar a mi madre desde la cocina.

Todos nos reímos, incluida mi abuela que busca con los brazos el contacto físico. Marc se acerca para saludarla con dos besos, pero ella tiene otros planes.

—¡Ay, mi niña! —Como es ciega, pensando que soy yo, le da palmaditas al trasero de Marc. Me troncho de la risa al verlo ruborizarse y a mi abuela desubicada.

—Yaya, este es Marc, mi novio, que es muy alto —le aclaro y le pido a Marc que se agache un poco para que ella pueda conocerlo.

—Hola, ¿qué tal?, aunque ya casi me conoces más que tu nieta —suelta Marc en tono irónico y las risas no paran.

Mi abuela le acaricia la cara y el pelo, y Marc se deja toquetear mientras le hace algunas bromas que le sacan una sonrisa que hacía tiempo que no veía en ella. Luego me estruja a mí y deja un beso en mi oreja que me deja sorda durante varios segundos.

—Qué buen ojo, niña —me dice por lo bajini. Es bastante irónico que lo diga ella.

—¡Lo acabas de conocer!

—Suficiente.

En ese momento en el que estamos todos a gusto, veo bajar por las escaleras a mi padre junto con Diego, que hablan de forma animada. Unos pasos más y nos encontramos cara a cara.

—Buenas, soy Marc. —Le tiende la mano a mi padre, que lo observa entre sorprendido y disgustado.

—Mi novio, papá. —No puedo evitar girar la mirada hacia Diego, que también parece algo desconcertado. Yo sonrío con la boca

llena. «¡Chúpate esa!».

Ambos se saludan y Marc no pierde en ningún momento la simpatía. A Diego, en cambio, siento que su presencia no le hace demasiada gracia. Nos sentamos todos alrededor de la mesa para empezar a comer. Marc va derecho a pinchar una patata del cuenco que hay en el centro y yo le pego un pisotón por debajo de la mesa que lo pilla desprevenido. Me mira con ojos acusadores sin entender por qué y a mí se me escapa una risita.

Todos cierran los ojos y mi padre empieza a rezar por la comida. Marc se comunica conmigo entre gestos, me apuesto que no ha hecho una oración en su vida. Solo sé que podría mirarlo durante horas. «¿Por qué eres tan mono hasta cuando vas a meter la pata, Marc?».

Instantes más tarde, mi padre y Diego siguen enfrascados en su conversación sobre negocios y nosotros pasamos a un segundo plano.

—¿A qué te dedicas, Marc? —Trata de entablar conversación mi madre.

—Soy bombero, trabajo en la estación de Montjuïc.

—Vaya, un trabajo muy...

—Interesante —acaba la frase mi abuela.

—Me gusta lo que hago, soy afortunado.

—¿Sabéis que yo tuve un novio bombero? —Habla mi abuela, que es la más implicada en que Marc se sienta cómodo.

—¿No me digas, yaya? Eso no me lo habías contado —suelto.

—Es que duró poco, falleció en un incendio, niña.

—Jo, abuela, me acabas de dejar mal cuerpo.

—Lo hizo salvando a un compañero. Además, te diré que mereció la pena el tiempo que estuvimos juntos.

—Ah, ¿sí? —pregunto y la oigo reírse y también a Marc.

—Me daba unos besos que me dejaban en coma. —Se descojona sola.

—¡Mamá! —dice mi madre abochornada.

—Nos enviábamos cartas de amor, era muy divertido.

—Nosotros nos enviamos *emails* —dice Marc, que le sigue el rollo.

—¿Mailqué?

—Como si fueran cartas, pero por el móvil.

—Ah, ya, esas cosas modernas que los viejos no entendemos.
¿Y cómo os conocisteis?

—Pues fue bastante gracioso porque ella iba vestida de... —
Recibe mi codazo al instante y cambia la versión. Me mira en busca
de mi aprobación mientras inventa algo—. Éramos amigos hasta
que un día vimos que eso no era suficiente. —Sonreímos tras una
mirada cómplice.

—Así que bombero, ¿eh? —Se incluye mi padre en la
conversación.

—De eso hablábamos, papá. ¿Qué, Diego? Parece que le has
pillado el gusto a lo de comer con nosotros, ¿eh? —Que tengamos
una relación cordial no quita que siga siendo mi ex.

—No puedo decirle que no a tus padres, ya lo sabes —contesta.

—Me está ayudando mucho con la ampliación de la empresa, es
un hacha de las finanzas. —Mi padre le da palmaditas en la espalda
y sonríe altivo.

—Siempre tan agradecido, Francisco —contesta Diego muy
complaciente.

—Qué menos, hombre. Ya casi no recordaba los buenos ratos
que pasábamos cuando estabais juntos. ¿Sabías, Marc, que Diego
y Miranda fueron pareja?

—Algo me han contado.

—El pasado en el pasado está muy bien —digo borde.

—Nunca se sabe en esta vida —puntualiza mi madre.

—Éramos muy jóvenes —dice Diego.

—Tú mismo lo has dicho. —Esto empieza a ser muy incómodo.

—¿Vosotros lleváis mucho juntos? —pregunta mi padre.

—Ehm... —Marc y yo nos miramos sin saber muy bien qué decir
—. Unos meses —dice él al final.

—Supongo que te casarás con mi hija, ¿no? —Noto cierto tono
irónico.

Marc no se esperaba esa pregunta y apura su copa.

—Aquí las cosas se hacen bien o no se hacen —interviene Diego
en un tono que pretende ser jocoso, y juro que la mirada que le

lanzo es de todo menos amistosa.

—No hace falta que corras tanto, papá, lo acabáis de conocer, por Dios.

—Bueno, es lo que suele pasar con chicos como tú, conocen a una chica y después de pasárselo muy bien, a otra cosa, mariposa.

—Papá, por favor...

—No sé si su hija y yo llegaremos a casarnos algún día, pero lo que sí le puedo prometer es que no voy a hacerle daño —me interrumpe Marc, que contesta serio.

—Eso dicen todos.

—¿Qué tal si nos calmamos un poco? —interviene mi madre.

—Si estamos muy tranquilos, cariño.

—Pues permíteme decir que estás haciendo juicios sin conocer a una persona. —Me veo en la obligación de defender a mi amigo.

—Aquí todos somos adultos y sabemos lo que buscamos. ¿Tú quieres eso? Tú sabrás, siempre has sido muy...

—¿Libre? ¡¿Eso es malo, papá?! —La tensión aumenta y la ira bulle en mis venas.

—Estás expuesta a que te hagan daño constantemente en vez de tener una vida estable y normal.

—¡¿Y te has preguntado alguna vez qué quiero yo?! —

—Nunca has estado demasiado centrada; a veces, necesitamos de otros ojos que nos ayuden a guiarnos en el camino.

Oigo a Marc contener la respiración y, sin mirarme, me coge la mano que mantengo debajo de la mesa y la acaricia despacio con la intención de calmarme.

—¡Es mi vida!

—Miranda, déjalo ya —habla mi madre.

—Pero eres mi hija y yo solo quiero lo mejor para ti.

—¡Entonces, quizá, deberías escucharme mucho más y te darías cuenta de lo que me hace feliz de verdad!

—Y tú deberías ya saber lo que te conviene.

—¡Voy a hacer lo que me salga del coño! —digo con todas mis fuerzas—. Vámonos, Marc, no aguanto más estar aquí.

Dejo un beso sobre la frente de mi abuela, cojo el abrigo y el bolso y camino hacia el exterior tan deprisa como me permiten las

piernas. Marc va detrás, se despide de forma educada, a pesar de las circunstancias, y sale conmigo hasta el jardín. Me encuentra sentada en uno de los escalones, con la cabeza escondida entre mis manos y sin poder contener las lágrimas. Pasa su brazo por encima de mis hombros y espera a que yo hable.

—Lo siento, Marc, no quería hacerte pasar por esto, se han portado fatal contigo —le digo entre sollozos.

—Chist, no llores. —Limpia mis mejillas cubiertas de lágrimas con sus dedos—. Yo tengo muy claro quién soy, Miranda, esto no me afecta lo más mínimo porque ni siquiera me conocen. Lo que más me ha molestado es cómo se ha referido a ti tu padre. No tiene derecho a hablarte así ni a decidir por ti. Tú eres la única con esa potestad.

—Pero no es justo.

—Está claro que aquí soy un estorbo, tienen otros planes para ti.

—Pues se pueden meter esos planes por donde les quepa. — Una ligera sonrisa aparece en su rostro.

Unos pasos se escuchan tras nosotros y, al girarme, veo venir a mi madre.

—No os ha dado tiempo a comeros el postre, os lo he puesto en un táper. —Se lo tiende a Marc.

—Gracias, no hacía falta —responde él.

Lo mira a los ojos y conozco esa mirada de mi madre, se siente mal por Marc y, aunque no lo llega a verbalizar, creo que él lo entiende.

—Andad con Dios —dice como despedida y vuelve a meterse en casa.

—Lo siento, de verdad.

—No me pidas más perdón, ha sido un placer conocer a tu abuela. Y a tu madre. —Sonríe.

—¿Nos vamos? —propongo.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro, dime.

—¿Por qué lo dejaste con Diego? —pregunta curioso.

Tomo aire y lo suelto sin más:

—Porque cuando amas a alguien de verdad no le cortas las alas; le ayudas a que fluyan y le das impulso para que vuele tan alto como pueda.

Nos miramos intensamente y Marc deja un beso sobre mi nariz. En ese momento, aparece Diego, que pasa por nuestro lado:

—Ha sido un placer, Marc.

—Qué vaya bien —contesta él.

—Miranda. —Me hace un gesto de despedida con la cabeza.

—Adiós.

—Volveremos a vernos.

22. Quiero que me sientas



Marc

—Marc, de verdad que me muero.

—No seas quejica.

—No lo soy, es que siento que un *alien* está creciendo dentro de mí.

—No es un *alien*, se llama flato. Eso, o te estás cagando.

Rompo a reír y cuando miro sobre mi hombro veo que Miranda me observa aguantándose la risa, pero al final estalla.

—Pues para tu información —dice cuando para de reír—, no me estoy cagando porque yo salgo con los deberes hechos de casa.

Vuelvo a reír y camino mientras ella expulsa queja tras queja por su preciosa boca. Mmm... ahora que pienso en su boca...

Me giro justo cuando llega a mí y, sin previo aviso, enredo mi lengua con la suya para un momento después volver a girarme y seguir andando.

—Joder, encima me pone cachonda y él sigue el camino como si nada —oigo que murmura.

—Como si nada, no. —Me giro levemente y le muestro lo que empieza a crecer dentro de mis pantalones—. Camina, ya casi llegamos.

—Empiezo a entender tu plan, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es, según tú? —pregunto sin mirarla.

—Pues creo que vas a llevarme a lo más alto de la montaña, donde debes tener una cabaña escondida.

—Ajá...

—Y entonces me pedirás que me ponga el traje de Harley Quinn y...

—En todo caso, te pediría que te quitarás la ropa, no que te la pusieras —intervengo.

—Bueno, vale, obviemos lo del traje. Entonces, me follarás tanto y tan fuerte que desde ese lugar nadie podrá oír mis gritos de placer.

Me paro en seco, giro sobre mí mismo y me acerco a ella, despacio y sin dejar de mirarla, hasta que estoy a solo unos pocos centímetros de su cara.

—Primero —levanto un dedo—, me acabas de crear una necesidad enorme de estar en una cabaña contigo desnuda dentro. —Va a abrir la boca, pero con una mirada le hago saber que no he acabado de hablar—. Segundo —levanto otro dedo—, me importa una mierda que alguien nos oiga gritar, gemir o jadear mientras estamos follando. —Su boca se abre para dejar salir un leve jadeo. Mi mano viaja hasta sus labios, los recorro muy despacio con un dedo mientras vuelvo a hablar sin dejar de mirarla—. Tercero, y esto que voy a decir entra en contradicción con lo primero, no necesito una maldita cabaña para follarte en medio del campo.

Me inclino un poco y vuelvo a besar su boca mientras la atraigo hacia mí. Quiero sentirla en todas partes. Enreda sus dedos en mi pelo y gime tan fuerte que no sé si vamos a poder seguir con la excursión o tendremos que aliviar esta tensión que crece sin parar entre los dos. Me obligo a separarme de ella, dejo un beso suave sobre su boca y sigo adelante.

—Cabrán... —susurra, y yo me agunto la risa.

Hoy es sábado, hace un día de primavera total, y es lógico porque ya estamos en abril. Al levantarme, he pensado que estaría bien salir a estirar un poco las piernas. Le he pedido a Edgar que me dejara llevarme a Brown y ha accedido, alegando que le vendría bien. Así que le he propuesto a Miranda el plan y ha sido bastante fácil convencerla, solo me ha costado arrancarla de entre las sábanas y una promesa de que dejaré que pruebe su nuevo pintalabios de color lila conmigo.

Pero ahora estamos aquí, así que no voy a pensar en eso. Diez minutos después, llegamos a lo más alto de la montaña y nos

paramos justo en el punto en el que hay las mejores vistas. Brown se sienta entre los dos y yo solo puedo pensar en que me siento más ligero en este momento, compartiendo esto con ambas.

Me muevo despacio, me coloco detrás de mi pelirroja preferida y abrazo su cintura apoyando la barbilla sobre su hombro.

—¿Ha valido la pena? —susurro en su oído. Puedo notar cómo se estremece y el olor de su piel. Aspiro con fuerza y beso su cuello.

—Sí. Esto es precioso.

—Tú sí que eres preciosa. Además, sabes muy bien... —Vuelvo a recorrer su cuello a besos.

—No seas cochino, que he sudado.

—Saladita...

—Guarro.

—Gracias, nena.

Rompe a reír y gira entre mis brazos. Nos besamos. Mucho. Tanto rato que la cabeza empieza a darme vueltas. Camino hacia atrás con Miranda enredada a mi cintura. Recuerdo un pequeño hueco entre rocas que queda alejado de la vista de posibles excursionistas. Brown camina a nuestro alrededor y casi pierdo el equilibrio cuando se cruza por delante. Rompemos a reír. ¿Por qué con Miranda siempre estoy riendo?

Llegamos al hueco, la suelto en el suelo, pero no dejo de besarla. Me quito la mochila y tanteo hasta dar con las mantas que he metido dentro para poder sentarnos. Me separo un momento de Mir y coloco una en el suelo y dejo la otra sobre esta.

Me giro y veo que Brown se ha tumbado un poco alejada de nosotros. Miranda me mira con una ceja alzada.

—Ven. —Estiro el brazo y le ofrezco mi mano.

La coge y se acerca a mí. Volvemos a besarnos y nos sentamos sobre la manta. Apoyo la espalda contra la roca y ella se sube a mi regazo. Los besos se vuelven más intensos y las manos, más atrevidas mientras exploran por debajo de la ropa. Nos miramos acelerados.

—Marc... yo...

—Yo también necesito sentirte.

Sonríe y se pone en pie. Se baja las mallas de deporte y se deshace de ellas junto con las bambas. Las braguitas se quedan donde estaban y yo me excito aún más. Se mueve despacio hasta colocar sus pies a cada lado de mi cuerpo. Su entrepierna queda delante de mi cara y no puedo evitarlo. Me inclino hacia delante, la beso y la mordisqueo. Suspira y yo tiro hacia debajo de la tela que aún nos separa y hundo mi lengua entre sus labios.

Un gemido escapa de ella y su cabeza cae hacia delante. Nuestras miradas conectan y la sacudida que me recorre es tan fuerte que estoy a punto de correrme. Introduzco dos dedos en su interior y, rápidamente, acompasa sus caderas a mis movimientos.

—Estás empapada, Mir.

—Lo sé; eres tú, que me provocas.

Bajo mis pantalones y me coloco un condón. Cuando estoy listo, aparta su braguita a un lado y se sienta sobre mí, introduciéndome en ella hasta el final. Ambos suspiramos y nos besamos. Anclo una mano en su nuca y la otra en su culo. Ella empieza a moverse arriba y abajo mientras yo beso su cuello y acompaño su movimiento. Subo su camiseta para dejar al aire esos pezones perfectos que tiene y que me dedico a torturar hasta que ambos estamos al borde del clímax. Entonces, paro y detengo su movimiento. Nos miramos.

—¿Qué pasa? —pregunta sobre mis labios.

—Quiero que me sientas.

—Lo hago, Marc, en cada rincón de mi cuerpo.

Sonríe y vuelvo a besarla, despacio, lento. La estiro sobre la manta, me arrodillo y coloco sus piernas sobre mis muslos haciendo que su pelvis quede elevada. Me inclino hacia delante y mordisqueo sus labios. Replico los movimientos de mi pelvis en su boca. La beso, lento, certero y profundo hasta que llega al orgasmo y, poco después, yo también me dejo ir.

Nos quedamos unos minutos quietos y respirándonos el uno al otro. ¿Será siempre tan intenso? Empiezo a notar frío, así que salgo de ella y me quito el condón mientras vuelve a vestirse. Nos estiramos en la manta y nos cubro con la otra. Nos quedamos abrazados en silencio y vemos cómo el aire mece las ramas de los árboles sobre nuestras cabezas. Un instante de calma.

El momento se rompe cuando estamos medio adormilados y Brown llega de pronto y empieza a darnos lametones en la cara. Estallamos en risas.

Empiezo a sacar comida de la mochila para hacer un picnic improvisado mientras Miranda le pone a Brown su agua y su comida. Han conectado genial.

—El otro día, Joel vino al centro —digo una vez hemos empezado a atacar la comida.

—¿En serio? Es genial. Espero que le ayude.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—Bueno, su situación familiar es complicada. Vive con su madre y sus dos hermanos y tienen problemas para llegar a final de mes.

—Entiendo.

—Además, el otro día lo vi con una bolsa de marihuana.

—Vaya.

—Sí. Es un buen chico, pero tengo el presentimiento de que algo empieza a ir mal con él. Y pensé que acudir allí lo ayudaría a centrarse de nuevo. Quiero que confíe en mí, que sepa que puede contar conmigo, pero...

—Es complicado.

—Sí. Sé que está metido en algo, pero no puedo preguntarle de frente porque no conseguiré nada.

—Quizá entre los dos podamos averiguar qué es lo que le pasa.

—Eso sería genial.

Seguimos comiendo y, después de algunas horas, hacemos el camino de vuelta. Esta vez, Mir no se queja. Echa a correr mientras ríe a carcajadas con Brown siguiéndola de cerca. Creo que a la perra le gusta tanto como a mí.

Cruzo la puerta de casa cuando ya está atardeciendo. Cuando llego al salón, me encuentro a Edgar sentado en el sofá con la cabeza entre las manos. Brown va hacia él, gime y da golpes con el morro sobre sus manos, debe percibir que algo va mal.

—¿Edgar? ¿Estás bien?

Silencio. Me acerco a él y coloco la mano sobre su hombro. Levanta la cabeza y me mira. Sus ojos están algo rojos y tiene el pelo revuelto.

—¿Estás bien? —repito.

—No, Marc. No estoy bien, estoy hecho un lío, una mierda, un asco, llámalo como quieras.

—¿Y eso por qué? ¿Es por la clínica?

—No, no es la clínica.

—¿Entonces?

Suspira y se pone en pie. Camina de un lado a otro y no para de revolver su pelo.

—Si no quieres contármelo, no pasa nada, pero que sepas que estoy aquí si lo necesitas.

—Lo sé. Y lo necesito porque voy a volverme loco, en serio. Todo esto... Es que no sé... ¡Joder! Parezco un puto niño que no tiene nada claro, aunque la verdad es que ahora mismo hay muchas cosas que se están tambaleando.

—No entiendo nada.

—Ya, normal, si es que yo tampoco.

—Empieza por el principio.

Asiente antes de hablar y vuelve a sentarse en el sofá.

—Creo que soy gay, bueno, bisexual.

—¿Qué? —Alucino.

—Lo que has oído.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque últimamente he estado sintiendo cosas por alguien. Alguien que se supone que solo debería ser un colega, pero...

—Vale.

—Pero no es que solo nos llevemos bien, es algo más. Joder, es que creo que nunca he sentido esto por nadie; por ninguna chica, quiero decir.

—Vale, ¿y qué problema hay? ¿A él también le gustas?

—¡No lo sé!

—Bueno, esas cosas se intuyen, ¿no?

Me lanza una mirada angustiada. Supongo que el hecho de que sea un chico lo confunde y no lo ve claro.

—Yo creo que sí le gusto, además, sé que él es gay, así que la posibilidad está ahí. Pero ese no es el problema, Marc, el problema es que yo no sé si estoy hecho un lío y me estoy montando una película o si, de verdad, siento algo por él. Y, es más, no sé si llegado el momento yo podría... ya sabes.

Me mira con intención y yo elevo las cejas cuando creo que entiendo lo que me quiere decir.

—A ver si me entero —digo mientras me siento a su lado—. Hablas de acostarte con él, ¿no? No sabes si llegado el momento serás capaz.

—Exacto. Es que esto es una locura, joder. Yo nunca me he fijado en un tío.

—Pero quizá es que no es cualquier tío, quizá es él. ¿Entiendes?

—Sí, sé a lo que te refieres. Él... me gusta tanto que ya no puedo aguantar más esto que siento. ¿Qué hago?

—Mira, te diría que esto es fácil, pero te aseguro que últimamente he descubierto que todo esto de los sentimientos y esos rollos es jodidamente complejo. Pero responde a una cosa: ¿Qué sientes cuando lo ves?

—Me pongo de los putos nervios.

—¿Y cuando te toca?

—Me da taquicardia, creo que he estado al borde del infarto un par de veces —suspira, y yo río.

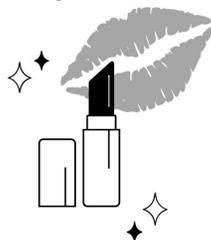
—Creo que está bastante claro, Edgar. Mi consejo es que hables con él.

Me mira sin decir nada, vuelve a levantarse, camina, va y viene, resopla y al fin se queda quieto delante de mí.

—Tienes razón, tengo que decírselo.

Asiento, sonrío y palmeo su hombro al pasar por su lado en dirección al baño. Crisis resuelta, medio resuelta, al menos. Espero que todo salga bien y descubra qué es lo que siente en realidad por esa persona. Creo que puedo hacerme una idea de a quién se refiere.

23. Los reyes del disfraz



Miranda

—Él es Aidan, un amigo —dice Edgar.

—Hombre, pero si tengo un hermano. ¿Cómo tú por aquí? Hola, Aidan, encantada de conocerte —dice Ada y le da dos besos.

—El gusto es mío.

Me ha costado un poco convencer a Edgar para que viniese, pero es que hacía mucho que no quedaba con nosotros. Lo cierto es que todos hemos estado un poco desaparecidos últimamente, el único al que tengo más visto —y ese verbo es insignificante y demasiado casto para todo lo que hemos hecho— es Marc. Por eso cuando a Ada se le ocurrió la fantástica idea de hacer una barbacoa en su casa, aceptamos encantados. Están todos, a excepción de Evan, que está en Escocia visitando a sus padres. Y lo mejor de todo es que Edgar, en vez de traer una de sus incontables novias de las que luego nunca volvemos a saber nada, ha traído a un amigo. ¡Y vaya amigo!

—¿Te traigo un cubo, pelirroja? —Por ahí viene Marc con tono de burla.

—Déjame en paz. —Sonrío con cara de inocente.

Edgar nos presenta a Aidan al resto que estamos desperdigados por el jardín, y poco después estamos todos comiendo carne y *calçots* a la brasa y unas empanadillas que ha cocinado Aidan. Al parecer, es jamaicano y tiene un restaurante aquí, en la ciudad, del que también es chef. ¡Habrà que probar eso! Que conste que me refiero a la comida. Que el chico parezca estar sacado de un

anuncio de colonia de esos que te dejan hipnotizada, pero sin entender ni papa el mensaje, no lo vamos a negar, por supuesto. Es moreno, fuerte, de ojos negros y lleva el pelo un poco largo recogido en un moño a lo *hipster*.

La comida transcurre divertida, entre risas, confidencias vergonzosas y copas de sangría que vienen y van. También hablamos de que, en unos días, Evan expone algunas de sus fotografías en una galería. Es importante para él, así que estaremos sin falta para acompañarlo. Y como no podía faltar, propongo un brindis para conmemorar este momento en el que casi hacemos pleno.

—¿Por qué brindamos? —dice Carla.

—Por la familia que uno escoge —propone Sara.

—Y por Jamaica, que ya me están entrando ganas de hacer un viajecito. —Levanto la copa y desvío la mirada hacia Aidan, que ríe al captar mi indirecta y mira cómplice a Edgar. Lo más gracioso es ver a Marc poner los ojos en blanco. ¿Estará celoso?

—Venga, para dentro todo ya —dice Marc—. Quien no apoya no folla —dice por lo bajini, tras toser de forma disimulada.

Minutos más tarde, Edgar está contando una anécdota graciosa de su trabajo mientras todos lo escuchan atentos. Quedan dos *calçots* en la bandeja y, tras una mirada que deja claras nuestras intenciones, Marc y yo nos lanzamos a por ellos como dos bárbaros. Nos peleamos por mojar los últimos restos de salsa romesco como si nos fuera la vida en ello y, al final, el juego le cuesta a mi sudadera blanca una mancha naranja gigantesca.

—¡Marc, mira lo que has hecho!

—¿Yo? Ha sido culpa tuya, que empiezas batallas que no puedes ganar. —Sonríe canalla.

—No sabes con quién te estás metiendo.

—Qué miedito —se burla, mientras todos a nuestro alrededor empiezan a reírse de la situación.

—No me calientes.

—Uf, no me digas eso. —Sé que iba a soltar otra cosa por esa boca, pero se ha contenido.

—¿Sabes una cosa, Marc? —le digo con voz pausada y una sonrisa falsa.

—Dime.

Suspiro y lo miro fijamente a los ojos. Él frunce el ceño al ver que no digo nada.

—Yo siempre gano —digo con voz solemne a la vez que alcanzo el bote de nata destapado que hay sobre la mesa y disparo apuntándole a la boca.

Todos se carcajean al ver a Marc untado en nata hasta las pestañas.

—Miranda —dice entre dientes con un gesto perverso mientras se relame y se limpia la nata de la cara.

—¿A que eso no te lo esperabas? —suelto traviesa.

—Chicos, ¿nos disculpáis un momento?

Nuestros amigos siguen riéndose a nuestra costa, así que la respuesta es tácita. Están acostumbrados a nuestras bromas.

—¡No, no, ni hablar! —grito.

—¿Que no? Te vas a hartar.

—¡Marc!

Me levanto de la silla y huyo, corro como una cría por el jardín de Ada y Gabriel. Marc me sigue y me hace un gesto que pretende ser algo así como «te vas a enterar».

—Hagan sus apuestas. ¿Quién va con Miranda? —habla Hugo.

—¡Yo! La conozco desde que era una cría, se escabulle como un bicho —apunta Sara.

—¡Sara! —le reclamo mientras doy vueltas alrededor de la mesa.

—Pues yo, sintiéndolo mucho, creo que la pelirroja no tiene ninguna posibilidad —dice Gabriel.

—Por experiencia, nunca subestimes a Miranda —habla Ada.

—¡¿Qué?! ¿Os lo estáis pasando bien? —Al decirlo todos vuelven a reír.

Marc aprovecha mi momento de despiste para agarrarme por los antebrazos desde atrás. Empieza a hacerme cosquillas en cualquier rincón de mi cuerpo al que le alcanzan los dedos y yo me retuerzo como un gusano sin control con la intención de escabullirme de sus

brazos. No puedo parar de reír, sabe mis puntos débiles y no piensa detenerse.

—¡Para, por favor!

—Convénceme.

—Una tregua, se me sube la sangre a la cabeza —alcanzo a decir entre risas, porque me acaba de levantar de los pies y estoy haciendo el pino.

—Va, te dejo, que me caes bien. —Me da la vuelta como a un muñeco y me deja en el suelo donde recupero la calma y me limpio las lágrimas de la risa.

—¿No tendréis un quitamanchas? —pregunta Marc.

—En el lavadero. Cógelo tú mismo —contesta Ada.

—Ven, arreglemos este desastre. —Me pasa su brazo por encima del hombro y entramos en la casa en dirección a la cocina.

—Si esto era una excusa para enrollarte conmigo, no hacía falta —le susurro en tono juguetón.

—No lo era, pero ahora que lo dices...

—Hay mucha gente aquí, nos van a pillar.

—Como si te importara.

—¿Ahora soy yo la exhibicionista? —Pongo los brazos en jarras.

—Por supuesto.

—Vamos a centrarnos en lo que hemos venido a hacer, anda.

Entramos en el lavadero y alcanzo el quitamanchas. Tras echarlo, empiezo a frotar con los dos extremos de mi sudadera. Estoy concentrada en mi tarea cuando veo a Marc cerrar la puerta de cristal semiopaco y besarme hasta dejarme atontada del todo.

—Si nos ven, no me hago responsable de las consecuencias —le digo muy cerca de sus labios.

—Somos los reyes del disfraz. —Reímos.

—No te lo crees ni tú.

Me calla con un beso y acabo sentada en la lavadora. Marc tiene esa manía de cogerme y subirme a todas partes. Aunque tengo mis dudas de si lo hace porque le gusta tener el control o simplemente para que no acabemos con torticollis.

—¿No te puedes estar quieto?

—Si tú estás cerca, no.

Volvemos a besarnos con ansia.

—Qué dulce estás —digo tras dejar besos en su cuello.

—¿Por qué será? —Ironiza—. ¿Sabes qué sería muy divertido?

—¿Qué?

—Que la lavadora estuviera encendida.

—¿Vibración y Marc? Compro esa combinación. —Río y vuelvo a devorar su boca.

—Tú sí que eres una buena combinación.

—Ya podrías ayudarme a frotar la mancha igual que te restriegas contra mí, guapo.

—En plan adolescente.

—Sí, en plan adolescente. —Reímos.

Escuchamos un ruido y nos separamos a la velocidad del rayo.

—¿Qué hacéis? —Es Gabriel, que está en la cocina cogiendo unos vasos.

—Frotando —suelta Marc en voz alta como respuesta.

—Es que le tienes que dar fuerte, si no, no se va —asegura Gabriel desde la otra habitación.

—Eso hacemos —dice Marc, aguantándose la risa, igual que yo.

Por suerte, enseguida se larga y nos vuelve a dejar solos.

—¿Tú no serás el rey del disimulo? —me burlo.

—No he mentado.

—Bésame otra vez y cállate.

—Deberíamos irnos, al final, nos van a descubrir —dice Marc.

—¿Ahora te preocupas por eso?

—La suerte llega hasta cierto punto.

En un impulso, hago como que voy a quitarle la sudadera a Marc por la cabeza, pero en vez de eso, me cuelo dentro.

—Solucionado, aquí no nos ven.

Marc empieza a descojonarse a pocos centímetros de mi cara.

—¿Tú no serás la reina de la inteligencia?

—Soluciones *by* Miranda —digo orgullosa—. Ya tenemos nuestra cabaña.

—Ya sabes que no la necesitamos, pero me gusta.

Nos besamos debajo de la tela como si fuéramos dos niños que se esconden de la realidad. Es un juego divertido, es una mezcla

entre inocencia y el descaro más absoluto. Es la risa que nunca nos falta ni en el momento más íntimo.

Perdidos en la colisión de nuestros labios, escuchamos unos pasos que se acercan. Nos retorremos, nerviosos, hasta que consigo salir de la trampa mortal en la que se ha convertido la sudadera. Al parecer es Ada, que ha ido a buscar a Leo porque la escuchamos decirle monerías. En una mirada entendemos que hay que salir de aquí ya.

Horas más tarde, tras una larga sobremesa y una partida de cartas, nos relajamos en unos sofás de palés bastante monos que han montado en el jardín hace poco. Marc y yo empezamos a cachondearnos de nosotros mismos, porque son las seis de la tarde y tenemos más ganas de siesta que de otra cosa. «¡Con lo que nosotros hemos sido!». Después desviamos la conversación hacia Sara, que nos cuenta sus planes con Evan:

—A ver, solo os diré que tengo muchas ganas de verlo y poder hablar las cosas como es debido.

—¿Solo hablar? —Arqueo las cejas.

—¡Miranda!

—¿Vais a volver? —interviene Marc.

—Ni siquiera sé si lo habíamos dejado, Marc. El caso es que... le he preparado algo especial estos días.

—¡Dios mío! ¿Qué tramas? ¡Suéltalo ya! —insiste Ada.

—Os lo digo, pero necesito vuestra ayuda.

—Por supuesto, cuenta con nosotros. Os merecéis estar juntos y ser felices, joder —añade Marc.

—Lo que está claro es que Evan y yo nunca podríamos ser solo amigos.

Al escucharla decir esas palabras, un escalofrío me recorre la espina dorsal y noto mis mejillas arder, lo más probable es que estén coloradas. Sin querer, centro mi atención en Marc y veo que él también está mirándome. ¿Será que nosotros podremos ser solo amigos? ¿O vamos cuesta abajo y sin frenos camino a algo nuevo y desconocido?

Un nuevo mensaje me llega el móvil e interrumpe mis pensamientos:

635498216

Ese chico no te conviene y, en el fondo, lo sabes. No quiero que te haga daño. ¿Podemos volver a vernos? No tiene sentido que sigas bloqueándome.

24. Ella no necesita un príncipe



Marc

—Lo he hecho.

Me giro sorprendido al escuchar a Edgar detrás de mí. Estaba tan concentrado en trocear la verdura que no lo he oído llegar. Bueno, vale, es que también estaba rememorando la excursión con Miranda, y sí, cierto momento en concreto. Veo que Brown está a su lado, me agacho delante de ella y la acaricio. En respuesta, me llevo un lametón en la cara.

—¿Qué has hecho? —pregunto mientras río por las carantoñas que me dedica la perra.

—He hablado con el chico que te comenté el otro día.

—¿Y cómo ha ido?

No contesta, así que vuelvo a ponerme en pie, me apoyo en la encimera, con los brazos cruzados, y lo miro a la espera de que diga algo.

—Bien, bueno, no sé, sí, bien. Bien.

—Vale...

—Joder, es que todavía no entiendo cómo...

—¿Cómo te has pillado por un tío?

—Sí.

—Creo que en estos temas no hay que buscar una explicación racional, solo dejarte llevar y disfrutarlo —digo mientras sonrío y elevo las cejas repetidamente.

—Ya, hasta ahora eso era fácil, pero con él, me convierto en un manojo de nervios y no sé si es porque es un tío y nunca he hecho esto o porque es él.

—Yo creo que es porque es Él. No le des más vueltas.

Suspira y va hacia la nevera, pilla una cerveza y se apoya en la otra encimera, frente a mí. Sé que necesita soltar algo más, así que me callo y espero.

—Es Aidan.

Lo sabía; bueno, lo intuía, pero no se lo digo.

—Vale. ¿Y él siente lo mismo?

—Sí, a ver, no sé si lo mismo, no estoy en su cabeza, pero me ha dicho que yo también le gusto, que entiende que esto es nuevo para mí y que podemos ir despacio.

—Eso es genial, ¿no?

—Sí, claro.

—Bien.

No contesta, se queda con la mirada perdida durante unos minutos, después se lava las manos y empieza a cortar verduras. Así que no digo nada más y empiezo a hacer la cena a su lado. Es obvia la química que hay entre ellos cuando están juntos. Recuerdo hace unas semanas cuando pensé que se estaban enrollando y sonrío, seguro que no aguantan mucho antes de lanzarse.

—¡Marc!

Al cruzar la puerta del centro veo que Miranda viene hacia mí y su cara no augura nada bueno.

—¿Qué pasa?

—Es Joel, estábamos liados hablando de los ensayos del musical cuando ha llegado.

—Eso está bien ¿no?

—Sí, pero no es eso. Es que ha venido con la cara partida.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. He intentado hablar con él, pero se ha cerrado en banda, no quiere ni que le cure la herida. No es mucho, pero...

—Vamos.

Caminamos juntos y entramos en la sala donde Miranda trabaja con los chicos en la representación adaptada del musical de *Grease*

que se llevará a cabo en diciembre. Enseguida veo a Joel al fondo, solo, sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Desde aquí puedo ver que un poco de sangre mancha la comisura de su boca y tiene un corte bastante feo en el labio.

Le hago una señal a Miranda de que yo me encargo, ella asiente y vuelve con los demás chicos.

—¿Quieres hablar? —pregunto cuando ya me he sentado a su lado.

Abre un ojo, me mira, suspira y, sin decir nada, niega con la cabeza.

—Está bien, pero si no quieres que eso se infecte, deberías limpiar la herida.

Esta vez gira la cabeza y me mira, yo a él también. Me incorporo y le tiendo la mano para que se levante. Tarda unos segundos, pero al final la acepta y se pone en pie.

Camino hasta el pequeño despacho donde tenemos el botiquín y sé, sin mirarlo, que él me sigue.

Al entrar, le hago un gesto para que se siente en una de las sillas que hay. Busco en el armario, en silencio, y tras coger la caja que contiene el botiquín, la dejo sobre la mesa y empiezo a sacar cosas de espaldas a él, despacio. Sí, le estoy echando parsimonia al asunto, quiero darle tiempo para ver si consigue dejarse llevar y me cuenta lo que ha pasado.

No quiero empezar a hacer divagaciones, pero esto no huele bien. Me recuerda tanto a aquellas primeras veces con otra persona que se me corta la respiración solo de pensarlo.

—Solo ha sido un desacuerdo que no ha acabado bien —susurra de pronto.

—Ajá.

—Mira, sé lo que piensas, lo que todos pensáis, pero no es nada de eso.

Me giro, me siento delante de él y empiezo a desinfectar su herida.

—Y, según tú, ¿qué es?

—Pues que me pegan en casa.

—¿Y lo hacen? —Me quedo quieto y lo miro a los ojos.

—No.

—Bien. ¿Entonces?

Su cara se encoge un poco cuando aplico el desinfectante sobre la herida.

—Ya te lo he dicho, ha sido un desacuerdo con un tipo.

—Con un tipo.

—Y no tiene importancia, no volverá a pasar.

—No volverá a pasar.

—¿Por qué repites lo que digo?

—No sé, es una manía, supongo. Me lo han dicho alguna que otra vez. —Sonríó al pensar en Miranda.

—Bueno, pues eso.

—Verás, Joel. Tal como yo lo veo, la gente no se parte la cara por un... «desacuerdo». —Hago el gesto de las comillas con las manos —. Así que ten cuidado, hay gente con la que es mejor no mezclarse.

Él aparece otra vez en mi mente y lo aparto, porque ahora mismo no puedo derrumbarme.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que me meto en líos?

—Mira, yo solo creo lo que veo. En el mundo hay situaciones y gente que son peligrosos y tú solo eres un niño. Y ahora dirás que te voy a decir que tienes todo el futuro por delante, que no lo desaproveches, pues sí. Es exactamente lo que voy a decirte, porque he visto muy de cerca cómo el futuro de alguien tan joven puede desaparecer de un día para otro por juntarse con quien no debía. Así que, piénsalo.

Me pongo en pie, tiro las gasas usadas a la papelera y cuando me doy la vuelta, Joel ya no está en la habitación.

Al día siguiente, camino por la calle en dirección al colegio en el que trabaja Miranda. Hemos quedado para tomar algo y, quién sabe, quizá sea un tipo afortunado y la noche se alargue. Solo de pensarlo

mi bragueta da una sacudida. Me río porque parezco un puto salido, pero es que me trae de cabeza.

Llego pronto, raro en mí, lo sé, pero es que tengo ganas de pasar un rato a solas con ella. Me quedo justo frente a la puerta, apoyado en un árbol, mientras leo y contesto algunos mensajes en el chat de los chicos.

De pronto, un movimiento a mi derecha llama mi atención, un coche lujoso para junto a la acera. La puerta del conductor se abre y flipo cuando veo quién se baja de él. No puede ser verdad. Este tío parece muy interesado en Miranda. Sé de una que se va a poner como una fiera cuando lo vea y yo no pienso perderme el rapapolvo.

—¡Hombre, Mario! ¿Cómo tú por aquí? —me dice cuando se para frente a mí.

Sonrío.

—Es Marc, Dieguito. Pues mira, no sé, igual es que mi novia trabaja aquí y he venido a recogerla. —Cuando pronuncio la palabra novia algo se sacude en mi interior.

Mientras hablamos, los chavales empiezan a salir del colegio y, un momento después, oigo esa voz que me eriza la piel detrás de nosotros.

—Hola.

Me inclino hacia un lado para esquivar el cuerpo de Diego y poder verla. Una amplia sonrisa se dibuja en mi cara y le guiño un ojo. Ella me sonrío y me saca la lengua.

—Hola, Mir —digo con calma.

—¡Miranda! Qué bien que ya estás aquí, he venido a recogerte para que vayamos a merendar juntos —le dice Diego cuando se gira hacia ella y me ignora a mí por completo.

—¿Habíamos quedado? —pregunta Miranda haciéndose la sorprendida.

—Ciertamente, no, pero me apetecía verte, así que he pensado ¿por qué no?

—Ya... Entiendo. Pero no creo que sea buena idea.

—No quería incomodarte.

—No es eso, no te ofendas, pero ¿por qué iba a ir a algún sitio contigo? —dice ella mientras se cruza de brazos y separa las

piernas ligeramente.

Me la comería a besos ahora mismo, me encanta cuando saca su carácter. No necesita a ningún principito de pacotilla que la proteja, aunque sabe de sobra que yo haría cualquier cosa por ella. Ríe disimuladamente, o no tanto, porque Diego se gira hacia mí un segundo y me mira ceñudo.

—Bueno, es que...

—Mira, Diego, he quedado con Marc, así que ya nos veremos, o mejor no, porque no tenemos nada de que hablar, ni hacer, ni nada de nada. ¿Entiendes?

—Pero...

Miranda lo ignora, pasa por su lado, coge mi mano y tira de mí para ponernos en marcha. Me guiña un ojo. Cuando nos hemos alejado un par de pasos, para, se gira y, mirando a Diego muy seria, le dice:

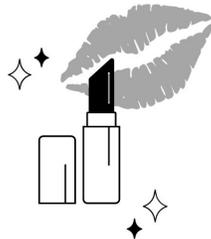
—Dejemos las cosas como están.

Él se queda con la boca abierta, pero no contesta. Un poco más adelante, vuelvo a mirarlo y veo que nos sigue observando con una cara de decepción total.

Entonces vuelve a hablar:

—¡Miranda, espera!

25. Como en casa



Miranda

—¿Qué quieres, Diego? —Me giro para preguntarle.

—Quería comentar algo importante contigo, ¿no tienes un momento para hablar?

—¿Es urgente?

—Da igual, déjalo.

—No, dime, ¿qué pasa? —insisto.

—No querrás hacer esperar a tu novio y lo entiendo.

Noto cierta tensión entre Diego y Marc, pero quizá es solo mi imaginación.

—¿Qué es tan importante, Diego? —digo al fin.

—Tus padres me han comentado que estás colaborando en un centro social y me gustaría saber más. Estaba pensando en implicarme en alguna labor solidaria. O quizá hacer algún donativo.

—Vaya. —Me ha sorprendido, no sé ni qué decir.

—Me gustaría hablar de ello cuando puedas.

—Marc, ¿te importaría esperarme en la cafetería? Te alcanzaré enseguida.

—Como quieras, nos vemos ahora. —Suelta mi mano y deja un beso rápido sobre mi boca—. Qué vaya bien. —Se despide de Diego y se va.

—¿Desde cuándo te interesan las labores sociales? Recuerdo que cuando hacía voluntariados en primero de carrera siempre te parecía una pérdida de tiempo.

—He cambiado, Miranda. La gente evoluciona.

—¿Qué quieres decir con eso? —digo, frunciendo el ceño.

—Que tú tampoco eres la misma que hace años.

—Tienes razón, ahora soy una persona más feliz y segura de sí misma. —No es mi intención que esa frase vaya directa al corazón, pero creo que le ha dolido en cierto modo.

—Eso está bien. —Veo una ligera sonrisa en su cara.

—Si lo que quieres es ayudar en el centro, podemos discutirlo, ese lugar es más importante para muchos jóvenes de lo que puedes llegar a imaginarte. —Me pongo seria.

—Puedo hacerme una idea.

—Bien, entonces, podemos hablar otro día con más calma. Sobre eso, nada más.

—Siempre has sido tan generosa implicándote en este tipo de causas, en eso no has cambiado. —Su mirada demuestra interés y no quiero que se confunda.

—¿Hablamos en otro momento? —Trato de cortar la dirección de la conversación.

—Sí, te escribiré.

—Ahora tengo que irme. —Me despido sin mucha parafernalia.

—¿Todo bien? —me pregunta Marc cuando me siento junto a él en la cafetería.

—Sí, al parecer, solo quiere colaborar en el centro.

—Lo dices sorprendida —dice, antes de darle un trago a su cerveza.

—Sí, es que no me lo esperaba viniendo de él.

—Pues no sé si me hace demasiada gracia que tu ex quiera participar en el centro, la verdad. Diego no es santo de mi devoción, pero, por otro lado, cualquier ayuda que sume estará bien, ¿no? —me dice serio.

—Si tú lo dices...

En ese momento traen mi bebida y le doy un trago cuando habla él de nuevo:

—¿Te hace una sesión de cine y palomitas en mi casa? — propone.

—¿Vamos a ver una película? ¿O a «ver una película»? —Hago unas comillas imaginarias con los dedos.

—Ponemos una y ya veremos. —Sonríe travieso—. Estará Brown con nosotros. Ya es oficial, puede vivir conmigo, así que tendré que sacarla a pasear antes.

—¡Oh! ¡¿A qué estamos esperando?! —Me levanto rápido, emocionada, y obligo a Marc a acabarse casi de un trago la cerveza.

Un rato más tarde, llegamos su casa y, nada más entrar, Brown viene corriendo como una loca a saludarnos. Mueve la cola y se tira sobre nosotros para que la acariciemos. Tiene pocos meses y solo quiere jugar.

—Parece que alguien se alegra de verte —dice Marc mientras recoge algunas cosas del comedor.

—¿Por qué eres tan achuchable? —le digo a la perra mientras la estrujo entre mis brazos como si fuera un bebé.

—¿Estás lista? —pregunta Marc.

—Sí, vámonos.

Al final, el paseo se alarga porque nos entretenemos un rato jugando con Brown, que corretea entre nosotros más contenta que unas pascuas. Cuando llegamos a casa, me siento en el sofá mientras Marc va a la cocina a preparar unas palomitas.

—¿Qué película ponemos? —le grito desde el salón.

—Que no sea un drama, que ya nos conocemos.

—¿Un *thriller*? Como pongamos algo lento, en menos de diez minutos, me quedo dormida.

—Pues busca algo entretenido.

—¡Lo tengo!

Enseguida vuelve con un bol gigante de palomitas, se sienta y yo me acomodo bien cerca de él y me desabrocho el botón de los pantalones.

—¿Ya? —Sonríe—. ¿Es una indirecta?

—Los tejanos me apretaban, tonto. Estaba deseando llegar a casa —digo en tono de burla.

A punto de darle al *play*, suena mi móvil y resulta ser mi madre.

—¿Ocurre algo, mamá?

—No, solo quería saber cómo estás.

—¿La abuela está bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Ehm, qué te iba a decir...

—Tú dirás.

—¿Has hablado con Diego?

—Algo así, ¿por qué?

—Por saberlo, está demostrando mucho interés en ti, hija.

—¿Y qué? —contesto, algo molesta.

—No sé, quizá podrías darle una oportunidad y volver a veros, aunque sea como amigos. Os llevabais muy bien, teníais una relación bonita. Sería una pena que todo se pierda ahora que os habéis vuelto a encontrar, ¿no?

—Mamá, no tengo ningún interés en volver con Diego, lo nuestro ya pasó y si corté con él fue por una razón. ¿Lo entiendes?

—Ahora sois personas más maduras, seguro que, si os quisisteis, algo de amor queda.

Suelto una risotada.

—No, no queda nada y no te preocupes por mí. Por si se te olvidaba, estoy con Marc, MI NOVIO —enfatico esas dos últimas palabras y el susodicho me guiña un ojo, tras lo que se mete un buen puñado de palomitas en la boca.

—Lo siento, no quería presionarte.

—No pasa nada. —Suspiro.

—Te dejo, hija, no molesto más.

—No molestas. —Tampoco quiero que se sienta mal.

—Un besito.

—Un beso.

Cuelgo y Marc tarda cero segundos en escanearme con la mirada.

—¿Qué? —pregunto en un intento de parecer despreocupada.

—Que te cambia la cara cuando hablas con tu madre.

—Digamos que nuestra relación no es como la que tú tienes con la tuya.

—¿Qué pasa?

—Es mi madre y la quiero, pero no me entiende.

—Seguro que quiere lo mejor para ti.

—Sí, claaaaro que sí —digo en un tono irónico.

—¿Quieres hablar de ello?

—No —contesto segura—. Pon la peli ya.

Marc me besa y, con las yemas de los dedos acariciando mis mejillas llenas de pecas, me saca una sonrisa.

—Si en algún momento quieres hablar de eso, estoy aquí. Sabes que no estamos aquí solo para meternos en mi cama, ¿verdad?

—Lo cierto es que nunca lo hemos hecho en tu cama, bomberito. Me tienes acostumbrada a unos lugares un poquito extremos. —Me parto solo de pensarlo.

—Joder, tienes razón.

—Y sí, ya sé que estás para todo, Marc. Como siempre, ¿no?

—Sí. —Nos miramos y sin palabras nos entendemos.

—Mmm, sé que quieres arreglar eso de no haber estrenado tu cama, pero quiero ver la película, así que deja de mirarme así. —Le doy un codazo y le quito el bol de palomitas que es casi más grande que yo.

—No he dicho nada. —Ríe.

—No hace falta.

A los pocos minutos de película, ya estamos más que enganchados y entregados al suspense. Hacemos conjeturas sobre quién será el asesino como si fuésemos Sherlock Holmes y tenemos algún que otro microinfarto en el que saltamos del sofá con algunos sustos traicioneros. Y al final... *Plot twist!* El bol de palomitas que habíamos rellenado por segunda vez bota en mis manos y todo sale volando sobre nuestras cabezas.

—¡No puede ser! ¡Nos la han colado, Marc! —Me levanto indignada, poco me falta para insultar al televisor.

—¡Qué cabrón! Pues no iba de buenazo y míralo.

—Dios, se me va a salir el corazón.

—Alucinante.

—Qué desastre. —Me tapo la boca con las manos, ha quedado todo hecho un cuadro.

—¡Mierda! Brown.

—¡Las palomitas!

Corremos como posesos a recoger las palomitas para que no se trague ninguna y entonces la vemos. Ella está en un rincón, ajena a nosotros, dando vueltas intentando cogerse la cola.

Nos tiramos en el sofá de cualquier manera y suspiramos aliviados:

—Misión cumplida —dice Marc y chocamos la mano.

—El primer día que te dan oficialmente a Brown y ya la estamos cagando.

—Pues ella no parece muy preocupada. —Desvía la vista hacia ella, que sigue concentrada en sus cosas de perra feliz.

—Y soy mayor ya, no me des estos trotes, por favor —me cachondeo y los dos nos empezamos a reír sin parar.

—Casi treintañera. —Me chincha, pellizcándome el moflete.

—Tú lo has dicho, casi —puntualizo.

—Me da igual los años que tengas, tengo ganas de morderte.

La risa, la serotonina, las miradas pícaras, él y yo casi en el mismo espacio vital; todo nos lleva a lanzarnos a la boca del otro. En pocos segundos, nuestras lenguas danzan en una música *in crescendo* y nuestras manos se mueven por dentro de la ropa.

—Somos insaciables —digo con una sonrisa cuando consigo separarme de sus labios. Habrá que respirar también, supongo.

—Demasiado que hemos aguantado toda la peli. —Me agarra la carne y me invita a sentarme encima de sus piernas, donde volvemos a devorarnos.

—¿Pedimos la cena? —En cuanto acabo de hablar, dejo besos en su cuello muy lentamente. Me encanta ver cómo su piel se eriza y se va poniendo nervioso por momentos.

—¿Ahora mismo? —Levanta las cejas.

—Quiero una *pizza*. —Mis dedos vuelan a su pelo, que me encanta revolver.

—Yo de quien tengo hambre es de ti. —Gruñe y su mano sube hasta mi nuca, para arrastrarme de nuevo a su boca con ansia.

—Si la pedimos ahora, cuando llegue ya habremos acabado —susurro en su oído.

—No sé cómo tomarme eso. Suena demasiado práctico. —Sonríe travieso.

Me estiro hasta alcanzar el móvil que está en un brazo del sofá.

—Toma, llama a la pizzería. —Le tiendo el teléfono y él resopla con decepción mientras busca el número del restaurante.

Todavía sigo en sus brazos cuando escucho una musiquita de espera que suena estridente, aunque el móvil esté pegado a la oreja de Marc. Dejo un mordisco en el lóbulo de su otra oreja y siento cómo sus pulsaciones laten cada vez a más velocidad en su cuello a medida que bajo por su torso hasta la parte abultada de sus vaqueros. No sé qué me pasa con él, solo sé que me encanta. Todo. Él, su olor, su eterna sonrisa y cómo reacciona cada vez que mi aliento choca con su piel.

Me pongo de rodillas en el suelo y tiro de su cinturón hasta desabrocharlo y colarme dentro de sus pantalones. Él, que sigue al teléfono, me mira deseoso con los ojos entrecerrados mientras se muerde el labio inferior. O, mejor dicho, me come con la mirada como si no lo hubiera hecho en siglos. Y eso me basta para provocarme más de un incendio. Para entonces, solo quiero llenarme de él hasta que gima mi nombre.

Envuelvo su miembro entre mis labios y le acaricio el glande con mi lengua. Marc entrecierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás.

—Joder —dice tras un jadeo al sentir mi boca caliente y húmeda en su zona más sensible, e intuyo que está a punto de tirar el móvil y mandar a la mierda nuestra cena.

Justo en ese momento, da un pequeño brinco en el sofá y abre los ojos de golpe. Creo que ya hay alguien al otro lado del teléfono.

—Sí, eeehh... Una *pizza*. —No sabe ni lo que dice, estaba completamente ido—. Queríamos una *pizza*. —Se me escapa una risilla y con una mirada perversa le dejo claro que no pienso parar.

—...

—Eso, un pedido a domicilio. —Se aleja el móvil de la oreja y me dice con señas y mucha gesticulación que espere un segundo.

Yo, ni corta ni perezosa, acelero el ritmo y mi lengua juega con él mientras fijo mi mirada en sus ojos. Marc trata de tener una conversación coherente, pero no puede evitar llevar su mano a mi cabeza y enterrar sus dedos en mi pelo.

—Sí, masa clásica —habla y luego aprieta los dientes.

—...

—Que lleve jamón, beicon y extra de *mozzarella*. Ah, ponle piña también.

—¡Ni de coña! —intervengo como un rayo, indignada.

—¡Ahhhhh! —grita Marc y lleva la mano libre a su entrepierna.

—¡Mierda! Lo siento. —Creo que le he debido de clavar los dientes sin querer.

—¿Está bien, señor? —Escucho flojito el sonido que proviene del teléfono.

—Sí, sí, fuera la piña —habla él y me lanza una mirada odiosa que provoca que estalle en carcajadas.

—...

—Vale, gracias. —Le da la dirección, le dice que pagará con tarjeta y cuelga.

Resopla fuerte, se lleva los dedos a los lagrimales y comienza a reírse conmigo, que no puedo parar.

—Miranda, ¿a ti nunca te han dicho que no se habla con la boca llena? —suelta en tono burlón y me tiende la mano para que me levante del suelo.

Me encojo de hombros, todavía entre risas, y cojo su mano para levantarme. De pie duro dos segundos; los que tarda Marc en cogermme en volandas y colgarme de sus hombros.

—¡Marc!

—Vamos a arreglar esto en mi cuarto.

—Pues tenemos un *voyeur*.

—¿Qué?

—Que Brown cree que estamos jugando y nos sigue. ¡Corre!

Media hora más tarde, con una enorme sonrisa en la cara y sudorosos por el esfuerzo, devoramos nuestra *pizza* y acabamos dormidos en el sofá con la perrita a nuestros pies. Así, acurrucados, con la cabeza recostada sobre el pecho de Marc y unas cosquillitas dulces sobre mi brazo, una sensación no conocida se arremolina dentro mí. Levanto un poco la vista y veo que duerme. Y es entonces cuando me pregunto si el amor no será algo parecido a esto. A sentirse como en casa.

26. Torbellino de emociones



Marc

Un golpe seco hace que me despierte al instante, ha sonado la puerta de la calle. Abro un ojo y justo veo cómo Edgar atraviesa la puerta del salón y se para en seco al vernos hechos un lío de piernas y brazos sobre el sofá. Se acerca con sigilo, levanta unos mechones de pelo de Miranda y se sorprende al ver que es ella.

Le doy un manotazo para que la deje en paz y no la despierte. Se retira un poco y con un gesto de las manos me indica si estamos juntos. Yo niego levemente con la cabeza. Miranda se remueve. Edgar empieza un bailecito con la pelvis mientras se aguanta la risa. Muevo el brazo indicándole que se pire y nos deje en paz.

En vez de hacerme caso, cuando Brown se acerca a él para saludarlo, la coge de las patas delanteras y empieza a bailar con ella, supongo que intentando decirme que esos somos Miranda y yo. La coge por los mofletes y hace ver que le va a dar un beso, pero la perra le da un lengüetazo y le lame toda la cara, entonces rompo a reír en silencio.

Él la suelta y empieza a frotarse con la manga de la camiseta. Vuelvo a decirle por señas que se vaya, él levanta las manos en son de paz, pero mientras se aleja se envuelve con sus brazos haciendo ver que se está dando el lote. Antes de salir de la habitación se gira hacia mí y aprovecho para enseñarle el dedo corazón. Oigo una pequeña carcajada a través del pasillo.

En ese momento, Miranda se remueve a mi lado y me mira con ojos nublados por el sueño. La beso. Me importa una mierda que Edgar esté al final de pasillo.

—¿Me he quedado frita?
—Nos hemos quedado fritos.
—Me tengo que ir a casa.
—Quédate —le pido.
—No.
—Venga, Mir, es muy tarde.
—¿Cómo es que te has despertado? —pregunta sin contestarme.
—Con el ruido de la puerta, ha llegado Edgar. —Se incorpora de golpe—. Mierda... —murmuro al darme cuenta de que he metido la pata.
—¿Edgar vive aquí?
—Sí, pero no se lo digas a nadie, no quiere que su hermana se preocupe. Además, es temporal, solo mientras encuentra piso.
—¿Y nos ha visto? —Asiento—. ¡Mierda, Marc!
—No pasa nada, los amigos ven pelis y se quedan fritos en el sofá. ¿No te acuerdas de Ros y Howie, de *Friends*?
Rompe a reír y se tapa la boca para que no la oiga Edgar.
—Vale, vale, tienes razón, pero ahora sí que me voy.
—Quédate. No tiene por qué enterarse. Esta mañana me ha dicho que empezaba temprano también para cubrir a un compañero y seguro que ha caído como un tronco en la cama porque lleva todo el día de guardia.
—No sé...
—Tú eliges.
Me pongo en pie y me estiro, lo que deja una jugosa porción de piel al descubierto a la altura de sus ojos.
—Vale, pero solo dormir. No quiero que nos oiga y...
—Prometido. —Levanto la mano en señal de juramento.
Se pone en pie, me agarra, tira de mí en dirección a mi dormitorio y yo noto cómo una sonrisa se extiende por mi cara.

Hay algo que no deja de darme vueltas en la cabeza, así que, como hoy libro, cuando Miranda se marcha de casa, quedo con Gabriel para charlar un rato.

Enseguida que atravieso la puerta de entrada, la cabeza del recepcionista se eleva.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, soy Marc y me gustaría ver a Gabriel.

—Deme un segundo.

Coge su teléfono y lo oigo hablar con su secretaria. Unos minutos después, Gabriel aparece por el pasillo con una sonrisa canalla.

—Vaya, vaya, ¿a qué debo el placer de tu presencia? —dice mientras se acerca y me tiende la mano para chocarla, pero cuando ve la expresión de mi cara se pone serio—. ¿Qué pasa?

—¿Te pillo bien? Debería haberte avisado, pero no lo he pensado, la verdad. ¿Podemos hablar en otro sitio?

—Sí, sí, vamos.

Nos ponemos en marcha, y al pasar por al lado de su secretaria le pide que no le pase llamadas.

—Tú dirás. ¿Tiene que ver con el centro y los chavales? —me dice mientras hace un gesto para que me siente, pero estoy demasiado inquieto.

—No, se trata de Miranda.

Eleva las cejas en una pregunta silenciosa, yo resoplo y por fin me dejo caer en la silla.

—Me preocupa Miranda.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Te explico, quizá no sea nada grave, pero no dejo de pensar en ello y tenía que hablarlo con alguien. Verás, el otro día conocí a un ex suyo de hace mil años. El tipo parecía el típico yerno perfecto y se ve que los padres de ella quieren que vuelvan a estar juntos y hacen lo posible para metérselo por los ojos.

—Ya, pero hablamos de Miranda, seguro que los pone en su sitio más pronto que tarde.

—Sí, la cuestión es que creo que empieza a verse un poco superada por esa presión, ¿sabes? Me parece que está cansada ya de tener que pelear siempre por lo mismo. El otro día me pidió que la acompañara a una comida familiar como si fuera su novio, para esquivar comentarios.

—¿En serio hiciste eso? —Sonríe.

—No le iba a decir que no, a mí no me costaba nada acompañarla. Lo cierto es que me pareció divertido hasta que noté que sobraba completamente. Al parecer, la empresa de ese tío es muy importante, bueno, es de su padre, que es amigo íntimo del padre de Miranda. Creo que piensan que si los dos hijos se casan unirán también las empresas o algo así. ¿En qué puto mundo viven?

—Miranda no va a permitir eso ni en un millón de años.

—Lo sé, pero me preocupa que salga herida de esto.

—¿En sentido físico? —pregunta Gabriel, sorprendido.

—No, no, me refiero a que la presión que ejerzan sobre ella consiga quebrarla. Sé que ella se muestra muy fuerte, pero en el fondo es tan vulnerable como cualquier otra persona y no quiero que le hagan daño.

—Supongo que si Miranda acabó la relación con...

—Se llama Diego.

—Si ella acabó su relación con Diego sería por alguna razón, así que no creo que volviese ahora con él solo por presión.

—También habíamos quedado la otra tarde y cuando llegué al cole, lo vi aparecer con su megacochazo y decía que había ido a buscarla para invitarla a merendar. ¡A merendar! Es ridículo... —suelto como una metralleta.

—¡Uy! ¿No decías que era encantador? ¿Eso que percibo son celos? —me pregunta y sé que el cabrón se está aguantando la risa.

—No. Para nada. Tú flipas...

—Ya... Vosotros dos siempre habéis tenido un rollito raro. Os provocáis, pero luego eso no llega a ningún sitio. No sé, siempre he pensado que acabaríais juntos.

Me pongo en pie de golpe y de forma instintiva me rasco la nuca. ¿Y ahora qué digo?

—Solo es un juego entre nosotros, Gabriel. Ya sabes cómo somos.

—Sí, sí, claro. —Sé que se está aguantando la risa.

—¡Es verdad! La quiero muchísimo, eso es cierto. Nos hemos convertido en inseparables desde que nos conocimos, pero jamás pondría eso en peligro, lo que tenemos, por un polvo.

—No creo que con Miranda se tratara solo de un polvo.

—Puede y puede también que, si saliera mal, todo se fuera a la mierda y no quiero eso. Mira Evan y Sara...

—¿Y si saliera bien? ¿Y si te estás perdiendo algo mejor que tener solo esa amistad y ese tonteo que os traéis? Y respecto a Evan y Sara, lo arreglarán.

—Lo sé. Están hechos el uno para el otro.

—¿Como tú y Miranda?

—Cállate, anda.

—Tú mantenme informado, ella también es mi amiga.

Mientras lo dice me mira con toda la intención, pero me hago el sueco, le digo que tengo que hacer algunas cosas y salgo de allí por patas. Sé que, igual, si sigue preguntando, le digo que sí, que Miranda y yo hemos cruzado la línea y que, sí, joder, cada vez siento más cosas por ella y todo se mezcla en una especie de torbellino de emociones. Así que me voy y guardo el torbellino entre bambalinas para analizarlo más adelante.

No puedo evitar moverme inquieto dentro del taxi. Edgar me mira de reojo, pero no dice nada. Estoy nervioso y emocionado. ¡Mi amigo va a exponer sus fotos! Me siento muy orgulloso de él. Vale, lo reconozco, también estoy nervioso porque Miranda me ha mandado una foto antes de que saliera de casa y me ha puesto a mil solo con verla. Solo se veía su pie enfundado en unos zapatos de tacón alto e iba acompañada de una frase. Es perversa y sabe que no puedo resistirme a ella.

Mir

Tú, mis tacones y yo. ¿Se te ocurre algo?

Yo

Se me ocurren muchas cosas, después te las explico...

Mir

¿Me vas a dejar así? :(

Yo

Impaciente y sexi. Me encantas :P

Mir

Eres malo.

Yo

Un beso

Hemos quedado que pasaríamos a recogerla para compartir el taxi. El coche frena delante de su casa y le envío un mensaje para que baje, pero me lo pienso mejor y me bajo para ir a su encuentro. Cuando estoy a medio camino en la acera, la puerta de su bloque se abre y lo que veo me deja clavado en el sitio.

Miranda sale enfundada en una especie de traje. Me quedo embobado al verla porque exuda poder, seguridad y atractivo por todas partes. La recorro con la mirada de abajo arriba. Cuando llego a sus ojos, ambos sonreímos y volvemos a ponernos en marcha hasta quedar a solo unos pocos centímetros el uno del otro.

—Quita esa sonrisa canalla que hace que moje las bragas —dice toda seria con las manos en las caderas.

—¿Ese es mi efecto sobre ti?

—No, ese es el puñetero efecto de tu sonrisa sobre mí.

—Interesante.

Me acerco a ella y dejo un beso en la comisura de sus labios, porque Edgar está en el taxi y, si me lanzo a comerle la boca, se daría cuenta, claro.

Antes de separarme, me acerco a su oreja y susurro:

—Tú, tus tacones, la encimera de mi cocina, mi mano enredada en tu pelo y yo empujando desde detrás hasta que grites y las piernas no te sujeten.

Le doy un mordisco a su lóbulo y después le guiño el ojo y vuelvo al taxi, aparentando que no tengo una puta erección en aumento dentro de los pantalones. Abro la puerta del taxi y dejo que entre. Cierro y me siento en el asiento delantero, junto al conductor. Edgar y yo somos grandes y no quiero que la chafemos. Durante el trayecto hasta el museo los oigo hablar y reír, pero no sé qué dicen, estoy centrado en quitar de mi mente la imagen que yo mismo he

creado de nosotros dos follando en mi cocina. Aunque no pienso olvidarme de ello, tengo que conseguir que Edgar desaparezca del piso esta noche.

Llegamos al museo y encontramos a Evan, está bastante intranquilo, yo estaría como un flan. Aunque creo que está más nervioso por volver a ver a Sara que por la exposición. Un rato después de miraditas entre Miranda y yo, no aguanto más y, cuando Edgar y los demás se pierden por ahí, aprovecho que dice que va a ir al baño para ir tras ella.

Cuando sale, la cojo de la mano y, sin decir nada, camino y esquivo a todo aquel con el que nos cruzamos.

—¿Marc? ¿Dónde vamos?

—Ahora lo verás.

—Qué misterioso...

—Impaciente, Mir, estoy impaciente.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—Por tu culpa.

Ríe a carcajadas y yo, por fin, encuentro lo que estaba buscando. La escalera de emergencia. Cuando Miranda ve lo que pretendo, se para en seco, me giro para mirarla.

—¿No nos meteremos en un lío? —me dice.

—No.

—¿Estás seguro?

No contesto, solo elevo una ceja.

—Vale, vale —contesta.

Sonrío y empujo la puerta. Una vez la cruzamos, la cierro y, antes de que se oiga el clac, mi boca ya está contra la suya, que deja escapar un gemido. Enreda sus piernas en mi cintura y mis manos enseguida la sujetan apretando su cuerpo contra el mío.

—Eres jodidamente sexi. —Me separo de su boca y resigo su cuello a mordiscos.

—Joder.

—Esa boquita...

Suelto una risita mientras mi mano desabrocha los dos botones que cierran su *blazer*. Cuando veo que solo lleva un sujetador negro

de encaje debajo noto cómo la erección empuja aún más dentro de mis pantalones.

—Me vas a matar, pelirroja —digo al hundir mi cara en su escote para torturarla un poco.

—¿De gusto?

—Y no me quejaré.

Volvemos a besarnos y a frotarnos el uno contra el otro para encontrar un mínimo de consuelo, pero no es suficiente.

—No sé cómo voy a aguantar hasta que esto acabe sin poder tocarte.

—Puedes tocarme.

—No como me gustaría.

Ambos suspiramos, sabemos que no podemos hacerlo en este momento. La dejo resbalar por mis piernas hasta que sus zapatos tocan el suelo. Abrocho los botones de la chaqueta de nuevo bajo su atenta mirada. Sonríe y me da un beso rápido antes de dirigirse a la puerta para volver al museo.

—Espera —le digo y la sujeto de la mano.

—¿Qué?

—Más tarde. Tú, tus tacones, mi encimera y yo.

—¿Es una cita? —Sonríe traviesa.

—Es una promesa.

Le guiño el ojo y salgo de las escaleras antes de cometer una locura. Volvemos con nuestros amigos y casi me atraganto cuando Sara le dice a Miranda que tiene el pintalabios corrido y ella, toda feliz, le dice que se ha estado morreando por ahí.

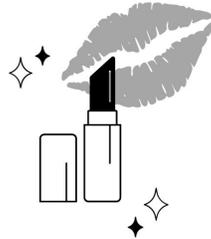
Un rato después, recibo un mensaje e inmediatamente frunzo el ceño, porque no entiendo nada.

635263158

Mantente alejado de ella porque no es para ti. Estás loco si crees que la mereces o que ella se quedaría con un don nadie como tú.

Miranda y yo no volvemos a quedarnos a solas durante la exposición ni la cena. Nuestro baile de miradas se mantiene durante toda la noche, lo que hace que cada vez las ganas sean más insoportables. Los roces, que empiezan disimulados, acaban siendo arriesgados y hacen que me pregunte una y otra vez por qué estúpido motivo mantenemos esto en secreto. Por qué nosotros no podemos o queremos mostrarnos al mundo, por qué no dejamos a un lado ese miedo irracional y esos recelos absurdos y damos un paso al frente. Quizá Gabriel tenga razón y cada vez la balanza de lo bueno se eleva más sobre el miedo.

27. Mi niña bonita



Miranda



Lío de hilos

Marc

¿Estáis vivos?

Yo

Yo sí, pero puedo imaginarme que algunos todavía deben de estar en la cama, recuperando fuerzas :P

Hugo

Ja, ja, ja.

Ada

¿Hablamos de Evan y Sara?

Carla

Obvio.

Gabriel

Ja, ja, ja.

Ada

Aludidos, dad señales de vida. Primer aviso.

Marc

Al turrón: ¿Habéis vuelto ya de una puñetera vez?

Yo

Más directo imposible.

Edgar

Están ocupados, no os van a contestar, ja, ja.

Evan

Hola.

Todos escribiendo...

Evan

Sara, cuéntales tú antes de que esta gente colapse el WhatsApp.

Yo
Se viene.

Sara

¿Estáis ocupados esta tarde?
Nos gustaría enseñaros algo.

Gabriel

Nosotros nos escapamos un rato.

Hugo

Carla y yo también nos apuntamos.

Evan

Tráete a Aidan si quieres, Edgar.

Edgar

Hecho.

Marc

Ya de paso, aprovecho y os presento a alguien.

Yo
¿¿¿Eing???

Gabriel

Uy.

Evan

¡No me lo puedo creer!

Hugo

El Mangueritas nos la ha jugado.

Marc
MANGUERA, Hugo, que pareces nuevo.

Yo
Madre mía.

Ada
Menudo acontecimiento, ¿no?

Carla
Qué escondidita la tenías.

Marc
Igual os sorprendéis. No con mi manguera, digo, con la presentación en sociedad de mi niña bonita :)

Gabriel
Ja, ja, ja.

Hugo
Pedazo de guarro.

Ada
¡Qué mono ha sonado eso!

Sara
Hablando de cosas guarras...

Yo
Ay, madre, Sarita, sorpréndenos :P

Sara
A las 18 h, os esperamos en la dirección que os voy a enviar. Os prometo que habrá cosas guarras para picar, necesitaréis azúcar para digerir todo esto.

Carla
Haber empezado por ahí, mujer.

Horas más tarde, llego a la dirección que nos ha enviado Sara por mensaje. Edgar, Aidan y Marc aparecen al girar la esquina.

—Así que tu niña bonita, ¿eh? —Miro a Marc y después a Brown, que estira de la correa y corre hacia mí.

—La perra te quiere más a ti que a nosotros —dice Edgar y me da dos besos.

—Hola, Miranda, encantado de verte otra vez —me saluda Aidan.

—Igualmente, Aidan.

—¿Qué tal, pelirroja? —Marc sonrío con una mirada pilla y también se acerca para plantar dos besos en mis mejillas. «Ay, Marc, el disimulo». Uno de ellos, más que en la mejilla, vira hacia mi oreja, donde susurra un «guapa» que casi me pone tan perr... (feliz) como a Brown.

—Muy bien, guapitos, cada día más puntuales y hechos unos pinceles. —Me encanta tomarles un poco el pelo.

—Vamos a entrar, a ver con qué nos sorprenden estos dos, estoy intrigadísimo —comenta Edgar.

Nos abre la puerta Evan y, para qué negarlo, tiene una cara de felicidad que no puede con ella, pero Sara tampoco se queda atrás.

—Y bien, ¿a quién nos vas a presentar? —pregunta Evan, curioso.

—¡Tachán! —dice Marc con entusiasmo y les muestra a Brown, que sale de entre sus piernas, un poco asustada al ver tanta gente nueva.

—Ohhh, pero si es una monada. —Sara se agacha y la acaricia suavemente hasta que la pequeña coge confianza.

—Se llama Brown —dice Marc con una sonrisa de oreja a oreja.

—Dime que no la has llamado Brown porque es marrón —habla Evan con una risa asomándole en el rostro.

—¿Acaso lo dudas? —intervengo y los dos nos descojonamos.

—¿De qué vais, sabiondos? *My english is perfect*^[2] —dice Marc en un intento de pronunciación fallida—, y mi Brown, también.

Todos nos reímos y avanzamos hasta el interior.

—Sabes que dentro habrá gente decepcionada porque pensaba que nos ibas a presentar a una chica, ¿verdad, Marc? —dice Sara, que le pasa una mano por el hombro con ciertas dificultades porque Marc le saca dos palmos.

—Culpa vuestra.

—¿Marc con novia? Si ya lo conocéis... —habla Edgar con cierto retintín.

—Yo qué sé, algún día, igual nos sorprendes —dice Evan.

—Nunca se sabe —dice el susodicho y me derrite con una mirada fugaz.

¿Me derrite? ¿En serio, Miranda? Estás perdiendo facultades, esa no eres tú. Tú no te pillas por nadie, aunque sea el bombero más sexi sobre la faz de la Tierra y tu mejor amigo y el hombre más bueno y comprensivo y empático y... ¡Arggg! Mierda, se avecinan problemas...

Llegamos hasta el salón vacío donde están los demás: Ada y Gabriel, con Leo en brazos, y Hugo junto a Carla. La reacción al ver a Brown es bastante parecida a la del resto, pero todos acaban encantados con ella. Enseguida, Sara nos hace un *tour* por la casa y nos da la noticia de que se van a vivir juntos.

—¿Qué os parece? —pregunta Evan.

—Necesita un lavado de cara, pero quedará genial —contesta Gabriel.

—Si necesitáis ayuda con la reforma, ya sabéis donde estamos —dice Edgar.

—Os lo agradeceríamos un montón, la verdad, porque vamos a estar un poco ocupados —dice Sara y algo me dice que está escondiendo algo. Bueno, está claro, porque esa sonrisilla tonta la conozco de sobra desde que era una enana.

—¿Y eso? —contesta Gabriel.

—¿Hacéis algo el fin de semana del veinticinco de mayo? —pregunta Evan. ¿Qué traman estos dos?

Todos empezamos a mirarnos y, cuando veo a Ada, que tiene un sexto sentido, llevarse las manos a la boca, me huelo lo que se avecina.

—Espero que no, porque... —dice Sara, sin acabar la frase y busca la mano de Evan.

—Dilo ya, me va a dar un infarto —suelta Ada.

—Nos casamos en Escocia el mes que viene.

—¡Ahhhhh! —grita Ada de la emoción.

Empiezan a llegar las enhorabuenas y los achuchones a los novios. Si nos llegan a dar esta noticia hace meses, cuando estos dos estaban como el gato y el ratón, no nos la hubiéramos creído. No es que sea una fanática de las bodas, pero hay personas que parece que estén destinadas a estar juntas pase lo que pase. Sara y Evan son una de ellas. Juntos suman. ¿No es bonito eso?

—¿Me estás diciendo que vamos a ir a las *Highlands* al fin? —digo a la vez que cojo a Ada de la mano y nos ponemos a saltar como locas.

—Vendréis, ¿no? —pregunta Evan con una sonrisa enorme.

—¿Bromeas? Llevamos años dándote la tabarra con lo de que nos tienes que enseñar Escocia —habla Ada.

—Ya verás la que vamos a liar allí —dice Marc, y todos se empiezan a reír.

—Por cierto, la despedida de soltera la organizo yo. —Levanto la mano para que todos me vean.

—Uy, qué peligro tenéis —habla Gabriel en tono jocoso.

—Evan, yo organizo la tuya. Chavales, tendréis noticias pronto —dice Marc, frotándose las manos.

—Va a ser la noche del siglo. —Miro a las chicas con una sonrisa traviesa. Todo lo que sea celebrar alegría, bienvenido sea.

Un mes pasa volando, si no, que nos lo digan a nosotros, que ahora mismo parecemos nuestra peor versión, metidos en un avión, cual lata de sardinas, de camino a las *Highlands*. Mires por donde mires, solo verás gente resacosa y alguno que otro roncando con la boca abierta. Lo de acabar celebrando la despedida de solteros todos juntos y empalmar el viaje sin dormir no era el plan acordado, pero ya sabemos que todo en la vida no se puede controlar. Y mucho menos, los sentimientos.

Llevo toda la mañana con un nudo en el estómago y prometo que no es por el exceso de alcohol de anoche. Ayer pasó algo que no me esperaba. Se removieron dudas, todo lo que llevo sintiendo desde que Marc y yo cometimos el mayor de los disparates. O lo

mejor que me ha pasado en la vida. Ya no creo en evidencias lógicas, solo soy consciente de que con él sonrío por dentro, como si un huracán de alegría me zarandeara con cada mirada, con cada beso. «Maldito Marc, ¡qué voy a hacer contigo, si ya estás en mí!».

—Ey, Miranda, ¿cómo estás? —Sara me devuelve a la realidad.

—Fresca como una lechuga. —Sonrío y miro en su dirección, donde puedo ver a su lado a Evan, medio dormido y hecho polvo—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy un poco preocupada. Carla le ha dado un calmante o no sé qué para los nervios y mira cómo está. —Se gira para verlo con el ceño fruncido.

—Carlita, la enfermera, ¿qué le has chutado a Evan? —Subo el tono de voz para que me oiga.

—Miranda, no hables tan fuerte, por tu madre. —Escucho la voz de Hugo que proviene de los asientos delanteros.

—Que no os preocupéis, que yo sé lo que hago con las medicinas —dice Carla, alargando las palabras.

—Ni un pelo te puedes fiar de esta mujer —suelto en broma.

—Miranda, ¡a que te tomo la tensión! —Solo ella puede amenazarte con eso. Uf, qué repelús, seguro que me saca alguna enfermedad.

—¿Y Gabriel y Ada? —pregunta Sara.

—Ahí detrás. —Están apoyados uno en el otro, y el pequeño Leo, sentado encima con el cinturón puesto, tocando todo lo que pilla.

—¿Y los señores de atrás? ¿Estáis vivos? —dice Sara y ambas nos giramos. Edgar está en el asiento de en medio, con Marc descansando en un hombro y Aidan en otro, y se limita a levantar el pulgar como respuesta.

—Qué locura lo de ayer, ¿no?

—Desde luego.

Todo empezó con una tranquila y exquisita cena en uno de los restaurantes favoritos de Sara. Bebimos champán como señoritas con clase y repetimos dos veces el postre porque para eso era «nuestra noche» y nuestras carnes lo iban a agradecer con entusiasmo.

Tras eso, fuimos a un *pub* bastante mono en la azotea de un edificio cercano a las Ramblas y brindamos con unos *gin-tonics* sabor a fresa que los cargaba el diablo. Bueno, Sara creo que ni bebió, pero Ada, que llevaba meses sin probar una gota de alcohol por temas de lactancia, comenzó a contarnos anécdotas de lo más truculentas mientras se reía sin parar. La ya alegría de la huerta se había multiplicado por dos. En el otro extremo estaba Carla, que, aunque siempre va dando consejos de salud como buena profesional, se bebió hasta el agua de los floreros; su hígado debe de estar hecho de hierro. Entre ellas, estaba yo, que tenía tantas ganas de pasármelo bien que no me importó lo más mínimo nuestro alrededor más que ver las caras de mis amigas felices.

Las copas del *pub* nos subieron la temperatura y, para entonces, solo queríamos bailar hasta que se nos descuajaringaran los huesos. Andamos unos diez minutos y llegamos a una discoteca bastante aceptable en la que brincamos durante horas con temazos de ayer y de hoy y sudamos como cerdas porque no cabía ni un alfiler en el puñetero local. Ni espacio vital ni ningún tipo de decoro. ¿Para qué?

Da igual que fueran las cuatro de la mañana, la noche era joven. En cuanto nos pusiéramos en posición horizontal íbamos a caer redondas para, con suerte, hibernar unas cuantas horas, pero lo estábamos pasando tan bien que no queríamos que terminara. Tras salir de la discoteca y andar unas cuantas manzanas, cogidas del brazo, encontramos un karaoke que no habíamos visto nunca. Tenía un cartel de neón fucsia y Ada nos arrastró dentro cual urraca en busca de objetos brillantes.

Sentadas en unos sofás de terciopelo rojo, esperábamos nuestro turno para cantar, mientras un señor mayor lo daba todo en el escenario con una copla de Manolo Escobar. En ese momento en el que me preguntaba cómo habíamos acabado allí y el alcohol dejaba de nublar me la mente, notaba cómo las palabras me quemaban la lengua. Estaba con mis amigas, en terreno seguro, y solo quería expulsar todos mis sentimientos en modo aspersor.

—Chicas, no os vais a creer lo que me está pasando.

—Cuenta —dijo Sara, que parecía la más atenta en ese momento.

—Creo que empiezo a sentir cosas por alguien y estoy un poco asustada. —«Maldito alcohol».

—¿Qué cosas? —preguntó Carla y después le pegó otro trago a su copa.

—Es que me encanta, nunca me canso de él, me hace reír, lo pasamos genial juntos, somos una bomba en la cama y me hace sentir una diosa. Decidme, ¿estoy loca?

—Ay, madre mía —dijo Ada con una sonrisa sabionda.

—No, no estás loca, Miranda —soltó Sara.

—¿Y quién es él? —preguntó Carla, aunque a juzgar por los ojos saltones del resto, todas estaban expectantes por conocer mi respuesta.

En ese momento, en el que estaba a punto de soltar mi lengua del todo, salió nuestro nombre de reserva en la pantallita para que subiéramos al escenario a cantar. Nos levantamos de golpe con el objetivo de animar el cotarro y nuestra conversación quedó a medias, por el momento. Cantamos *Wannabe*, de las Spice Girls, de forma bastante correcta, y los cuatro gatos del local nos aplaudieron tanto que hasta nos dejaron cantar otra. Estábamos en modo «somos divas del pop», así que nos lanzamos con *Lady Marmalade* y le insistimos a Ada para que hiciese de Christina Aguilera y dejase a nuestro reducido público con la boca abierta con sus dotes vocales.

Ya casi en la parte álgida de la canción, estábamos tan sueltas en el escenario que de tanto movimiento sexi empezaba a cuestionarme mi sexualidad. Justo en ese momento, ocurrió. Aparecieron por la puerta del local Gabriel, Hugo, Evan, Marc, Edgar y Aidan, uno de ellos hizo una especie de silbido y todos entendieron que habían llegado al lugar adecuado. No había más que verlos, si Carla se había bebido hasta el agua de los floreros, ellos se habían bebido hasta el agua de las propias flores.

Guiados por una felicidad extrema, se acercaron al público y empezaron a jalearnos y a aplaudir como descosidos. Lejos de

amilanarnos, cantamos mejor si cabe y todos alucinaron con la voz de Ada y la motivación que llevábamos encima.

Tal vez fue casualidad encontrarnos todos allí, pero cerramos el local y, para entonces, habíamos cantado todo el repertorio del que disponía. Los chicos lo bordaron —o algo parecido— con *Don't Stop Me Now*, de *Queen*, y todos fuimos conscientes de que la penúltima ronda de chupitos ya estaba por encima de nuestras posibilidades. La última canción fue petición de Aidan, que no tuvo que suplicarle demasiado a Ada para que cantara con él *Secret Love Song*, de Little Mix. ¿Y cómo expresarlo? Creo que me sentí identificada con ese estribillo, aunque creo que no fui la única, porque a Edgar le brillaban los ojos de la emoción y, como no entendía por qué, lo estrujé y, abrazados, disfrutamos de la belleza de sus voces empastadas.

*Why can't you hold me in the street?
Why can't I kiss you on the dancefloor?
I wish that it could be like that.
Why can't we be like that?
Cause I'm yours.*

Cuando acabó la canción, vi que Marc salía a la calle y lo seguí para ver si se encontraba bien. Al abrir la puerta, ahí estaba, andando por la acera en círculos y la cabeza gacha, hasta que me vio.

—Hombre, mi dulce pelirroja por aquí. —Dejó entrever una sonrisita de las suyas.

—Estás muy borracho, Marc.

—No tanto, sé perfectamente lo que hago.

—Ya.

—Y lo que digo también.

—¿Y qué me cuentas? —le pregunté con curiosidad, aunque sabía que lo que soltaría por esa boquita no tendría demasiado sentido.

—Tengo tantas cosas que decirte que todavía no sé si estoy preparado para hacerlo. —Volvió a sonreír y luego se tapó la boca

con las manos.

—¿Qué, Marc?

—No te rías de mí.

—No, te lo prometo.

Empezó a susurrarme al oído y a él sí que parecía que le quemaban las palabras en los labios, con cada una de ellas mi corazón bombeaba más rápido y las piernas, que aún me sostenían, empezaron a temblarme como si fueran un flan de café. Todo mi cuerpo ardía de nervios y nada tenía que ver con las últimas copas.

—Marc, no digas cosas de las que mañana te puedas arrepentir.

—Esta advertencia no sé si fue un aviso para que no hablara de más o que estaba casi tan acojonada como él.

—Ya te he dicho que sé perfectamente lo que digo.

En ese momento, salieron todos del local y, viendo la hora que era, subimos a unos taxis para llegar a nuestras respectivas casas, coger las maletas y salir cagando leches hacia el aeropuerto.

A punto de quedarme dormida en mi asiento del avión mientras recuerdo la noche de ayer, escucho la voz susurrada de Marc:

—Miranda, tenemos que hablar.

28. La más absoluta verdad



Marc

Vale, quizá no sea el mejor momento ni lugar, pero tengo que hablar con ella porque creo que ayer me fui de la boca y quiero asegurarme de que estamos bien y no metí la pata. Lo cierto es que ya no tengo muy claro qué fue lo que dije.

Cuando me acerco a su asiento, veo que todos están dormidos. Sacudo su hombro y ella abre los ojos, un poco desorientada, hasta que su visión se focaliza en mi cara.

—Miranda, tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—Sí.

Resopla, pero se pone en pie y me sigue por el pasillo del avión.

—No irás a pedirme que me meta en ese baño enano yapestoso, ¿no?

—No. Podemos hablar ahí —le digo mientras señalo la zona al final del avión donde ahora mismo no hay nadie y, lo más importante, nadie puede vernos desde los asientos.

—Vale.

Una vez allí, me doy cuenta de que quizá esto no es buena idea, porque el espacio es muy reducido y estamos demasiado cerca como para mostrar la fuerza de voluntad suficiente para no acercarme a ella. La observo mientras mira a través de la ventanilla cómo pasamos por encima de las nubes. Me aguanto la risa cuando un pensamiento de lo más cursi aparece en mi mente, pero quiera reconocerlo o no, ella me hace estar en una nube. Hace que sepa

que soy capaz de cualquier cosa y hacía mucho que no me sentía así, aunque no me había dado cuenta de ello.

—Mir —susurro su nombre y ella se gira despacio. Me observa y esa mirada azul e impresionante me clava en el sitio.

—¿De qué quieres hablar?

—Pues creo que ayer...

—¿Qué?

—Iba bastante borracho.

—A mí no me lo parecías, es más, dijiste que estabas bien, que sabías lo que hacías y lo que decías... —comenta de forma un tanto sarcástica.

—Ya, bueno, a eso iba.

Me mira con una ceja elevada y los brazos cruzados bajo el pecho, desafiante. Dios, ¿cómo voy a resistirme a ella y no comerle la boca aquí mismo? Tengo la sensación de vivir en una resistencia continua.

—Tú dirás.

—¿Qué fue lo que te dije?

—No te acuerdas —me dice y no es una pregunta.

—No mucho. ¿Te apiadas de mí? —Le pongo cara de perrito abandonado, tengo una buena maestra en casa con Brown. Cuando quiere algo me mira con esos ojitos verdosos y, claro, yo soy un papá flojo y le doy lo que quiere. La voy a echar de menos estos días, pero sé que estará bien con mis padres y Ona.

—Pues no sé —dice mientras da un paso adelante y se pega más a mí, yo retrocedo.

Ella vuelve a avanzar y yo doy otro paso atrás que hace que mi espalda se pegue a la pared. Ella no me da tregua y se acerca de nuevo, su mano se apoya en mi pecho y empieza a resbalar despacio. Mis sentidos se ponen en alerta, si viene alguien ahora mismo, no va a tener dudas de lo que está pasando aquí. Por suerte, se compadece de mí y su mano vuelve a subir hasta quedarse enredada en mi nuca, entonces acerca su boca a la mía, pero no se tocan.

—Qué poco caballeroso por tu parte no recordar lo que le has dicho a una dama. —Sonríe maligna.

—No soy ningún caballero. —Río.

—Ya lo creo que sí, el mejor y más sexi de todos, el caballero oscuro —dice contra mis labios.

—Ahora en serio. ¿Qué dije, Mir? No me gustaría haber...

—¡Hola! Perdonen, pero deben volver a sus asientos, estamos a punto de aterrizar. —Nos interrumpe una auxiliar de vuelo, que no tengo ni idea de dónde ha salido.

Nos separamos de un salto del susto; bueno, Miranda se separa, yo me doy un cabezazo contra la pared y veo que ambas ríen con disimulo mientras me toco la cabeza. Sin decir nada más, caminamos hasta nuestros asientos y yo sigo sin saber qué narices le dije ayer.

Antes de la boda creo que es un buen momento para ir a hablar con Miranda, ya que todo el mundo está preparándose y de los nervios. No sé por qué se me ocurre, pero un momento después de pensarlo estoy de pie frente a la separación entre nuestros balcones. «¿Por qué no vas por la puerta como una persona normal?», me pregunto a mí mismo; pero es que, claro, yo no soy normal. Yo qué sé, creo que ya estoy un poco paranoico con todo esto. Somos amigos, joder, ¿por qué no iba a ir a su habitación? En fin, pues aquí estoy plantado mientras evalúo la situación. Solo un murete de dos metros nos separa, aunque, claro, yo ya estoy vestido para el bodorrio. ¿Cómo? Pues con el traje tradicional de las bodas escocesas. A lo que iba, saltar un muro de dos metros es fácil, hacerlo con falda y sin gayumbos, no tanto. Pero ¿sabéis qué? Soy Batman, así que puedo con todo.

Estiro los brazos y me agarro al filo. Tiro de mi cuerpo y engancho el pie derecho al borde para impulsarme justo cuando escucho unas risitas. Giro la cabeza y casi me caigo al suelo cuando se me resbalan las manos. Hay dos chicas en el balcón de enfrente que me miran sin disimulo mientras se ríen. Suelto la mano derecha y compruebo la falda; sí, me están viendo todo el culo y lo que no es el culo. En fin, qué le vamos a hacer. Acabo de subir al muro con

cuidado de no dejarme los huevos pegados a él y, entonces, me giro hacia ellas, las saludo y todos reímos más. Me dejo caer al balcón de Miranda y, después de hacer una reverencia a las chicas, llamo a la puerta de cristal. Cuando Mir la abre, flipa, y más aún cuando las chicas empiezan a gritar de todo desde el otro lado. Yo me he quedado clavado en el sitio. Está en ropa interior; bueno, llamarlo así sería algo muy pobre, porque el conjunto que lleva ha hecho que me empalme en un segundo, no sé si voy a ser capaz de hablar, porque tengo demasiada sangre concentrada ahí abajo. Empujo a Miranda de vuelta a la habitación y cierro.

—Pero ¿qué haces aquí? Sabes que la habitación tiene puerta, ¿no?

—Ja, ja. Muy graciosa. Lo sé. Es solo que no quería que me vieran venir.

—Vaya chorrada, Marc. Somos amigos.

—Ya, ya lo sé.

—Bueno, dejemos tu locura momentánea a un lado y dime qué haces aquí.

—Quería acabar la conversación del avión.

—Vaya... —dice y no puedo evitar ver la decepción en sus ojos.

—¿Qué?

—Creía que venías a...

—¿Follar?

—Sí, la verdad —reconoce.

—Ya, por un momento, al verte, se me ha vaciado el cerebro. — Miro hacia mi entrepierna y ella abre los ojos como platos al ver la elevación de la falda.

—Ya veo.

—Primero hablamos.

Ella suspira. Se gira, entra al baño y yo la sigo. Se inclina hacia delante para seguir con el maquillaje, y yo estoy por mandar a la mierda la conversación y hacérselo de pie, rápido y duro, frente al espejo del baño.

—Habla, pelirroja. ¿Qué dije? —pregunto con los dientes apretados.

—Pues... —Sus ojos buscan los míos y nos miramos a través del espejo. Me acerco a ella, me pego a su espalda y mis manos se anclan a sus caderas.

Suenan unos golpes en la puerta y se escucha la voz de Ada.

—¡Miranda! ¡Emergencia! Sara no se encuentra bien.

—¡Voy, dame dos minutos que me vista! —grita para que la oiga y luego se gira hacia mí—. Tengo que ir, el deber me llama.

—¡Te esperamos en su habitación, no quiero dejarla sola! —grita Ada desde el otro lado de la puerta para después alejarse.

Asiento y la beso, lento y profundo, y después salgo de allí, esta vez por la puerta. Ahora mismo, si alguien se percata, me da absolutamente igual.

El previo a la boda se convierte en una locura y en lo más bonito que he visto en mi vida con la noticia que nos da Sara y cómo las chicas lo organizan para que ella y Evan puedan hablar sin verse. La ceremonia va como la seda y cuando acaba, todos gritamos y aplaudimos felices de que estos dos al final estén juntos.

Llega el momento de los discursos y, aunque Gabriel es el padrino oficial, la vergüenza está por los suelos y cada vez que alguien coge el micro es mejor que el anterior. Todos tienen cosas buenas que decir de la pareja y es que, de verdad, son geniales.

Edgar ha venido acompañado de Aidan, lo que ha sorprendido a todo el mundo. No han parado de chincharlo por que no haya traído a una de sus muchas conquistas o por que aún no lo hayan pillado por ahí con alguna liándose a escondidas. De pronto, pide el micro y se pone en pie.

—Quiero felicitar a los novios. Chicos, sois estupendos y espero que todo os vaya de maravilla de ahora en adelante. Habéis tenido la suerte de encontraros entre todo el mar de gente que existe y eso solo puede significar que sois el uno para el otro. —Busco a los demás con la mirada y los veo muy sorprendidos; claro, no saben lo que yo sí—. No desaprovechéis esto, la oportunidad de construir algo maravilloso entre los dos. Últimamente, me he dado cuenta de

que, si encuentras a la persona correcta, esa con la que te entiendes solo con cruzar una mirada, esa que piensa exactamente lo mismo que tú en un mismo instante, no puedes dejarlo pasar. Tienes que ser valiente y dar un paso al frente, aunque no estés seguro de si ese suelo va a sostenerte o vas a resbalar. Por eso quiero decirlo algo a todos ahora que estamos aquí. Me he enamorado.

Oigo que Ada y los demás cogen aire, sorprendidos, yo sonrío y por dentro doy saltos de alegría, pero sigo con la vista fija en Edgar, que en ese momento se gira hacia Aidan, que lo mira con devoción desde su silla. Edgar le tiende la mano, y él se pone de pie a su lado.

—No me lo puedo creer —susurra Miranda a mi lado.

—Aidan —pronuncia con voz clara Edgar—, te quiero. Ahora lo sé. Eres tú, eres la persona con la que quiero compartir mi vida. Así que...

Aidan no lo deja acabar, se inclina hacia él y lo besa. Todos rompemos en aplausos y los jaleamos. En cuanto se separan, Ada y los demás nos levantamos a abrazarlos y felicitarlos.

Cuando rodeo a Edgar, me retiene en su abrazo y susurra en mi oído:

—No la dejes escapar. Sé valiente.

Me separo de él, extrañado por lo que ha dicho. ¿Nos ha pillado? Al instante sé que sí, que de alguna forma Edgar se ha dado cuenta de que hay algo entre Miranda y yo cuando veo que la mira con toda la intención. Me guiña el ojo y se acerca a su hermana, que le echa la bronca, entre risas, por no habérselo dicho antes.

Después del banquete, todos vamos a la pista y empezamos a mover el esqueleto, reímos y lo pasamos bien. Mir y yo nos marcamos un bailecito muy sensual, pero a nadie le extraña; total, siempre nos estamos tirando los tejos en coña. Si ellos supieran...

Al cabo de unas horas, la fiesta se desinfla y da paso a una música lenta y melódica que hace que las parejitas que quedan comiencen a bailar. Yo me mantengo alejado de la pista y bebo algo apoyado en la barra. Un rato después, Sara y Evan dicen que se van ya, así que las chicas bailan una canción todas juntas y

abrazadas mientras nosotros las observamos y sonreímos. Cuando ellos se van, Miranda se acerca a mí.

—¿Bailas?

—Claro que sí, pelirroja.

Una nueva canción comienza, al principio no hablamos, solo nos movemos lento, balanceándonos de un lado a otro con parsimonia. La estrecho más entre mis brazos y aspiro su olor, ese que me encanta.

—Marc.

—¿Mmm?

—Se van a pensar que... Estamos demasiado cerca.

—No pasa nada, Mir. Nadie nos mira, relájate.

Pero no es cierto, veo a nuestros amigos observarnos de reojo, pero ninguno dice nada. Vuelvo a centrarme en Miranda y me olvido de todo lo que hay a nuestro alrededor.

Cuando pasa un rato y no sé cuántas canciones, pregunto:

—¿Me vas a contar ya qué es lo que dije?

Ella se separa un poco y deja de bailar. Mira alrededor y yo la imito, nos hemos quedado solos. El chico que pone la música la quita en ese momento y nos sonrío con una disculpa, se quiere ir a dormir. Así que nos quedamos solos, en silencio y rodeados de unas luces tenues que decoran la pista de baile. Centro mi mirada en la suya a la espera de su respuesta.

—No importa, Marc. Déjalo estar. Deberíamos irnos a dormir, ha sido un día muy largo.

Se gira y empieza a caminar, tardo un par de segundos en reaccionar y la alcanzo cuando ya ha salido de la sala. Hace frío, pues el aire es gélido a estas horas de la madrugada. En ese momento, un rayo ilumina el cielo y el trueno se oye solo un segundo después, estamos justo debajo de la tormenta.

—Claro que importa. Dímelo.

—Estabas borracho y ni siquiera te acuerdas. No era importante.

—Está disgustada y yo empiezo a preocuparme. ¿Tanto la cagué anoche?

—Y una mierda, dímelo.

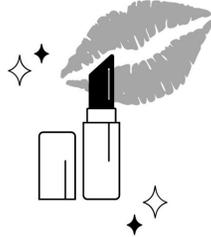
Me coloco más cerca de ella y elevo su cara con un dedo bajo su barbilla. Tiembla, supongo que de frío. Una gota cae sobre su cara, otra y luego otra más. Unos segundos después, estamos completamente empapados por la lluvia.

—Tú me importas, Miranda.

—Está bien, te lo diré —dice, entrecerrando los ojos por el agua, pero sin apartarlos de los míos—. Dijiste que empezabas a sentir cosas más allá de la atracción, que te encantan todas esas sensaciones que experimentas cuando estamos juntos. —Suspira antes de acabar de hablar—. Que quizá lo nuestro está dejando de ser algo solo divertido y sexual para convertirse en algo más.

Lo siento. Esa sensación, una descarga eléctrica que sube por mis piernas y explota en mi pecho. Mi respiración se corta y, por unos segundos, siento que me ahogo. Así que eso fue lo que dije: la más absoluta verdad.

29. Misión cumplida, caballero



Miranda

La lluvia nos cala y la tormenta ruge cada vez con más fuerza hasta el punto de tener que elevar nuestras voces para entendernos, pero a ninguno de los dos parece importarnos. En este momento, todo lo que necesito está delante de mis ojos. Los suyos me miran, intensos y expectantes, y el corazón me late desbocado. Ninguno es capaz de romper el silencio y una sensación de miedo irracional invade mi cuerpo.

—Todo lo que te dije es cierto —dice al fin, sin despegar su mirada de la mía.

—Marc, yo... —Las palabras no quieren abandonar mi boca—. Yo...

—Sigues siendo mi mejor amiga, habla conmigo, por favor.

—¿De verdad quieres saber lo que siento?! ¿Todo lo que me pasa por la cabeza ahora mismo?!

—¡Sí, quiero saberlo! Prometimos ser sinceros, pase lo que pase.

—¡Nunca había sentido esto por nadie, Marc!

Casi ni pestañea, pero puedo ver aparecer una ligera sonrisa en su rostro entre la cortina de lluvia que nos envuelve.

—¿Y qué sientes?

—Que me gusta todo de ti. —Al decirlo, a pesar de que noto mis pulsaciones a mil por hora, siento como si me hubiese quitado un peso de encima.

—Eres increíble, Miranda. —Sonríe aún más—. Ya me lo parecías antes de que pasase todo esto entre nosotros, pero

ahora... —Hace una pausa—. Ahora todas las palabras se me quedan cortas para ti. —Se acerca hasta quedar a pocos centímetros de mí, sus manos vuelan a mi cara y sus pulgares me acarician las mejillas con delicadeza.

—Tengo miedo —admito.

—¿Te crees que yo no estoy acojonado ahora mismo? —Se le escapa una risita y me la contagia.

—Has estado delante de cosas peores, ¿no? —digo para aliviar la tensión.

—Nada que pudiese implicar perderte a ti. —Se pone más serio.

—A mí no me vas a perder.

—Yo nunca he tenido nada serio con nadie, Miranda. No sé, nunca... —Agacha la cabeza y se ríe, nervioso—. Joder, ¡no me salen las putas palabras!

Ahora sí que parecemos nosotros. Me empiezo a reír sin parar y él se relaja.

—Nunca había conocido a nadie con quien creyese que vale la pena... algo más. —Vuelve a mirarme a los ojos.

—Algo más... —Repito en voz alta. Son solo dos palabras, pero, en este contexto y para nosotros, implican demasiado.

—No soy muy bueno con las etiquetas.

—No necesito ninguna etiqueta contigo, Marc.

—¿Y si la liamos como hacemos siempre? —Sonríe mordiéndose el labio y pasa un mechón de pelo completamente empapado por detrás de mi oreja.

—Entonces, volveremos al punto de partida y seremos solo amigos.

—Prométeme eso, por favor —suplica con la mirada intensa puesta en mí.

—No podemos prometer algo así, tendremos que confiar el uno en el otro, en que no nos haremos daño y, pase lo que pase, siempre seremos los M&M's.

—Nosotros... —dice como si con ello dejara claro que a partir de ahora somos un plural.

—Me gusta cómo suena eso. ¿Y ahora? —pregunto con la boca muy chiquitita y el corazón a punto de salirse de su sitio.

—Ahora viene cuando te digo que te quiero y que esta noche pienso hacerte el amor hasta que te enamores de mí.

Sonrío con una sensación de felicidad que no me cabe en el pecho y me lanzo con un ansia voraz a su boca. A los pocos segundos, sus brazos me sostienen a unos palmos del suelo y los míos abrazan su cuerpo empapado por la lluvia. Nos besamos como si el mañana no existiera hasta que me separo unos milímetros para recuperar el aliento y decirle lo que siento, mi verdad:

—Misión cumplida, caballero.

Vuelve a devorar mi boca como respuesta y desliza una de sus manos por debajo de mis rodillas y la otra por detrás de la espalda. Después, camina conmigo en brazos hacia la salida del recinto con el sonido de los truenos como telón de fondo y nuestros labios entrelazados. Es entonces cuando un pensamiento fugaz se pasea por mi mente antes de entrar en el coche. ¿Quién nos iba a decir que un simple juego pudiese cambiar nuestros esquemas de vida hasta el momento?

Salimos del taxi comiéndonos a besos y llegamos a mi habitación desesperados por sentirnos sin ningún tipo de impedimento. Mientras me deshago de los tacones, Marc se da cuenta casi al instante de que hay algunas velas encendidas dispersas por el dormitorio y me llevo una reprimenda. Las encendí justo antes de la ceremonia y todavía no se han apagado, por lo que el ambiente, sin querer, se ha convertido en algo romántico y acogedor.

Se acerca a mi cuerpo, cuya espalda ahora mismo está apoyada contra la pared; busca mis manos y las entrelaza por encima de mi cabeza. Enseguida, ambos jadeamos por el ansia que nos devora, nuestros labios mojados se buscan y nuestras lenguas danzan en un baile salvaje.

Sin alejarme de su boca, mis dedos rebeldes se deshacen con torpeza de la corbata y, después, comienzan a desabrochar algunos botones de la camisa. Quiero desnudarlo, quiero embeberme de él hasta extasiarme.

—No tenemos ninguna prisa —susurra con una voz dulce mientras me mira a los ojos de forma intensa.

Asiento y me estremezco al sentir su aliento en mi cuello, donde deja algunos besos. Muy despacio, deja caer los tirantes minúsculos de mi vestido y desabotona los corchetes hasta que este cae al suelo, hecho un ovillo.

Él observa todo mi cuerpo como si quisiera marcar esa imagen a fuego en su retina. Lo ayudo a deshacerse de su camisa, que está completamente empapada y adherida a su torso y entonces mi mirada se recrea en él, en Marc enfundado únicamente en un *kilt*, unos calcetines altos y unos zapatos.

—Estás temblando —dice mientras acaricia mi labio inferior con su pulgar.

—Es por el frío. —Miento un poquito. En el fondo, lo que siento es que tengo la felicidad entre mis manos como nunca lo había experimentado y todo mi cuerpo, desde la raíz del pelo hasta la punta de los dedos de los pies, lo sabe.

Me tiende la mano y veo su pecho elevarse repetidas veces. Poso la mía sobre la de él a la vez que nuestros ojos se enfrentan, vulnerables. Besa mi mano con absoluta ternura y después la lleva hasta su pecho; más concretamente, a su corazón. Entonces lo siento, sus latidos vertiginosos como si estuviéramos haciendo algo totalmente nuevo, diferente, algo a lo que no tienes ni idea de cómo enfrentarte, pero sabes que lo necesitas, que lo deseas con desesperación, como el agua de la lluvia en la más absoluta sequía.

Nos besamos con dedicación, mientras caminamos hasta el borde de la cama, donde me dejo caer. Marc se coloca encima, apoyándose en los codos. Una de mis manos vuela hasta su cara y lo acaricio, necesito sentirlo. De pronto, una gota de agua de su pelo se escurre sobre mí, me sacuden las ganas y, no lo retraso más; le muestro esa parte de mí, a veces frágil, que había borrado durante años de mí misma:

—Te quiero, Marc.

Una sonrisilla nos sale sola a los dos, aunque en el fondo estemos a punto de implosionar. Él comienza a vagar por todo mi cuerpo con devoción, centímetro a centímetro, como si quisiera impregnarse de mi sabor para siempre.

Lo que viene después es una tempestad de caricias, de mil besos por minuto, de extremidades fundiéndose, de pieles mojadas a punto de arder, de sábanas arrugadas, de gemidos descontrolados, de una pasión desmedida que no cesa con los primeros rayos del sol y, probablemente, el que será a partir de ahora nuestro bendito error.

Un ataque de risa no nos deja respirar mientras vamos los dos en coche camino de un partido amistoso de rugby que han organizado los chicos junto con los amigos de Evan, que viven en la isla de Skye. Aunque ayer por la tarde estuvimos haciendo turismo y deleitándonos con los paisajes espectaculares de Escocia, Marc todavía no se acostumbra a conducir por la izquierda y cada vez que intenta poner una marcha, su mano se estampa contra la puerta derecha y maldice con insultos cada vez más sofisticados. Y cuanto más se cabrea con el mundo, más me carcajeo yo. Hasta enfadado me parece adorable. «Miranda, debes de estar volviéndote idiota de remate».

En el fondo no es para menos. Creo que no sería capaz de definir todo lo que me pasó por la cabeza durante la noche de la boda y la mañana posterior. Nunca había estado tantas horas enredada, literalmente, a alguien sin agobiarme. Al revés, quería fundirme con él, que ese hormigueo que recorría mi cuerpo no se desvaneciese jamás. Quizá suene fuerte hasta para mí, pero, si en ese momento me hubiesen dicho que me quedaban horas de vida, me hubiese quedado justo ahí. Piel con piel, descubriéndonos las verdades y los sueños que habitan en nuestras almas, ya sea a golpe de risa o con el lenguaje de los besos.

—Miranda, vamos a llegar tarde, ¿lo sabes? —dice Marc después de cagarse en todos los antepasados de quienes decidieron, como dice él, «ir de guais» y conducir por el lado contrario al resto del mundo.

—¡Al final se me van a pegar hasta tus vicios, nene!

—Solo lo bueno, pelirroja. —Desvía la vista de la carretera un segundo, me pone ojitos y saca a relucir esa sonrisa cautivadora.

—¡Marc, esa era la salida! —grito al darme cuenta de la dirección en la que nos envía el GPS.

—¡Mierda! —Somos un puto desastre. Si conseguimos llegar, ya nos podemos dar por satisfechos. Menos mal que nos lo tomamos con humor.

—Concéntrate, Marc, lo conseguiremos.

—Por cierto, ¿en serio vas a jugar en nuestro equipo en el partido? —pregunta, cambiando de tema.

—¡Por supuesto! —Levanto la cabeza, altiva.

—Qué valiente, ¿no te importa batirte con tropecientos tíos sudorosos? Algunos amigos de Evan parecen armarios empotrados.

—Hombre, tantos a la vez, igual impone un poco, pero si puedo con uno de metro noventa, seguro que algo podré hacer, ¿no te parece? —Lo miro traviesa y pongo una mano encima de su regazo.

—Ahora sí que no llegamos.

—¿Por? —Sonrío.

—Porque todavía tengo algo para ti y no me importa parar en mitad de la carretera para dártelo. —Muerde su labio.

—Anda, tira. Pero guárdatelo para luego, creo que mi cuerpo todavía puede aguantar un poco más antes de desfallecer por agotamiento.

—Uf, no me tientes.

—¡Tercera salida! No te la saltes.

—Salvada por la campana.

Cuando llegamos, nos caen algunas reprimendas por la tardanza, pero ponemos la excusa —real a medias— de que nos hemos perdido por el camino y resultamos tan convincentes que apenas se molestan.

Tardo menos de cinco minutos en cambiarme —para que luego digan que las mujeres tardamos la vida en vestirnos— y enseguida estoy debatiendo con el equipo nuestra estrategia de juego. ¿Para qué engañarnos? Los únicos que saben jugar al rugby como Dios manda son Evan y algunos de sus amigos. Gabriel, Marc y yo

estamos un poco de relleno para divertirnos. Ahora bien, tengo las mejores animadoras del mundo. Ada y Sara corean cánticos de ánimo como poseas. ¡Esas son mis chicas!

El partido casi está a punto de empezar y mi mente entra en modo competición, quiero demostrar de lo que soy capaz, aunque todos me miren como si fuera un azucarillo con el que no pueden medirse. En ese momento, noto a Evan nervioso, y más me extraña al verlo sonreír mientras se quita la sudadera.

—¡*Hey, people!* Mirad qué camiseta tan chula me he hecho expresamente para hoy —dice, y se pone de espaldas a nosotros para enseñárnosla.

«Madre del amor hermoso, la que les espera», pienso. En la camiseta pone «padre de gemelos» en inglés. La cara de sorpresa que se nos queda a todos al verla es impagable. Enseguida, todos empiezan a levantarlo por los aires y gritar todo tipo de locuras y yo aprovecho para felicitar a Sara. Estoy feliz por ellos.

Con el ánimo por las nubes, empezamos a jugar. El partido transcurre sin incidentes y, conforme pasan los minutos, los jugadores del otro equipo se dan cuenta de que quizá a fuerza bruta no les gane, pero soy pequeña y rápida y me escabullo por cualquier sitio sin que apenas se den cuenta. Una vez que pillamos el tranquillo, no paran de pasarme el balón y, casi sin querer, ganamos el partido. ¡Menudo equipazo estamos hechos!

Llenos de barro y suciedad, y tras celebrar nuestra victoria con todos los cánticos que se nos ocurren, vamos derechos a los vestuarios para cambiarnos. La ducha me sienta de maravilla. Me pongo ropa limpia y me dispongo a regresar al campo cuando Marc me intercepta.

—Hola, campeona. ¿Dónde has aprendido a jugar así? —dice. Me besa y, poco a poco, nos movemos hasta chocar con una de las paredes del pasillo.

—Ay, cómo me subestimáis —digo en broma.

—Para nada, yo te tengo por las nubes.

—Ven aquí, que tenemos más intimidad.

—Cómo te gustan los huecos de las escaleras, Miranda —bromea, aunque lo cierto es que lleva razón. Siempre acabamos

comiéndonos la boca en cualquier sitio, a cuál más raro, y este parece haberse convertido en nuestro favorito.

—Me vuelves loco.

Nos besamos a trompicones y la falta de oxígeno hace que me entre la risa floja. Creo que la victoria ha puesto a Marc a mil por hora y me enciende como una puta barbacoa, el muy cabrón.

—Lo digo en serio. ¿Cómo crees que he aguantado todo el partido sin tocarte?

—¿Cómo? —digo tras un gemido.

—Mal, muy mal. Te encanta torturarme. ¿Sabes las ganas que me han entrado de subirte al hombro y meterte en estos vestuarios para quitarte esa ropa con la boca?

«Estupendo, Marc». Estallo en un resoplido de placer y apenas consigo advertirte:

—Para, nos van a pillar.

—¿Puedo ir esta noche a tu habitación? Necesito morderte, besarte por todas partes.

—Me lo pensaré. —Los dos sabemos que es una broma, si no viene él a mi habitación, iré yo y me lo comeré a besos.

—Eres diabólica.

—Y te encanta.

—No sabes cuánto. Voy para fuera, espera un poco y sal.

Marc sale de nuestro escondite, yo me quedo debajo del hueco de la escalera y espero a que se aleje con el objetivo de disimular.

—¡Evan! —dice Marc con voz enérgica y algo temblorosa. ¡Mierda! Ahora sí que nos han pillado de lleno.

—Tú, vosotros estáis... —Oigo a Evan tratar de decir algo coherente.

—No digas nada.

—¿Por qué?

Silencio. Marc no responde y yo empiezo a ponerme nerviosa.

—No he visto ni oído nada —dice Evan, finalmente. ¡Desde luego, no nos merecemos a este hombre! Es más, sabemos que, si él ha dicho que no dirá nada, nos guardará el secreto hasta la tumba si hace falta.

Evan pasa por delante del hueco donde estoy escondida sin mirarme y se encamina hacia el interior del vestuario. Un impulso me invita a contárselo todo, pero lo que hago es buscar a Marc y tirar de él hasta uno de los baños para poder hablar con tranquilidad. Tenemos que definir esta situación.

—¿Qué hacemos ahora? —rompo el hielo.

—Me he quedado congelado cuando he visto a Evan, no sabía cómo reaccionar, te lo prometo.

—¡No quiero seguir escondiéndome, Marc!

—Yo tampoco.

—Entonces, vamos a contarles la verdad. —Cojo su mano y tiro de él.

—Esperemos que no le dé un infarto a alguno. —Nos reímos, entrelaza sus dedos con los míos e intercambiamos una mirada cómplice que viene a decir que estamos juntos en esto.

Decididos, vamos hacia la esquina del campo donde están todos en una especie de corrillo. Los amigos de Evan ya se han ido y solo quedan Gabriel, Ada y Sara, que esperan a que todos estemos cambiados para irnos a comer. Hugo, Carla, Edgar y Aidan han tenido que regresar a España esta mañana por temas de trabajo. Una pena, porque presiento que lo que estamos a punto de hacer va a ser, cuanto menos, divertido. Cuando llegamos, las chicas me estrujan y me vitorean delante del resto, me encanta que estén orgullosas de mí, aunque sé que lo estarían igual si hubiésemos perdido.

Marc y yo nos miramos, nos movemos algo nerviosos, esperando el momento adecuado para confesar como bellacos. Evan tarda poco en aparecer, que sigue con una sonrisa perpetua desde que se ha enterado que va a ser padre. Ahora que ya estamos todos, nuestro momento ha llegado.

—Chicos, hay algo que debéis saber —comenta Marc y desvía la vista hacia Evan, que creo que ya se huele por dónde van los tiros. Este asiente para dejarlo claro.

—¿Qué ocurre? —dice Gabriel, y todos miran a Marc, espantados.

—A ver, por dónde empiezo... —dice Marc, que trata de encontrar las palabras adecuadas.

—Lo que Marc quiere decir es que ha ocurrido algo que no nos esperábamos. —Pensaba que esto iba a ser más fácil. ¿Qué coño nos pasa?

—Uy, aquí huele a sexo a raudales —nos interrumpe Ada por sorpresa.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Sara. Ada, como respuesta, nos mira a Marc y a mí y el resto hace lo mismo.

—¿Os habéis enrollado? —pregunta Gabriel sin ningún tipo de pudor.

Marc y yo nos miramos y nos sacude una risa nerviosa.

—No os vamos a mentir, sí lo hemos hecho —confiesa Marc.

—Repetidas veces, además —suelto como si mi boca no tuviera freno.

—Muchísimas —sigue Marc.

—Como posesos. —Definitivamente, el filtro se nos ha ido a la mierda.

Silencio. Todos nos miran alucinados.

—¡Pero que no es solo eso! —dice Marc, que lleva las manos al aire en un gesto de «agárrate que vienen curvas».

—Estamos juntos.

—Juntos del todo, revueltos y de todas las formas posibles. — Cuando habla, me carcajeo porque ya no puedo más.

La cara de confusión de nuestros amigos se transforma en fascinación y unas sonrisas sinceras aparecen en sus rostros.

—¿Podéis decir algo ya de una puñetera vez? —dice Marc, histérico.

—¡Ahhhhhhhhh! Me muero —grita Ada, que, junto a Sara, me acorralan y empiezan a saltar cerca de mí, más contentas que unas pascuas.

—No había otra, ¿verdad, Marc? —dice Gabriel, que no ha dejado de sonreír.

—No, es ella. —Fingiremos que no me he derretido por dentro al escucharle decir eso.

—Joder, ¡cómo me alegro por vosotros! —Gabriel va a abrazar a Marc.

—¿Algo más que debemos saber? —pregunta Evan—. Demasiadas buenas noticias juntas.

—¡Ya ves! —contesta Marc.

—Jo, tanto rollo con Batman y al final te lías con Marc. ¡Es buenísimo! —dice Sara.

—Espera, ¿qué les has contado? —habla el susodicho, tras atragantarse con su propia saliva, y me mira.

—Uy... demasiado. Les di mil detalles de nuestra primera noche juntos.

—A ver, ¿qué pasa aquí? No entiendo nada —dice Sara.

Gabriel y Evan se miran con la boca abierta.

—¿Miranda es la famosa Harley Quinn? —pregunta Evan, hipersorprendido.

—¿Qué les has contado tú? —le digo a Marc, sin parar de reír.

—Uf, que estaba coladito por tus huesos, pelirroja.

—¿Tú eres el empotrador de los múltiples orgasmos? —suelta Ada, y todos se carcajean sin saber dónde meterse.

Marc tiene una enorme sonrisa en la cara y hace el símbolo de la victoria con los dedos como respuesta.

—O sea, que todo lo que nos contaste de Harley era mentira, te veías con Miranda y no querías soltar prenda.

—Para que lo entendáis, nos liamos sin darnos cuenta y, al cabo del tiempo, descubrimos que habíamos sido nosotros todo el rato.

—La madre que os parió —dice Gabriel.

—¡Estáis como una cabra! —exclama Sara—. Pero me alegro mucho de que mis amigos más locos estén juntos.

—¿Puedo hacer una pregunta indiscreta? —salta Ada, y me temo que va a ser buena. Qué curiosa nos ha salido la chiquilla.

—¿Qué quieres saber, Adita? —contesta Marc y le pasa la mano por el hombro en plan cariñoso.

—¿Cómo os besáis con la diferencia de altura? —pregunta Ada, que ríe y nos contagia al resto.

Marc y yo nos miramos y, sin decir nada, sabemos lo que tenemos que hacer. En un segundo y un salto nada sutil, estoy

subida a su cuerpo y rodeo con las piernas su cintura. No nos cortamos ni un pelo, el morreo que nos damos es de película — romántica, tampoco nos flipemos— y, aunque no veo las reacciones de nuestros amigos porque estoy con los ojos cerrados, escucho los silbidos, las risas y algunos comentarios poco ortodoxos que nos obligan a separar nuestras bocas y unirnos a la felicidad popular.

Definitivamente, podemos hablar de este viaje como el de las revelaciones.

30. Spy Marc



Marc

Noviembre. Han pasado seis meses desde la boda de Evan y Sara y, también, desde que Mir y yo salimos a la luz como pareja. Desde entonces todo ha ido genial entre nosotros y fue una liberación poder compartirlo con nuestros amigos y seres queridos. Y, joder, por qué no decirlo, poder besarnos y tocarnos cuando y donde nos dé la gana.

Durante el verano hicimos un viaje juntos por Tailandia y fue una experiencia increíble. Solo nosotros dos, Brown, nuestras mochilas y una furgoneta que alquilamos allí y la convertimos en nuestra casa rodante por un mes. Nos dio un poco de pena tener que volver, porque nos gustaba lo que ese viaje representaba. No solo por el hecho de estar juntos, convivir y compartir experiencias, sino también porque conocimos y ayudamos a mucha gente durante esos días.

Colaboramos con algunos colegios, Miranda creó material con cosas cotidianas y dio clases, y yo ayudé a hacer algunas mejoras estructurales en aquellas escuelas que lo necesitaban, además de darles algunos consejos en cuanto a seguridad. La verdad es que no nos hubiera importado quedarnos por allí algún tiempo más.

En cuanto al centro, todo ha funcionado genial. Las amenazas dejaron de llegar como por arte de magia y, aunque nos sorprendió y escamó un poco, pensamos que era mejor aceptar las buenas noticias sin darle demasiadas vueltas. Incluso Diego se ha integrado y ahora forma parte del él. Ayuda a Miranda en los ensayos del

musical de *Grease* y ha dejado de insistir en quedar con ella para otra cosa que no sea esa. La verdad es que, desde ese momento, incluso, me cae un poco mejor; bueno, no, pero lo tolero.

Hoy no tengo turno en la estación, así que voy a disfrutar de una clase de escalada con los chicos. Algunos de ellos han mejorado mucho en este tiempo y tengo pensado llevarlos un día a uno de los rocódromos que hay en la ciudad, estoy seguro de que les encantará.

Cuando entro, me cambio y empiezo a preparar todo el material mientras espero a que lleguen los chavales. Al rato ya estamos todos, menos Joel. Cosa que me extraña porque, si algún día no va a venir, me avisa, así que decido preguntar a los chicos:

—¿Sabéis algo de Joel? —Ninguno de ellos contesta, lo que me hace fruncir el ceño y me da mala espina—. ¿Qué sabéis y no me contáis?

—Ha empezado a trabajar en un sitio por las tardes —dice Iván desde detrás. Los demás lo miran, pero no dicen nada.

—¿Dónde?

—En un almacén que está en los polígonos. La nave es de color azul.

—Vale. Gracias por decírmelo. Vamos a empezar.

Todos asienten y comienzan a repartirse por parejas y a hacer colas ordenadas por los turnos que ya tenemos establecidos.

La tarde pasa rápido y sin incidentes. Estar con los chicos me hace sentir bien. Este es un espacio muy importante para ellos y veo cómo, poco a poco, han cogido confianza con nosotros y nos cuentan sus cosas. Cuando alguno necesita ayuda, todos demostramos que somos una piña y nos volcamos en apoyar a esa persona, sea quien sea.

Mientras acabo de recoger todo el material y lo ordeno dentro del almacén, vuelvo a pensar en Joel y me parece muy extraño que no haya avisado de que iba a dejar de venir porque empezaba a trabajar. Además, los chicos han mostrado una actitud un poco rara. Creo que será mejor que me pase por la nave e investigue un poco desde la distancia.

Yo

No te lo vas a creer.

Mir

¿El qué? Hola, por cierto.

Yo

Hola, pelirroja.

No te vas a creer que
estoy haciendo de espía :P

Mir

Uy, Spy Marc.
¿Y a quién vigilas?

Yo

A Joel.

Mir

¿Y eso?

Yo

No ha venido a escalada y los chicos me han
dicho que ha empezado a trabajar.

Mir

No lo sabía.

Yo

Ni yo y eso es lo que me extraña,
que no nos haya dicho nada.

Mir

La verdad es que sí es raro,
porque últimamente se había abierto
más y parecía que confiaba en nosotros.

Yo

Lo sé.

Después te cuento, que ahora hay movimiento.

Mir

Joder, Marc, eso no se hace, que ahora me
quedo con la intriga.

Yo

Es que estaba aburrido porque
no pasaba nada.

Mir

Vaya tela. ¿Nos vemos en mi casa
cuando dejes de jugar a los espías?

Yo

Eso está hecho :)

Dejo el móvil a un lado y presto atención. Estoy dentro del coche, parado a unos metros de la nave industrial donde se supone que trabaja ahora Joel. Me hundo más en el asiento cuando veo que llega alguien y observo.

Una ranchera acaba de aparcar en el muelle de carga. El conductor se baja y retira la lona de la parte trasera para que puedan colocar ahí la mercancía. Enseguida se levanta la persiana que da acceso a la nave y de ella salen dos chavales que tendrán veintipocos años y empujan una carretilla donde hay bastantes cajas. Tras ellos, sale Joel. Me pongo en alerta. El tipo de la ranchera les dice algo y abre una de las cajas. Asiente y saca un bote pequeño. Desde aquí me cuesta ver qué hay dentro. Cojo el móvil y hago *zoom* a ver si así veo algo, pero tampoco hace falta, por los gestos, es obvio que abre el tarro y saca algunas pastillas. Coge una y la chupa.

Mierda, esto pinta muy muy mal. El tipo parece darse por satisfecho y da el visto bueno para que pongan la mercancía en el vehículo. «Joder, Joel, ¿dónde te has metido?».

Una vez todas las cajas están cargadas, el hombre se marcha. Los dos chavales y Joel se quedan fuera mientras hablan. Uno de ellos saca de su bolsillo un cigarro liado y empieza a fumar; acto seguido, se lo ofrece al otro y este, a Joel.

«No lo cojas, no lo...». Lo coge. Suspiro. Seguro que esa mierda no es tabaco. Empiezan a reírse y se ve camaradería entre ellos. Joel está cada vez más desinhibido y ríe a carcajadas. En un momento dado, veo que los otros se miran y uno de ellos asiente y lo señala. El otro saca algo del bolsillo y se lo enseña a Joel,

dejando la palma de la mano hacia arriba. Desde aquí no lo veo, pero estoy seguro de que es una de esas pastillas de mierda.

Por suerte, esta vez Joel niega con la cabeza. El otro se encoge de hombros y se mete la pastilla en la boca.

Creo que ya he visto suficiente. Tenemos que encontrar la forma de ayudar a este chico. Tengo que hacerlo, no puedo dejar que la historia se repita. Noto que me tiemblan las manos y me digo a mí mismo que ya no soy ese chaval que un día se asustó tanto que no supo qué hacer para ayudar a su amigo. Soy adulto y puedo con esto. Al menos, es lo que verbalizo en mi cabeza, una y otra vez, intentando autoconvencerme de ello.

Cuando aparco frente al bloque de pisos donde vive Miranda, apago el coche y me quedo quieto y en silencio. Necesito unos minutos para serenarme, no quiero que ella me vea así, porque no sé cuánto tiempo más voy a poder guardar esta culpa dentro de mí sin explotar. Abro la puerta del coche y me dispongo a salir cuando se me ocurre algo que puedo hacer. Sin pensármelo dos veces, le envío un mensaje a Gabriel:

Yo

Gabriel, necesito que me hagas un favor. Es importante.

Gabriel

¿Qué necesitas?

Yo

¿Tú podrías investigar a quién pertenece un almacén?

Gabriel

¡Pan comido! ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Yo

Lo que te cuente no puede salir de aquí.

Gabriel

Claro, suéltalo.

Yo

He visto a uno de los chavales

del centro moviendo droga. No
puedo quedarme de brazos
cruzados como si nada. Esta vez, no.

Gabriel
Joder...

Yo
Necesito averiguar algo más para
saber cómo actuar. ¿Podrás ayudarme?

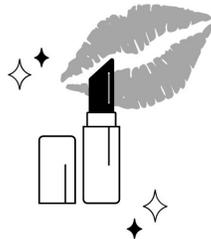
Gabriel
Cuenta con ello.

Yo
Eres el mejor.

Gabriel
No me hagas la pelota. Y no hagas
nada antes de tiempo. Ya sabemos
cómo funciona este mundo. Ten cuidado.

Yo
No te preocupes por mí.

31. Simplemente, somos



Miranda

Marc es sinónimo de vivir en la risa constante. En uno de esos momentos en los que el dolor de barriga te recuerda que eres un ser humano que siente, que ríe, que adora la vida y se muere por multiplicar la felicidad día tras día.

Siempre había pensado que tener pareja significaba perder libertad. Pero qué equivocada estaba. No es la pareja, es la persona. Nada puede compararse a estar con alguien con quien puedes ser tú misma, alguien que te empuja a crecer, a cumplir tus sueños, a soñar alto y fuerte. Alguien que te ama en los mejores y los peores momentos. Alguien con el que te sobra el espacio, aunque a veces lo compartas hasta crear una línea difusa entre su cuerpo y el tuyo. Es una algarabía de emociones en el pecho de la que no puedes despegarte porque cada mirada suya, cada sonrisa, te recuerda la suerte que tienes. Así es Marc.

«¿Quién eres y qué has hecho conmigo?». Supongo que la vida nunca deja de sorprendernos y poner a prueba nuestros miedos más atroces. Pero, por mí, puede seguir rodando, estoy preparada para todo.

—Llevas como diez minutos riéndote por lo bajini. ¿Qué pasa? — habla Diego, que me trae unas hojas del musical que ensayamos con los chavales del centro.

—Nada, una anécdota de anoche con Marc, lo que no nos pase a nosotros... —afirmo sincera.

Me resulta imposible no reírme al acordarme de la dichosa situación. Yo encima de Marc dando lo mejor de mí mientras la perra me miraba a los ojos con la lengua fuera. Si es que hay que quererla, aunque nos desconcentre en los peores momentos y, en vez de en lo alto del abismo, acabemos por el suelo, muertos de la risa.

—Marc, Marc, Marc, siempre lo tienes en la boca —bromea Diego con cierto retintín.

—Ah, no me lo puedo creer. ¿Te acabas de enterar de que es mi novio? —suelto con un punto de ironía en mi voz.

—A lo que venía, ¿qué tal vamos con la obra? —Se ríe, niega con la cabeza y luego cambia de tema.

—Nos falta adaptar la última parte del texto. Los chicos me han sorprendido muchísimo. No sé lo que va a salir de aquí, pero solo en el proceso ya nos lo estamos pasando bomba. Creo que lo tendremos todo listo para el estreno en diciembre.

—Trabajo en equipo.

—Exacto, ese es el objetivo y lo lograremos.

Lo cierto es que, a pesar del retorno sorpresa que tuvo Diego en mi vida, desde hace algunos meses, compartimos actividades dentro del centro. En un primer momento, solo de pensar en tener a mi ex metido aquí tantas horas me pareció una pésima idea. Más tarde, me di cuenta de que tal y como estábamos, suplicantes de voluntarios, su ayuda no nos vendría nada mal. A Marc le repateaba un poco su presencia, lo sé. Y nada tiene que ver con los celos o con nuestra relación anterior. Ellos dos no conectan y no creo que lo hagan nunca, pero tampoco hace falta.

—Reconozco que cuando les propusiste a los adolescentes hacer el musical de *Grease*, pensé que te iban a mandar a paseo, pero no sé cómo lo haces que al final has conseguido motivarlos. —Sonríe.

—Una que tiene sus truquillos. —Levanto la barbilla, orgullosa.

—¿Tus padres bien?

—Sí, todos bien, no nos podemos quejar.

Justo hoy hemos ido a comer a casa de mis padres. A pesar de algunas situaciones incómodas durante estos meses, no les ha quedado otra que aceptar a Marc. Él es el hombre que me hace feliz

y lo saben de sobra. Mi abuela está encantada de la vida, adora a Marc y se mea de la risa con sus bromas. Me encanta contemplarlos cuando se ponen a hablar de mí como si no hubiera nadie alrededor, o cuando me ponen ojillos en esa eterna conversación entre ellos en la que mi yaya dice «qué guapa está mi niña» —porque, aunque no pueda verme, ella me mira con los ojos del corazón, que son los de verdad—, y Marc le da la razón con una sonrisa que hace que me ruborice como una puñetera adolescente.

En lo que respecta a mis hermanos, intentaron odiarlo, pero los que conocemos a Marc sabemos que eso es prácticamente imposible. Se los está ganando poco a poco y yo no puedo sentirme más orgullosa de su ímpetu por integrarse en mi complicada familia, aunque sea por verme un poco más feliz. Mi padre, por el contrario, parece que viva en otra galaxia, pero con coexistir nos vale, por el momento.

—Me alegro, me dijo tu madre que me pasara un día a visitarlos, lo haré pronto.

Suena el móvil y veo un mensaje de Marc que me hace mucha gracia. ¿Pues no me dice que está en modo espía? En el fondo, la vena de Batman la tiene. Escondida bajo ese cuerpo de infarto, pero la tiene.

En ese momento llega Paula, la directora del centro.

—Tened cuidado con la puerta del almacén, acabo de sacar a uno de los chicos que se había quedado encerrado —nos advierte Paula.

—Es verdad, esa puerta se atasca. Deberíamos arreglarla cuanto antes —reconozco.

—Por cierto, Miranda, tengo que felicitarte, tenemos a los chicos supercontentos con el musical, con muchas ganas de poder actuar delante de sus familias y de los vecinos.

—¡Y que lo digas! Tenemos que conseguir que nos presten alguna sala como sea. Ya estoy moviendo algunos contactos que tengo en el barrio —digo.

—¡Genial! Ahora no podemos defraudarles.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Por cierto, hace días que no coincido con Marc por aquí, ¿qué tal va todo? —pregunta Paula—. Sois mi pareja favorita —dice con una sonrisa y me guiña un ojo.

—Ay, no me digas eso. —Me echo a reír—. Pero te contaré un secreto y que no salga de aquí.

—Uy, cuenta.

—Le voy a pedir a Marc que nos vayamos a vivir juntos. Total, si no estamos en su casa, estamos en la mía, tampoco iba a cambiar demasiado nuestra situación actual.

—¡Toma ya! Di que sí, a por todas. —Paula se pone a celebrarlo con gran entusiasmo y eso me hace sentir bien.

—Apenas lleváis unos meses, ¿ya lo tienes claro? —apunta Diego en un tono seco, que nos saca a Paula y a mí de nuestro frenesí.

—¿A qué viene eso ahora? —Lo miro con el ceño fruncido. Paula hace lo mismo.

—Es solo una pregunta, nada más. Irse a vivir juntos es un paso muy serio, Miranda.

—Bueno, chicos, yo me tengo que ir ya o llegaré tarde. ¡Nos vemos mañana! —se despide Paula, y nos quedamos solos en el local.

—¿Por qué me ha dado la sensación de que te molesta lo que he dicho? —digo algo indignada.

—No es eso, pero lleváis poco tiempo juntos. ¿Lo has pensado bien?

—Nos has visto juntos durante más de seis meses. ¿Estás celoso?

—No estoy celoso, solo me preocupo por ti. —Pone los ojos en blanco y aparta la mirada.

—¿Por qué crees que es mala idea mi proposición? —Hago aspavientos y empiezo a recoger mis cosas rápidamente.

—Hay algo en él que no me gusta.

—¿Qué?!

—No estoy seguro, es simple intuición.

—De verdad, tú deliras. Me voy.

—¡Miranda, espera! —grita cuando ya voy hacia la puerta.

—¿Qué?

—Espera un momento, por favor. —Me agarra del brazo y se para delante de mí, muy calmado y mucho más cerca de lo que me apetece tenerlo—. Miranda, no quiero que te tomes esto como algo personal.

—¿Y cómo quieres que me lo tome? —contesto, y siento la rabia correr por mis venas.

—Si ese tío no resulta ser quien tú crees que es, no quiero verte sufrir. No quiero que dejes de sonreír. ¿Lo entiendes? —Me coge de las manos.

—¿Desde cuándo te ha importado que yo sonría, Diego? —Él y yo sabemos lo que esconden estas palabras—. ¡Si de verdad te importara mi felicidad, sabrías de sobra que sonrío mil veces más con Marc cerca!

—Me importas, Miranda, claro que me importas.

Silencio. Respiraciones agitadas. La mirada de Diego puesta sobre mis labios. «¡No, no, no!».

—Me voy, buenas noches. —Cojo el bolso y el abrigo y salgo del local con los nervios a flor de piel.

Dos horas más tarde, me ha dado tiempo a sacar a Brown a pasear y a darle vueltas a la conversación incómoda de antes con Diego. Edgar se fue a vivir con Aidan hace unas semanas, así que Brown se viene allá donde estemos. Empiezo a preparar la cena, cabizbaja, y oigo el sonido de la puerta.

—Hola, Marc. —Lo beso cuando se acerca hasta la cocina.

—¿Qué tal la tarde en el centro? —Me agarra por la cintura y vuelve a atacar mis labios. Más tarde, se agacha para acariciar a Brown.

No sé muy bien qué decir, me limito a encogerme de hombros.

—¿Y tu trabajo de espía? —Cambio de tema.

Su cara se transforma. De hecho, diría que está un poco pálido. Se mueve inquieto, me evita y se va a mover las verduras que están cocinándose en la sartén.

—Marc, ¿estás bien? —le pregunto, alarmada por esta reacción.

—Sí, claro, no te preocupes, es que he venido con hambre. —
Dibuja media sonrisa en su rostro y me pellizca una mejilla con dulzura. Podría decir que son imaginaciones mías, pero lo conozco. Algo le pasa y no quiere contármelo.

En ese caso, lo mejor es darle un poco de espacio, así que, mientras acaba de hacer la cena, voy un segundo al salón a coger el móvil y, entonces, me acuerdo de una foto con la que me he topado esta mañana en su casa mordisqueada por nuestra pequeña.

—Oye, Marc, esta mañana me he encontrado esta foto. No conozco a este chico con el que sales, pero espero que tengas una copia, porque ha quedado inservible. —Curvo los labios y, de alguna forma, me excuso por la perra. Él me mira con cara de no entender nada y le tiendo la foto. O, más bien, lo que queda de ella.

La mira, pasea sus dedos sobre la foto, para tratar de arreglar el desastre, pero es inútil. Su rostro se torna serio, cabecea con una larga exhalación y vuelve a remover la comida.

—¿Quién es? —pregunto con curiosidad.

—Un amigo.

—Si es solo un amigo, ¿por qué te has puesto así?

—Déjalo, ¿vale?

—No, Marc. ¿Qué es lo que pasa?

—Nada —dice cabizbajo.

—Nunca te he visto con ese chico.

—¡Porque está muerto! —Alza la voz y luego vuelve a mirar el suelo. Cierra los ojos con fuerza y exhala.

—Oh, Marc, lo siento muchísimo, de verdad. Seguro que Evan sabe cómo podemos arreglar la foto. No te preocupes, yo me encargo, ¿vale? —Llevo mi mano hasta su pecho para tranquilizarlo y puedo notar que su corazón late a gran velocidad. Nunca lo había visto tan afectado, tan roto.

—Da igual, no pasa nada.

—Si es importante para ti, también lo es para mí, ¿lo entiendes? La arreglaré, te lo prometo.

—Miranda, no es eso, la foto es lo de menos.

Me limito a mirarlo a los ojos. Esos que nunca había visto tan tristes hasta ahora. No decimos nada durante algunos segundos, solo nos tocamos. Mis manos lo buscan, quiero que sienta que estoy aquí; que sea lo que sea, voy a estar para él. Marc pone sus manos sobre las mías y sé que lo entiende. Eso basta.

—Hay algo que no sabes —dice Marc.

—¿Quieres contármelo?

—Se va a enfriar la cena.

—Esto es más importante —le dejo claro. Acto seguido, apago la vitro y nos encaminamos los dos hacia el sofá.

—Igual no me ves de la misma forma después de contártelo. —Acaricia mi mano y me mira expectante.

—Tu pasado no me importa, si es eso lo que te preocupa. Estoy enamorada de ti ahora y estamos genial, nada va a cambiar eso. No si tú sientes lo mismo. ¿Entendido?

Asiente con media sonrisa que no deja ver sus dientes.

—Ya sabes que Gabriel y yo fuimos al colegio juntos desde que éramos unos críos.

—Sí.

—A los catorce, teníamos una pandilla de cinco amigos y siempre salíamos juntos. Pasábamos mucho tiempo en la calle con nuestras paridas, puedes imaginártelo.

—Tengo que reconocer que imaginaros tan jovencitos me produce ternura. —Sonrío y él también—. Perdona, sigue.

—El chico con el que salgo en la foto es David. Es la última foto que tengo de él.

—¿Qué le pasó?

—Tenía problemas en casa. Su padre los abandonó a él y a sus hermanos de un día para otro y su madre se puso a limpiar casas para poder pagar el alquiler, pero no llegaban. Muchas veces, David venía a comer a mi casa o a la de Gabriel. En su momento, no fui consciente de lo que ocurría en realidad, pero mi madre siempre me decía «dile a David que venga a comer», así que sospecho que debía conocer algo acerca de la situación. Supongo que, si siempre tienes un plato en la mesa, nunca te paras a pensar que hay otros

niños en tu misma ciudad que ni siquiera pueden hacer tres comidas al día.

»El caso es que, tal y como estaban las cosas, David decidió dejar el colegio y buscar un trabajo, aunque su madre quería que siguiera sus estudios como fuera. Los profesores también insistieron en que tenía mucho talento y que no podía abandonar. Lo cual era comprensible porque el tío era un cerebritito, pero no de estos que se pasan la vida hincando codos, él tenía una capacidad privilegiada para razonarlo todo. A veces me sacaba de quicio porque yo apenas rozaba los cincos y él cualquier problema de mates te lo resolvía en dos minutos sin sudar la gota gorda, como otros. —Sonrío al oír eso, puedo imaginármelo—. No sé cómo, pero un día, que vagábamos por el barrio, trajo marihuana y, en ese momento, en el que todos nos creíamos más mayores de lo que éramos, nos pareció una pasada.

—Nunca os he visto fumar ni a ti ni a Gabriel, nada.

—Pues ese día fumamos, diría que incluso por encima de nuestras posibilidades. Pillamos un colocón muy bestia.

—Vaya.

—Eso fue un día y luego otro, y otro más. No teníamos ni idea de dónde sacaba David la maría, pero siempre tenía y él estaba mucho más contento porque decía que las cosas en su casa estaban mejor. Nosotros, como putos ingenuos, nos lo creímos.

—¿Se hizo camello?

—Sí, sin saberlo, por ayudar a su familia económicamente, firmó su sentencia de muerte.

—Dios, Marc, esto es... Pensar que eso le podría pasar a alguno de los chicos del centro. Se me ponen los pelos de punta, te lo juro.

—No es para menos.

—¿Y qué pasó entonces?

—La pandilla se disolvió poco a poco. Primero fueron Héctor y Nil, que se cansaron. Decían que David llevaba un rollito raro y que no querían seguir juntándose con él. Luego fue Gabriel. Un día que llegó fumado a su casa, su padre le echó tal bronca que se le quitaron las ganas de seguir con el tema. Por aquel entonces, conoció a una chica y tenía otras cosas en la cabeza, decía que sus

notas habían empezado a bajar y que ya no le parecía divertido todo eso. Por otro lado, menos mal, porque ahora es un abogado de la hostia.

—Eso es verdad.

—Todos se fueron alejando y David y yo nos quedamos un poco solos en ese momento. Yo no estaba enganchado a esa mierda, ni mucho menos, pero tampoco podía imaginarme lo que se cocía. Hasta que... —Miro a Marc y puedo notar que su voz está a punto de romperse. Sacar esta historia a la luz debe de ser difícil para él —. Hasta que David se metió en líos. ¿Qué puedes esperar de una mafia que utiliza a adolescentes para mover droga? Solo que le joda la vida a un crío.

—¿Qué pasó? —Me cuesta digerir esta historia, porque sé que podría ser la de cualquier otro chaval ahora mismo en esta ciudad o en cualquier parte del mundo.

—David tuvo problemas con algunas personas. Le robaron la mercancía y su jefe le reclamó el dinero. No tenía la pasta y por ello llegaron las primeras palizas. Tan pronto aparecía con el labio partido como con moretones en el estómago, fruto de varios puñetazos. Luego, llegaron las amenazas a su familia si no pagaba.

»Le dije mil veces que dejara esa mierda, que tratara de salir de ahí como fuese. Un día, vino a mí, desesperado, y me dijo que necesitaba ayuda. Que, si no saldaba su deuda, era hombre muerto. Me suplicó que lo ayudara, ¡joder! —Agacha la cabeza y la entierra entre sus manos—. Pero fui un puto cobarde y no hice absolutamente nada. A los pocos días, apareció muerto en una esquina del barrio. Le habían dado una paliza brutal a la que no sobrevivió.

—Dios, Marc.

—Fui el peor amigo del mundo. Me acojoné y no fui capaz de pedir ayuda, no fui capaz de una mierda.

—Marc, eras solo un crío. —Ahora puedo entender cómo se siente y verlo así me parte en dos. Se me escapan las lágrimas al verlo llorar. Es que no puedo, se me encoge el alma al imaginar a ese niño en semejante situación.

—¡Pero yo podía haber evitado su muerte!

—No, Marc, no podías haber hecho nada. ¡Eras un niño de catorce años! En temas de drogas, es difícil salir cuando estás metido hasta el cuello y tú no podías hacer nada. ¡Nada!

—He cargado con esta culpa desde entonces y no puedo más.

—¿Se lo habías contado a alguien antes? —le pregunto.

—Solo lo sabe Gabriel, y ahora tú.

—Quiero entenderte, aunque lo más seguro es que no pueda ponerme en tu lugar, pero quiero que te quede bien claro que tú no tienes la culpa de lo que pasó —digo con voz firme y lo agarro de la mano.

—Pero ¿y si...?

—No, Marc —lo interrumpo—. No puedes cargar más con esta culpa. No te pertenece. —Me mira y luego vuelve a esconder la cabeza entre sus manos—. ¿Por eso estás tan implicado en el centro? ¿Quieres ayudar a otros para que no pasen por algo así?

Levanta la cabeza y asiente con vergüenza.

—Como ves, eres la única de corazón puro. Tú lo haces por bondad, yo lo hago para lavar mi puta conciencia.

—Eh, no digas eso ni en broma, Marc. Porque no es cierto, te importan esos chicos, en algunos casos, más que a sus propios padres, así que deja de mentirte, no lo haces para lavar tu conciencia, lo haces porque crees en ese proyecto, crees en ellos. —Silencio—. Eres el mejor amigo que cualquiera podría tener. Llevo años viéndote ayudar a los demás, a tus amigos, a completos desconocidos cuando estuvimos en Tailandia. Los adolescentes del centro te adoran, Marc. No seas tan duro contigo mismo, porque eres una gran persona y estoy segura de que David estaría muy orgulloso de ti.

—¿De verdad lo crees?

—No lo creo, lo sé. —Suspiramos los dos—. Y voy a ayudarte a superar esto. No sé cómo, pero tienes que pasar página para poder seguir.

Nos acercamos más y lo abrazo con todas mis fuerzas para que se sienta seguro entre mis brazos. No sé cuánto tiempo permanecemos así, pero sé que lo reconforta.

—Ya está, ya pasó, mi amor —le digo mientras acaricio su cabeza, que ahora está sobre mi regazo—. ¿Estás mejor?

—Sí. —Se levanta y deja un beso sobre mi frente—. Gracias a ti, que me comprendes a pesar de todo.

—Somos un equipo, ¿no?

Asiente y vuelve a besarme. Nos tumbamos los dos en el minúsculo sofá y nos abrazamos de nuevo, disfrutamos de la calma tras la tormenta.

—Antes no me has dicho qué tal te ha ido en el centro —dice Marc en un intento de pregunta.

Pienso en la conversación con Diego y lo incómoda que me ha hecho sentir, pero no es el momento de sacar a relucir el tema.

—Todo bien, no te preocupes.

Vuelvo a quedarme callada mientras acaricio su pelo con mis dedos.

—Señorita Quinn, me gusta tanto que empiezo a pensar que usted no es real. —Vuelvo a ver su eterna sonrisa y eso es todo lo que necesito ahora mismo. Lo cierto es que podría iluminar cualquier situación solo con el brillo de sus ojos cuando sonrío.

—Mmm, de carne y hueso. —Sonrío traviesa y llevo su mano hasta mi cadera. Él la agarra con fuerza hasta marcarme los dedos.

—Miranda Quinn. —Me besa lento, recreándose en el juego de nuestras lenguas.

—Eso suena genial.

—Suena de puta madre. —Enroscamos nuestros dedos y somos conscientes de lo que tenemos. De la complicidad, del amor.

Nos besamos de nuevo, nos enredamos en nuestras caricias. En tocarnos, en sentir, porque cuando lo hacemos, simplemente, somos.

32. ¿Tienes miedo?



Marc

—Buenas. —Gabriel me saluda con un movimiento de cabeza y se aparta para que entre a su casa. Hoy es sábado, así que era raro quedar en el bufete.

—¿Y Ada y Leo?

—Han quedado con Sara para dar un paseo. Se ve que no le hace mucha gracia andar y Evan le pidió a Ada que lo ayudara a sacarla de casa. Sara aceptó, ya sabes que no puede resistirse al enano.

—Tengo que prepararle unas galletas e ir a verla.

—Seguro que le gustará.

Nos quedamos en silencio hasta que Gabriel vuelve a hablar.

—Bien, no voy a andarme por las ramas. He averiguado el nombre del propietario del almacén del que me hablaste.

—¿Y bien?

—No te lo vas a creer.

—¿No decías que no te ibas a andar por las ramas?

—Diego Rojas Castillo. ¿Te suena?

—¡¿Qué?! ¡No puede ser!

—Diego está metido en cosas turbias.

—Joder... —Entierro la cara entre mis manos. Esto es demasiado.

—Ya sabes que tengo un conocido con contactos en el equipo de la científica de la policía.

—¿En qué está metido ese tío?

—Al parecer, podría estar relacionado con los pisos de narcotráfico que ellos investigan y el almacén que tú me comentaste.

—¡Dios! ¡¿Pero qué mierda...?!

—Podría haber una conexión también con Borja —dice Gabriel muy serio.

—¿Borja? ¡¿El tipo que casi mata a Evan de una paliza?! —exclamo.

—Ya sabes que lo encontraron muerto hace unos meses en extrañas circunstancias; probablemente, un ajuste de cuentas que ahora tendría sentido si hay otra banda pululando por la ciudad.

—Me dejas helado.

—Ese tío es peligroso, Marc.

—¡¿Es un puto narco?! O sea, ¿me estás diciendo que el ex de mi novia es un puto narco?

—Sé que es muy difícil de digerir lo que te he contado, pero sobra decir que esto es confidencial. No puede salir nada de aquí, ¿entendido?

—Está bien —acepto.

—Y ahora que ya sabes eso, te digo que el plan es que sigas actuando como si no supieras nada.

—¡¿Qué?!

—Es lo mejor, que él y los suyos no sospechen de nada para que la policía pueda seguir la investigación sin hacer saltar la liebre.

—Pero es que no quiero a ese tío en el centro. ¡Joder! Es que lo que intentamos es alejar a los chavales de ese mundo de mierda y se lo hemos metido dentro sin saberlo. —Me dejo caer en la silla y sujeto mi cabeza entre las manos—. ¿Cómo voy a actuar con normalidad cuando lo vea acercarse a los chicos? ¿O a Miranda? Dime —le pido a Gabriel.

—Tienes que hacerlo, Marc. Sé que es jodido, pero es por el bien de todos. Dejemos que la policía haga su trabajo.

—Esto es frustrante.

—Lo sé.

Pasa un rato en que ninguno de los dos dice nada.

—¿Quieres tomar algo? —me propone Gabriel.

—No. Tengo que irme ya; he quedado con Miranda.

—¿Qué vais a hacer?

—Pues la verdad es que no lo sé, dice que es una sorpresa.

—Qué miedo da eso.

—Soy un tipo valiente. —Sonrío mientras me pongo en pie—.

Dale un beso a Ada y a Leo de mi parte.

—Lo haré.

Camino hacia la puerta con Gabriel detrás de mí.

—Marc. —Me llama cuando ya estoy en el rellano. Lo miro—.
Cualquier cosa que necesites, llámame. Si ves algo raro, también.

—De acuerdo. Gracias.

—De nada. Solo me debes una cerveza.

—Eso está hecho, amigo.

Salgo de allí con la cabeza llena de pensamientos sobre Diego y cosas que han ido pasando y que deberían haberme alertado, pero, claro, ahora que sé que hay algo detrás, es más fácil ver las señales.

Pongo rumbo a casa de Miranda y trato de apartar a Diego de mi mente. Por ahora no voy a decirle nada a Mir, para qué preocuparla si aún no sabemos nada concreto. Tendré un ojo sobre él y listo.

Una hora después, Miranda está aparcando su coche frente a la entrada de un aeródromo. La miro sorprendido.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunto con curiosidad.

—¿No te lo imaginas?

—Puede...

Rompe a reír mientras baja del coche, cuando nos encontramos fuera veo que sus ojos brillan de diversión.

—Toca liarla parda, ¿no? —cuestiono.

—Un poco.

—¿Vamos a saltar con paracaídas? —le pregunto entusiasmado.

—¿Te atreves?

—Pues claro, ¿qué clase de loco sería si no hiciera locuras?

—Tienes razón.

—Cuando se entere mi madre, nos mata. Si no acabamos espachurrados contra el suelo, claro —le digo.

Reímos a carcajadas justo cuando llegamos a la entrada. Una vez dentro, todo va deprisa y noto la adrenalina correr por mi cuerpo sin control mientras el instructor nos explica cómo va a ir el tema, ya que ninguno de los dos se ha tirado antes con paracaídas.

Nos ponemos el mono que nos dan y después nos ayudan a colocar el arnés que nos sujetará a nuestro instructor.

Justo antes de cerrar las taquillas, les pedimos que nos hagan una foto con el móvil y, sin darle más vueltas, la envío al grupo que tenemos con los demás.

Yo
¡A volar!
Hablamos en un rato.
¡Os queremos!

Empiezan a llegar mil mensajes, pero los ignoro, guardo el móvil en la taquilla y salimos a la pista.

Nuestros respectivos instructores nos guían hacia la avioneta que ya nos espera en marcha. Es tan pequeña que parece de juguete. Dentro hay otra pareja más.

—¿Tienes miedo? —me pregunta Miranda antes de entrar—. Si no quieres hacerlo, no pasa nada.

—No tengo miedo, me muero de ganas. ¿Y tú?

—¿Estás de coña? ¡Estoy cagada! Pero me da igual, voy a hacerlo —afirma segura.

—Esa es mi chica.

—¡Adentro!

Nos colocamos en el suelo y ellos nos atan a su cuerpo. La avioneta empieza a elevarse. El instructor nos enseña cómo aumentan los números que indican que subimos de altitud. Es increíble ver cómo el suelo se aleja cada vez más. Ya casi es la hora. Miranda está sentada a mi lado. Alargo mi mano y cojo la suya. Gira la cabeza y me mira. El ruido del aire dificulta que podamos hablar, así que vocalizo de forma que me entienda.

—Te quiero.

Sonríe.

—Y yo a ti —gesticula de vuelta.

Abren la puerta. Ha llegado el momento. No puedo evitarlo y tampoco quiero. Suelto la mano de Miranda, la agarro de la pechera del mono y la beso. Profundo y lento. Ella se agarra a mi traje y me acerca. Me parece oír gritos, pero los ignoro. Nos separamos un poco, lo justo para mirarnos a los ojos mientras le grito:

—¡Nos vemos abajo, pelirroja!

Ella asiente y me dedica una enorme sonrisa antes de que mi instructor me indique que nos toca. Nos ponemos en pie con dificultad. Voy a hacerlo, voy a saltar. Noto cómo se acelera mi corazón. Una última mirada a Miranda y saltamos por el hueco de la puerta.

¡Joder! Grito, o lo intento, porque todo el aire se me mete en la boca y mis mofletes se hinchan y se mueven sin control. Miro hacia abajo mientras caemos a doscientos kilómetros por hora. El instructor me da un toque indicándome que ya puedo abrir los brazos. Los estiro y disfruto de la sensación de estar volando. ¡Libertad plena!

Más tarde, el instructor me señala hacia delante. ¡Es Miranda! Están un poco por encima de nosotros. No puedo oírla y apenas distingo su cara, pero sé que está disfrutando.

Giramos mientras el viento nos azota y me olvido de todo. Por unos segundos, solo siento el puto aire helado que me cala los huesos, cierro los ojos y entonces lo noto. El tirón. Se ha abierto el paracaídas y no puedo evitar sentir alivio. Busco con la mirada a Miranda y la veo a nuestra derecha, sé que es ella porque es la única con traje rojo. También han abierto el paracaídas y planean hacia el suelo.

Cuando tocamos tierra, con un golpe que casi me parte el culo, por qué no decirlo, rompo a reír sin poder parar. El instructor suelta el arnés y me señala dónde ha caído Mir. Salgo corriendo, aunque con algo de dificultad porque me noto las piernas como si fueran de gelatina.

—¡Mir! ¡Ha sido una puta pasada!

—¡Joder, sí! ¡Casi me meo en el mono!

Colisionamos en un abrazo, reímos y saltamos como puñeteros zumbados. La beso hasta que nos quedamos casi sin aire.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por esto. Sé por qué lo has hecho —le digo mientras sujeto su cara entre mis manos.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Así que gracias. Necesitaba descargar toda esa adrenalina.

—De nada. Además, también lo he hecho por mí.

Se cuelga de mi cuello y me da un beso en la nariz. Empezamos a caminar hacia donde están todos. Les damos las gracias a los instructores, que han estado de diez, y nos cambiamos. Al salir, vemos que hay más de trescientos mensajes y treinta llamadas perdidas en nuestros móviles. Hacemos una videollamada con los demás para que se queden tranquilos.

Como era de esperar, nos llaman locos, descerebrados y no sé cuántas cosas más, pero Ada se cabrea porque dice que la podíamos haber avisado, que a ella le hubiera gustado saltar. Prometemos repetirlo con ella en otra ocasión y se calma.

Volvemos a Barcelona, recogemos a Brown y después vamos a comer a una terraza. Al acabar, damos un paseo con la perra que está como loca por salir a correr un rato.

Más tarde, vemos una peli entre mimos, y lo que no son mimos, y después de cenar, me voy para casa porque esta noche empiezo turno. Cuando entro por la puerta veo que me ha llegado un mensaje.

635261478

Aléjate de Miranda. Haces que haga cosas que no debe. No está segura contigo.

El mensaje hace que los pelos se me pongan de punta y recuerdo los que le estuvieron enviando a Miranda durante un tiempo y que desaparecieron sin más. Llamo al número de teléfono desde el que ha llegado el mensaje. Voy a descubrir quién está detrás sí o sí.

—¿Qué quieres? ¿Que te lo explique? —contestan a través del teléfono con tono chulesco.

—¿Diego?! —No puedo creerlo—. ¿Has estado detrás de los mensajes todo este tiempo?!

—Creía que eras más listo, chaval...

—Y yo no pensaba que fueras un cobarde que tiene la necesidad de mandar mensajes anónimos. —Escucho una risa prepotente al otro lado del auricular—. No me vaciles, Diego. Quiero que quedemos. Ahora. Te envío la ubicación.

Cuelgo. Busco la dirección de un parque que queda cerca de la estación de bomberos y se la paso.

Un rato después, espero sentado en un banco cuando veo aparecer su coche. Me pongo en pie. Sale por la puerta del conductor sin prisa y con una sonrisa de suficiencia que transforma su cara en una mueca retorcida.

—¿Qué quieres? —pregunta al pararse a dos metros de mí.

—¿Que qué quiero? Pues la verdad es que meterte tus amenazas por el culo, pero como soy una persona civilizada, voy a empezar por pedírtelo.

—Y yo voy a seguir con lo mismo. Aléjate de ella. Es mía.

Rompo a reír en su puta cara, pero por dentro me siento en ebullición.

—Para empezar, Miranda no es tuya ni mía ni de nadie más que de ella misma, ¿entiendes o te lo dejo más clarito? Para seguir, ella estará con quien le dé la real gana. ¿Lo captas?

—¡Tú no le convienes! ¡Hoy has hecho que salte en paracaídas!

—Pero es que lo que ella haga, lo que hagamos juntos, no es tu puto asunto. De todas formas, ¿cómo coño sabes tú eso?

—¡Claro que lo es! Su padre quiere que esté conmigo, no contigo.

—Te repito que ella no va a volver contigo. Es más, creía que ya lo habías superado.

—Te estás entrometiendo entre dos familias, no solo entre dos personas.

—El que se está entrometiendo eres tú. Evita enviar más amenazas si no quieres problemas. Aunque si te digo la verdad, solo quiero que te alejes de ella y que no la molestes. Tu mierda de amenazas me las paso por los cojones. ¿Te queda claro?

Me sorprendo a mí mismo de mis palabras. Suelo ser una persona tranquila, pero este tío ha rebasado los límites.

—Tú verás lo que haces. —Sigue en sus trece.

—Deja de amenazarme de una puta vez.

Doy un paso al frente, lo que me acerca un poco más a él. Ni se inmuta, solo se ríe. Aprieto las manos en puños porque no quiero hacer algo de lo que luego voy a arrepentirme, yo no soy así.

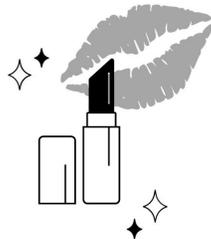
—¿Sabes qué, Diego? Paso de ti.

Lo esquivo y paso por su lado sin dirigirle ni una palabra más, pero entonces vuelve a hablar. Me paro, pero no me giro.

—Marc, te arrepentirás de no haberme hecho caso.

Sigo adelante sin mirarlo. Aprieto los dientes y resisto el impulso de darme la vuelta y partirle su asquerosa cara. Tiene la lucha perdida. Si cree que va a poder provocarme, está muy equivocado. Me trago la rabia que crece dentro de mí por momentos, porque no vale la pena, así que dejo que se diluya lentamente hasta desaparecer. Voy a centrar mis esfuerzos en mantener a Miranda y los chicos a salvo. Sí, eso es lo que debo y voy a hacer. Ellos son lo más importante. Una vez no supe cómo ayudar a quien me necesitaba, pero ahora sí, ahora sí voy a ser útil.

33. Todo contigo, Marc



Miranda

Acabamos la clase y, mientras recojo mis bártulos, no puedo evitar sentirme orgullosa de mis niños. Les he explicado que hace unos días volé, literalmente, y me ponían unas caritas de emoción que, al final, les he contado la experiencia del paracaídas con detalles. Ha sido genial, una cosa ha llevado a la otra y me han contado ellos sus preocupaciones. Es sorprendente lo que piensan a veces los niños de ocho años, me han hecho preguntas de lo más variopintas.

—¿Ahora te vas con los mayores? —dice una de las niñas.

—Sí, ahora voy a pasar una horita con los de secundaria, a ver qué se cuentan.

—Nos han dicho que la semana que viene nos vamos de excursión a la estación de bomberos —interviene otro de los niños, y en poco segundos tengo un corrillo a mi alrededor.

—¡No me digáis! Qué interesante, ¿no?

—¿Conoces algún bombero, Miranda? —pregunta otro.

—Pues sí, alguno conozco. —Sonrío.

—¿Es como un superhéroe?

—Más o menos. —Al final me tengo que reír.

Justo en ese momento, pienso en la propuesta que aún no le he hecho a Marc de irnos a vivir juntos. Me gustaría hacerlo de manera especial, tendré que pensar en ello.

—Bueno, chicos, me tengo que ir ya. Mañana hablamos, que vuestro siguiente profe os espera.

Nos despedimos e intercambio cuatro frases en la puerta con Pablo. Tras varios meses de baja, se incorporó y volvimos a

compartir espacio de trabajo. Tuvimos algo en el curso anterior, pero solo fue diversión y enseguida nos dimos cuenta de que era mejor quedar solo como amigos y compañeros de trabajo. Es un buen tipo, de esos que te lo hacen todo más fácil. Me alegro de que nos llevemos tan bien, aunque me dio mucha pena que Irina tuviera que irse del colegio, nos entendíamos genial. Ella me llamó el otro día para decirme que le habían dado una plaza en Sevilla y que había aceptado. Voy a echarla de menos.

Cuando llego a mi siguiente clase, no me sorprende ver a Joel, solo, al final del aula. Pero esto lo arreglo yo rápido. Les propongo que se levanten todos, que aparten las mesas y nos sentemos en el suelo en forma de círculo como suelo hacerlo con los peques. Es difícil hablar de sentimientos con adolescentes con las hormonas a tope, pero con un ambiente distendido todo es más sencillo.

La hora vuela y es entonces cuando aprovecho para hablar con Joel.

—Ey, ¿todo bien?

—¿Qué quieres, Miranda? —responde a la defensiva.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Me han dicho que has empezado a trabajar. ¿Qué tal te va?

—¡¿Quién te ha dicho eso?! —Se revuelve nervioso.

—Eh, cálmate, Joel.

—No te metas en mis asuntos —contesta y hace el amago de irse.

—Pues resulta que tus asuntos me importan porque te comprometiste a ser el protagonista del musical en el centro y llevas muchos días sin ir. Y no es eso, sé que te encanta actuar, te transformas cuando ensayamos.

—Miranda...

—Si ya no te importa, al menos, avísanos para que tus compañeros puedan seguir adelante con los ensayos. —Recojo todo rápido y me despido de él, que se ha quedado parado con los ojos tristes. No puedo evitar preguntarme qué pasa por su cabeza, si realmente necesita ayuda y no soy capaz de acercarme a él como para que confíe en mí, pero abandono rápido ese pensamiento.

Al acabar la jornada de clases de hoy, voy directa a una cafetería donde he quedado con Ada, Sara y Edgar. Pedimos algo para picar y cojo en brazos a Leo, que con esa carita de niño bueno no hay quien se resista, ni siquiera yo.

—¿Qué tal estás, Sara? Me alegro de que finalmente te hayas decidido a salir un poco más de casa —le digo y, acto seguido, vuelvo a concentrarme en el bebé, que se parte de risa con mis pedorretas.

—Todos decís lo mismo porque no lleváis dos bebés de siete meses atravesados en la barriga, apretujándoos órganos que no sabíais ni que existían.

—Te comprendo, Sarita, yo he pasado por eso con uno, no me quiero imaginar cómo será con dos.

—Pero y lo guapa que estás, ¿qué? —suelta Edgar intentando ser simpático, pero Sara le echa una mirada asesina.

—Estoy muy gorda. Mi cuerpo ya no me pertenece. ¿Podéis salir ya? —le habla a la barriga y todos nos echamos a reír—. Rectifico, no salgáis, que todavía no os toca, no la liemos.

—Solo unos meses más, pequeña —la anima Ada.

—Además, qué duro tiene que ser no tener sexo estos últimos meses, ¿no?

—Miranda, hace muchas semanas que ni siquiera me veo lo que tengo entre las piernas —volvemos a reírnos—. Lo que menos me apetece es eso, créeme.

—A mí me pasó al revés, estaba desatada. Creo que cumplí el cupo durante el embarazo para compensar la sequía de después del parto —dice Ada, que bromea sobre ella misma.

—Me gusta que hables en pasado, Adita. —Compartimos una risa maliciosa y chocamos la mano.

—Tú siempre piensas en lo mismo, debes de tener al Mangueritas agotado, pobre —se cachondea Edgar.

—De pobre, nada.

—A todo esto, voy a hacer pis. —Sara se levanta y se encamina hacia el baño.

—¿Tú qué, Edgar? Porque el quince de noviembre haces seis mesecitos con Aidan. Todo un récord para ti.

—Pues justo lo mismo que llevas tú con Marc, nena.

—Podemos decir que la noche de la boda de Sarita y Evan fue bastante fructífera. —Pongo una mirada traviesa y le beso un moflete a Leo.

—¿Y qué tal la convivencia, hermanito? —habla Ada.

—Mi morenazo es supermetódico y yo soy un poco caos.

—No hace falta que lo jures, viví contigo durante veintiséis años. Años de desorden y peleas con mamá por no organizar tu cuarto — recalca.

—Ya estoy aquí, ¿de qué habláis? —dice Sara y se sienta de nuevo.

—De la convivencia.

—Vosotros aún no habéis trasladado vuestras cosas, pero prácticamente vivís juntos, ¿no, Miranda? —interviene Sara, antes de darle un trago a su vaso de agua con limón.

—Sí, quiero proponérselo, aunque no hemos hablado de ello, ni siquiera de a dónde nos vamos a mudar.

—¿Y qué tal la «casi» convivencia de los M&M's? Tengo mucha curiosidad porque pocas veces os peleáis —dice Sara, cotilla.

—Ah, no, por supuesto que discutimos, pero suele ser por cuestiones de lo más tontas. Que alguno de nosotros no ha fregado los platos, se monta el pollo y luego lo arreglamos con un polvo en la cocina. No nos decidimos por una película, pues tras darle vueltas a medio catálogo de Netflix y discutir como fieras cuál es mejor, lo arreglamos con...

—Un polvo en el sofá, lo hemos captado, Miranda —me interrumpe Ada, y el resto nos reímos.

—No me hagáis reír. Me voy a hacer pis, otra vez. —Se levanta Sara de nuevo—. ¿Entendéis ahora por qué no quiero salir de casa?

—Ánimo, cariño —dice Ada—. Aquí te esperamos.

—Tienes una cara de enamorada que no puedes con ella, Miranda —habla Edgar.

—Se te cae la baba cuando hablas de Marc. No nos vengas con el cuento del sexo duro, porque esto hace tiempo que se convirtió en muchísimo más que eso —dice Ada.

—Ay, al final me he vuelto una blanda. Además de verdad, dicen que en el primer año de relación se engordan no sé cuantos quilos y yo eso lo llevo a rajatabla.

—¿Blanda, tú? No me toques las narices, Miranda —suelta Sara supermosqueada cuando vuelve del baño, y todos nos echamos a reír de nuevo.

—Pues yo no paro de hacer cardio —dice Edgar.

—¡Dios! Sois lo peor... —interviene Ada y le da un trago largo a su refresco.

—Hay algo que no os he contado, pero... —empieza a hablar Edgar dubitativo.

—¿Qué? —pregunta Ada.

—Aidan va a volver a Jamaica un tiempo, su madre está un poco pachucha y le sabe fatal estar tan lejos de ella, quiere trasladarse para ayudarla.

—Pobre, qué situación tan jodida. —Estrujo un poco a Leo.

—Y si él se va, ¿tú que vas a hacer? —pregunta Ada algo compungida.

—Irme con él. Ya lo hemos planeado todo. Él se va en unos días y yo en cuanto deje todo lo de la clínica atado —dice Edgar con seguridad.

—¿En serio?

—Sí, Ada, lo tengo claro. Con él voy a por todas, no quiero perderlo por nada del mundo. Mi corazón estará donde él esté.

—Joder, qué bonito, Edgar, ahora estoy más blandita aún. — Parece que mi comentario quita un poco de tensión a la conversación.

Tras más risas y confidencias, nos despedimos y aprovecho para pasar por el centro a acabar algunas tareas que tenía pendientes. Por suerte, no me cruzo con Diego. Ni con nadie, porque enseguida se me hace tarde y no queda ni Cristo aquí. Recojo todo y cierro la persiana del local.

Deben de ser las diez de la noche, más o menos. Está todo bastante oscuro, al parecer, deben de haberse fundido algunas farolas del barrio. Al no tener demasiada visibilidad, camino a paso ligero en dirección a la estación de metro, que está a poco más de

cinco calles de aquí. También, porque esta penumbra acojona un poco, lo reconozco.

Sigo caminando cuando escucho unos pasos detrás de mí. Un primer estallido en mi corazón. Segundos más tarde, oigo esos pasos más cerca. Cada vez más rápidos. Segundo estallido en el pecho. Aligero el paso y giro la cabeza unos milímetros para comprobar que solo estoy paranoica. No consigo ver nada. Más pasos sobre el asfalto. Tres calles para llegar al metro. Un sudor frío me atraviesa la espalda. Le envío la señal a mis piernas de que este ritmo no es suficiente, tengo que andar mucho más deprisa. Tengo que llegar a casa y sentirme a salvo. La calle está solitaria y apenas se oye un alma, solo las pisadas de alguien del que ya no puedo obviar su presencia. «¡Joder, joder! Corre, ya casi estás en casa», intento decirme a mí misma para tranquilizarme.

Las piernas me abrasan y noto cómo el sudor me chorrea por la espalda debajo del abrigo. Estoy temblando. Vuelvo a girar la cabeza y alcanzo a ver una sombra que acrecienta el miedo que tengo en el cuerpo ahora mismo. Dos calles para llegar a la estación. Puta oscuridad. Sin parar de andar, rebusco en mi bolso. Cualquier cosa, unas llaves, algo para defenderme, lo que sea. Pero no encuentro nada, he vuelto a dejarme las llaves en casa, joder.

Ya casi. Solo tengo que girar a la derecha. El corazón se me va a salir por la boca. «Cálmate, no pasa nada». Saco el móvil y hago ver que hablo con alguien con un hilo de voz insignificante, mi garganta se ha colapsado. Pero en cuanto me desvío por esa calle, siento que mi cuerpo tembloroso me está advirtiendo de que tengo el peligro pisándome los talones. No sé de dónde saco las fuerzas, pero corro, corro tan veloz como me permiten los músculos. Es un hecho, me están siguiendo. Sea quien sea, no debe querer nada bueno y no quiero averiguarlo.

Atravieso el último callejón que conduce a la estación y justo cuando creo que ya estoy a salvo... noto unas manos fuertes sobre mis hombros. Todo mi sistema se colapsa, ni siquiera me sale la voz para chillar y pedir ayuda. Me quedo paralizada, como un bloque sin libertad de movimientos. Y él lo aprovecha. Me agarra y me mantiene sujeta, controlada. Cuando creo que mi cuerpo no puede

tiritar más del pánico, estallo en lágrimas. A mi cerebro le cuesta procesar lo que ocurre, pero en el fondo, rezo y suplico en silencio que no me toque.

—Llévate lo que quieras, pero deja que me vaya, por favor —ruego, entre sollozos.

No contesta, solo escucho su respiración detrás de mí y no puedo sentir más asco.

—¿Quieres mi móvil? ¿Dinero? Es todo lo que tengo, por favor, déjame irme —vuelvo a implorarlo.

—Sssshhhh. —Trata de taparme la boca.

—Por favor. —Mi cuerpo despierta del horror y se revuelve. Necesito salir, tengo que huir de aquí. Entonces recuerdo lo que me contaron en una clase de defensa personal a la que fui con Carla hace más de un año: grita «fuego» y quizá alguien venga a socorrerte, aunque sea por pura curiosidad.

Cuando voy a gritar, noto su mano sobre mis labios, impidiendo así cualquier posibilidad de que alguien me oiga. Luego, se produce un forcejeo. Consigo girarme unos centímetros y únicamente alcanzo a verle algunas facciones de la cara, ya que lleva puesta una capucha de un color oscuro. En ese despiste por su parte, los instintos más primarios de mi organismo actúan. El tipo se lleva un rodillazo en las partes blandas. Hace una mueca de dolor y se lleva las manos donde le he propinado el golpe. Por unas milésimas de segundo, me quedo en *shock*, pero enseguida reacciono y echo a correr. A pocos metros, encuentro un bar abierto y, sin pensarlo demasiado, entro.

Lo hago desubicada, con lágrimas que todavía brotan de mis ojos. Una chica en la barra me observa un momento y, no sé por qué, solo con verme la cara, se imagina lo que ha pasado. No hay nadie más en el bar. Va a mi encuentro y me pregunta qué ha ocurrido. Yo se lo explico como puedo.

—Tranquila, ya estás a salvo. —Baja la persiana del local a la velocidad del rayo, me hace una tila y se sienta a mi lado.

Cuando logro calmarme un poco, cojo el móvil y marco el número de Marc.

—Mir, ¿dónde estás? Es tarde.

—Marc... yo... ha ocurrido algo... yo... —No consigo decir nada coherente.

—¿Estás llorando? ¿Qué ha pasado? —pregunta con un tono de voz muy angustiado.

—Me han asaltado en la calle, Marc, creía que... creía que...

—¡¿Qué?! Dios, dime ahora mismo dónde estás. Ya voy, Miranda. Le doy la dirección del bar y me quedo allí esperándolo, mientras dejo que mi nivel de pulsaciones se estabilice.

Tarda menos de diez minutos en aporrear la persiana del bar.

—¿Miranda? —grita Marc desde fuera.

—Sí, espera, que te abro —dice la chica del bar y la levanta para que pueda entrar.

—¡Miranda! —Me busca con la mirada y yo corro directa hacia sus brazos. Me rodea con ellos, me hace sentir a salvo y rompo a llorar de nuevo—. ¿Qué ha pasado, Mir? —pregunta, pero únicamente me salen lágrimas y sollozos sobre su pecho.

—No lo sé... ha sido muy extraño. No...

—¿Estás bien? —Me mira y me toca por todas partes, para comprobar que no me haya hecho daño.

—Estoy bien. —Vuelvo a apoyar la cabeza en su pecho y él me abraza, me besa mil veces en el pelo y susurra—. Ya está, estoy aquí contigo, estás a salvo.

Cuando todos conseguimos tranquilizarnos un poco, me convencen para que vaya a la policía a denunciar lo ocurrido. Paso otro rato nefasto en el que me hacen mil preguntas que no sé responder. No le he visto la cara al tipo que me ha asaltado. Pero sí sé que no quería robarme, porque no se ha llevado nada. O, al menos, no le ha dado tiempo. Tras revivir otra vez lo ocurrido, estoy agotada y solo quiero llegar a casa y meterme en la cama.

Así acabamos la noche. Marc ha estado muy nervioso desde que hemos vuelto, no deja de acariciarme y preguntarme si estoy bien. Brown, por alguna razón extrasensorial, me estaba esperando en la puerta y no se ha separado de mí ni un instante.

En ese momento, abrazada en la cama junto a Marc, no puedo evitar pensar que, a pesar de que ha sido una de las peores noches

de mi vida que yo recuerde, no me siento sola. Al contrario, nunca me había sentido tan amada.

—Marc, he pensado algo.

—¿Qué? —Nos giramos para mirarnos y me acaricia la mejilla.

—Podríamos tener una palabra secreta o algo así, por si alguna vez ocurre una situación como hoy o... no sé.

—¿Una palabra, dices?

—Sí. De esta forma, si estoy o tú estás en peligro y nos la escribimos por mensaje, sabremos cómo actuar.

—Espero que no tengas que enviármela nunca —dice y deja un beso sobre mi frente.

—¿Qué podría ser?

—Algo que no dé lugar a confusiones.

—Mmm...

No lo suelto en toda la noche, necesito notar su calor para sentirme en casa. Ya bien de madrugada, veo la espalda desnuda de Marc, que descansa tumbado boca abajo en la cama y decido dejar huella de todo esto que siento en el pecho. Me pinto los labios de color azul y los acerco a su piel. Lo beso tantas veces como vidas querría experimentar con él. Todas, sin duda. «Todo contigo, Marc».

34. Lo correcto



Marc

Abro un ojo, está amaneciendo. Me acerco a Miranda, que está hecha un ovillo al otro lado de la cama. La miro. Observo su cara relajada ahora por el sueño y con una pequeña sonrisa pintada. Me juro a mí mismo que haré lo posible para que siga así. Feliz y tranquila. Para que, aunque haya momentos difíciles y que escapen a mi control, sea capaz de devolverle el sosiego, la calma y esa sonrisa preciosa de nuevo, porque para mí ya no es una opción vivir sin sus carcajadas.

Dejo un beso sobre su cabeza e, inevitablemente, su olor, ese que es tan familiar para mí y que remueve hasta la última célula de mi cuerpo, me invade y reconforta.

Me alejo de ella, es muy temprano y anoche tardó mucho en quedarse dormida. Miro mi móvil para ver qué hora es y me cago en todo cuando veo que solo faltan diez minutos para las seis. Voy a llegar tarde. Mierda. Salgo de la cama con el máximo sigilo posible y recojo mi ropa del suelo. Me visto de pie en la cocina mientras muerdo una manzana y dejo una nota para Mir en la encimera. Salgo de su casa y corro hasta la boca de metro a cinco minutos de que empiece mi turno. Bajo saltando los escalones de dos en dos y, por suerte, llego justo para colarme en el vagón.

Atravieso la puerta de la estación cuando el reloj marca las seis en punto. No puedo creer que haya llegado a tiempo.

—¿Apurando las horas de libertad, Baldrich? —me dice el jefe cuando paso por su lado a toda velocidad.

—Siempre. —Pongo cara de niño bueno.

A partir de ese momento, no paro, revisamos material y que todo esté listo por si hay un aviso. Después ayudo a Toni a mirar algo que falla en uno de los camiones.

—¡Tíos! Hora del desayuno. —Nos llega la voz de Mauro desde la puerta que da a las dependencias donde está el comedor.

—¡Ya vamos! —grito para que me oiga—. Vamos, Toni. Seguimos después.

Paso por mi taquilla y cojo el teléfono móvil por si tengo algún mensaje importante. Cuando lo desbloqueo, veo que sí. Me paro en seco, lo que hace que Toni, que venía detrás, choque contra mi espalda.

—¡Tío! ¿Qué haces? —Me rodea y, al ver mi cara, pregunta—: ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? Te has puesto pálido.

Salgo del trance lo justo para contestarle:

—Sí, no te preocupes. Tengo que hacer algo, ahora iré a desayunar.

Voy a la habitación y cierro la puerta. Abro de nuevo la aplicación de mensajes y vuelvo a leer lo que aparece en la pantalla, para confirmar así que no han sido imaginaciones mías.

623651895

¿Ves lo que le puede pasar si no haces lo que te digo? ¿Vas a ponerla en peligro?

La rabia recorre mi cuerpo mientras mi mente debate qué cojones hacer ahora. Llamo a Gabriel y cuando le explico lo que pasa me dice que mejor viene a verme y lo hablamos.

Voy a la sala común y desayuno como un autómata. No es que tenga hambre ahora mismo, pero sé que debo estar bien alimentado por mi trabajo. Así que trago lo que hay en el plato que tengo delante sin dejar de darle vueltas al puto mensaje.

El móvil vibra encima de la mesa. Es Gabriel, está en la puerta. Salgo de allí sin mediar palabra, pero noto que todos mis compañeros me miran, aunque se abstienen de hacer comentarios.

Pocas veces me han visto en un estado parecido, así que supongo que prefieren callar porque imaginan que algo no va bien.

Cuando llego a la puerta abierta por donde salimos con los camiones veo a Gabriel y Evan esperando.

—Hola. ¿Tú que haces aquí? No habrás dejado sola a Sara, ¿no?

—le pregunto a Evan. Sara está en el último trimestre del embarazo y puede ponerse de parto en cualquier momento.

—Tranquilo, papá oso. Está con Ada y Leo, habíamos quedado para ir a dar un paseo —contesta Evan.

—Vamos a una de las salas, no quiero hablar de esto aquí fuera.

—Enséñanos el mensaje. —Gabriel va al grano una vez dentro.

Se lo muestro y veo cómo se oscurecen sus miradas. Entonces les explico lo que pasó ayer. Miranda no quiso decirles nada para no angustiarnos. Después de todo lo que pasaron Sara y Evan por culpa de Borja, no quería que se preocuparan, y menos, en el estado de ella.

—No les digáis nada a las chicas, Miranda se lo contará cuando considere.

—Claro, no te preocupes. ¿Estás seguro de que ha sido Diego?

—pregunta Evan.

—Sí. El otro día me amenazó con que me alejara de ella. Quedé con él y le dejé claro que me pasaba sus amenazas por los huevos, pero parece que no le he impresionado. No puedo creer que el muy hijo de puta la haya asustado de esa manera; si le llega a hacer algo, yo...

—Cálmate, lo vamos a solucionar. ¿Crees que fue él mismo el que la atacó ayer? —interviene Gabriel.

—A saber, quizá haya enviado a alguien —le contesto pensativo.

—Tenemos que denunciar esto a la policía. Ya sabes la información que tenemos de él. Así que esto solo añade más mierda a su espalda. ¿Puedes salir ahora?

—No lo sé. Deja que lo hable con el jefe. Pasad, podéis esperarme en la sala común.

Entramos, y si mis compañeros se extrañan de ver a mis amigos, no lo dicen. Solo los saludan, pues han coincidido alguna vez que hemos salido juntos y se llevan bien.

Los dejo en la sala y avanzo hasta el despacho del jefe. Entro y le explico que hay algo urgente que debo hacer, no quiero darle demasiados detalles por ahora, no sea que eso complique más las cosas. Nunca le he pedido salir en medio de un turno, así que enseguida comprende que es algo grave y no duda en decirme que me vaya y que vuelva cuando acabe.

Nos ponemos en marcha y, por el camino, Gabriel avisa al conocido que tiene en la policía para decirle que vamos para allá. Hablamos con él, ponemos la denuncia y nos dicen que ese número de teléfono desde el que han enviado el mensaje de amenaza es de prepago y que, por lo tanto, no pueden ver a nombre de quién está.

Les explico lo que ha pasado en los últimos días y buscan la denuncia que puso ayer Miranda por el ataque, para tenerla en cuenta por si está realmente relacionado y, de verdad, se confirma que es Diego quien está detrás de su ataque y de esta última advertencia. Aprovechan la ocasión para hacerme mil preguntas sobre el centro, sobre los adolescentes y sobre el propio Diego. Les dejo claro que su ex lleva meses enviándole mensajes anónimos, aunque antes no sabíamos que era él, y que ahora me amenaza a mí con hacerle daño.

Se reafirman también en lo que me dijo Gabriel, que debemos hacer como si no pasara nada. No podemos echar a Diego del centro.

—Señor Baldrich, es por el bien de todos, sobre todo el de ella —me dice serio el policía.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo de brazos cruzados mientras ese tío hace lo que le da la gana?

—La investigación ya está en curso y cualquier paso en falso podría tirar todo el esfuerzo por la borda.

—¿Y qué pasa con Miranda?

—Puedo pedir que se le ponga vigilancia, mis superiores lo aceptarán si confirmamos que hay indicios claros de que Diego es la misma persona que nosotros tratamos de encontrar y quien la ha intentado atacar. Ahora lo mejor es que se vayan a casa. Si volvemos a necesitarle, le avisaremos. Es lo mejor.

Evan, Gabriel y yo volvemos al coche y poco después de arrancar, suena mi móvil y veo un mensaje que contiene una foto.

678194328



¿Reconoces esta ventana? Tú mejor que nadie deberías saber lo fácil que es provocar un incendio. ¿Quieres mantenerla a salvo? Déjala y no se te ocurra decirle nada sobre esto.

Noto cómo un sudor frío recorre mi espalda y dejo de oír lo que sea que estuviera diciendo Evan.

—Marc, ¿qué pasa? —Se gira él a preguntarme, al ver que no contesto.

—Acabo de recibir otro mensaje.

—¿De Diego? ¿Qué dice? —pregunta Gabriel.

Les leo el mensaje en voz alta y, por un momento, un silencio inunda el coche.

—¡Qué hijo de puta! —suelta Gabriel con rabia.

—¡*Bastard!*^[3] ¡Tiene que ser una broma!

—Este tío no parece estar de broma —digo mientras siento todo mi cuerpo temblar.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Gabriel.

—¡No lo sé, joder!

—Yo creo que deberías hacer lo que te dice. No creo que esté jugando —comenta Evan muy serio.

—¿Me pides que deje a Miranda sin ninguna explicación?!

Pongo el grito en el cielo. ¿Cómo voy a abandonarla? ¿Cómo? Si esta misma mañana me he jurado a mí mismo que la protegería de todo.

—Ni hablar, no pienso alejarme de ella —acabo diciendo.

—Escucha, te entendemos perfectamente, de verdad, pero ¿y si cumple su amenaza? —habla Gabriel.

—¡No puedo! ¡No puedo hacerle eso!

Dejo de escuchar en ese mismo instante. Me duele la cabeza y el corazón... Yo que pensaba que no era más que un músculo que servía para bombear sangre... Ahora está en *shock* y temeroso de cómo va a acabar todo este lío.

—Tienes que hacerlo, Marc, por su bien. No sabemos hasta dónde es capaz de llegar este tío y... —insiste Evan.

—¡Lo sé, joder! Lo sé... —digo en un susurro, derrotado.

—No es algo definitivo y seguro que ella lo entiende si le explicas...

—No puedo explicarle nada. ¿No has oído lo que pone en el mensaje? Si Diego se entera de que le he contado algo a Miranda, le hará daño.

—Joder, tienes razón —dice Gabriel.

—Voy a tener que... —se me apaga la voz.

Ambos me miran, sé que saben a qué me refiero, pero no dicen nada, solo esperan a que sea capaz de decirlo en voz alta.

—Tengo que dejarla. Hacerle ver que ya no la quiero, que no quiero esto, que... ¡Joder!

—Tranquilo, pensemos en otra opción —dice Gabriel.

—¡No la hay y lo sabes! Tengo que alejarme de ella hasta que todo se solucione, solo espero que luego pueda perdonarme.

Acabamos el viaje de vuelta en silencio, porque, la verdad, no hay mucho más que decir, solo tengo que hacer lo correcto para que Miranda no esté en peligro, aunque eso nos destruya a ambos por dentro.

A la mañana siguiente, cuando acaba mi turno, he tenido tiempo de pensar en lo que voy a decirle, pero la verdad es que, por más que intento prepararme un discurso, me parece tan vacío y absurdo que estoy seguro de que no va a creermelo.

Decido ir directamente a su casa, sé que es temprano, pero cuanto antes, mejor. Ya tendré tiempo después de regodearme en la mierda. Mi intención es que esto sea algo rápido y lo más indoloro posible. Ya... No sé a quién coño pretendo engañar, esto va a doler.

Mucho. Pero lo cierto es que, si la conversación se alarga demasiado, no sé si seré capaz de seguir mintiendo.

Llamo al timbre y eso ella ya debería percibirlo como una señal, porque hace tiempo que usamos las llaves de casa del otro. Abre la puerta con la cara aún envuelta en volutas del sueño y tengo que echar mano de todo mi autocontrol para no atraerla hacia mí y besarla.

—¡Marc! Buenos días, ¿por qué no has usado tu llave?

Ahí está la primera pregunta que no sé cómo contestar. Doy un paso adelante y camino por su lado. Ella cierra la puerta y, cuando me giro, veo que me observa extrañada y que su mirada destila muchas preguntas por mi repentino comportamiento.

En ese momento, Brown llega hasta mí y da vueltas a mi alrededor dándome lametones en las manos para que la acaricie. Toco su cabeza para que se calme.

Miranda da un paso hacia mí, sus manos suben por mi pecho y su cuerpo se eleva sobre las puntas de sus pies para alcanzar mi boca. Doy un paso atrás y dejo espacio entre ambos.

—Tenemos que hablar.

Cuando esa mierda de frase manida sale de mi boca me arrepiento al instante. Es Miranda, ¿cómo voy a mentirle a la cara? Es ella, mi mejor amiga. Inmediatamente, su expresión cambia a una mueca confusa y me duele que ese amor que brillaba en sus ojos cuando ha abierto la puerta se apague por segundos. Mi cuerpo retrocede un poco más, lo que la aleja más de mí. Brown, como si pudiera intuir lo que está a punto de pasar, se sienta en el suelo a los pies de Miranda.

—¿Qué ocurre ¿Por qué te alejas?

No contesto, solo le mantengo la mirada y, por unos segundos, estoy tentado de mandarlo todo a la mierda, abrazarla y explicarle lo que pasa para que juntos podamos llegar a una solución, pero no puede ser, porque la conozco y nadie, absolutamente nadie, va a conseguir que ella haga algo que no quiere.

Vuelve a dar un paso adelante y la fragilidad que muestra su mirada me hace hundirme un poco más en el lodo. No quiero ni puedo verla así, es como ir en contra de todo lo que dice mi cabeza,

mi corazón y mi alma. Es destrozar todo lo que hemos construido juntos. Pisotear el «nosotros» que hemos creado. Me armo de valor y determinación antes de volver a hablar al pensar que hago lo correcto.

—Mira, esto no va a ser fácil y espero que, a pesar de todo, podamos seguir siendo amigos porque eres importante para mí, pero...

—¿De qué coño hablas, Marc?

—Yo creo que deberíamos...

—No sigas. Cállate. Esto tiene que ser una puta broma. ¿Es eso? ¿Una broma? —Su mano se eleva delante de mí como si de esa forma quisiera parar las palabras que salen de mis labios para estrellarse contra ella.

—No. Te lo digo muy en serio. Creo que deberíamos dejarlo.

Ya está, lo he soltado. Quizá no de la mejor forma, pero prefiero arrancar la tirita de golpe. ¿Duele menos así? No.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

Me callo, porque dejar salir las palabras que tengo que decirle me duele, sé que esto va a rompernos, va a romperme aún un poco más. Voy a perder a la persona más importante que ha pasado por mi vida y esta vez no podré seguir adelante. Sé que se supone que es solo por un tiempo, pero ¿cuánto?

—¡Contesta, joder! —me grita, y ahora la rabia y la incomprensión colman sus palabras.

Y lo entiendo, porque yo también me odio por hacer esto. Brown gimotea y pasea su mirada de uno al otro. Estoy a punto de soltar la bomba, debo hacerlo. Sé que cada cosa que le diga va a resonar en mi interior como un golpe y con cada uno de ellos, mi yo interior va a ir cayendo más profundo en ese pozo del que no sé si podré resurgir. Abro la boca:

—Porque esto no va a ninguna parte, Miranda. —Primer golpe—. Lo hemos pasado bien —segundo—, pero creo que ya es suficiente.

—Pero ¿qué mierda dices? ¡Cómo puedes siquiera pensar eso después de todo lo que hemos pasado juntos! Cómo...

—Lo siento.

—No, no es verdad. Es que no entiendo por qué vienes hoy, después de lo que compartimos la otra noche y me sueltas esto. No puedo entenderlo.

—Estuve ahí para ti porque soy tu amigo y eso es lo que hacen los amigos. —Tercer golpe.

—¿En serio, Marc? ¿En serio me vienes con esas a estas alturas? ¿Amigos?

—Lo somos.

—Yo ya no estoy tan segura. Mi amigo, el Marc que me abrazaba hace dos noches, está aquí, delante de mí, como si yo no fuera nadie para él, como si no hubiera existido nada entre nosotros.

Bajo la mirada porque... ¿qué le puedo decir? Si tiene razón en cada una de las palabras que ha dicho. Soy un mierda por hacerle pasar por esto. Solo espero que sirva para algo y que atrapen a Diego cuanto antes para poder explicárselo.

—Habla, Marc. Acáballo. Di lo que hayas venido a decir. Te escucho. —Abre un poco las piernas y cruza los brazos sobre el pecho a la espera de recibir el golpe final, el que nos va a resquebrajar a ambos.

Elevo la vista y la enfoco en la suya antes de hablar. Tengo que ser contundente, tiene que creerme:

«Perdóname, pelirroja».

—Yo... ya no te quiero.

Puedo ver cómo el brillo de sus preciosos ojos acaba por extinguirse y es lo que hace que mi corazón se resienta y duela como nunca lo ha hecho. Veo cómo, segundos después, oculta el dolor y se recompone, eleva el mentón y, dando un paso a un lado, señala la puerta a la vez que me dice:

—Entonces, no tenemos nada más que hablar.

—Miranda, espera. Aún podemos... Lo prometimos.

—No podemos. No te engañes. Dijimos muchas cosas y parece que todo era falso, no eran más que estúpidas ilusiones que nunca debí prometer ni dejar que me prometieras. Esas promesas no son más que palabras vacías ahora. Adiós, Marc —dice eso último con un hilo de voz que me destroza por dentro.

Espero unos segundos, quiero digerir lo que acaba de pasar, lo que ella acaba de decir. Sabía que iba a ser duro, pero nada podría haberme preparado para su frialdad. Decido dejarle espacio. Paso por su lado, llamo a Brown, pero se resiste. Miranda se da cuenta, se agacha a su altura y la abraza mientras deja besos en su cuello y murmura algo que no llego a oír. Salgo al rellano, Brown, ahora sí, me sigue y, cuando me giro para despedirme, veo que ella cierra la puerta sin destinarme ni una última mirada.

Cuando llegamos a casa voy directo al baño para darme una ducha antes de ahogarme en esta pena que ya siento fuera de control.

Enciendo la ducha y mientras el agua coge temperatura, me miro en el espejo. No puedo evitar pensar que me he equivocado, que seguro que hay otra manera de hacer las cosas, que quizá podría haberle explicado lo que pasa y... No, estoy seguro de que esto es lo mejor por más que duela. Arranco mi camiseta por encima de la cabeza y cuando voy a meterme en la ducha algo llama mi atención en el espejo.

Me pongo de espaldas a él y giro la cabeza. Pensaba que ya había recibido el último golpe y no podía hundirme más, pero no, acabo de recibir la estocada final en forma de lluvia de besos azules marcados con pintalabios en mi espalda. Miranda debió de dejar todos esos besos en algún momento de la noche. Una única lágrima recorre mi mejilla hasta estrellarse en mi pecho, mientras la visión borrosa de esos besos acaba de arrastrarme a lo más oscuro.

35. Romper con todo



Miranda

Romperle el corazón a alguien. Una expresión curiosa que, a estas alturas, se me queda corta hasta decir basta. Quizá porque lo que siento es que me lo han arrancado de cuajo. Que estoy, pero a medias. Que río, pero con menor intensidad. Que sigo siendo yo, pero, joder... qué feliz era contigo, Marc.

—Miranda, ¿estás bien? —pregunta Ada.

Asiento ligeramente y me aguanto las lágrimas que se empeñan en derramarse por mis mejillas otra vez. He llorado tanto este mes que no entiendo cómo no me he secado por dentro. Diciembre suele ser mi mes favorito del año, me encanta la Navidad, pero, en esta ocasión, está siendo el peor de todos.

—Ey, no pasa nada si no estás bien —dice Sara y me acaricia el hombro con dulzura.

—Es normal que estés así, no tengas miedo a desahogarte —habla Carla.

Necesitábamos un rato así, solo nosotras. Sara está a unas semanas de dar a luz y después de eso, sabemos que estará más ocupada que nunca. Edgar se fue a Jamaica con Aidan hace una semana y, aunque lo echaremos mucho de menos, entendemos que quiera estar con él mientras su madre se recupera. Yo, por otro lado, llevaba tantos días destrozada emocionalmente, haciéndome miles de preguntas sin respuesta, que, si no hubiese sido por ellas, estaría aún más hundida en la miseria. Por ello, decidimos hacer una fiesta de pijamas, aunque de fiesta tenga más bien poco.

—¡Es que sigo sin entender nada! Por más que le doy vueltas, no me entra en la cabeza que me dijese que me quería antes de tirarnos al maldito vacío y que días después fuera capaz de decirme que... —No acabo la frase, porque ese «no te quiero» lo he repetido hasta la saciedad y me duele cada vez que lo pronuncio en voz alta. Mierda, ya estoy llorando otra vez.

Ada se acerca a mí y me abraza en el sofá.

—Si te soy sincera, me cuesta mucho creerlo viniendo de Marc. Si, de verdad, sus sentimientos hubieran cambiado respecto a ti, nunca te lo hubiese dicho así —dice Sara.

—¡Es Marc! Desde que os conocisteis sois los mejores amigos. Es extraño. Es como si realmente quisiese alejarse de ti... Romper con todo —interviene Ada.

—Lo ha hecho, no me ha vuelto a hablar desde entonces, ni siquiera por mensaje. Está claro que no quiere saber nada de mí.

—De quedar todos juntos nos olvidamos, ¿no? —dice Carla.

—Creo que nadie se atreve a decir nada en el grupo —dice Sara.

—¡Joder! Es que lo echo tanto de menos... A él, a Brown, a nosotros tres juntos. ¡No entiendo qué ha pasado! ¿Ha habido una razón? ¿Algo que haya hecho yo o simplemente se ha cansado de mí?

Lo peor de todo es que ninguna de ellas tiene las respuestas que yo necesito. Están tan desconcertadas como yo.

—Lo siento, Miranda. Ojalá pudiésemos hacer algo —dice Carla.

—¿Sabéis una cosa? Hace muchos años me prometí a mí misma que nunca más iba a llorar por un tío. ¡Y no paro de hacerlo! ¡Estoy harta! —Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano.

—Todas sabemos que no es... solo un tío —interviene Ada.

—Ya, ¿y qué? ¿Para esto me he dejado llevar? Para acabar enamorada y destrozada.

—¿Te arrepientes? —pregunta Sara.

—Eso es lo peor, que no me arrepiento de lo que hemos vivido. Ha sido real, lo sé. Puedo sentirlo en cada recuerdo junto a él.

Ada y Sara, que las tengo a ambos lados en el sofá, me abrazan y se apoyan en mis hombros. Carla alarga el brazo y posa su mano en mi rodilla, en un intento por infundirme ánimos.

—Y tú, Ada, ¿cómo estás ahora que Edgar se ha ido? —pregunta Carla.

—Estoy bien porque sé que mi hermano está con Aidan y está feliz, aunque me da pena tenerlo tan lejos. Espero que no tarden mucho en volver. Mi madre sí que se quedó un poco triste con su partida, pero lo entiende, Edgar le ha prometido que le hará una videollamada todos los días. —A todas nos sale una sonrisilla porque conociendo lo desastre que es Edgar, seguro que se le olvida.

—Tú también te fuiste una vez —dice Sara.

—Lo sé, cuánto ha llovido desde entonces. Cada vez somos más.

—Sonríe Ada y le acaricia la barriga a Sara.

Justo en ese momento, escuchamos el ruido de la puerta.

—Hola, chicas. —Es Evan, que nos saluda a todas y le da un beso a Sara en los labios.

—¿Lo has encontrado? —le pregunta ella, mirándolo con ojos ansiosos, y él hace como que esconde algo detrás de su espalda.

—*I got it, baby*^[4] —dice y deja en sus manos un bote de encurtidos que hace que a Sara se le iluminen los ojos.

—¿En serio, Sara? ¡Si odias los pepinillos, no me jodas! —le suelto y miro a Evan, que ríe entre dientes y niega con la cabeza.

—¡Qué va! Esto está delicioso. —Abraza el bote.

—¿Te ha costado mucho encontrarlo? No debe de haber nada abierto a estas horas —interviene Ada.

—Ah, nada, tres gasolineras. A la tercera siempre va la vencida —dice Evan, y todas reímos a carcajadas, aunque no me pasa desapercibida la mirada algo perdida de Carla.

—Eres el mejor, te quiero —le dice Sara, embelesada.

—Deja de ser tan mono, por favor. Ya. ¡Basta! —bromeo y él se sonroja un poco mientras reímos.

—Bueno, os dejo, que tendréis cosas que hablar. —Se despide Evan de nosotras. Luego, le da un beso a Sara y agacha la cabeza hasta su barriga—. *Bye, girls. I love you*^[5].

—Espera, ¿has dicho *girls*? —Ada, a la que no se le escapa una, gira el cuello en una milésima de segundo y mira a Sara.

—No os lo había dicho porque quería que fuera sorpresa — contesta ella.

—¿Me estás diciendo que vamos a ver dos niñas, con toda probabilidad pelirrojas, correteando dentro de poco por aquí? — Cuando digo lo del color de pelo, a Evan se le escapa una risita.

—Eso parece —contesta Sara, risueña.

—¡Ahhhhhhhh, qué ilusión! —Nos emocionamos, no sé por qué, supongo que la imagen mental que se nos ha creado nos ha parecido de lo más entrañable.

—Ahora que estáis tan animadas, me voy —se despide Evan; esta vez, sí.

—Adiós —decimos al unísono y lo vemos desaparecer tras la puerta.

—Vaya, vaya, ¿estás nerviosa por el parto? —curioso.

—Un poco, sobre todo ahora que se acerca —habla, y se mete un pepinillo en la boca.

—Todo irá bien —comenta Ada con una sonrisa.

—Si me disculpáis, voy al baño un segundo —dice Sara y se va de la habitación.

—Oye, Carla, ¿estás bien? Te noto un tanto triste. —Llevo un rato observándola y está como ausente.

—Sí, sí, claro.

—¿Seguro? —insisto, la miro a los ojos y percibo lo nerviosa que está.

—No —admite al fin.

—¿Qué te pasa? Sabes que puedes contárnoslo —dice Ada.

—¿Qué me he perdido? —vuelve Sara a la conversación.

—Chicas, hay algo que no os he contado y por lo que he estado bastante preocupada estos meses. Ha sido una decisión difícil, pero... creo que es lo mejor para los dos.

—Ay, Dios, no me digas que tú y Hugo lo dejáis —habla Ada, que se lleva las manos a la boca.

—¡No, no! No es eso. —Hace una pausa para coger aire—. Hugo y yo llevamos un año intentando tener un hijo. Ha pasado mucho tiempo, hemos visto muchos médicos, nos han dicho que hay pocas

posibilidades de que podamos ser padres algún día. Al menos, por el método tradicional.

—¿Por qué no nos lo contaste? No podíamos imaginar que estabas pasando por eso —dice Sara y, acto seguido, nos volcamos todas con Carla, que está al borde de las lágrimas.

—No sabía cómo hacerlo, no quería parecer dramática, aunque no os voy a negar que he tenido días muy malos. Y Hugo también. Los dos teníamos muchas ganas de ser padres y... ver que eso nunca llegaba nos ha hundido cada vez más.

—Ay, Carla, lo siento si alguna vez he soltado algún comentario fuera de lugar, no tenía ni idea.

—No te preocupes por eso, Miranda.

—¿Y qué decisión habéis tomado? —pregunta Ada.

—Ya sabéis que tengo unos horarios de mierda, turnos de mañana y de noche que cambian constantemente y un trabajo con el que llevo años quemada pensando en dejarlo por pura salud mental. Me gusta mi trabajo, soy enfermera por vocación, pero no en estas condiciones.

—Lo sabemos, cariño —dice Sara.

—Hemos decidido irnos los dos a Shanghái y... preparar los trámites para una adopción. Hugo trabajó mucho tiempo allí, sabe cómo funciona todo y creemos que será más fácil. Y a mí un descanso me irá genial.

—Así que vais a adoptar, eso es una buena noticia, ¿no?

—Claro que sí, estoy segura de que seréis los mejores padres y le daréis a ese niño todo el cariño que necesite —habla Sara, y a Carla se le escapan las lágrimas.

—Tienes todo nuestro apoyo. —Dejo claro de parte de todas.

—Gracias, chicas. Creo que un tiempo fuera nos vendrá bien y, si logramos adoptar, sería un sueño, de verdad.

—¿Cuándo os vais? —pregunta Sara.

—En dos semanas.

—¡En dos semanas! Eso es ya. Dios mío, vosotros también os marcháis, nos vamos a quedar más solos que la una —habla Ada y agacha un poco la cabeza.

—Será duro estar lejos de vosotros, pero es algo temporal. Volveremos con más fuerza y, ojalá, siendo tres —interviene Carla, que ahora vuelve a sonreír.

—Claro que sí, crucemos los dedos —dice Sara y, poco después, nos volvemos a abrazar.

Días más tarde, mi teléfono suena con una llamada entrante y me sorprende ver que se trata de Diego. Me dice que ha conseguido una entrevista con el director de un pequeño auditorio, aquí en la ciudad, y tenemos que ir a hablar con él para que nos dejen usarlo para el musical de los chicos.

Así que aquí estamos ahora, paseando por el escenario mientras esperamos a que el director aparezca.

—Bueno, ¿vas a explicarme ya cómo has conseguido que nos dejen este sitio? —pregunto curiosa.

—No he logrado tal cosa, solo que el director acceda a vernos.

—Ya es más de lo que yo he conseguido en estos meses.

—Es que yo tengo contactos y de los buenos —dice, chuleándome.

—Ya, ya. Pues en este momento eso nos va genial. Los chicos merecen actuar en un sitio como este.

—Si están tan implicados es porque tú les transmites tu amor por el teatro.

—No es mérito mío solo.

—Oye, ahora que me acuerdo, el otro día me llegaron unas entradas para ese musical nuevo que anuncian por todas partes. — Cambia de tema.

—¿Más contactos?

—Algo así —dice y ríe—. ¿Te apetecería venir conmigo?

Lo miro con una ceja alzada, ¿me está pidiendo una cita?

—Diego, yo ahora mismo no estoy pasando por un buen momento y...

—Como amigos. La propuesta es quedar como amigos. Ver el musical y después ir a cenar o a tomar algo.

Lo pienso por un momento, pero lo cierto es que últimamente Diego se ha comportado bien, parece que ha dejado a un lado la estúpida idea de que volvamos a estar juntos. Desde que Marc y yo lo dejamos, se ha mostrado más cercano y amable, pero en ningún momento ha intentado nada más. Así que, aunque yo misma me sorprendo de mi respuesta, contesto:

—Vale.

—Buenos días.

El que supongo que es el director del auditorio interrumpe la conversación y se acerca a nosotros por el pasillo central. Ambos nos giramos y ponemos nuestra mejor cara para explicarle el proyecto que tenemos en marcha y que nos sería de mucha ayuda que nos cediera sus instalaciones para la representación.

Un rato después, salimos de allí muy contentos porque lo hemos conseguido, y debe de ser que la euforia se me sube a la cabeza, porque le propongo a Diego que venga a comer a casa de mis padres. Él acepta entre encantado y sorprendido y ponemos rumbo hacia allí.

Una vez llegamos, si mi madre se sorprende al vernos juntos, no lo dice, pero sí que esboza una bonita sonrisa. Si cree que esto significa algo, se equivoca. Minutos después, aparece mi padre y se lleva a Diego con él para hablar de no sé qué, pero no me pasa desapercibida la mirada que me dedica mi progenitor, que puedo traducir en algo así como «Bien, hija, por fin haces lo correcto». ¡Ja! Pues va a ser que no.

Conforme van llegando mis hermanos y sus parejas, mis sobrinos se me abalanzan y me distraigo jugando con ellos para retrasar al máximo la conversación sobre por qué no ha venido Marc, puesto que ellos aún no saben nada.

—¿Dónde están los sobrinos más guapos del mundo? —Los más peques levantan la mano, y elevo a uno de ellos por los aires, lo que hace que se parta de risa.

—¿No viene Marc hoy? —pregunta mi hermano Francisco. ¡La primera en la frente!

—Pues... no, no va a venir.

—¿Tiene turno? Quería enseñarle el coche que me voy a comprar —dice mi hermano Jorge, que se mete de lleno en nuestra conversación.

—Qué pena, quería decirle que he empezado a hacer *crossfit*. Me dijo que tendría agujetas durante una semana y tenía razón el *jodío* —interviene Álvaro.

—Pues nuestra madre ha puesto un plato de más. Ah, no, espera, que hay otro extra en la mesa —habla Sergio. ¡Estupendo! Los hermanos al completo preguntan por Marc. Esto va a ser más duro de lo que creía.

—¡A comer! —grita mi madre desde la cocina y nos encaminamos hacia allí.

—¿Y el *xiquet*, mi niña? —¡No! Abuela, no me hagas esto.

Antes de darme por vencida y contar la verdad de una vez por todas, Diego aparece por la puerta seguido de cerca por mi padre.

—¿Qué hace este aquí? —me pregunta mi hermano Sergio por lo bajini.

—Lo he invitado yo. Antes de venir aquí hemos tenido una reunión para conseguir un sitio donde los chicos puedan representar el musical —le explico.

Una vez todos sentados alrededor de la mesa, es precisamente mi padre el que pregunta por «mi novio» y, aunque me duele, soy consciente de que ya no puedo seguir callándome esto. Los demás días que he aparecido por aquí durante este mes, he esquivado las preguntas con excusas que parecían creíbles, pero hoy ha llegado el momento de decir la verdad.

—Marc no va a venir más. Lo hemos dejado.

Al soltarlo sin anestesia, observo las reacciones de todos. Mis hermanos están con la boca abierta, al igual que mi madre y mi abuela. Mi padre, en cambio, niega con la cabeza mientras pone esa expresión de suficiencia, y Diego... Él no muestra reacción alguna, pues ya lo sabe desde el principio.

—Vaya, al final ha pasado lo que todos sabíamos que iba a ocurrir. Lo siento, Miranda —apunta mi padre y yo ni me molesto en discutir.

—¿Estás bien, pequeña? —dice Álvaro, aunque todos mis hermanos me preguntan lo mismo con la mirada.

Asiento, porque como hable quizá se me saltan las lágrimas.

—Lo superarás, te mereces a alguien mejor —habla Diego, a lo que mis hermanos le echan una mirada matadora. Es increíble cómo Marc logró hacerse huequito en esta familia, siento orgullo por ello, aunque ahora ya ni siquiera eso importe.

—Déjalo estar, Diego, no quiero hablar de eso —disparo con rabia.

—Como quieras —cede.

—Bien.

—Pero ¿qué ha pasado? —se interesa mi madre.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? No quiero hablar de él.
—Suspiro.

Tras esta conversación, la comida transcurre sin demasiados incidentes y mis hermanos se despiden tras darme un abrazo. Son un poco idiotas a veces, pero nos queremos, a nuestra manera. Lo cierto es que no sé qué hubiese hecho sin su apoyo.

Estoy a punto de irme cuando noto la mano de mi abuela en el culo. Eso es una señal clarísima de «tenemos que hablar».

—¿Necesitas algo, yaya?

—Vamos a la habitación, que estemos a solas —susurra.

La agarro del brazo y nos movemos hasta mi antiguo dormitorio. Una vez cierro la puerta, mi abuela no se corta:

—¿Qué te dijo Marc exactamente?

—Que ya no me quería —suelto a bocajarro.

—¿En serio?

—Sí, yaya, eso fue lo que dijo.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —pregunto curiosa.

—¡Que no me creo nada! ¡Nada de nada, niña! Que no puede ser, el *xiquet* te quiere, lo tengo clarísimo.

—Pero, abuela, él...

—Te quiere como nunca te quiso el alelado ese que está afuera y al que detesto con todas mis fuerzas.

—Pero ¿qué quieres que haga?

—Eres lista, estoy segura de que descubrirás lo que, en realidad, ocurre.

—No entiendo, yaya, de verdad, es que no sé qué hacer.

—Ahora estás triste y no puedes pensar con claridad, pero no te angusties, cariño, porque todo se arreglará.

—¿Y si no? —No es que sea pesimista, es que no veo ninguna otra salida.

—Marc haría cualquier cosa por ti, lo sé. Lo que sí te digo es que te andes con mucho ojo con Diego —me advierte con la voz más baja.

—¿Por qué lo dices? —le pregunto, desconcertada.

—El otro día escuché cosas raras. Se cree que porque soy ciega no me entero de nada, pero se equivoca.

—¿Qué cosas, yaya?

—Está metido en un lio. Algo gordo, niña. Lo escuché hablar en clave sobre un negocio que tenía toda la pinta de ser ilegal.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes saber eso?

—Porque no soy imbécil; en mis tiempos, cuando tenía que comunicarme con alguien sobre algún tema censurable, nos inventábamos un lenguaje en código y eso tenía toda la pinta de serlo, Miranda.

—Me estás asustando.

—Ten mucho cuidadito, tesoro. No me fío de ese hombre, tiene el corazón negro. Y una ya es vieja y capta los *gilis* al vuelo.

—Parece que ha cambiado.

—Tú y yo sabemos por qué lo dejaste en el pasado, porque era un controlador asqueroso que te quería todo lo mal que se puede querer a alguien, no dejes que te líe. La gente no cambia, niña.

—Puede que tengas razón.

—Ahora, vámonos, que no se piensen que ocultamos algún secreto. —Me da tropecientos besos sonoros en la frente y salimos de la habitación.

De camino al coche, la conversación con mi abuela retumba en mi cabeza y no puedo evitar pensar que quizá tenga razón y haya

algo que nos estamos perdiendo. Sea como sea, pienso averiguarlo pronto.

36. Todo está bien, amigo



Marc

Mi móvil suena y me saca del trance en el que me hallo. Ha pasado un mes desde que dejé a Miranda y, si pensaba que sería más fácil con el paso de los días, me equivocaba. Cada vez duele más y cada vez me siento más impaciente y con más ganas de mandarlo todo a la mierda e ir a buscarla y contarle toda la puta verdad, pero no puedo hacerlo.

Respondo sin mirar quién llama:

—¿Sí?

—Hola, Marc.

—¿Con quién hablo?

—Vaya, muchacho, yo que pensaba que te había impresionado más. Esta pobre vieja ya ha perdido todas sus facultades.

—¡Abuela! —Es la abuela de Miranda, después de conocerla se empeñó en que la llamara así. «¿Y por qué no?», pensé.

—Menos mal que me has reconocido, ya pensaba que tenía que ir a darte un pellizquito.

—No va a ser necesario. —Río—. ¿En qué puedo ayudarla?

—*Xiquet*...

—Ayudarte, ¿en qué puedo ayudarte? —Corrijo automáticamente.

—Quería saber cómo estas. El otro día te echamos de menos en la comida familiar.

—Bueno...

—Sé que tú y Miranda lo habéis dejado.

—Sí.

—Y que le has dicho que ya no la quieres.

—Mmm... —Voy a contestarle, pero me interrumpe.

—No le tengas en cuenta que me lo haya explicado. Soy vieja y sé cómo persuadir a mi nieta cuando quiero que me explique algo. Además, pude percibir que lo necesitaba.

—Me lo imagino. Yo, la verdad, no sé qué más decirte. Se ha acabado.

—Eso lo dirás tú, pero yo sé que mientes. El porqué aún no lo he averiguado.

—Abue...

—A mí no me cuentes milongas. Tampoco sé por qué se las ha creído mi nieta, con lo lista que es, supongo que será porque está enamorada hasta los huesos y esto la ha pillado desprevenida. —No digo nada—. Marc, sé que tú también la quieres y que si has hecho esto es por algún buen motivo y más te vale que sea así, porque soy ciega, pero pego unos pellizcos de campeonato. Solúcionalo y después vuelve.

—Yo... No puedo...

—Lo sé. No hace falta que me expliques nada. Sé que la quieres de verdad, muchacho. Cuídate tú también, hay gente muy peligrosa por el mundo.

Diría que la señora Lourdes intenta advertirme, pero es imposible que esta buena mujer sepa algo de todo este asunto.

—Y ven a visitarme, *xiquet*. Que tú y mi nieta no estéis juntos no quiere decir que te olvides de esta pobre anciana.

Me río y antes de colgar le digo que en cuanto los turnos me lo permitan iré a verla. Últimamente he cogido más guardias solo por tener la cabeza ocupada.

Al día siguiente, voy a casa de mis padres. Dejé a Brown allí porque tenía turno de veinticuatro horas. Ahora que Miranda y yo no estamos juntos, no quiero que se quede en casa sola tantas horas. Además, se lleva genial con Ona y mis padres, es su nieta preferida. Solo tienen una, claro.

Abro la puerta de casa de mis padres con mi llave y río al ver a Brown sentada, esperándome, mientras me mira y mueve la cola.

—Ven aquí. —Me arrodillo y cuando se acerca la envuelvo con mis brazos y río cuando me lame la oreja. Me he dado cuenta de que echa de menos a Miranda. Cuando estamos en casa muchas veces va al lado de la cama que ocupaba ella y se sienta allí, como si esperara que apareciese por arte de magia. Y yo aún me siento peor por haberlas separado.

—Hombre, hermanito.

—Hola, enana.

Me pongo en pie y rodeo los hombros de Ona, beso su pelo y nos llevo hasta la cocina, donde veo que mi padre está liado haciendo algo que huele de maravilla.

—¿Ya tan pronto entre fogones? —Le doy un beso mientras miro por encima de su hombro.

—Tu hermana me ha pedido que le haga tortitas para desayunar y ya sabes que no me puedo resistir a su carita.

—Sí, una carita angelical.

—Pues sí. —La aludida coloca las manos bajo su barbilla mientras aletea las pestañas y nos mira inocente.

—¿Y mamá? —pregunto mientras robo una tortita de la pila sin que mi padre se dé cuenta.

—En la ducha, ha salido a andar esta mañana.

Desayunamos juntos y por un rato me doy cuenta de que he encontrado mi refugio. Parece absurdo, porque sé que siempre que lo necesite puedo contar con ellos, pero hoy lo siento de verdad. Y no es por nada en especial, es simplemente que están aquí, entre bromas y conversaciones sin importancia, y eso me hace ser consciente de que estoy en casa.

Pasamos la mañana en el jardín. Ayudo a mi padre a podar los setos de fuera, Ona y mi madre leen en las hamacas y Brown corre de un lado a otro. Cuando acabamos, me doy una ducha y me estiro a descansar un rato mientras se calienta la comida.

—Cuando necesites hablar, sabes que estoy aquí, ¿verdad?

Abro un ojo y veo a Ona, que me mira, acucillada al lado de la hamaca, a solo un palmo de mi cara.

—¿Por qué dices eso?

—Marc, soy una adolescente, pero no soy idiota. Hace mucho que no vienes con Miranda y cuando alguien saca a relucir su nombre tú esquivas el tema. No creas que ellos no se han dado cuenta —hace un gesto con la cabeza hacia el interior de la casa—, pero han decidido darte espacio y que seas tú el que dé el paso de explicar qué ha pasado.

—Tú no vas a tener esa cortesía, ¿verdad?

—No. Ya te he dicho que soy una adolescente. Cuéntamelo.

Podría levantarme e irme y sé que ella no insistiría, aunque hablar con alguien me irá bien. Quizá no me entienda, porque no puedo explicarle lo que sí saben Evan y Gabriel, pero puede que me sirva para desahogarme un poco.

—Lo hemos dejado.

—Eso ya me lo imaginaba. ¿Por qué?

—Eso no puedo decírtelo.

Entrecierra los ojos, pero algo debe de ver en los míos porque lo deja pasar.

—¿Cómo estás?

Me señalo a mí mismo, resaltando lo evidente, pero quiere que lo diga en voz alta...

—Como una mierda.

—Reconocerlo es un paso.

—No va a servirme de nada, créeme.

—Si estás mal, entiendo que es porque aún la quieres.

—Claro que la quiero.

—Entonces, ¿te ha dejado ella?

—No.

—¿Has sido tú?

—Sí. Déjalo ya, que siento que vas a sacar el foco de interrogatorios en cualquier momento.

—Solo trato de entenderlo.

Resoplo.

—Lo sé, pero es complicado. Ni siquiera yo estoy seguro de que haya hecho lo correcto.

—Vaya puta mierda.

—¡Esa boca! —la regaño.

—Si es que es verdad.

—Sí que lo es —reconozco.

La atraigo hacia mí, le hago hueco en la hamaca y la abrazo mientras enfoco mi mirada en el cielo e intento dejar la mente en blanco, porque últimamente le doy tantas vueltas a todo que ya estoy hasta mareado. Ella no dice nada más, solo me abraza y nos quedamos así hasta que mi madre sale a buscarnos cuando la comida ya está lista.

Volvemos a casa a media tarde, pero me cambio de ropa y salgo a correr un rato con Brown. A ella le encanta trotar a mi lado y yo necesito agotarme para poder dormir. Alargo mi ruta habitual hasta que estoy tan cansado que casi no puedo levantar los pies. Ya voy de camino a casa cuando, al pasar por delante de un parque, me parece ver a Joel. Me acerco a donde creo haberlo visto porque he percibido algo raro.

—¡Joel! —lo llamo.

—Sshh... Calla, no grites.

Ahora lleva una capucha puesta. Cuando se gira de nuevo hacia mí tengo que reprimir una maldición. Tiene un ojo morado, el pómulo inflado y el labio partido.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Nadie.

—Joder, pues dile a «Nadie» que se meta con alguien de su tamaño. —Me mira sin decir nada, yo suspiro—. Ahora en serio, Joel. ¿Qué te ha pasado? Y quiero la verdad.

—Vale, pero no lo cuentes.

—No lo haré, pero quiero ayudarte.

—No puedes. La he cagado y ahora van a por mí.

—¿Qué ha pasado? —repito.

—Empecé a trabajar en ese almacén por recomendación de Diego. Me dijo que buscaban chicos jóvenes y que, si necesitaba dinero, él podía recomendarme. Conseguí el puesto y durante unas

semanas trabajé en el almacén. Preparaba pedidos y los cargaba cuando venían a recogerlos.

«Qué hijo de puta». Cada vez me doy más cuenta de lo que pretendía Diego al integrarse dentro del centro: despistarnos para llevar a cabo sus negocios. ¡Nunca debimos dejarle entrar!

—¿Pedidos de qué? —respondo con calma, aunque en el fondo tenga ganas de ir a buscar a Diego y partirle la cara.

—Pues un poco de todo, la verdad es que no he prestado demasiada atención... —Creo que miente, pero lo dejo pasar para que siga hablando—. Después de unas semanas, me ofrecieron llevar la mercancía en persona a los clientes más importantes.

—¿Cómo? Tú no tienes carné ni de moto.

—A pie.

Lo miro para que siga contándome. Sé a qué mercancía se refiere, pero quiero que lo diga él.

—Estos paquetes eran pequeños. Botes de pastillas.

—Ya.

—El hecho es que, después de unos días, los clientes estaban muy contentos conmigo y mi jefe decidió darme más responsabilidad: buscar yo mismo a posibles clientes nuevos. Y ahí es cuando empecé a cagarla. No sé, me pudo la avaricia. Vi que era una forma fácil de conseguir más dinero para ayudar a mi madre y... no lo pensé demasiado. Mis hermanos llevan años pasando frío en invierno en casa porque no podemos permitirnos siquiera poner la calefacción y uno de ellos tiene asma por eso. Yo solo quería ayudar, Marc —dice con un tono afligido en la voz.

—Ya veo.

—Empecé a buscar clientes y en vez de venderles las pastillas a lo que quería mi jefe, se las vendía un poco más caras y me quedaba la diferencia para mí. Ahora él se ha enterado y, claro, se ha cabreado muchísimo y quiere que le dé todo ese dinero que me saqué de más. ¿El problema? Que no lo tengo. Se lo di a mi madre y ahora no puedo pedírselo porque lo ha usado para pagar una deuda que tenía de una reparación de la caldera de casa y...

Su respiración es cada vez más agitada, no para de retorcerse las manos y mirar a todas partes, en guardia, mientras habla. Brown se

acerca a él en ese momento y le lame la mano, Joel sonríe y le acaricia la cabeza.

—Me han amenazado, en realidad, a ella también y yo... no quiero que le pase nada, Marc.  Podr s ayudarme?

Lo miro y veo lo asustado que est . Me recuerda tanto a David en este momento...

—Claro que voy a ayudarte.

Me observa, a punto de llorar, como si no se creyera lo que le estoy diciendo.

— Por qué lo haces?

—Porque solo intentabas ayudar a tu familia. Eres solo un crío, deberías estar jugando con tus amigos, enamor ndote, cag ndola, yo qué s , esas cosas de adolescente que hacemos con las hormonas revolucionadas a esa edad.

—Algunos no tenemos opción.

—Esto es lo que vamos a hacer. Te voy a dar ese dinero que tienes que devolverles. Vas a quedar con ellos en un sitio al aire libre y en el que haya más gente, por ejemplo, este parque. Yo estará contigo.

—No, no quiero que te veas implicado.

—Pero...

—No.

—Vale, pues estará a tu lado, pero donde ellos no puedan verme. Si la cosa se pone fea, intervendrá.

—De acuerdo.

—Solo tengo una condición para ayudarte.

—Te devolver  el dinero, lo prometo.

—Me parece genial, pero no es esa. La  nica condición es que te alejes del todo de esa gente. D jales claro que sald s tu deuda y que no volverás a trabajar para él. Encontraremos otra forma de ayudar a tu familia, Joel.

—Jo, Marc, esto es demasiado...

—Es lo menos que puedo hacer por ti.

—Est  bien. Acepto.

—Vale. Vamos a sacar el dinero y después lo llamas para quedar con él.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar cuando Joel me llama.

—Marc. —Lo miro por encima del hombro sin decir nada—.
Gracias.

—De nada —respondo.

—Te devolveré el dinero.

Asiento y vuelvo a ponerme en marcha, tenemos mucho que hacer.

Parece que lo de Joel se ha solucionado por ahora, aunque no creo que sea tan fácil salir de ese mundillo. Por si acaso, lo he acompañado a su casa y le he dicho que, si nota cualquier cosa extraña, me avise. Además, le aconsejo que no se deje ver demasiado por las calles. Confío en que con el tiempo lo dejen en paz.

Después de despedirme de él, por primera vez desde hace muchos años, me atrevo a hacer esa visita que tengo tan pendiente desde hace tiempo. Supongo que no hay un solo motivo para no haberlo hecho antes, es solo que me daba miedo, que me sentía culpable, que no sabía ni qué iba a decir. Hoy algo ha cambiado o quizá solo es que el tiempo ha pasado y empiezo a perdonarme, no lo sé.

Avanzo por las calles y dejo atrás filas y filas de tumbas mientras busco la suya. Sé perfectamente donde está, aunque solo haya estado aquí el día que lo enterraron. En aquel momento solo podía pensar cómo de solo iba a sentirse mi amigo en ese lugar frío y oscuro. Empecé a preguntarme cosas que hasta ese momento ni siquiera habían pasado por mi cabeza, como ¿a dónde vamos después de morir? ¿Se acaba todo? ¿Es verdad que ocupamos otro cuerpo? ¿Vamos al cielo?

Todas esas dudas se amontonaban en mi cabeza, pero no era capaz de expresarlas en voz alta. Me lo tragué todo durante demasiado tiempo. No porque no se me ofreciera la posibilidad de hablar con un psicólogo, sino porque no era capaz de hacerlo. No lo

he sido hasta que llegó ella. Miranda. Me pregunto qué estará haciendo ahora mismo. Ojalá pudiera estar aquí. Conmigo.

Paro frente a su tumba y veo la foto que su madre dejó en ella. Para él no ha pasado el tiempo, sigue siendo ese adolescente al que nunca debieron quitarle la vida. Ese amigo al que no supe cómo ayudar. Ese que nunca debieron arrebatarnos.

—Hola. Espero que puedas oírme desde algún lugar. Tengo la esperanza de que, donde sea que te encuentres ahora, estés bien. Feliz. Sé que debería haber venido mucho antes, pero no podía. No podía perdonarme, no podía venir, colocarme delante de ti y decirte que lo sentía, decirte que debería haber hecho más por ayudarte.

»Hoy sé que no es del todo así. Sé que poco podía haber hecho. No tenía dinero que prestarte a esa edad. Debería haber hablado con mis padres, pero tenía miedo, David. Mucho miedo.

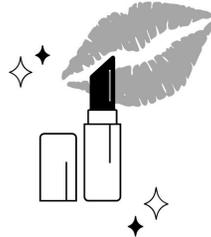
Suspiro.

—Hoy he ayudado a Joel. Es uno de los chavales que van al centro. Es un buen chico. Me recuerda mucho a ti, ¿sabes? Se ha metido en líos, pero esta vez he conseguido hacer algo. Sé que no compensa lo que te pasó a ti, pero, al menos, he podido ayudarlo a él.

»En estos últimos días, he aprendido que debo perdonarme por lo que pasó. Creo que poco a poco lo estoy logrando. Espero que tú también puedas hacerlo. Lo siento, David, lo siento mucho.

En ese momento una leve brisa acaricia mi espalda y un escalofrío me recorre. Sonrío. Puede que nada de todos esos fenómenos paranormales exista, pero yo voy a tomármelo como una palmadita, como un «Todo está bien, amigo».

37. ¿No quieres besarme ahora mismo?



Miranda

Una semana después de la fiesta de pijamas, decido hacerle una visita a Sara en su casa. Es bastante gracioso verla, porque además de tener la barriga de embarazada más grande que he visto en vivo y en directo en mi vida, está, como me dijo Ada un día, «anidando». Vamos, que anda de aquí para allá, que si preparando la canastilla, la habitación de las niñas y no sé qué más porque la mayoría de conceptos respecto a embarazos y bebés se me escapan.

Hace un ratito, acabamos de hacer una videollamada con Hugo y Carla, que ya están instalados en Shanghái. Se los ve ilusionados y eso es lo que importa. Además, nos han dicho que cuando nazcan las niñas vendrán a verlas en cuanto puedan.

—Oye, ¿te he dicho alguna vez que me flipa ese cuadro de colorines que tenéis colgado en el salón? Lo has pintado tú, ¿verdad? —le pregunto a Sara con curiosidad.

—Ehm... sí.

—Creo que estoy fatal de la cabeza porque eso de ahí me parecen dos tetas —le comento, señalando el cuadro con cara de interesante.

—Vaya, pues sí que estás mal —dice en tono burlón y se pone a doblar una mantita.

Llaman a la puerta.

—Voy a abrir —me comenta a Sara y yo, mientras, me quedo en el salón, embobada con una foto de ella en blanco y negro preciosa y natural, que seguro le ha hecho Evan.

—Oh, Marc, qué sorpresa. —Es oír su nombre y mi cuerpo reacciona. Entra en un estado de nervios que me desconcierta y me deja moviéndome por el salón como una idiota sin saber dónde meterme.

—Hola, Sara, ¿cómo estás? —le escucho decir a él.

Después de algo más de un mes sin ningún tipo de contacto, a mi organismo no le basta con estar histérico y decide entrar en taquicardia cuando escucha su voz. Casi sin darme cuenta, me he acercado a la puerta y veo que Marc va a darle un abrazo a Sara. Un abrazo que se queda a medias porque, cuando se va a acercar, se estampa con su barriga. Lo intenta por un lado, por el otro, con cara de circunstancias. Yo estoy a punto de mearme de la risa por la situación. Al final, pasa por su lado, la coge de la cabeza con cariño y le da un beso de abuela en el pelo con toda la naturalidad del mundo.

—Dios, Marc, te estoy odiando un poco ahora mismo —le dice Sara, antes de cerrar la puerta.

—Te he traído galletas —suelta él mientras se quita el abrigo y lo cuelga.

—O no... —rectifica Sara y suelta una risita.

Ambos avanzan un poco mientras comentan algo a lo que no le presto apenas atención porque es inminente lo que va a pasar.

Nada más verme, se queda paralizado. No se mueve un ápice, solo me mira sin pestañear, como si hubiese visto frente a sus narices el mayor de sus miedos. Yo tampoco me muevo, con tratar de recobrar la calma, tras todo lo que me hace sentir en el estómago su sola presencia, creo que es suficiente. Es algo intenso, diría que hasta doloroso, pero más aún lo es su reacción.

—Será mejor que me vaya —entona Marc sin mucho ímpetu.

—Acabas de llegar —le dice Sara a modo de reprimenda.

—Supongo que tendrás cosas que hacer y yo no quiero molestar.

Wow, Marc, menuda excusa te acabas de inventar. ¿Por qué huyes de mí?

—Tómame un café, al menos —insiste Sara.

—Deja que se vaya —afirmo en voz alta, y dejo de mirarlo y me concentro en doblar algunas mantitas que Sara había dejado encima de la mesa.

—Creo que somos los tres adultos y podemos tomarnos un café, o lo que sea, como amigos, ¿verdad?

Está claro que a la Sara embarazada no se le puede decir que no. Yo, al menos, no pienso irme, esté Marc o Rita la Cantaora.

—Gracias por las galletas, Marc. —Sara le coge el táper de las manos y se encamina a la cocina, después de guiñarme un ojo. «Ay, Sarita, la que me vas a liar»—. ¿Qué queréis beber?

—Café —decimos los dos al unísono y parece que escuchar nuestras voces unidas nos incomoda.

Estamos solos en la habitación.

—¿Todo bien, Mir? —pregunta él, en un intento por no hacernos más daño con el silencio. Con lo que hemos sido, que ahora no podamos aguantar un mísero silencio me revienta por dentro.

—Genial —dice mi orgullo interior.

Lo peor de todo es que está jodidamente guapo con ese jersey de cuello vuelto que lleva y ahora mismo haría cualquier cosa por abrazarlo, aunque fuera una vez más.

—¡Ahhhh! —Escuchamos a Sara desde la cocina.

—¿Sara? —le pregunta Marc, preocupado.

—Estoy bien, creo que una de las niñas me ha dado una patada, o las dos, ya no lo sé. Se deben de estar matando por encontrar espacio ahí dentro —suelta ella, risueña, y no podemos evitar sonreír nosotros también.

Sara vuelve con las bebidas y las deja en la mesita de centro del salón. Justo cuando suelta la bandeja, vuelve a quejarse.

—¡Ahhhh! —Se lleva una mano al vientre mientras aprieta los dientes y luego hace una respiración larga y profunda.

Si la cara de Marc ahora mismo rezuma confusión y susto, la mía debe de ser algo parecido, solo que, con los ojos más saltones, porque yo soy así, transparente como el cristal.

Minutos más tarde, creo que los tres entendemos que ese dolor se debe a las contracciones.

—¡Ahh, qué dolor! —Se apoya en el brazo del sofá.

—Respira —dice Marc.

—Sí, sí, respiro. —Sé que su invitación era para Sara, pero es que me estoy poniendo nerviosa. Hago como que me abanico y a Marc le sale una risita sorda. Yo también necesito aire, la madre que me parió.

—Chicos, creo que estoy de parto.

Marc me mira, yo lo miro a él y, esta vez, nuestra comunicación es básica: «¿Qué coño hacemos ahora?».

—A ver, mantengamos la calma —digo en un intento por serenarme y que nos sosegemos todos.

—Eso, mantengamos la calma —habla Marc.

—Vamos a sentarnos, respira hondo.

—Respira.

—¡Marc, no empieces a repetir lo que digo! —le grito, un poco histérica ya.

—Perdona.

Otra contracción con la que Sara se retuerce.

—Dios, estoy temblando —dice Sara.

—Deberíamos contar cuántos minutos pasan entre contracción y contracción —propongo.

—Vale, buena idea —habla Marc.

—Eh, ahora que me acuerdo, tú asististe un parto en un ascensor hace dos años —le suelto a Marc en tono divertido.

—Y tú te has visto todas las temporadas de *Anatomía de Grey*. Creo que, más o menos, estamos ahí ahí —contesta él, riéndose.

Escucho a Sara descojonarse de la risa. Al final, reímos todos y se rebaja un poco la tensión que llevamos todos encima.

—¡Contracción! —Coge aire y cierra muy fuerte los ojos hasta que se le pasa.

—Tenemos que llevarte al hospital —apunta Marc.

—¡No, no, no puedo ir sin Evan! ¿Podéis llamarlo?

—¿Dónde he dejado el puto móvil? —dice Marc y se levanta a buscarlo.

—No me dejéis sola, por favor —suplica Sara, que me mira a los ojos. Está inquieta por la emoción de lo que va a ocurrir y muy

asustada. Como para no estarlo.

—No te vamos a dejar sola, Sara. —Marc se agacha ya con el móvil en la oreja y la coge de las manos, dándole seguridad. Ella asiente.

Poco después, pone fino a Evan:

—Tú, capullo. —Esa es la forma que tiene Marc de abrir la conversación.

—...

—¿Dónde estás?

—...

—¿Me explicas que narices haces en Terrassa? Me la suda el juicio, ven aquí cagando leches —explota de los nervios.

—Pon el *manoslibres* —le grito sin soltar la mano de Sara.

—¿Qué pasa?

—Evan, vas a ser papá. Te necesito aquí conmigo, por favor, no tardes —le ruega Sara con una voz tan dulce que creo que a Evan le acaba de dar algo al otro lado de la línea.

—¿Evan? —pregunta Marc al no oír ninguna respuesta.

—¡OMG! Ya estoy en el coche, voy corriendo. Estaré allí en cuanto pueda, Sara, te lo prometo.

—Vale —dice con una lagrimilla que le cae por la mejilla.

—No me cuelgues, quiero saber cómo estas.

—Duele, duele mucho.

Evan y Sara empiezan a hablar a través del *manoslibres* y creo que voy a llorar de la ternura que me producen. De notar esa complicidad que tienen en simples palabras como «Claro que podrás hacerlo», o cómo se calman mutuamente; incluso, se ríen hablando de futuros planes que harán con las niñas, mientras Sara aguanta el dolor que le producen las contracciones. Aunque no tenga nada que ver conmigo, veo a Marc en esas frases de ánimo, porque él siempre me ha apoyado en todo. ¿Cómo hemos acabado así?

Minutos más tarde, cuando Sara se levanta para tomar un poco el aire, vemos un pequeño charco en el suelo.

—Marc, ¿has venido en coche? Tenemos que ir al hospital ya —afirmo tajante.

—¿Qué pasa? —Oímos la voz de Evan al otro lado del teléfono.

—Sara ha roto aguas.

—Idos, nos encontramos allí. Estoy a veinte minutos.

—Está bien.

Cogemos todo y nos ponemos en marcha. Mientras vamos en el coche, las contracciones de Sara se intensifican y Marc y yo nos miramos como si las sintiéramos en nuestras carnes. Lo peor son los baches, que, aunque Marc los intenta pasar en primera, Sara los nota y nos odia por momentos. De hecho, me agarra tan fuerte del brazo que creo que me lo va a exprimir como una maldita naranja.

—¡Ya estamos! —nos dice Marc al pararse delante de la puerta de Urgencias.

Justo en ese momento, se para un coche detrás que reconocemos a la perfección. Evan sale como un rayo del vehículo y le abre la puerta a Sara, que cuando lo ve aparecer, se le saltan las lágrimas de lo nerviosa que está. En pocos segundos, Evan toma el control de la situación y desaparecen por el pasillo del hospital junto con algunas enfermeras. Marc y yo, después de aparcar los coches, vemos unos asientos en una sala de espera y, tras sentarnos, soltamos todo el aire que llevamos reteniendo desde hace un buen rato. Nos resignamos a lo que van a ser unas horas entretenidas. No me pienso ir hasta que no sepa que todo ha salido bien.

Como era de esperar, las horas se alargan y Marc y yo pasamos por todos los estados de ánimo posibles. Nos movemos inquietos en el asiento, caminamos cada uno a nuestra bola por toda la planta, miramos el móvil y nos tomamos no sé cuántos cafés de la máquina, que saben a todo menos a café. Evan, mientras, nos mantiene informados de los avances y nosotros, a su vez, a los demás amigos.

—¿No te vas? —le pregunto a Marc y, con ello, rompo el silencio en el que llevamos demasiado tiempo desde que hemos llegado.

—No, no me voy a ir.

—Dice Evan que esto va para largo —comento.

—Es primeriza, podemos esperar muchas horas aquí.

—Qué bien. —Hay un puntito de ironía en mi voz. No por estar en el hospital, sino porque es surrealista pasar por esto con la persona

que me ha decepcionado y de la que, por desgracia, todavía estoy enamorada.

Al poco rato, llega la madre de Sara, que como nos conoce, nos saluda y hablamos un poco con ella. El hecho de ser abuela la tiene alucinada, está deseando conocer a sus nietas.

Horas más tarde, Marc y yo ya no sabemos dónde meternos, y mi estómago ruge tan fuerte que lo escucho reírse.

—¿Tienes hambre?

—Ahora mismo me comería hasta el pepinillo de la hamburguesa, que lo odio.

—Cómo eres... —Niega con la cabeza y suelta una risita.

—¿Cómo soy? —le contesto seria.

Me mira a los ojos y se lo piensa:

—Muy Miranda.

—Menuda definición —le suelto con guasa—. Oye, ¿vamos a comer algo? De verdad que estoy hambrienta, más rato así y voy a tener que comerte a ti. — «Oleeeee. ¿Por qué narices habré dicho eso? Te ha dejado, tía, supéralo».

Marc se lleva los dedos a los lagrimales, cosa que no oculta la sonrisa que aparece en su cara.

—Anda, tira.

—¿Vamos a picar algo? —digo en voz alta, entusiasmada.

—No pienso arriesgarme a tu amenaza. —Le sale la vena canalla y se me adelanta por el pasillo. «Arg, ¿qué hago con él?».

Le decimos a Fiona que vamos a por algo de comer y en breve estamos en el *parking* del hospital. Se sube al coche en el asiento del conductor y yo en el del copiloto y nos ponemos en marcha. No me dice a dónde vamos, pero tardo poco en averiguarlo.

—¿Lo de siempre? —me pregunta cuando hemos parado justo delante de la ventanilla del bar de comida rápida.

Afirmo con la cabeza.

—Dos hamburguesas con patatas y bebida. ¿A una, le podríais quitar el pepinillo y el tomate y ponerle extra de queso, por favor? Ah, sí, y cuatro sobres de ketchup, gracias.

Una vez nos dan la comida, volvemos al *parking* del hospital. Por el camino, noto a Marc algo intranquilo, mira en todas direcciones

como si se escondiera de alguien. Puede que sea una paranoia mía, pero es, como mínimo, un poco extraño.

Cuando paramos, empezamos a devorar nuestras hamburguesas dentro del coche.

—¡Puaj! No le han quitado el pepinillo. —Hago un gesto de asco.

—Mierda, la que me estoy comiendo es la tuya.

—¿Me la cambias? —le pido.

—¿No te importa?

—Marc, hemos compartido fluidos mucho más íntimos que la saliva. No me da asco que hayas mordido mi puta hamburguesa —le suelto de broma.

—Joder, Mir. —Se muerde el labio inferior y hacemos el intercambio de comida mientras me deja embobada unos segundos con esa mirada tan sugerente.

—¿Me abres el ketchup? No puedo.

Él lo intenta, pero acaba por darle un mordisco al sobre con la boca. Mi mente perversa no hace otra cosa que imaginarse que eso no es ketchup, sino un condón que intenta sacar de su envoltorio. Lo observo con los ojos como platos, soy imbécil.

—Toma.

—Gracias.

—La boca nunca falla —dice él en tono juguetón.

Poco me falta para escupir el trozo de hamburguesa. Los dos comenzamos a reírnos. Somos tal para cual en decir tonterías en el momento más inoportuno.

—Pon un *podcast*, anda —le sugiero.

—¿*Nadie sabe nada*?

—¡Dale!

Como hacíamos infinitas veces, escuchamos el programa de Buenafuente y Berto Romero mientras terminamos de comer, entre carcajadas. Y es como siempre. Somos Marc y Miranda descojonándose de la risa por cualquier cosa. Somos un plan improvisado que no cambiaría por una cita en ningún restaurante de lujo. Somos lo que nunca ha cambiado. Entonces, recuerdo la conversación que tuve con mi abuela hace unos días.

—¿Por qué, Marc? ¿Por qué siento que nada ha cambiado entre nosotros?

—Mir, por favor...

—¿Por qué huyes de mí? —Mi pregunta suena a súplica, necesito una explicación.

—No huyo de ti.

—¿Por qué siento que me mientes todo el rato?

—Creo que en su momento te lo dejé bastante claro, Miranda. — Está serio y evita mi mirada a toda costa.

Ha dejado de sonar el *podcast* y ahora se oye la música de la radio a un volumen bajo. Suena *You Say*, de Two Feet, esa canción que hemos escuchado de fondo tantas veces mientras nos arrancábamos la ropa sin importarnos nada que no fuese el ardor de nuestras pieles.

—¡Pues no te creo!

—Tienes que hacerlo.

—¿De qué tienes miedo, Marc?! —Ya no me puedo callar más.

—No tengo miedo. —Justo lo contrario a lo que veo en sus ojos.

—Mírame —le pido, y lo hace. Nos acercamos como si nos urgiese sentirnos más cerca.

—Lo hago.

—¿No me quieres?

Cierra los ojos y niega con la cabeza.

—¿No quieres besarme ahora mismo? —Me aproximo un poco más hasta quedar a pocos centímetros de su boca.

—Mir... —Suspira tan cerca de mis labios que se me hace difícil no seguir el impulso de besarlo.

—Dime que en este momento no te mueres por tocarme.

Puedo oír su respiración acelerada.

—No me lo pongas más difícil —dice con una voz algo más dura, pero no se aleja.

—Dime que ahora mismo no me deseas en la parte de atrás de tu coche. —Mi pecho se eleva una y otra vez, esto es una tortura. Jadea y se humedece el labio—. Dime que no me lo harías justo ahora hasta saciarte de mí.

—Yo... nunca... me sacio de...

No acaba la frase, pero tampoco hace falta. Sé que me desea, me lo dicen sus gestos, su boca, su respiración, su voz. ¡Sé qué me quiere, joder!

—Deberíamos subir, Marc. —Ahora sí me alejo de él, de esa piel que tan bien conozco.

—Está bien. —Se recompone en el asiento y hace una larga exhalación.

—Vamos.

Subimos sin decirnos nada y nos sentamos en los asientos de la sala de espera, donde también se encuentra la madre de Sara. No sé el tiempo que pasa hasta entonces, solo que cuando me quiero dar cuenta, estamos fritos uno apoyado en el hombro del otro. Nos despertamos casi de un sobresalto cuando una mano le da un toque a Marc. Es Evan.

—¡Evan! —Me levanto como un resorte.

—¿Ya está? —le pregunta Marc, que también se incorpora de golpe.

—Sí —dice él, muy emocionado y con una sonrisa de oreja a oreja.

Nos tiramos a los brazos de él a la vez y nos abrazamos los tres de una forma tan sentida que estoy segura de que recordaré este momento, aunque pasen los años.

—¿Ha salido todo bien? ¿Cómo está mi Sara? ¿Las niñas? —Vale, estoy llorando, soy más blandita que un bollo de canela recién hecho.

—Están las tres perfectas. Son perfectas, ha sido increíble —habla Evan, orgulloso.

—Joder, tío, enhorabuena. —Marc lo vuelve a abrazar hasta estrujarlo.

—Y que sepáis que nunca me voy a olvidar de lo que habéis hecho. Gracias por no dejar sola a Sara.

—Basta, Evan, por favor. —Los dos se ríen, las lágrimas han nublado mis ojos—. Dime una cosa. ¿Son pelirrojas?

—¿Por qué es tan importante eso? —Se burla Marc.

—Tú no lo entenderías —contestamos Evan y yo a la vez, entre risas.

—¿Queréis verlas? —nos propone Evan.

—¡Claro que sí!

—Por cierto, ¿Fiona no estaba aquí con nosotros? —dice Marc.

—Ha ido a buscar a Violeta para que conozca a sus sobrinas. La verdad es que hace rato que se ha ido, pero estabais tan a gusto dormidos que me ha dado pena despertaros —dice Evan, risueño.

Ninguno de los dos decimos nada. Ese ratito, aunque haya sido medio inconsciente, ha merecido la pena.

Evan nos guía por el pasillo hasta la habitación donde está Sara con las niñas. Allí nos fundimos en una espiral de abrazos, sonrisas, lágrimas y mucha ternura. Las bebés son lo más angelical que he visto en mi vida y parecen tan chiquititas entre los brazos de Evan que es una imagen preciosa.

—Os presentamos a Alice y Emily.

Marc coge a una y yo a otra, y nos derretimos.

—Poneos juntos, que os haré una foto de recuerdo.

Nos miramos, emocionados, y hacemos lo que Evan nos pide.

—La primera foto de nuestras pequeñas con los padrinos —dice Sara. Marc y yo la miramos alucinados.

—Madre mía, qué bonito. Gracias, chicos —hablo por los dos.

Al cabo del rato, volvemos en coche y Marc me deja en mi casa. Como despedida, le digo esa frase que me quema en los labios desde hace siete semanas:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —contesta a la expectativa.

—Echo de menos a mi amigo.

Cierro la puerta del coche sin decir nada más y sin pararme a ver su reacción. A los pocos minutos de entrar en casa, me llaman al móvil:

—¿Sí?

—¿Es usted Miranda Ribas? —Suena una voz muy grave.

—Sí, soy yo.

—Le llamamos de la policía. Nos gustaría hablar con usted mañana mismo.

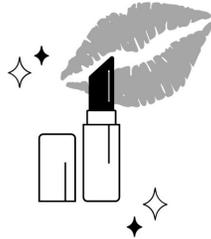
—¿Han encontrado a la persona que me intentó agredir en la calle? —Las pulsaciones me van a mil por hora.

—Es un asunto confidencial que no le podemos contar por teléfono. ¿Podrá reunirse mañana con nosotros en comisaría?

—Sí, claro.

—No hable con nadie sobre esta llamada, podría ser peligroso.

38. Haría cualquier cosa por ti



Miranda

Ni en la más salvaje de mis pesadillas me hubiera imaginado a mí misma en una situación como esta. Echo de menos cuando lo peor que podía pasar era, como mucho, quedarme sin pilas en el vibrador. Por desgracia, lo de hoy está a años luz de eso, porque aquí estoy, cagada de miedo como nunca en mi vida mientras una mujer policía me coloca un micro bajo la ropa. Es como estar en una de esas series de la tele donde salen todos esos policías sexis llenos de músculos. Spoiler: la realidad no es así. Además, tampoco es que tenga yo el cuerpo ahora mismo para nada de eso, por demasiados motivos, como es obvio. Supongo que lo que intento es distraer mi mente para no pensar en lo que voy a tener que enfrentarme en pocos minutos.

Cuando me explicaron en comisaría, hace unos días, que investigaban a Diego por supuesto tráfico de drogas, me quedé helada. No daba crédito. Pero cuando me dijeron que estaban utilizando a menores del centro para mover la mercancía, lo que sentí fue mucho más aterrador. ¿Cómo podía pasar algo tan grave a nuestro alrededor y no darnos cuenta?

Un sentimiento de culpabilidad me invadió. Es cierto que todos los que hacemos de voluntarios en el centro sabemos que lo que se cuece en el barrio no es precisamente lo ideal para los adolescentes. No obstante, los conozco, sé que son buenísimas personas, que tienen sueños e ilusiones, pero también muchos

problemas en los que nadie repara o que son ignorados por las instituciones.

En este mundo, la pobreza es el blanco fácil para hacer más rico al que ya lo tiene todo. Es una regla no escrita que existe, aunque no pensemos en ello cada día. La pobreza mueve más pobreza. Es un bucle del que es muy difícil salir.

—Es la hora —me habla uno de los policías.

—Está bien —afirmo con una voz poco segura, y aprovecho para rezar todas las oraciones que se me vienen a la cabeza para que esto salga bien.

La siguiente hora es la peor que recuerdo en mucho tiempo. He quedado con Diego para pasear y charlar un rato por un parque de la ciudad en una zona apartada. El solo hecho de escucharlo hablar me produce náuseas, pero tengo que ser fuerte y hacer ver que no pasa nada. Peor aún, tengo que engañarlo y llevarlo a mi terreno, hacerle ver que voy a darle una oportunidad.

Todo mi cuerpo tiembla de miedo. Estoy riéndole los chistes a un puto traficante. La persona con la que viví mis primeras veces de adolescente se ha convertido en esta mierda y me ha utilizado todo este tiempo para llegar a esos chicos.

—¿Qué te parece si nos sentamos en ese banco que da un poco el sol? —propongo. Lo cierto es que no es una cuestión casual, todo el operativo se ha organizado entorno a ese punto específico.

—Me parece bien, vamos.

—Lo he pensado mucho, ¿sabes?

—¿A qué te refieres? —pregunta Diego cuando ya nos hemos sentado.

—Quizá tenías razón respecto a Marc. Me ha dejado tirada como a una colilla y yo me merezco algo mejor. Alguien que me quiera de verdad y con el que pueda tener un futuro estable.

—Que te hayas dado cuenta ya es un paso. Sabía que Marc te iba a hacer daño, lo veía venir —dice serio y yo hago un esfuerzo por no escupirle en la cara.

—Tendría que haberte escuchado antes. —Se me revuelve el estómago al dejar salir esas palabras.

—No te preocupes por eso ahora, lo importante es que él ya no va a estar en nuestras vidas como antes —me dice mientras me mira a los ojos y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Su contacto me da repelús, no quiero que se me acerque y, mucho menos, que me toque.

—Sigue haciendo talleres en el centro, aunque es cierto que se lo ha montado para no tener que coincidir conmigo.

—No sufras, Miranda, pronto se alejará de nosotros para siempre. —¿En qué plan malévolo está pensando este hombre? ¡¿Qué vas a hacerle a Marc, pedazo de psicópata?!

«Trata de mantener la calma. No pasa nada. Respira».

—¿Te he dicho que estás preciosa hoy?

—La verdad es que no, pero gracias. Aunque no sé cómo puedes decirme algo así, estoy horrible. Estas últimas noches apenas he dormido, tengo tantas ojeras que parezco un panda.

—¡No digas eso! —Ríe—. ¿Y eso por qué? ¿Le das vueltas a lo de Marc?

—¡No! Ya te he dicho que me he dado cuenta de que no iba a ninguna parte con él. La verdad es que te he llamado por...

—Si te soy sincero, me ha sorprendido que me llamaras para quedar.

—Es que estoy preocupada por Joel.

—¿Joel?

—Sí. Está en el colegio en el que doy clase. Yo lo animé a ir al centro. No tiene una vida fácil y pensé que eso lo ayudaría a despejarse un poco, no sé. Otro ambiente, otra gente, pero me he enterado de que está metido en líos.

—¿Qué tipo de líos?

—De drogas. Y de verdad que me preocupa mucho, porque es un buen chico que solo quiere ayudar a su familia.

—Entiendo.

—El hecho es que, el otro día, me dijeron que él trabaja para ti.

—¿Quién te dijo eso?

—Eso no es importante. Lo que yo quiero saber es si es verdad.

Diego se queda callado y desvía la mirada. Supongo que soy una inútil que no va a conseguir que este cabrón confiese.

—Miranda, no deberías meterte en cosas que no te incumben. Ese chico ya es mayorcito.

—¡No es verdad! Es solo un niño. Por favor, ¿tú puedes hacer algo? Solo quiero que me ayudes a sacarlo de ese mundo. ¿Trabaja para ti?

Él aprieta los labios, noto que está indeciso, no sabe si puede confiar en mí. Ahora o nunca, tengo que presionar un poco más. Alargo el brazo y cojo su mano, a lo que él me mira sorprendido.

—Miranda.

—Por favor, Diego. Hazlo por mí, si él trabaja para ti, dímelo. ¿Eres tú el responsable?

Aprieto su mano un poco y le dedico la sonrisa más cálida que puedo fingir. Me trago las arcadas que siento mientras veo que un rayo de esperanza ilumina sus ojos.

—Sí.

—¿Tú eres su jefe?

—Sí.

—¿Entonces tú podrás hacer que deje de pasar droga?

—Haré lo que pueda, ¿vale? Esos cabrones están ávidos de pasta. Son niñatos que no tienen donde caerse muertos. Yo soy su salvación.

—Solo es un chico asustado que quiere alejarse de ese mundo y no sabe cómo. ¿Puedes hacer que esos tíos lo dejen en paz? Me habló de un tal Edu, ¿lo conoces? ¿Trabaja para ti? —insisto.

—Sí, trabaja para mí. Todos están a mis órdenes, preciosa.

—Entonces será fácil que hagan lo que les pidas, ¿no? —susurro e intento parecer interesada y fascinada por lo que dice.

—Lo haré, les diré que se olviden del chaval, pero solo porque me lo pides tú. Eres muy importante para mí y haría cualquier cosa por ti, para verte feliz. Incluso perder a uno de mis mejores camellos.

Le sonrío, porque sé que seré incapaz de seguir fingiendo si abro la boca y en ese momento él se acerca con su mano por delante. Acaricia mi mejilla y empieza a bajarla despacio, resbalando hasta llegar a mi escote, lo que me hace dar un salto con la mala suerte de que su reloj se engancha en mi chaqueta de lana y, al retirarme

hacia atrás, los botones se sueltan y dejan al descubierto el micro pegado a mi abdomen.

Diego se pone en pie de golpe y se cierne amenazador sobre mí, que noto cómo me encojo un poco sobre mí misma.

—¿Qué coño es eso?

En cuanto dispara su pregunta oímos una voz a pocos metros de nosotros.

—¡Policía! Ponga las manos en alto y aléjese de la chica.

—Y una mierda... —murmura Diego, y sé que esto no va a acabar bien. Lo acabo de traicionar y voy a pagar por ello.

Se mueve muy rápido y, antes de que pueda darme cuenta, se ha colocado detrás de mí y el frío cañón de una pistola se aprieta contra mi sien.

Ahora se oyen una multitud de sirenas a nuestro alrededor y, en pocos segundos, más de seis coches rodean el parque.

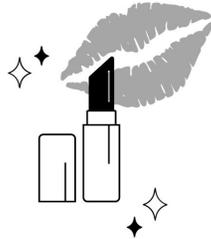
Un amplio grupo de policías, ataviados con chalecos antibalas y armas, comienzan a acorralarlo y él aprovecha su única salida: yo.

La policía intenta negociar con él e instarlo a que baje el arma. Pero son solo palabras que se desdibujan en mi mente por el miedo que siento en este momento. Solo espero que, si esto acaba aquí, haya sido por una buena causa.

Pasa un rato. Ninguno de los presentes cede ni medio milímetro. Los policías no abandonan sus posiciones ni desvían sus armas de nosotros e intentan negociar con Diego. Los minutos transcurren y se hacen eternos. Siento las piernas entumecidas por la tensión del momento y temo que me fallen y él se lo tome como una amenaza y dispare.

Tras lo que me parecen horas, pero seguramente solo han sido unos pocos minutos, uno de los policías da un paso hacia nosotros. Es entonces cuando veo la oportunidad y todo se vuelve un caos de gritos, golpes, forcejeos, lágrimas y un solo disparo que acalla todos los sonidos alrededor.

39. A sus órdenes, Miranda Quinn



Miranda

¿Estoy viva? Todo ha sucedido muy deprisa. El policía se ha acercado un poco más a nosotros sin dejar de apuntar a Diego con su arma. En ese momento, él se ha puesto nervioso y ha dejado de encañonar mi cabeza para desviar la pistola en dirección al poli mientras le gritaba que no se acercara más. He aprovechado ese acto y le he dado un codazo con todas mis fuerzas en el vientre y le he pisado el pie con el tacón de mi zapato. En cuanto he dejado de notar su brazo a mi alrededor he corrido hacia un lado y he aterrizado en el suelo con un golpe sordo que me ha dejado sin aliento. Luego ha llegado el sonido del disparo y, al mirar sobre mi hombro, he visto cómo Diego caía al suelo, abatido.

Un grupo de policías se acercan a él, lo desarman e inmovilizan y se quedan cerca mientras los médicos se aproximan tras una orden y lo atienden, al parecer la bala ha impactado en su hombro. En ese momento, alguien tira de mí y me ayuda a levantarme y me aleja del núcleo donde sucede todo. Sin querer, cometo un grave error: mirar a los ojos a Diego. Destilan tanta ira que siento un escalofrío de espanto por todo mi cuerpo y, justo antes de meterme dentro de uno de los coches de la policía, sella el encuentro con una amenaza: «¡Te arrepentirás, zorra!».

Después de eso, me quitan todos los cacharros que estaban sujetos a mi cuerpo, me llevan a casa y agradecen mi colaboración. Les muestro mi inquietud por la amenaza de Diego, pero ellos me tranquilizan diciendo que va a pasar muchos años encerrado y que

me olvide de él. No es que eso me calme del todo, pero no me queda otra opción que confiar en que así sea.

Para cuando llego a casa ya es mediodía, me como un sándwich porque mi estómago no da para más y decido ir al centro, tal y como tenía planeado antes de que todo esto pasara. Tengo que acabar los decorados y algunas piezas de vestuario de los chicos. Eso me mantendrá ocupada en cuerpo y mente y no pensaré en lo que acaba de pasar. Cuando salga, quizá pueda llamar o ir a ver a Marc... ahora que todo ha acabado. Necesito estar preparada para esa conversación.

Marc

La última frase que me dedicó Miranda el día que nacieron las niñas de Evan y Sara sigue resonando por mi cabeza en bucle. «Echo de menos a mi amigo». Si ella supiera...

Empiezo a cansarme de esta puñetera espera. De este silencio atronador por parte de la policía, porque si al menos me dijeran cómo avanza todo, quizá, tal vez, puede, que no me sintiera tan desesperado por mandar todo a la mierda.

Verla el otro día en casa de Sara y Evan fue un mazazo directo a mi corazón, pero tener que compartir todas esas horas de espera mientras nacían las bebés, casi acaba conmigo. El esfuerzo que hice por no tocarla fue titánico y, la verdad, no sé cuánto tiempo más voy a aguantar.

Si cuando acabe todo esto, ella no me perdona, espero al menos que podamos volver a ser los M&M's. No puedo perderla también como amiga, no podría soportarlo.

Miranda

Se me hace tarde, muy tarde. Los demás ya se han ido hace rato y me he quedado sola. No me importa, está bien. Necesito algo más de tiempo para acabar unos trajes y, por qué no reconocerlo, también para volver a enfrentar la realidad. El solo hecho de pensar

en mis padres, cuando se enteren de lo sucedido, me pone muy nerviosa. Estoy segura de que les dejara tan en *shock* como a mí.

Pero lo cierto es que ahora mismo, lo que me pide el cuerpo es ver a Marc. Necesito abrazarlo y aclarar las cosas como es debido.

Mientras comienzo a doblar algunos trajes de la obra de teatro para dejarlo todo listo antes de irme, un olor extraño inunda mis fosas nasales. Huele a quemado. Dejo lo que estoy haciendo y decido salir del almacén para comprobar de dónde proviene. Pero cuando voy a abrir la puerta, no puedo. El corazón me empieza a latir más rápido. «Cálmate, esta puerta tiene juego, siempre se atasca».

Tiro de ella en todas direcciones sin ningún éxito. Acabo tan agotada que la aporreo, aunque sé que no hay nadie en el centro, es imposible que se den cuenta. Mientras, el olor a quemado se hace cada vez más intenso y empiezo a asustarme de verdad.

Cavilo otras posibilidades para salir de esta habitación, pero no se me ocurre ninguna, puesto que el almacén no tiene ventanas. En pocos minutos, un humo de color gris oscuro comienza a entrar por debajo de la puerta y, entonces, soy consciente de lo que pasa. Hay un incendio.

Si antes estaba muerta de miedo, ahora no sabría describir mi estado actual. Por suerte, mis reflejos actúan rápido y consigo marcar el botón de Emergencias, a pesar del temblor de mis manos. En segundos, una persona del 112 me atiende y le cuento con una voz temblorosa que hay fuego y estoy encerrada. Me dan algunas instrucciones y me dicen que vienen de camino.

Me cubro la boca y también coloco tela en la ranura de debajo de la puerta para evitar que entre más humo, me siento en el suelo en la esquina más alejada y me abrazo las piernas mientras las lágrimas cubren mis mejillas. Justo en ese momento, recuerdo algo y, sin darle demasiadas vueltas, escribo un mensaje en el móvil.

Un pensamiento de que voy a morir aquí y de esta forma tan cruel anega mi mente, pero enseguida lo aparto. Si hay algo que debo tener ahora es esperanza. «No se puede acabar todo así. ¡Hoy, no!».

Marc

—En serio, Marc. Tienes que tener paciencia —me recuerda Evan.

—Han pasado semanas. ¿Entiendes? SEMANAS. Sin poder tocarla, abrazarla, besarla, sin poder hablar con ella, sin poder ni siquiera verla... ¡Joder! —exploto.

—Sabemos que es duro, recuerda que yo estuve separado de Ada un tiempo también, pero es lo mejor. Y pasará, llegará un momento en que esto se acabe y todo se solucionará —asegura Gabriel.

Hemos quedado los tres para cenar. Gabriel y yo le dijimos a Evan que podíamos quedar más adelante si estaban muy liados con las peques, pero Sara le ha insistido para que salga un rato. Ada se ha ido a su casa y pensaban aprovechar para cenar juntas y ver alguna peli. Hemos cedido, pero les hemos hecho prometer que otro día nos quedamos nosotros con los niños y que ellas saldrán. Han aceptado encantadas, claro.

—Sé que solo va a ser un tiempo, pero se me está haciendo eterno y más al saber que ese gilipollas está a su alrededor como un moscardón. Y no son celos, os lo aseguro. Es miedo, miedo a que pueda hacerle algo. Como la toque, os juro que...

—Cálmate. No va a hacerle nada. Está obsesionado con ella, así que no tendría sentido que le hiciera daño —dice Gabriel, aunque en sus ojos puedo ver como ni siquiera él acaba de creerse lo que ha dicho.

El resto de la cena hablamos de cualquier cosa que no sea Miranda y el imbécil ese, y lo agradezco, porque siento que estoy a punto de perder el norte. Un cambio de tema y enviar mis pensamientos hacia otro lugar por un rato me ayuda mucho.

Un par de horas después, nos despedimos y yo decido volver a casa dando un paseo. En este momento ella vuelve a mi mente y pienso que ya estará en casa, segura. Los chicos me han dicho que Ada y Sara la habían llamado para que se uniera a ellas, pero les había dicho que tenía mucho lío con los preparativos del musical y no podía.

Suena mi móvil. Un mensaje. Cuando veo de quién es mi corazón se acelera. Al abrirlo y ver el contenido, noto un sudor frío recorrerme la espalda y un miedo atroz se agarra a mis entrañas.

Mir

Batley



Esa es nuestra palabra de seguridad, la que decidimos usar aquella noche, después de que la atacaran, en caso de que alguno de nosotros se encontrara en peligro. Abro la ubicación y veo que marca la dirección del centro. Estoy cerca. Sin pensarlo, echo a correr como no he corrido nunca en mi vida.

Miranda

No puedo ver el fuego a través de la puerta, pero sí escucharlo. El crujido que produce retumba por todo mi cuerpo y solo puedo pensar y desear que aparezca alguien de una vez y me saquen de aquí. Sentirlo es lo más espeluznante que he vivido nunca. Miro el móvil y me doy cuenta de que Marc ha visto el mensaje. Lloro al pensar cómo habrá reaccionado, si se acordará de que hace más de un mes hablamos sobre una palabra en clave, como si alguna vez fuéramos a usarla de verdad. En ese momento, el móvil se vuelve negro, se ha acabado la batería.

Respiro, atacada, y empiezo a toser por culpa del humo que se cuela por debajo de la puerta a pesar del trapo que había puesto. Recuerdo que tengo una botella de agua, así que mojo la tela tal y como me explicó Marc una vez, me la coloco de nuevo sobre la nariz y la boca y vuelvo a sentarme en el rincón. No sé cómo de cerca del almacén está el fuego, espero que no mucho y que les

permita entrar a buscarme. No quiero morir así, no quiero morir hoy. No puedo evitar que todos esos pensamientos desfilen por mi mente de forma atropellada, pero hago un esfuerzo por mantenerme positiva y siento que la esperanza sigue viva en mí. ¿Vendrá Marc?

Marc

Llego casi sin aliento a la puerta del centro y aún lo pierdo más cuando veo el humo salir del edificio. Llamo al 112 para avisar y que acudan lo más rápido posible.

—Hay fuego en el centro social de la calle Doctor Medina.

—Lo sabemos. Nos ha llamado una chica.

—¿Una chica?

—Sí. Está dentro. Los compañeros están de camino. Manténgase alejado de la zona.

—No pienso hacer eso. Voy a entrar a buscarla.

—Ni hablar. Aléjese de ahí.

Cuelgo. Puedo oír las sirenas a lo lejos, pero no importa. Es Miranda la que está ahí dentro. Uso mi jersey para cubrirme la boca y la nariz y atravieso la puerta. Dentro ya hay mucho humo. Por suerte, conozco bien el espacio. Empiezo a llamarla a gritos porque su móvil no da señal.

—¡Miranda! ¡Mir! ¿Dónde estás?

Si estaba preparando cosas para el musical, estará en la sala grande o en el almacén donde guardan todo el material y los decorados. Me dirijo hacia allí y vuelvo a llamarla. Paro un momento para mojar el jersey antes de volver a colocármelo sobre la nariz y la boca. Empiezan a dolerme los pulmones, sé que lo que estoy haciendo está mal y es una locura, pero no pienso dejarla sola aquí dentro.

—¡Miranda!

Entonces lo oigo. Unos golpes y una voz:

—¡Aquí! ¡En el almacén! —Siento que mi corazón se calma un poco al oírla, porque, aunque la situación es jodida, ella está

consciente.

Miranda

—¡Marc! —grito con todas mis fuerzas.

—¡Miranda!

—¡Está atascada! No puedo abrirla, no sé qué más hacer.

—Voy a abrirla, apártate de ahí.

Escucho una multitud de golpes a la puerta, los jadeos de Marc por el esfuerzo, las patadas de desesperación, pero no hay manera, la madera debe de haberse dilatado por el calor.

—No sabía si ibas a venir... —le digo entre lágrimas.

—¿Cómo no iba a venir? Eso no es una opción.

Escuchar sus palabras es como volver a respirar. La situación es desesperante y creo que el corazón se me va a salir del pecho en cualquier momento, porque su ritmo es incluso molesto.

—¡Hostia puta! ¡Joder! —grita con rabia y vuelve a dar un golpe en la puerta.

—Marc... escúchame...

—No digas nada. ¡Voy a sacarte de aquí! Aunque sea lo último que haga.

No puedo llorar más de angustia. Él está completamente expuesto al peligro. El solo hecho de que pueda pasarle algo me provoca un dolor en el pecho insostenible.

—Marc, escúchame...

Me coloco cerca de la puerta, a un lado, porque él la golpea sin parar, y le hablo como puedo mientras las lágrimas nublan mi vista.

—Vete, por favor —le pido. No dice nada, solo intensifica los golpes contra la puerta—. ¡Que te vayas, Marc! —le grito. Estoy tan asustada...

—Escúchame tú a mí. ¡Yo no me voy a ningún puto sitio sin ti! — Cuando pienso que ya no puedo llorar más, Marc vuelve a hablar—: ¿Sabes por qué, Mir? Porque nos queda todo.

«Nos queda todo». Pienso en esa frase y me vienen a la mente momentos que hemos pasado juntos. Tan increíbles y, sobre todo,

tan reales que rezo para que esas palabras se cumplan y volvamos a ser nosotros.

Marc

Joder, tengo que abrir esta puta puerta como sea. Tengo que sacarla de ahí y tiene que ser ya porque empiezo a notar que mis fuerzas flojean. He inhalado demasiado humo porque cada vez hay más y el calor va peligrosamente en aumento. Puedo ver las luces de los vehículos de emergencia a través de las ventanas. Saben que estamos dentro, así que no dudo de que en breve van a entrar, pero no podemos esperar.

Reúno las pocas fuerzas que me quedan y vuelvo a lanzarme contra la puerta atascada que me separa de Miranda. Esta vez sí cede y noto cómo las lágrimas resbalan por mi cara cuando veo que ella me mira desde un rincón con los ojos también anegados de lágrimas.

Miranda

Corremos el uno hacia el otro con desesperación y nos abrazamos más fuerte que nunca sin parar de llorar.

—¡No hay tiempo! ¡Tenemos que salir de aquí ya! —Se separa para mirarme, me coge de la mano y corre junto a mí lejos del almacén.

El humo a nuestro alrededor es gris oscuro y muy espeso. No sé hacia dónde voy, solo que Marc está conmigo y no me va a soltar. Tosemos los dos y a mí, cada vez, me cuesta más respirar. Una sensación de mareo se instala en mi organismo. ¡No, ahora, no!

Entonces, logro vislumbrar unas siluetas entre el humo. Son bomberos. Uno de ellos me coge sin esfuerzo y nuestras manos se separan. En pocos segundos, estamos fuera del edificio. Cuando logro ver las luces de la calle, siento un enorme alivio. Es como si hubiese vuelto a nacer. Pero cuando de verdad siento paz es en el momento en el que lo veo a él. Sigue consciente, pero hecho polvo.

Su brazo rodea el cuello de un compañero y este lo sujeta por la cintura. Todavía no me puedo creer que me haya salvado la vida. Los sanitarios de la ambulancia vienen corriendo hacia nosotros y nos dan una mascarilla de oxígeno. Me dan ganas de reír y gritarle a la vez cuando lo oigo pelear con ellos por llegar hasta mí. Cuando noto sus brazos alrededor de mi cuerpo me dejo ir, estoy agotada.

Marc

En este momento estamos sentados uno al lado del otro sobre la camilla, tapados con las mantas térmicas que nos han dado los de la ambulancia y con la máscara de oxígeno puesta, pero da igual, porque lo único que importa es que ambos estamos bien. Van a hacernos algunas pruebas cuando nos lleven al hospital, pero estamos vivos.

Me giro hacia ella y al principio solo nos miramos y nuestros ojos dicen tanto que casi creo que no hace falta abrir la boca. Alargo mi mano y cojo la suya, con la otra acaricio su cara y ella se recuesta en mi caricia, como si hubiera echado de menos mis dedos sobre su piel. Y joder, yo sí que he echado de menos todo de ella, absolutamente todo.

—Gracias, Marc.

—No tienes que dármelas.

—Claro que sí. Te has jugado la vida al entrar ahí.

—Es lo que cualquiera hubiera hecho —trato de quitarle importancia.

—No es verdad. Y tal y como están las cosas entre nosotros no sabía si ibas a...

—Siempre, Miranda. ¿Me oyes? Siempre voy a estar para ti, pase lo que pase.

Nos quedamos callados, solo mirándonos el uno al otro como si no hubiera nada más a nuestro alrededor.

—Mir, quiero explicarte algo —me decido a hablar.

—¿El qué?

—Aquello que dije aquel día... Yo no...

—¿Qué día? —Vale, no me lo va a poner fácil.

—El día que fui a tu casa y...

—Y dijiste que ya no me querías.

—Sí. No era cierto. Mentí —reconozco.

—Lo sé, Marc.

—¿Qué? ¿Cómo? —Me sorprendo.

—La policía contactó conmigo y me contó todo lo de Diego. Me pidieron que colaborara con ellos y eso es justo lo que he hecho. Lo atraparon esta mañana gracias a una trampa que le tendimos y en la que ha confesado muchas cosas.

—Dios, pero... ¿cómo? ¿Estás bien? —No me quiero imaginar lo que ha tenido que sufrir ella sola.

—¿Por qué no me contaste lo que pasaba?! Lloré por ti durante días y días. Nunca me había sentido tan traicionada, no entendía nada. —Me duele lo que dice, pero no puedo reprocharle nada.

—Lo siento, Mir. Diego me amenazó con hacerte daño a ti y yo no podía arriesgarme a eso. ¿Lo entiendes? Cuando la policía me puso al corriente de todo, se cumplió la peor de mis pesadillas.

—¿Cuál?

—La posibilidad de perderte —le digo serio.

—Yo quise creer que lo habías hecho por mi bien, para que no estuviera en peligro.

—Y por eso lo hice. No podía arriesgarme a que ese psicópata te hiciese algo. Simplemente, no podía. Tú eres lo más importante para mí, pelirroja.

Una lágrima cae a su mejilla y yo se la seco y me acerco más a ella para sentirla a mi lado.

—No sabes las ganas que tenía de que llegara este momento. De que pudiéramos hablar y explicártelo todo. Mantenerme alejado de ti es lo más duro que he hecho en mi vida. Pero te juro que lo volvería a hacer si con ello te mantengo a salvo.

—Marc... —No le salen las palabras.

—Te quiero, Mir.

—Yo también te quiero —responde ella entre lágrimas, y sus palabras me llenan de alegría por un segundo.

—Entonces, ¿me perdonas? —pregunto esperanzado.

—No hay nada que perdonar —me dice y sonrío tras la máscara.
Necesitaba volver a verla sonreír.

—Y ahora quítate esa máscara un momento y deja que te dé un beso de una vez —me pide exigente y yo no puedo más que reír de pura felicidad.

—A sus órdenes, Miranda Quinn.

Epílogo



Miranda

Si hay algo que tienen en común los héroes y los villanos es la capacidad de sentir miedo y, sobre todo, de perder. Hace dos semanas, yo estuve a punto de hacerlo. A punto de despedirme de la persona que más he querido nunca. Pero está claro que la vida nos deja sorpresas en cada esquina que nos hacen valorar la suerte que tenemos de equivocarnos, de sentir, de amar. En definitiva, de ser más humanos que nunca.

Pocos días después del incendio, la policía detuvo a más de quince personas implicadas en la banda orquestada por Diego acusadas de tráfico de drogas, delito contra la salud pública y utilización de menores. Además, confirmaron que su banda había sido responsable del asesinato de Borja, debido a la rivalidad que tenían por el negocio en la ciudad. Yo era la debilidad de Diego y eso se convirtió en su verdadera vulnerabilidad.

Lo peor fue descubrir que el incendio había sido provocado como mera venganza por su parte. También, que su banda había estado detrás de las amenazas que se cernían sobre el centro. Una vez desarticulada la trama y con los acusados en la cárcel, volvimos a respirar tranquilos, aunque es cierto que difícilmente podremos olvidarnos de lo que vivimos esos días.

—Pelirroja, te buscaba.

—¿Qué necesitas?

—A ti —dice y me besa como si estuviésemos solos en la habitación—. La verdad es que venía por si tú necesitabas ayuda y a decirte que no estés nerviosa, todo va a salir genial.

—¿Sabes una cosa? Me encanta que vengas vestido para la ocasión —le digo con una mirada sugerente. «Maldita chupa de cuero».

Lo cierto es que tiene razón, estoy atacada. ¿El motivo? Hoy, el día de Nochebuena, los adolescentes del centro representan el musical que llevan todo el año ensayando y están casi tan ilusionados como yo. El local del centro quedó completamente calcinado y todo el mundo se hizo eco de lo sucedido. Sin embargo, los chavales nos demostraron una gran fuerza, compañerismo y resiliencia que todavía me emociona. Se unieron todos para conseguir un local donde ensayar y decidimos vender entradas para usar el dinero de la recaudación de la obra para reconstruir el centro.

Con el paso de los días, los padres también se implicaron en hacer los decorados y el vestuario, incluso muchos vecinos. Sin querer, en un tiempo récord, un proyecto lúdico e integrador se convirtió en un punto de unión para un barrio desgastado por los conflictos.

Y aquí estamos ahora, entre bambalinas, a punto de salir a escena con todas las butacas del teatro llenas. Estoy segura de que medio barrio está aquí, expectante.

—Hombre, pero mira quién viene por ahí, mi Danny Zuko favorito —suelto en voz alta al ver pasar a Joel.

—¡Soy un desastre! Me he dejado la chupa de cuero en casa.

—¿Que has hecho qué? —pregunto un poco histérica.

—Toma la mía. —Marc se quita su cazadora y se la da a Joel—. Te va a quedar grande, pero es lo que hay.

—Me salvas la vida. —Sonríen los dos con complicidad.

—Anda, tira, que no llegas al escenario. —Le da una palmada en el hombro para que corra hacia allí.

Me encanta ver a Joel así de contento. Tanto él como otro de los chicos implicados en los negocios de Diego confesaron todo a la policía. Ellos entendieron que merecían una segunda oportunidad y, como resultado, únicamente tienen que hacer algunas prestaciones en beneficio de la comunidad.

—Vaya, Marc, ¿cómo vas a ligar ahora sin la chupa? —bromeo.

—Mmm... todavía me queda una capa por ahí guardada. —
Reímos los dos.

—¡Esto empieza ya!

La banda sonora de *Grease* invade el teatro de alegría, bailes y un público entregado que no para de vitorear a los chicos. Lo hacen genial. Joel, como protagonista, está en su salsa y sus compañeros no paran de animarlo con palmas. No me extrañaría que saliera de aquí un actor en el futuro.

Cuando llega el final, todos unen sus manos para saludar mientras el público se pone en pie a aplaudir.

—¡Miranda! Enhorabuena, las dos sabemos que esto ha sido mucho más que un musical —habla Paula, la directora del centro.

—Felicidades a ti también. Esto ha sido un trabajo en equipo —le digo y nos fundimos en un abrazo.

Entonces, escuchamos que los chicos están haciendo un discurso en el que nos dan las gracias y nos piden que salgamos Paula, Marc y yo. Eso sí que no nos lo esperábamos, nos regalan flores mientras el público aplaude y las palabras que nos dedican nos recuerdan por qué vale la pena lo que hacemos.

Más tarde, cuando el público comienza a desperdigarse y salir por las puertas, me toca el hombro una mano que desconozco. Al girarme me encuentro con la madre de Joel, que está muy emocionada. Sin decir nada, me rodea con los brazos con sentimiento y me da las gracias por todo. Incluso, me comenta que ha encontrado un trabajo mejor pagado. Me alegro de que todo le esté yendo mejor a esta familia, se lo merecen.

—¡Enana!

—¿Quién me llama? —En el fondo, está claro, porque solo algunas personas me llaman así.

Ha venido toda mi familia: mis padres, mis hermanos y sus parejas y hasta mis sobrinos. Incluido el pequeño Álvaro, que tiene pocos meses y está feliz dormido en su carrito. Entre todos, han debido de ocupar medio auditorio. Cuando me doy cuenta de que mi abuela también está aquí, corro a darle un beso.

—Ha estado muy bien, Miranda. Parecía Broadway esto —dice Francisco en tono jocoso.

—Hombre, Broadway igual es pasarse, ¿no? —bromea Jorge—. Pero ha estado genial, un cierre de círculo perfecto.

No puedo evitar mirarlos con agradecimiento. Desde que descubrieron lo que pasó con Diego no se han separado de mí ni un minuto. Me han apoyado como nunca, ha sido increíble cómo, de alguna manera, nos hemos reencontrado como hermanos. Mi padre se quedó en *shock* cuando se enteró de todo, lloramos muchísimo y me pidió perdón mil veces. Sé que quizá no llegemos a tener una relación demasiado estrecha nunca, pero es importante para mí que se sienta orgulloso.

—¡Marc! —lo llaman mis hermanos cuando lo ven aparecer en el auditorio.

—Hola a todos —dice él cuando se acerca.

—*Xiquet* —Marc se agacha para achuchar a mi abuela. Es adorable verlos juntos.

Marc se pone a hablar con mis hermanos y a hacer bromas. Mi madre le comenta que este domingo comemos todos juntos en casa, que hay mucho que celebrar, aunque sea el hecho de estar vivos. Y la verdad, no podría ser un plan mejor. El momento más emocionante es el de mi padre al hacer las paces con Marc.

—Gracias por salvarle la vida a mi hija. —Le pasa una mano por el hombro con cariño—. Te estaremos siempre agradecidos.

—¿Aunque estemos viviendo en pecado? —bromea Marc en su tono habitual.

—Bueno... —hace ver que se lo piensa—, podemos estudiarlo.

Todos nos reímos y Marc me estrecha por la cintura y deja un beso en mi cabeza.

A la conversación se unen los padres de Marc y su hermana Ona, que viene a saludarnos. También viene Brown, que enseguida se pone a saltar entre nosotros. Todos empiezan a charlar como si se conociesen de toda la vida y me encanta verlos así. Los quiero muchísimo.

—¿Qué os parece si nos vamos a comer todos juntos? Así celebramos que el musical ha sido todo un éxito —propone el padre de Marc.

—Nos parece una idea estupenda —contesta mi madre.

—Pues no se hable más.

—Id tirando vosotros, tenemos que acabar de recoger algunos decorados. Podemos ir al restaurante de siempre. Si llamáis, seguro que os reservan mesa —les comento.

—Perfecto, os esperamos allí —dice mi hermano Sergio, y todos se encaminan hacia la salida.

—Es alucinante ver a tu familia así de unida —comenta Marc.

—Lo es, pero nos lo hemos ganado. —Sonrío tan feliz que estoy segura de que se refleja en todos mis gestos.

Marc y yo nos quedamos solos en el auditorio. Es curioso estar en un espacio así en silencio después de haber estado en sintonía con miles de aplausos. Nos miramos sin decir nada y sonreímos.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué? —Se acerca a mí hasta quedar a pocos centímetros.

—Estoy muy orgulloso de ti, pelirroja —dice, sonriendo de oreja a oreja, con la mirada iluminada de felicidad.

—Y yo de ti. Después de todo lo que hemos pasado, ya nada podrá con nosotros.

—Por cierto...

—Dime.

—Ya he vendido el coche —apunta Marc y se pone algo más serio.

—Entonces, supongo que ya no nos queda nada por hacer —al decir eso, me doy cuenta de lo que, en realidad, significa. Asiente—. ¿Estás seguro de que será la mejor decisión?

—Tú eres la mejor decisión que he tomado en mi vida, Mir. —No puedo evitar sonreír con su respuesta.

—Hagámoslo —al decirlo, una risa nerviosa sale de mí.

—¿Por qué te ríes?

—Porque estamos locos.

—Tú y yo nunca hemos sido muy convencionales.

Voy a besarlo y, al darme impulso, me coge en brazos y entrelazo mis piernas alrededor de su cintura.

—Lo sé. Pero me muero por compartir esta locura contigo, Marc.

—Yo también.

—No se hable más.

Nos besamos entre risas. Lo hacemos con tantas ganas que pierdo la noción del tiempo y el espacio, hasta que oímos unas voces que conocemos de sobra.

—Qué bonito —dice una de las adolescentes que ha participado en el musical.

Todos los chicos están a nuestro alrededor.

Marc me deja bajar y disimulamos un poco.

—Os echaremos de menos —dice Joel.

—Volveremos a vernos algún día, seguro —les digo.

Sin planearlo, todos los chicos se acercan a nosotros hasta rodearnos en una especie de abrazo colectivo. Comienzan a saltar a nuestro alrededor y nos despedimos poniendo las manos de todos en el centro a modo de equipo. Sin duda, conocerlos ha sido una experiencia maravillosa que me llevaré en el corazón para siempre.

Cuando salimos, nuestros amigos también nos esperan y reciben con alegría y felicitaciones. Evan y Sara se acaban de estrenar como padres. Se nota en sus ojeras, pero juntos son la viva imagen de la felicidad. Ada y Gabriel viven su mejor momento profesional y su hijo Leo ya corre más rápido que cualquiera de nosotros. Es maravilloso sentir el paso del tiempo y ver que los seres humanos, a pesar de cagarla constantemente, somos capaces de crear algo tan puro e incondicional como el amor.

Tras unas cuantas rupturas, tres hijos traídos al mundo y haber sobrevivido a una amenaza de muerte, creo que ya no hay nada que nos frene. Lo que la amistad ha unido que no lo separe nadie.

—Parece ser que ha llegado el momento de las despedidas —habla Marc tras un suspiro.

—Eso parece —digo—. Mierda, me vais a hacer llorar antes de tiempo, cabrones. —Marc, Sara, Evan, Ada y Gabriel se echan a reír.

Tras todo lo ocurrido, Marc y yo coincidimos en que necesitábamos desconectar a todos los niveles. Lo que empezó siendo un plan de meras vacaciones acabó en la idea de pedir una

excedencia en nuestros trabajos, vender nuestros coches y comprar una furgoneta para recorrer el mundo juntos con Brown. Libres, sin una ruta estricta ni una fecha de vuelta.

Ahora mismo estamos en el *parking* donde la tenemos lista para empezar a rodar. Brown está a nuestros pies, eufórica, seguro que se huele lo que nos espera.

—Nos vais a dejar solos —suelta Ada, que ya se deshace en pucheros.

—Qué vamos a hacer sin vuestras ocurrencias ahora, ¿eh? —interviene Sara.

—Sois mis mejores amigas, seguiremos en contacto. Siempre —les digo para tranquilizarlas.

Nos abrazamos las tres y nos quedamos un rato así, mientras las lágrimas amenazan con inundar el *parking*.

—Tú y yo apenas nos hemos separado desde los tres años —le dice Gabriel a Marc.

—Y ha sido increíble. —Sonríe y estira sus brazos para fundirse en un abrazo con Gabriel—. Cuídate mucho, tío. Cuídalos a todos —le dice mientras le da palmadas en la espalda.

—Lo haré —le da su palabra Gabriel.

—¡Pequeñín! —Coge a Leo de los brazos de Gabriel un momento y le da cincuenta mil besos—. Cuando volvamos, vamos a hacer buen equipo tú y yo.

Leo sonrío con lo que Marc le dice.

—Y tú, Evan, cuanto te conocí, te juro que pensé «qué majo el guiri» y te has convertido en un amigo esencial. —Se funden en un abrazo—. No cambies nunca, tío.

—Tú tampoco, Marc —le dice él, aún sin soltarse.

—Adita. —La abraza—. Siempre alegrándonos. No te olvides de enviarnos alguno de tus diseños por el camino, anda. Queremos que todo el mundo los conozca.

—Está bien —dice ella con una sonrisa y una lágrima cayéndole por la mejilla.

—Sara, sé que echarás de menos mis galletas, pero espero que Evan te mantenga abastecida —le dice mientras ella se acomoda entre sus brazos, emocionada.

—Lo intentaré —bromea Evan.

—Gabriel, Evan, sois los mejores. Mis chicas no podrían estar mejor acompañadas. —Los estrujo a los dos.

Emily y Alice, con dos semanas de vida, están en el carrito, meneando las piernas. Al acercarnos Marc y yo, nos sonríen. Ambos las cogemos, uno cada una.

—No le deis mucha guerra a los papis, preciosas. —La eleva en el aire, luego la achucha y le da un beso en la mejilla a Emily.

—El terreno de los pelirrojos está salvado gracias a vosotras. Ahora tenéis que ser muy valientes y comeos el mundo, mis niñas.

—Dejo un beso sobre la cabecita de Alice y acaricio la mejilla de Emily, que está en brazos de Marc.

—Volved algún día, chicos —nos pide Ada.

—Seguro que sí —contesta Marc con una sonrisa—. ¿Empezamos nuestra aventura, pelirroja?

—Sí.

—¡Venga, Brown! Nos vamos de viaje —le dice, y ella salta contenta dentro de la furgó.

—Os queremos, chicos.

Con esas palabras como despedida, Marc y yo nos metemos dentro de la furgoneta. Nos miramos por un segundo, antes de arrancar, y sonreímos.

¡Que empiece la aventura!

Epílogo Final de Serie

Dos años y medio después

Gabriel

—Papi, ¿qué haces? —Miro hacia abajo y veo que Leo está agarrado a mi pantalón.

—¡Ey! Pequeñajo, ¿qué haces tú levantado tan pronto?

—Yo no podía dormir más, ¿y tú?

—Pues yo estoy un poco nervioso hoy —le digo y lo siento sobre mis rodillas, en el sofá.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque hoy va a ser un día especial. Hoy vamos a reunirnos todos los amigos.

—A mí también me gusta hacer reuniones con mis amigos en la caseta del patio.

Río sin poder evitarlo, tiene cada salida...

—¿Ves esta foto? —le pregunto y le enseño la foto que nos hicimos los seis cuando estuvimos en Disneyland París, cuando Ada y yo participábamos en el concurso que nos cambió la vida.

—Claro, son los tíos y las tías, mamá y tú con las princesas.

—Sí, ese día lo pasamos genial. Es muy importante tener buenos amigos, ¿sabes?

—Lo sé. Yo tengo dos muy mejores amigos, papi, aunque a veces nos enfadamos.

—Bueno, eso es normal. Lo importante es que habléis y lo solucionéis.

—Eso hacemos —me dice muy serio—. ¿Dónde está mamá?

—Duerme aún, ayer tuvo un día muy largo en el trabajo y estaba muy cansada. ¿Qué te parece si le preparamos el desayuno?

—¡Genial! Yo te ayudo.

Ada tuvo ayer un evento muy importante con su firma de moda. Su negocio ha crecido cada vez más y ahora vende en muchos

países. Jeremy sigue siendo un buen amigo y, de vez en cuando, hacen proyectos juntos, les va muy bien, aunque a veces, como ayer, ella acaba muy cansada por todos esos nervios y estrés que supone lanzar una nueva colección. Por suerte, fue un éxito rotundo.

Un rato después, Ada y yo estamos jugando en el jardín con Leo cuando llaman al timbre.

Sara

Emily y Alice se mueven inquietas a mi alrededor. Les encanta venir aquí a jugar. Como han hecho buenas migas con Leo, nos pasamos el día en casa de Ada y Gabriel o en la nuestra. ¡Cualquiera los separa!

Abre la puerta Gabriel y, como era de esperar, las niñas salen disparadas a sus brazos mientras dicen su nombre, a la vez, con sus vocecillas. Él se agacha con una sonrisa y ellas hacen lo que llaman el *double kiss*: cada una lo abraza por un lado y deja un beso en una mejilla. Evan les enseñó a hacer eso y yo me derribo al verlas. Son pura alegría y, aunque a veces es duro el día a día, no cambiaría por nada nuestra familia. Ellas y mi *highlander* me llenan la vida de felicidad con sus risas y sus conversaciones bilingües en *spanglish*.

—Hola, Violeta —la saluda Gabriel, cuando las niñas corretean hacia el interior de la casa.

Mi hermana está con nosotros, ya que mi madre se ha ido de viaje unos días. Le va muy bien, se apuntó a una clase de zumba y allí ha hecho amigas con las que ahora no para de hacer planes. Yo no puedo sentirme mejor de que ahora disfrute todo lo que no pudo en el pasado. ¿Y qué puedo decir de Violeta? Mi hermana pequeña ahora es una adolescente con todas las letras y me encanta las ganas que tiene de descubrir mundo y vivir la vida a tope.

Justo estamos entrando en la casa, cuando alguien pone la mano en la puerta.

—Espera, que nosotros ya estamos aquí.

Es Hugo, que viene con Carla y la pequeña Mei.

—Ey, ¿qué tal estáis, guapísimos? —Entra Carla y nos saluda a todos. Estamos todos supercariñosos, supongo que porque es la primera vez en mucho tiempo que nos juntamos al completo.

Ellos estuvieron casi dos años en Shanghái y volvieron apenas hace unas semanas con la chiquitina, que tiene dos años, la misma edad que nuestras peques. Es tímida, pero enseguida que se pone a jugar con los otros tres se lo pasan bomba y también nos la lían de vez en cuando con sus travesuras.

Vamos todos hacia el jardín, donde los niños juegan mientras nosotros hablamos y no le damos tregua a la sangría fresquita que ha hecho Ada. Al observar el panorama, me fijo en Evan, que está haciendo fotos. No ha cambiado, sigue siendo el mismo del que me enamoré.

Evan

El disparador de mi cámara no deja de funcionar, pero tampoco es algo extraño, siempre que puedo, la cámara está pegada a mis manos. Hoy, en concreto, es casi una obligación, volver a reencontrarnos al fin es un gran acontecimiento y algo que esperábamos con mucha ilusión.

Mis niñas preciosas corren por el jardín jugando con Leo, Mei y Violeta. Y yo no hago más que echarles fotos para tener un bonito recuerdo de este día.

En ese momento, Aidan y Edgar entran, seguidos de Gabriel, al jardín, acaban de llegar. ¿Quién nos iba a decir que el picaflor de Edgar iba a acabar enamorado hasta las trancas? Por lo que sé, están genial juntos, cada día más unidos y con más planes de futuro.

Saludan a todos y elevan por los aires a los más pequeños que no paran de reír a carcajadas.

Busco a Sara con la mirada, porque es imposible que no lo haga. Durante todo este tiempo, aunque no siempre las cosas han sido fáciles, nos hemos apoyado el uno en el otro y, a día de hoy, puedo

decir que no hay nada que me haga más feliz que ella y mis dos renacuajas.

—*Honey*. —Me acerco a ella por detrás. Está sentada junto a Ada y hablan sin parar, pero necesito besarla en este mismo instante. A ella le parece bien, porque gira su cabeza en mi dirección y une sus labios a los míos como si ella también sintiera esa imperiosa necesidad.

—¡Ah! ¡Buscaos un hotel! —bromea Ada, y todos rompemos a reír.

Marc

Joder, estoy que no puedo con mi alma. Giro la cabeza y veo a Brown tumbada en el asiento trasero, pero bien sujeta con su correa. Miro a la mujer que tengo a mi lado y una estúpida sonrisa se dibuja en mi cara. Da igual el tiempo que haya pasado, la veo y mi corazón se revoluciona.

Han sido dos años increíbles a su lado recorriendo el mundo en nuestra furgoneta hasta llegar a Tailandia. Hemos vivido tantas cosas los tres juntos que solo ha hecho que nos unamos aún más si cabe. Pasamos por un montón de países, conocimos a muchísimas personas que nos enseñaron otras maneras de vivir y vimos paisajes mágicos que se nos quedarán grabados en la retina para siempre. Cuando llegamos a Tailandia, Miranda consiguió un trabajo como profesora y le llenaba tanto que decidimos quedarnos un tiempo.

Incluso nos creamos cuentas en redes sociales donde explicábamos lo que hacíamos. Conseguimos apoyo de algunas empresas y organizaciones y eso nos permitió poder alargar el viaje. Sin embargo, hace unos meses, decidimos que ya tocaba volver a casa y hace tan solo unas horas que hemos llegado a Barcelona.

—Pelirroja —la llamo.

—Mmm... —Mueve la cabeza para que hable, pero no aparta la vista de la carretera.

—Creo que tengo *jet lag* —lloriqueo.

—Esa palabra solo se usa cuando vuelas, creo.

—Bueno, pues como se llame. El resumen es que estoy muy cansado.

—No me extraña, si me hubieras hecho caso... Cuando conduzco yo tienes que aprovechar para dormir, mendrugo. Si no, luego pasa lo que pasa.

—¡Oye! No me eches la bronca y apiádate un poquito de mí... ¿Sabes qué me iría genial para espabilarme? Un bañito en la recién estrenada piscina de Gabriel y Ada.

—¡Oh, sí! Me muero por darme un chapuzón, hace un calor asfixiante.

—Creo que se me ha ocurrido un plan... —le digo mientras acabo de barajar posibilidades y ella me mira cuando detiene el coche en el semáforo que está en rojo.

—¡Uy! Me encanta esa cara de chico malo, seguro que es un plan maestro. Cuenta, cuenta...

Y así, de camino a casa de nuestros amigos, ideamos un pequeño plan para sorprenderlos y reírnos un rato. Va a ser un reencuentro a lo M&M's.

Miranda

—¡Dios, nos van a matar! Lo sabes, ¿verdad? —le comento a Marc.

—En cuanto nos vean se les va a quitar todo.

—Estoy nerviosa, hace tanto tiempo que no he visto a mis niñas...

—Voy a enviarles un mensaje diciéndoles que no hemos podido llegar a tiempo.

Me echo a reír, no quiero pensar en la cara que pondrán cuando lo lean.

—Y diles que se vayan al comedor, que estamos saliendo en la tele o algo así. Hay que distraerlos para darles la sorpresa —apunto.

—Así me gusta, siguiendo el plan. —Chocamos las manos.

Estamos justo delante de la casa de Ada y Gabriel. Se escuchan sus voces y es inevitable sentir un cosquilleo en mi interior.

—Brown, siéntate aquí y no te muevas. —Dejamos a nuestra perra viajera en la puerta, llamamos al timbre y Marc y yo corremos para que no nos vean.

—Vamos, sube —Marc me anima a trepar por la valla.

—Nene, que el escalador eres tú, ayúdame, leche.

—¡Corre! Que nos van a pillar con las manos en la masa. —Me impulsa hacia arriba.

—Eso, tú agárrame del culo.

—Eso siempre, pelirroja.

Cuando ya estoy dentro del jardín, Marc trepa por la valla y salta rápidamente. Nos quitamos la ropa hasta quedarnos con el bañador que llevábamos puesto y nos tiramos en bomba en la piscina haciendo un ruido bastante importante.

Nuestros amigos, los niños y Brown nos encuentran minutos más tarde tan ricamente metidos en el agua. Se han quedado con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Quién es el que llega tarde ahora? —habla Marc con su particular sonrisa canalla.

—Eso, nosotros ya estamos listos —digo con una enorme sonrisa.

¡Splash! La mayoría se tira a la piscina y se suceden los abrazos, uno detrás de otro, mientras no dejamos de reírnos. Volver a reencontrarnos es mágico. Somos una familia peculiar quizá, pero los lazos que hemos creado sé que van a estar siempre ahí a pesar de la distancia. Y vale, lo reconozco, Ada, Sara y yo lloramos como magdalenas al achucharnos, las he echado mucho de menos.

Están todos igual. Bueno, quizá algunos tienen más ojeras y algunas canas, pero siguen siendo los mismos con los que he compartido mil anécdotas y momentos importantes de mi vida. Los niños están enormes en comparación a como nos despedimos de ellos, me los como a besos como una tía orgullosa. Una vez empezamos a hablar todos, es un no parar de explicarnos cosas. Una locura muy especial.

Ada

El tiempo vuela cuando lo pasas bien y yo no puedo quitarme esa sensación en el estómago que te invade cuando te sientes en casa, con la gente que quieres. Es como si no hubiera pasado el tiempo. Marc y Miranda, que están muy morenos, nos cuentan las anécdotas de su viaje y acabamos llorando de la risa, porque si no la liasen allá donde van, no serían nuestros M&M's.

Nos sentamos alrededor de la mesa en el jardín a comer y las conversaciones fluyen sin cesar. Me hace muy feliz tener la casa llena de amigos, oír sus risas y ver a los niños entusiasmados.

La amistad es así. No importa la distancia o el tiempo, hay personas que, simplemente, te reinician la vida cuando las ves.

No exagero si digo que empalmamos la comida con la cena. La verdad es que no creo que tengan intención de irse ni tampoco ganas. Hemos improvisado algo de cenar y seguimos hablando como cotorras durante horas.

Cuando vuelvo del interior para traer una de las bandejas, me encuentro a Gabriel, que observa a todos un poco ausente. Dejo la fuente en la mesa, me acerco a él por detrás y lo rodeo con mis brazos con dulzura.

—¿En qué piensas, Biel?

—En que todo esto empezó con un simple sorteo.

—Dicen que las mejores cosas en la vida comienzan siendo pequeñas.

—Pues fíjate todo lo que hemos creado desde que nos conocimos. —Se gira para mirarme a los ojos y nos damos un beso. Luego, los dos miramos el jaleo que hay en nuestro jardín.

—Qué suerte tenemos.

—Sí. La suerte es nuestra.

Fin

Agradecimientos

Ya estamos aquí de nuevo y en esta ocasión es aún más especial si cabe, porque con esta novela cerramos una etapa, cerramos la serie *Suerte*, cosa que nos emociona y nos entristece a la vez.

Va a ser muy difícil decir adiós a todos los personajes que ahora ya forman parte de nuestra vida, en especial nuestros seis protagonistas. Este grupo de amigos nos ha acompañado durante tanto tiempo que siempre tendrán un lugar en nuestros corazones. Así que un GRACIAS especial para ellos, porque, aunque no existan de verdad, para nosotras son como de la familia.

A partir de aquí la lista de agradecimientos es larga, porque hay mucha gente que está a nuestro lado durante el proceso y se implica en él de una forma u otra.

Gracias a nuestras parejas y nuestras familias, porque son un apoyo constante en esta aventura que no siempre es idílica, pero a pesar de todo y con su ayuda, seguimos adelante.

Un gracias especial y honorífico para Javi críticón, porque sin sus observaciones y comentarios no podríamos vivir.

Gracias a nuestra lectora cero por excelencia, porque tú, Anaís, ya formas parte de la familia *Suerte* también.

Gracias a nuestros amigos por estar ahí, a nuestro lado.

Gracias a Vane por esperar siempre ansiosa nuestras historias.

Gracias a nuestra correctora, Elisa, porque sin ella, sus consejos y sabiduría, nuestros libros no serían lo mismo.

Gracias a Nerea por esta portada tan luminosa, divertida y desenfadada que nos encanta, pero sobre todo gracias por tu paciencia con nosotras.

Gracias a todos los que nos seguís por redes y nos apoyáis, a los que estáis ahí desde el principio y a los que os habéis ido uniendo por el camino. Sin vosotros, que nos leéis, esto no tendría sentido. Y por supuesto, mil gracias por vuestras reseñas y comentarios, nos emocionan mucho.

En esta última entrega de la serie, queremos felicitarnos y darnos las gracias a nosotras como compañeras de letras, porque el camino a veces es arduo, lleno de baches y lodo, pero al final siempre encontramos la forma de seguir adelante en este sueño compartido.

Y para finalizar, GRACIAS A TI, por confiar en nosotras una vez más. Esperamos que hayas disfrutado de este camino. Sin duda, es una suerte que formes parte de nuestros lectores. ¿Nos sigues en nuestra próxima aventura?

Sobre las autoras



Ana Martín Mañas (Terrassa, 1994) es periodista y se dedica al mundo del *marketing*. Es una apasionada de la comunicación, las letras y el cine. Inspirada desde pequeña por las películas románticas y las telenovelas, ha encontrado en la escritura una forma de expresión para contar historias. Novelas publicadas: *Maldita mi Suerte* (2019), *Suerte de encontrarte* (2020), *La suerte es nuestra* (2021).

Cristina G. Cantero, nacida en Terrassa en 1985, es Integradora Social y Educadora infantil. Apasionada de la lectura desde muy pequeña. Empezó a escribir pequeños relatos en la adolescencia. Hace unos años, decidió comenzar a escribir más en serio todas esas historias que rondaban su cabeza. Novelas publicadas: *Maldita mi Suerte* (2019), *Suerte de encontrarte* (2020), *La suerte es nuestra* (2021).

OTRAS NOVELAS DE LAS AUTORAS



Disponibles en  amazon

 @escribocontigo

-
- [1] Te quiero mucho.
 - [2] Mi inglés es perfecto.
 - [3] ¡Bastardo!
 - [4] Lo tengo, cariño.
 - [5] Adiós, chicas, os quiero.